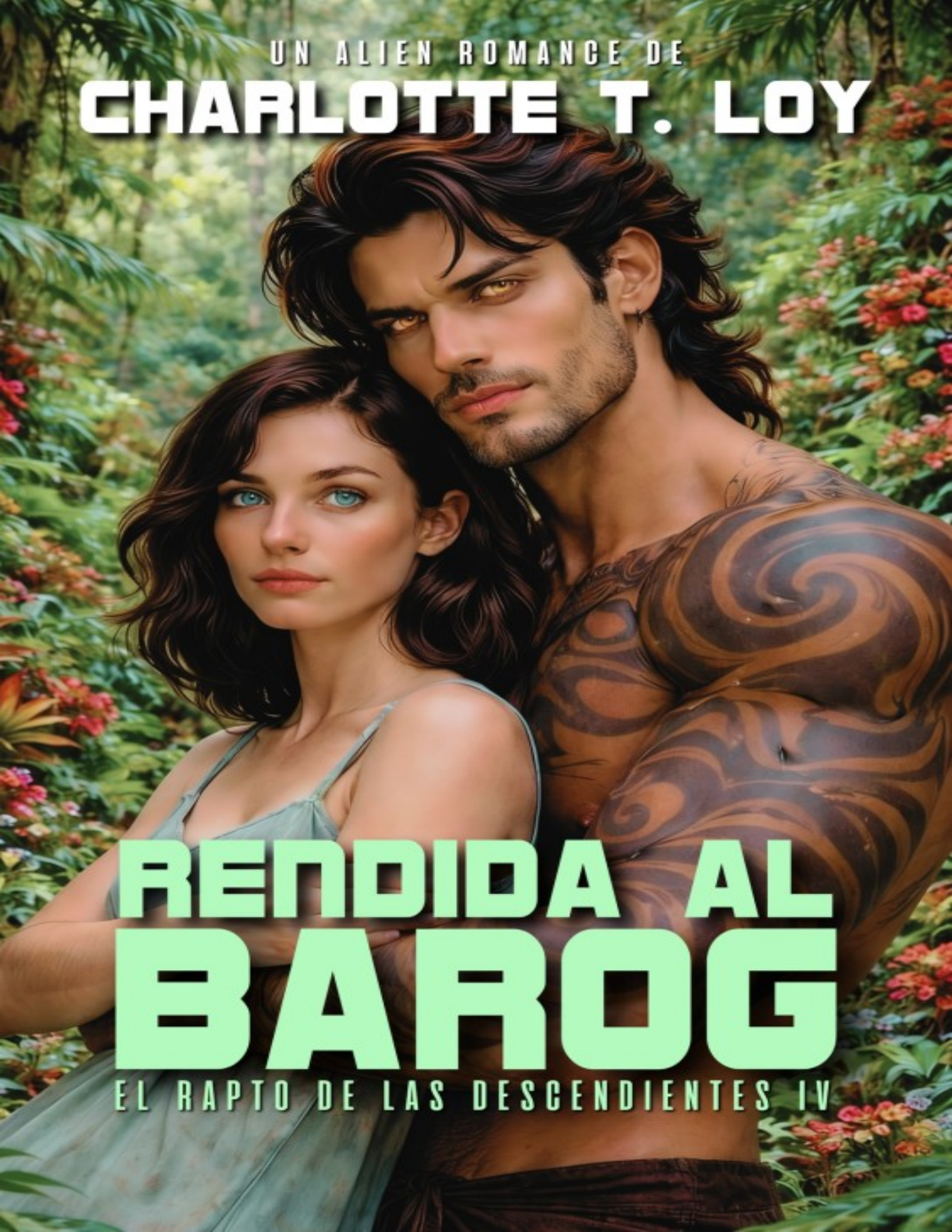

UN ALIEN ROMANCE DE
CHARLOTTE T. LOY
RENDIDA AL BAROG
EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES IV

Copyright © 2026 Charlotte T. Loy

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imagen de portada: Charlotte T. Loy

Ilustraciones: Charlotte T. Loy

Código de registro safecreative: 2512244109534

A todas vosotras, las valientes de este mundo.

RENDIDA AL BAROG

EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES IV



CHARLOTTE T. LOY

1 UN MENSAJE

El palacio, la aldea, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Cyrus jugaba en el suelo con los cachorros de león, entre risas y rugidos. Con poco más de un año, correteaba por todas partes mientras se tambaleaba, a punto de caerse cada dos por tres. Por fortuna, los felinos lo adoraban y se tiraban en plancha para amortiguar sus caídas con su pelaje mullido. Las carcajadas del pequeño príncipe barog retumbaban por los rincones del palacio, cautivando a todo el mundo.

La reina Tatiana sonreía mientras contemplaba el espectáculo. Amaba con locura a toda su prole, pero su hijo menor la enternecía hasta tal punto que la emoción le cerraba la garganta.

Le había dado a Drashir, el rey de los barogs, una descendencia numerosa y fuerte. Y ella no podría estar más orgullosa de todos y cada uno de sus hijos. Algún día, Ceeris, el mayor, se convertiría en el monarca de Nemea, sucediendo a su poderoso padre, del que había heredado su valor, entereza y sentido de la justicia. Sin duda, sería un buen rey.

Cyrus la miró con sus grandes ojos, oscuros como los de su padre, salvo por esa mota tan verde como la selva que crecía alrededor de la aldea. El verde esmeralda de los ojos de Tatiana.

Por un instante, se preguntó cómo serían los ojos de sus hijos si se hubiera unido a aquel otro macho al que amó una vez. ¿Serían de ese azul intenso y brillante, con el iris rodeado por un círculo de ónice? Hacía ya tantos años de aquello que a veces parecía solo un sueño. Aun así, un ligero retortijón de culpa le apretó las entrañas. Siempre le ocurría cuando su mente le jugaba malas pasadas y regresaba a ese pasado lejano.

Había amado a Ux. No como a Drashir, es cierto. El rey era su pareja de vida, su hoa uhane, y jamás lo había dudado. Pero no podía engañarse a sí misma: también había querido a Ux y siempre cargaría con la vergüenza de lo que le había hecho. Esa traición, cuando él la libró de un matrimonio horrible y ruin en la Tierra, y le declaró su amor. Pero las cosas se complicaron demasiado tras cruzar el portal y...

Negó con la cabeza. No quería pensar en Ux. No se había portado bien con él, pero tampoco tuvo elección. Desde el momento en que Drashir, el príncipe por entonces, puso los ojos en ella, su destino estuvo sellado. Hubo tantas implicaciones...

Sus ojos se clavaron de nuevo en la hermosa carita de su hijo Cyrus. Ese rostro perfecto era la única prueba que necesitaba para convencerse de que había hecho bien. De que todas las decisiones que había tomado eran las correctas. Porque ese barog precioso y dulce representaba todo lo bueno que Drashir y ella habían construido durante todos esos siglos.

Yolk, uno de los miembros de la guardia de Drashir, entró en la sala. Tras rascarle la cabeza a Cyrus, que observaba a ese barog enorme con fascinación, se acercó a la reina. Se detuvo a escasos pasos de ella y le hizo una reverencia.

A Tatiana nunca le había gustado Yolk. No es que el pobre hubiera hecho nada para merecer su desprecio, al contrario, pues era uno de los hombres de confianza del rey. Pero había algo en él que le provocaba rechazo. Algo visceral.

Puede que se debiera a que, a veces, se la quedaba observando durante largo tiempo, cuando el rey no andaba cerca. O puede que fuera por su forma de escudriñarlo todo a su alrededor, como si estuviera tomando nota de cuanto veía y oía. Sabía que su cometido, como el del resto de la guardia del rey y de sus guerreros, era precisamente ese, mantenerse siempre vigilante y alerta. Sin embargo...

—¿Puedo acercarme, majestad? —dijo mirando a derecha e izquierda con recelo—. Traigo un mensaje urgente para ti.

Tatiana obvió la oleada de repulsión que la invadió. Yolk no le había dado jamás motivos para desconfiar de él. Entonces, ¿por qué

desconfiaba?

—¿Ya ha vuelto el rey?

—Todavía no, majestad. El templo está lejos, puede que no regrese hasta pasado mañana —dijo Yolk.

Ella asintió.

Xarix, hermano de Drashir y sanador de la aldea, Ciench, Sulveh, Sonah y algunos otros le habían acompañado. Había asignado a Toruch para protegerla. El rey siempre dejaba a uno de sus mejores guerreros con ella cuando él tenía que ausentarse unos días. No le gustaba separarse de Tatiana, así que lo hacía muy pocas veces y a regañadientes. Pero un rey debía cumplir sus deberes, y una audiencia con los ancianos no era algo que pudiera eludir fácilmente.

—¿De quién es ese mensaje, entonces? —preguntó Toruch, concentrado hasta ese momento en afilar su lanza en un rincón de la sala, pero no por ello menos vigilante de lo que ocurría a su alrededor.

El mechón plateado que lucía en su melena castaña le daba un toque maduro que contrastaba con su carácter bromista y alegre, con ese punto sarcástico que descolocaba a más de uno. Todo el mundo le adoraba.

—Es solo para la reina —susurró Yolk, mirándolo de reojo.

Tatiana se removió incómoda sobre los cojines y le hizo un gesto a Toruch. Este, un barog valiente y con una lealtad férrea hacia Drashir, se levantó y se acercó al amasijo de felinos que jugaba con Cyrus. Los apartó con suavidad con el pie y se agachó para alzar en sus fornidos brazos al pequeño príncipe.

—Tú y yo nos vamos a robar panecillos a las cocinas. ¿Qué te parece, C? —le dijo.

El príncipe lo observó con sus grandes ojos oscuros brillando de emoción y soltó otra carcajada.

En cuanto salieron de la amplia sala de juegos, los leones fueron tras ellos. Tatiana los contempló mientras se alejaban.

Toruch tenía mucha mano con sus hijos. Él y Ciench, otro buen amigo y guerrero del rey, eran los dos en los que Tatiana más confiaba. Aún eran jóvenes, pues contaban apenas dos siglos de

edad. Eso podía parecer mucho; pero, comparado con los miles de años de algunos barogs, los hacía muy jóvenes a sus ojos. Además, la pareja de Ciench, Susi, era un encanto y la mejor costurera de toda la aldea. Penny, la mejor amiga de Tatiana, hablaba muy bien de ella.

Estar a solas con Yolk no le resultaba agradable, y agradeció en silencio la presencia del león de su hijo mayor. Como si percibiera su malestar, Zinna, una mole tendida a sus pies, se arrimó más a ella.

Yolk aguardaba pacientemente.

—Puedes acercarte, Yolk.

El barog recorrió los pocos pasos que los separaban y se arrodilló en el suelo ante ella, junto al león.

—Antes de transmitirte el mensaje, tengo que rogarte que me prometas que jamás revelarás a nadie lo que voy a decirte.

—Sabes bien que nunca le oculto nada a nuestro rey.

—Lo sé, y no pretendo ofenderte, majestad. Pero el riesgo que corro como mero mensajero de estas palabras me insta a pedírtelo. ¿Tengo tu palabra, mi reina?

Tatiana dudó. Se tomaba muy en serio las promesas que hacía. Si daba su palabra, tendría que cumplirla y guardar silencio. La última y única vez que había faltado a su palabra le había dejado una profunda cicatriz en el alma. No pensaba hacerlo de nuevo.

Por un momento, estuvo tentada de decirle a Yolk que no quería escuchar ese mensaje. Si no podía compartirlo con Drashir, prefería no saberlo. Pero todo aquello era muy misterioso.

La curiosidad ganó la partida.

—De acuerdo, siempre que lo que me digas no suponga un peligro contra mi familia o la gente de la aldea.

—No lo es. Este mensaje solo te concierne a ti, mi reina.

Tatiana lo meditó unos segundos. Finalmente, asintió. Y ojalá no lo hubiera hecho.

—Adelante, Yolk. Te doy mi palabra. ¿De quién es ese mensaje?

El barog alzó la mirada y la clavó en el rostro de ella mientras esbozaba un amago de sonrisa.

—El mensaje es de Uxuer.
Tatiana se estremeció.



2 UVAS CON QUESO
CALLIE

En cuanto regresamos de la expedición a las cuevas de las panteras, nos metimos directos en casa. Estaba agotada y dolorida, y necesitaba con urgencia una ducha y dormir durante un mes entero.

Por suerte, Artia se había quedado en la posada para cuidar de Sylvia y su bebé, y no nos molestaría, al menos por hoy. *La aninf* me caía bien, y no podía negar que nos habíamos hecho algo así como amigas, si es que eso era posible. Pero era bastante intensilla…, y yo necesitaba un poco de privacidad con mi barog. Estaba hasta el gorro de tanta gente y fauna de la jungla.

Por otro lado, Naranjito y su pandilla habían reaparecido entre la vegetación en cuanto nos alejamos lo suficiente de las cuevas de las panteras. ¡No tenían ni un pelo de tontos! Así que, durante el último tramo, caminaron alrededor de nosotros, asomando de vez en cuando entre los arbustos mientras devoraban bayas y hacían sus ruiditos. Nada más entrar en la aldea, se habían esfumado de nuestra vista, pero yo sabía que seguirían ahí, vigilantes, sin alejarse demasiado. Cada vez eran más, lo que no tenía claro si debía preocuparme… o todo lo contrario.

De una cosa estaba segura: esos pollos despeinados nos habían salvado de un destino horrible y, desde entonces, me seguían a todas partes. ¡Era un maldito milagro que no se metieran también en casa! Seguro que a Daryos eso no le haría ni pizca de gracia.

Nada más entrar, Enzo se despatarró en el suelo de la sala de estar y cerró los ojos, aunque yo sabía bien que el león, incluso dormido, permanecía siempre alerta. Era tranquilizador tenerlo ahí, la verdad.

Arrastré los pies escaleras arriba detrás de mi barog mientras él, como era habitual, parloteaba sobre esto y aquello con esa alegría inagotable que lo caracterizaba. Francamente, ni siquiera le estaba escuchando.

Sabía que algunas de mis amigas estaban de los nervios y que, probablemente, esa noche sería importante para ellas, como Emi, por ejemplo.

Mi estudiante más dulce y compasiva le había prometido a su inmenso barog rubiales que se trasladaría de la posada a su casa y que, a partir de esa noche, compartirían cama. Vaya, que al fin iban a follar. ¡Alabados fuesen los dioses! Sin embargo, había permanecido muy calladita durante todo el viaje de regreso y apenas había interactuado con Axeh, que se esforzaba por llamar su atención una y otra vez sin demasiado éxito. En otras palabras: Emi estaba cagada de miedo.

Por otro lado, teníamos a Lorna y Toruch, entre los que ya se auguraba una relación explosiva y llena de sorpresas. Sobre todo, para ella. Solo esperaba que no se precipitase y que tuviera claro dónde se estaba metiendo.

De Tina, por descontado, ya no tenía que preocuparme lo más mínimo. Su relación con el gran rey de Nemea iba viento en popa y, como este se descuidara, ella acabaría sentada en el trono. ¡Era de armas tomar! La escena con la líder de las panteras había sido increíble. Aterradora, pero muy hermosa. Sin duda, mi querida alumna estaba destinada a gobernar.

Y por último, mi pobre Jenny, que todavía se resistía a aceptar que Xerx y ella iban a acabar bien juntitos y revueltos antes de lo que imaginaba.

En cuanto logré subir el último peldaño y llegué al dormitorio, Daryos me rodeó la cintura y me atrajo hacia su enorme cuerpo de barog, caliente y musculoso.

—¡Qué contento estoy de que ya estemos en casa! Me muero por meterme en la cama contigo, *hoa uhane* —ronroneó, apretando las caderas contra mí y esbozando esa sonrisa juguetona que ya conocía muy bien.

—Ni hablar, chaval —dije dándole un par de palmaditas en el pectoral, tan abultado y duro que podría partir un ladrillo con él.

Se hizo el sorprendido. Al muy tarado se le daba muy bien actuar. El tío podría ganar un óscar.

—¿Se puede saber qué he hecho ahora? —preguntó con aire inocente. Acto seguido, la sonrisa se acentuó en su rostro y se restregó contra mí, duro como una piedra.

Sus grandes manos me ciñeron la cintura un poco más y se inclinó buscando mi boca. Cuando sus labios rozaron los míos, planté la palma de la mano en su pecho.

—Oye, machote, ¿por qué no vas abajo a buscar algo de comer mientras yo me doy una ducha?

Ladeó la cabeza como si fuera un cachorrillo enorme y me soltó poco a poco, con reticencia.

—O sea, que quieres ducharte sola.

—Lo has pillado, amorcito. ¡Si es que me conoces tan bien!

—¡Qué remedio! —exclamó con media sonrisa—. Pero, después, nos meteremos en la cama juntos, ¿verdad?

—¡Anda, pues claro!

—¡Uff, amor! Me habías asustado —dijo llevándose la mano al corazón.

—Ya, seguro. Tú lo que tienes es mucho teatro.

Le di un cachete en el trasero antes de que se alejara.

—Por lo visto, tú también me conoces bien a mí —murmuró.

Desapareció escaleras abajo soltando unas risillas.

Antes de meterme en el cuarto de baño, escuché cómo le hablaba a Enzo y este gruñía suavemente en respuesta.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar? —le dijo, todavía entre risas. Apostaba cualquier cosa a que sabía que yo lo estaba oyendo todo—. Ahora resulta que voy a tener que suplicar para que nos duchemos juntos. Esa mujer hace conmigo lo que quiere, amigo mío.

Reprimí una carcajada. Con Daryos era imposible aburrirse, eso seguro. Me entraban ganas de matarle varias veces al día, eso sí, pero me lo pasaba bomba con él.

Caminé de puntillas al cuarto de baño, lancé el vestido a un rincón —necesitábamos un cesto para la ropa sucia con urgencia— y me metí en el cubículo de madera bajo los cubos de agua que pendían del techo.

No fue una ducha tan placentera como las que solía darme en mi apartamento en la Tierra, pero, al menos, salí de allí sintiéndome limpia y con energías renovadas. Y todos esos jabones y fragancias a mi disposición eran sublimes. ¡El baño entero olía a un campo de flores! Me sequé a conciencia con la toalla, tanto el cuerpo como el cabello, y me peiné.

Cuando salí, Daryos seguía abajo, preparando a saber qué. Aproveché para ponerme un vestido cortito y liviano, y esperar a mi barog tumbada en la cama. Por un instante, eché de menos tener un libro en la mesilla de noche o un televisor para ver mis series favoritas. ¡Cuánto había cambiado mi vida!

Pero en cuanto mi barog reapareció por el hueco de la escalera y empezó a caminar hacia mí, me di cuenta de que contemplar su glorioso cuerpazo era el mejor entretenimiento del mundo.

Avanzó despacio, con pasos lentos y depredadores, sosteniendo en una mano una bandeja llena de panecillos, fruta, quesos y miel.

Mi mirada descendió por su cuerpazo, deleitándose con cada músculo, cada surco, cada tendón tensado, hasta detenerse en el bulto que ocultaba el taparrabos. ¡Por todos los rinos, los dioses del manantial y cualquier otro del universo!

Se me secó la garganta.

—¡Menudo manjar! —dije incorporándome sobre los codos y repasándolo de nuevo de arriba abajo, sin pudor alguno.

Él meció las caderas y esbozó una sonrisa lobuna. ¡Maldito barog arrogante!

—¿Te refieres a este? —dijo señalando la bandeja, al mismo tiempo que meneaba lo que había más abajo.

—¿A qué otra cosa si no? —Me humedecí los labios con la lengua y a él casi se le cae la bandeja.

—Sabes que me doy cuenta de todos esos truquitos que utilizas conmigo, ¿verdad? —dijo recorriendo la distancia que nos separaba y plantándose a los pies de la cama.

—¿Funcionan?

—Por supuesto. Todos y cada uno de ellos —dijo sonriendo.

Se dobló hacia delante y depositó la bandeja en la cama mientras su suave rabo trasero oscilaba hacia mí y me regalaba una caricia fugaz en el pie.

Me senté con las piernas cruzadas y me abalancé sobre un trozo de queso y una frambuesa jugosa.

—Gracias, amorcito —dije con la boca llena—. ¡Está delicioso!

—Me alegro de que te guste. Me encanta complacerte, preciosa. Lo haría todos los días, a todas horas, en todas partes y…

Casi me atraganto con una uva del tamaño de una pelota de golf.

—Vale, vale, lo pillo. Anda, come un poco. Llevas horas sin meter nada en ese cuerpazo grandote tuyo.

—Si te digo la verdad, estoy más interesado en meter algo en *tu* cuerpo que en el mío.

—No seas bruto, barog —dije poniendo los ojos en blanco.

Cogí una uva y se la aplasté en la boca. Estaban tan dulces que parecían azúcar puro. Él la masticó despacio y se la tragó. Entonces, seleccioné un pedazo de queso de la bandeja y se lo llevé también a los labios. Lo atrapó y aprovechó para chuparme un dedo.

Cruzamos una mirada cómplice mientras la temperatura se elevaba a nuestro alrededor. Estiré una pierna y acerqué el pie a su muslo. Trepé un poquito por su piel bronceada hasta aventurarme bajo el taparrabos. Me quedé ahí un instante, muy quieta, mientras a él se le aceleraba la respiración, y seguíamos devorando las bayas y el queso.

Mis dedos del pie avanzaron unos centímetros más y se encontraron con su miembro. Sin detenerse, acariciaron con suavidad el pene y los testículos. Daryos se quedó inmóvil, con el pecho subiendo y bajando escandalosamente, toda su musculatura en tensión y el corazón atronando como un maldito tambor.

—Date una ducha rapidita, y así podremos meternos en la cama muy juntitos, como a ti te gusta —dije intentando que mi voz sonara tranquila e indiferente. En realidad, el calor que sentía entre los muslos era ya insoportable, y me moría por abalanzarme sobre él y arrancarle el taparrabos, que me tapaba la vista.

Mis dedos se movieron una vez más y se detuvieron de nuevo. Pero cuando me dispuse a retirar la pierna, me agarró del tobillo con rapidez y tiró de mí hacia él.

El movimiento me pilló desprevenida y el panecillo que acababa de coger salió volando por los aires. El vestido se me subió hasta la cintura y quedó ahí, arremolinado.

Sus ojos de distinto color se clavaron en mi intimidad, desnuda ante él. Tenía aún los dedos cerrados como un cepo en torno a mi tobillo. Su cola asomó por encima de su cabeza, sinuosa y provocadora.

—Te encanta jugar conmigo, *hoa uhane* —dijo con la voz pastosa, sin apartar la mirada ni soltarme.

Se arrodilló en la cama y empezó a arrastrarse hacia mí hasta que su boca estuvo a solo unos centímetros de mi centro de placer. Me estremecí con el roce de su aliento, caliente y ansioso.

—¿Yo? Pero si estaba cenando tan tranquila. —Fingí inocencia. Mi sonrisa traviesa, mal disimulada, y el temblor provocado por la excitación me delataban.

Su rostro avanzó un par de centímetros y su lengua me rozó el clítoris con la punta. Me estremecí.

—Me provocas hasta llevarme al límite, amor. No trates de negarlo.

—Puede que… un poquito.

Sacó la lengua del todo y me dio un lametón entre los muslos que me dejó sin respiración y convirtió mis piernas en gelatina. Se me escapó un gemido.

—¿Qué decías? —El muy cabrón sonreía. Una de esas sonrisas salvajes que me desarmaban.

Me daba vueltas la cabeza y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para responder.

—Que sí, hombre, que me encanta provocarte.

Se incorporó y, de golpe, extendió las garras y rasgó mi vestido de arriba abajo. Las dos mitades se abrieron y mis pechos quedaron al descubierto.

—Así está mejor —ronroneó, con esa voz cavernosa que me estaba volviendo loca.

Su cola trepó por mi estómago, subió por el esternón, entre mis tetas, y se me enroscó en el cuello con suavidad.

—Ese ha sido un golpe de efecto un poco excesivo, ¿no crees, amorcito? Has destrozado mi vestido favorito.

—Tú te lo has buscado. —Se inclinó sobre mí, sosteniendo el peso de su enorme cuerpo en los antebrazos, y su boca buscó la mía.

Nos besamos como dos descerebrados, aunque él siempre con cuidado de no hacerme daño con los colmillos. Ya me había acostumbrado a todo ese atrezo de garras, cola y colmillos, y no me asustaban lo más mínimo. Por no hablar de lo que tenía mi barog entre las piernas. Aun así, eso no significaba que no pudiera partirme en dos en un arrebato de pasión.

Mientras hundía la lengua en mi boca y se enredaba con la mía, y su cola seguía deliciosamente alrededor de mi garganta, deslizó la mano entre nuestros cuerpos hasta colarse entre mis piernas. Jadeé vergonzosamente cuando separó mis pliegues y metió un dedo dentro, bien adentro, hasta el fondo.

Me arqueé contra él buscando más y más fricción, mientras él continuaba besándome. Entre gemido y gemido, me deshice de su taparrabos y le agarré la polla, caliente y dura, como si me fuera la vida en ello. La vena que la recorría de arriba abajo palpitaba con fuerza. Podía sentir su pulso poderoso entre mis dedos.

Apreté un poco y moví la mano desde la base hasta la punta.

—No estoy seguro de si te lo mereces… Has sido un poco mala conmigo, amor —susurró contra mis labios.

Hundió el dedo más profundamente y lo dejó ahí, mientras me acariciaba el clítoris con el pulgar. ¡Joder, joder!

—¿Mala yo? Pero si me tienes a tu merced, grandullón.

—No sé, creo que debería ir a darme una ducha, tal como me has sugerido, yo solo.

Empezó a retirar el dedo, pero le agarré de la muñeca para mantenerlo ahí.

—Ni se te ocurra sacar ese dedo, a menos que quieras reemplazarlo por eso que tienes ahí tan tieso.

—¿Te refieres a esto, amor? —dijo meneándola un poco—. ¿A mi polla enorme y tremendamente irresistible?

Puse los ojos en blanco.

—Como sigas tan fanfarrón, te mando de una patada en el culo a dormir con Enzo.

—Y ahora me amenazas… ¿Qué voy a hacer contigo, *hoa uhane*? —Ahogó una carcajada contra mi pecho, tras lo cual me lamió el pezón y lo succionó con fuerza. No me corrí de puro milagro.

—Mira, chaval —dije arrastrándome hacia arriba por la cama, intentando apartarme de él sin arrollar la bandeja de comida. Pero él no me lo permitió—. Estoy a punto de explotar, así que o te lanzas ya a por todas, o subo a las estrellas yo solita y por hoy te quedas a dos velas. Tú decides.

—A ver, deja que lo piense…

Abrí los ojos como platos y le di un manotazo en el hombro.

Me aferró la cadera con una mano para inmovilizarme debajo de su cuerpo mientras seguía jugando conmigo con los dedos de la otra.

—Maldito barog cabezota y…

Con un movimiento veloz, sacó el dedo, pasó el brazo bajo mi rodilla y me alzó la pierna. Encajó la cadera entre mis muslos y, sin darme tiempo a reaccionar, empujó dentro de mí, despacio pero implacable, hasta que su polla estuvo enterrada por completo en mi interior. Solté un gritito por la impresión y él rugió como un león.

—Joder —murmuré.

—¡Joder! —gruñó con voz cavernosa.

Me alzó la otra pierna y me las sujetó por los muslos mientras salía de mi cuerpo y volvía a embestir, esta vez con más fuerza. Cuando entraba en mí, me llenaba por completo y me arrancaba profundos jadeos. En su pecho retumbaba un rugido ronco y constante, que se acentuaba con cada empujón.

Cada vez que mecía las caderas con brío, su miembro resbalaba en mi humedad y me iba acercando al clímax. Apenas podía contenerlo ya.

Me agarré a sus hombros y bajé las manos por su espalda musculosa, sintiendo como se tensaba bajo las yemas de mis dedos. En cuanto llegué a su trasero y le clavé las uñas en las nalgas, no se hizo de rogar. Incrementó el ritmo hasta convertirlo en un oleaje frenético, entrando y saliendo de mi cuerpo completamente descontrolado.

La cola se aflojó alrededor de mi cuello y descendió hasta mis pechos, acariciándolos con fervor. El roce me encendió aún más, mientras mi barog seguía penetrándome y rugiendo como un animal en celo.

Con la última embestida, los testículos se le tensaron, sus músculos se pusieron rígidos, y su polla se ensanchó en la base y se enganchó en mi interior. Explotó dentro de mí, derramándose como lava incandescente, acompañando mi descomunal orgasmo.

¡Juro que me hizo ver las estrellas y los planetas y el universo entero de punta a punta! Lo sentía bombeando en mí como un loco, mientras me abrazaba con todo su cuerpo, jadeando junto a mi oído. Todo él temblaba, presa de los espasmos del placer.

Le pasé las manos por la espalda y le acaricié con suavidad, al tiempo que sus convulsiones se iban calmando, y los músculos relajándose despacio.

Cuando su respiración se hizo algo más regular y sus latidos no daban la sensación de que el corazón le fuera a reventar el pecho, se movió hacia un lado sin dejar de abrazarme. Hundió la nariz en mi cuello y plantó varios besos por ahí, calientes y satisfechos.

Al fin alzó el rostro y me miró, con esos ojos suyos que conseguirían de mí cualquier cosa, y yo le acaricié la mejilla.

—Creo que necesito otra ducha, amorcito —dije sonriendo.

—¿Nos duchamos juntos?

—Será un placer.

Y la sonrisa que se le ensanchó en los labios fue la más bonita que había visto en mi vida. ¡Qué tremendamente guapo era

mi barog!

No estaba muy segura de si las piernas me aguantarían después del sexo increíble y desbocado que acabábamos de practicar. Así que, tras zamparme una mora gruesa y dulce que Daryos me puso en la boca, me ayudó a levantarme y, juntos, recorrimos el camino hasta el cuarto de baño. Mis dedos le acariciaron una nalga, y su cola hizo lo mismo con una de las mías.

Si aquello no era la felicidad pura, no sabía qué otra cosa podría ser.



3 TIENES QUE ELEGIR

La selva, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Mientras avanzaba por la selva, seguida por los leones Zinna y Benju, los más nobles y leales, Tatiana intentó no pensar en lo peligroso que era lo que estaba haciendo. Yolk caminaba ante ella, abriéndoles paso por la jungla, conduciéndola hacia ese encuentro.

Le había dicho a Ceeris, su hijo mayor, que pasaría un par de días en casa de Penny, en la aldea a orillas del lago esmeralda, y que se llevaba a Cyrus con ella.

El barog de Penny, Gushia, había salido en una partida de caza de rinos y no regresaría al menos en una semana. Y Drashir aún tardaría un par de días en volver a palacio, así que lo tenía todo previsto.

Penny era la única a quien le había contado la verdad. Era su mejor amiga y sabía que podía confiar en ella, jamás la delataría. Había dejado a Cyrus a su cargo hasta el anochecer, cuando regresaría y se quedaría a dormir en su casa. Nadie más lo sabría.

Nadie, excepto Yolk... y Ux.

Ni siquiera comprendía de dónde había sacado el atrevimiento para acceder a esa locura.

Según Yolk, Uxuer se le había aproximado cerca de la cascada y lo había inmovilizado con una red mientras le exigía que le comunicara a ella ese mensaje a cambio de dejarlo en libertad. Algo le decía que Yolk no había sido del todo sincero. Si había estado en contacto con los hermanos perdidos.... Pero ahora no podía pensar en aquello. Ya decidiría qué hacer respecto a ese barog cuando regresara sana y salva a la aldea.

¡Si es que regresaba!

Por un instante, dudó. Pensó en dar media vuelta de inmediato y volver junto a su hijo, bajo la seguridad de los suyos. Sin embargo, Yolk había dicho que era importante; que de aquel encuentro dependía el futuro de los barogs; que esa era la única oportunidad que tendrían de detener la guerra. Así pues, debía asistir.

Drashir pondría el grito en el cielo si se enteraba de que había acudido sola a ese encuentro en la selva con su peor enemigo. No obstante, y pese a todos los horribles rumores que se habían propagado sobre Ux, ella nunca le había creído capaz de hacerle daño. La había amado muchísimo... y ella también le había amado a él.

Aun así, no debía olvidar que hacía siglos de aquello. Puede que Ux solo quisiera raptarla y pedir algo a cambio al rey. Algo terrible.

Trató de alejar esos pensamientos funestos y siguió avanzando. Se convenció a sí misma de que, como reina, era su obligación velar por su pueblo. Y por lo tanto, debía averiguar qué tramaba el jefe de los hermanos perdidos, el amo de los pantanos.

Pero no podía engañarse a sí misma. Había otra razón, una oculta y vergonzosa, por la que había accedido.

Quería ver a Ux.

Después de todo lo que ocurrió entre ellos, después de que los ancianos la obligasen a abandonarle y unirse a Drashir, jamás había podido perdonarse del todo por aquello. Todavía recordaba la desolación de su mirada cuando le dijo que jamás le había amado. Cuando le mintió para que se apartara de ella y aceptara el veredicto.

Es cierto que le suplicó a Drashir que intercediera por él, que convenciera a los ancianos de que le dejaran participar en la cacería y elegir a otra humana descendiente. Prohibirle que se uniera por otros doscientos años, hasta que se abriera el portal de nuevo, fue una crueldad. Tatiana sabía que Ux no soportaría aquello, que lo volvería loco.

Y puede que se hubiera convertido en un monstruo, pero no lo era al principio. No cuando lo conoció, a orillas del río que

discurría cerca de su granja en la Tierra. Ellos lo empujaron a ser lo que ahora era. Drashir y los ancianos lo convirtieron en… eso.

Sin embargo, ella no era menos culpable que ellos. Le había traicionado.

Aunque amaba a Drashir con locura y sabía que era su hoa uhane, lo que había sentido por Ux, tanto tiempo atrás, también fue auténtico. Él la salvó de un destino triste y aborrecible. Y ella se lo pagó con la traición y el desprecio. Un desprecio que, en realidad, nunca sintió. Ni siquiera ahora.

Se repitió a sí misma una y otra vez que no tuvo elección. Los ancianos amenazaron con matarle si ella no se apartaba de él y escogía a Drashir. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

En su fuero interno, se recriminaba no haber luchado un poco más por él. Tendría que haberse rebelado, pero era muy joven, estaba en otro planeta, salvaje y lleno de bestias enormes, y un príncipe se había prendado de ella.

—Llegamos enseguida —dijo Yolk, cortando de cuajo una hoja de helecho enorme para despejarle el camino a la reina.

En cuanto el sendero llegó a su fin, se abrió ante ellos uno de los lugares más hermosos de Nemea, la cascada Wailele.

—Ux aguarda en la cascada, majestad.

—¿En la gruta? —preguntó Tatiana con voz temblorosa.

El barog asintió.

—Te esperaré aquí con los leones, mi reina. Si algo ocurriera, grita; acudiremos enseguida en tu ayuda. Pero Uxuer ha dado su palabra de barog de que no te hará ningún daño.

Tatiana se acercó a la orilla. Había nadado un par de veces en el lago que precedía a la cascada y sabía que el lagarto azul jamás atacaría a la reina de los barogs. Así pues, se deslizó dentro despacio y se sumergió hasta el cuello. El frescor del agua aplacó el calor aplastante de la selva. Su piel sudorosa lo agradeció de inmediato.

El agua se agitó a su derecha y una cola enorme llena de escamas ondeó sobre la superficie. Ella hizo caso omiso y siguió avanzando, brazada a brazada, hasta que alcanzó las rocas que conducían a la gruta en el interior de la cascada.

Trepó con habilidad mientras el largo cabello oscuro chorreaba sobre su vestido, ya empapado y pegado a las voluptuosas curvas de su cuerpo.

Una vez frente a la entrada, inspiró hondo para reunir valor. Entonces, dio un paso adelante y atravesó la cortina de agua.



Cuando apareció al otro lado de la cascada, el corazón se le detuvo en el pecho. Ux estaba ahí, a tan solo unos metros de ella, en su temible e imponente forma barog. El impacto que le provocó verlo de nuevo la dejó completamente descolocada.

Creía que lo había superado, pero ese barog aún causaba un perturbador efecto sobre ella. No podía decir que todavía le amara, y además, jamás le había querido del modo en que amaba a Drashir. Pero era innegable que sentía algo.

Era incluso más grande e impactante de cómo lo recordaba, y ahora lucía una tremenda y, a la vez, hermosa cicatriz en forma de espiral sagrada en uno de sus pectorales. No tatuada, sino grabada en la piel. ¿Quién y cuándo se la habría hecho? El motivo podía imaginarlo…

Los increíbles ojos azules de Ux se abrieron de par en par al verla. Sin mediar palabra, avanzó hacia ella con pasos lentos y poderosos, mientras Tatiana se dirigía también hacia él. Cuando se detuvieron, a tan solo unos palmos el uno del otro, dedicaron los segundos iniciales a observarse en silencio.

El barog fue el primero en hablar.

—Estás tan hermosa como el día en que te encontré a orillas de aquel río. Incluso más bella, Tatiana. Los siglos te han tratado bien.

Ux esbozó una sonrisa cargada de tantas cosas que la reina se tambaleó. Él se movió para sujetarla del brazo, pero ella retrocedió por instinto.

El barog arrugó el ceño.

—¿Crees que te he traído hasta aquí para hacerte daño? ¿Que usaría semejante artimaña? ¿Tan bajo piensas que he caído? —Su voz, grave y aterciopelada como la de un encantador de serpientes, se deslizó por su piel como una caricia abrasadora.

Ni siquiera comprendía cómo, tantos siglos después, causaba ese extraño efecto sobre ella.

—No lo sé, Ux. Hace mucho tiempo que no nos vemos, y la última vez no fue… agradable. Así que disculpa que no sepa qué esperar de esto.

Tatiana los señaló a ambos y apretó los labios en una fina línea.

No debería haber ido a ese encuentro, ahora lo veía con claridad. La presencia de ese barog de su pasado la alteraba demasiado. Apenas podía pensar. Tenía miedo, pero también sentía mucha curiosidad.

—Y aun así has venido. Eres tan valiente como recordaba. Una verdadera reina.

—No te burles.

Él se hizo el sorprendido.

—No es burla, querida Tatiana. Solo me apena que no reines a mi lado. Nada me gustaría más.

Ella volvió a retroceder. El terror hirvió en sus venas y superó por un instante a la fascinación.

—Tú nunca reinarás, Ux. Al menos, no en la aldea. No mientras Drashir viva.

Uxuer alzó una ceja y esbozó una sonrisa un tanto macabra. Era el vivo retrato de un verdadero villano hermoso, salvaje y capaz de cualquier cosa. Así lo había demostrado durante siglos.

Tatiana tembló.

—Eso, precisamente, es lo que trato de arreglar.

—No puedes vencer al rey y sus guerreros, Ux.

—¡Oh, claro que puedo! No conoces a mis hermanos perdidos. ¡Son una fuerza de la naturaleza! Y los mestizos de aninf y barog... ¡arrasarán con todo! Créeme, estarás muy orgullosa de mí cuando veas lo que somos capaces de hacer.

La reina se estremeció.

—¿Por qué estoy aquí, Ux? —Empezaba a sentir la necesidad de salir de allí tan deprisa como sus piernas se lo permitieran.

Sus ojos se desviaron hacia el precioso lago de aguas turquesas excavado de forma natural en el suelo de la gruta. Solo había estado dos veces ahí, con el rey.

Pensar que ahora se encontraba en el mismo lugar con el jefe de los hermanos perdidos le causó escalofríos. Estaba profanando el hermoso recuerdo con Drashir. Su corazón crujió.

—Estás aquí porque eres la única que puedes detener la guerra que se avecina.

Tatiana abrió los ojos de par en par.

—¿Hablas en serio?

—¿Acaso no te lo parece? Ven, sentémonos junto al lago, como una vez hicimos en aquella ribera, y hablemos.

—Si esto es solo una trampa, Ux...

—Si has entrado aquí sola, es que todavía tienes un poco de fe en mí. ¿La tienes, Tatiana?

—Hubo un tiempo en que creí conocerte bien y confiaba en ti sin reservas.

—¿Por eso me traicionaste? —le recriminó. Su tono, sin embargo, estaba cargado de ironía.

—Yo… no tuve elección.

Se hizo un silencio tan tenso y opresivo que Tatiana se encogió un poco. Pero era la reina y no iba a permitir que Ux ni ningún otro la intimidaran. Ahí fuera, había dos leones leales a ella hasta la muerte. Un solo silbido, una sola palabra suya, y entrarían a despedazar a Ux. Seguramente, él tampoco había ido solo a ese encuentro. Tatiana bien podría haberle tendido una emboscada. A fin de cuentas, ella era la traidora, no él. Eso era algo que jamás olvidaría.

Lo llevaba clavado en el alma.

—Siempre hay elección, querida. Y lo que tú me hiciste... Bueno, no hablemos del pasado. Estamos aquí para hacer borrón y cuenta nueva.

La condujo hasta la orilla del lago y la ayudó a sentarse sobre la piedra más plana. Ux se acomodó a su lado y se inclinó hacia ella. Tatiana se quedó paralizada. Entonces, el enorme barog le desató las sandalias despacio, cinta a cinta, y la invitó a sumergir los pies en el agua. Él hizo lo mismo.

—Quería que nuestro reencuentro fuera en un lugar hermoso.

—Lo es, sin duda.

—Este planeta está plagado de lugares tan o más hermosos que este. Si me dejaras, te los mostraría todos. Solos tú y yo. No necesitaríamos a nadie más.

Sus palabras la golpearon en el centro del pecho. Cuando se giró a mirarlo, sus ojos verdes se encontraron con los ojos celestes de Ux. Un azul brillante y profundo, rodeado de un círculo negro. Los ojos más bonitos e impactantes que Tatiana había contemplado jamás.

Los de Drashir eran muy hermosos también, oscuros, intensos y salvajes, muy alejados de la fiereza contenida y calculada de Ux.

Drashir era espontaneidad, risas, calidez, autoridad innata. Uxuer era puro anhelo de poder y brutalidad, y metal afilado y cortante. Pero ella sabía que, debajo, el fuego de Ux latía con una pasión abrasadora.

Dos barogs tan distintos... y tan fascinantes.

—¿Acaso olvidas que estoy vinculada?

—¡Cómo podría! Jamás olvidaré el día en que me repudiaste para unirte a ese rey traicionero y mentiroso.

Tatiana se tensó.

—No hables así del rey de Nemea.

—Un rey no traiciona a uno de sus mejores amigos ni le roba a su pareja. Un rey no acude a los ancianos para que lo ayuden a deshacerse de la competencia. Un rey no priva a un amigo de su hoa uhane.

—Tú no eres mi hoa uhane, Ux.

Los ojos del barog se oscurecieron y una ira helada fluctuó en ellos. El círculo de ónice se ensanchó alrededor de sus impactantes iris.

—Yaciste conmigo primero. Nos vinculamos.

—No, según vuestras propias leyes. Me tomaste como humano, en la Tierra. Sabías que eso invalidaba nuestra unión.

—Bah, una regla absurda que pienso cambiar en cuanto suba al trono.

Lo afirmaba con tal rotundidad que Tatiana sintió un terror profundo y helado trepándole las entrañas.

—Los ancianos hablaron y...

—No seas hipócrita. Sabes bien que los ancianos habrían hecho cualquier cosa que el príncipe Drashir les hubiese pedido. Pero tengo curiosidad, así que dime, Tatiana: ¿me amaste de verdad?

—No he venido aquí a hablar de aquello.

—Pero yo quizá sí. Puede que necesite escuchar de tus labios la verdad, aunque de sobra la conozca. Porque yo también estaba ahí, ¿recuerdas? Puede que engañaras a todo el mundo, pero yo sé lo que sentiste entre mis brazos y cómo te estremeciste de placer. Yo sé lo que sentíamos el uno por el otro. Te entregaste a mí voluntariamente.

Se hizo un silencio espeso y sofocante.

Tatiana chapoteó con los pies en el agua.

—¿No vas a rebatirme, mujer?

—Dirígete a mí como reina.

Él soltó una carcajada.

—Te lo he dicho, estaré encantado de convertirte en mi reina. ¿Y bien?

—Y tal como yo te he dicho a ti, no tuve elección. Era muy joven y estaba en un planeta primitivo, rodeada de seres enormes y salvajes. El príncipe se encaprichó de mí y los ancianos lo apoyaron. ¿Qué otra cosa podría haber hecho yo?

El rostro de Ux se ensombreció.

—Podrías haber dicho la verdad, que me amabas y que me habías seguido a Nemea y yacido conmigo por propia voluntad. Que nos habíamos vinculado.

—Lo intenté, pero Ooris me silenció. Me amenazó con desterrarnos a ambos si no me unía a Drashir. Amenazó con... matarte.

Se abrió un nuevo silencio y, durante un instante fugaz, Uxuer apretó la mandíbula. Un músculo vibró en su poderoso mentón.

—Así que lo hiciste para protegerme, qué considerada.

—¿Tan difícil es de creer? No quería enfurecerlos ni que te hicieran daño.

—Fue más fácil traicionarme y deshacerte de mí.

—Si lo que quieres es una disculpa, aquí la tienes. Lo siento de veras. Nunca deberían haberte prohibido unirte a otra hembra.

Un latigazo de ira cruzó los ojos de Ux.

—Yo no quería a otra, te deseaba a ti. ¡Eras mía! —rugió.

Había pasado muchísimo tiempo, pero todavía le dolía. Todavía le guardaba rencor. Y eso no podía traer nada bueno.

—Les supliqué que te permitieran participar en la cacería, pero los ancianos se negaron.

—Entonces, yo te importaba de veras. ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

Tatiana desvió la mirada y la fijó en las aguas turquesas, tranquilas y hermosas. Normalmente, era capaz de controlar cualquier reacción de su cuerpo. Sin embargo, ahí sentada junto a Ux, apenas podía aplacar el temblor de sus manos, mucho menos los latidos desbocados de su corazón. Volvía a sentirse débil e insegura, como en aquel lejano día en que le conoció.

Se irguió, recordándose a sí misma que muy poco quedaba de aquella humana indefensa. Ahora era una reina fuerte y poderosa. No iba a permitir que ese barog la minara de tal modo.

—Tú y yo sabemos la verdad, Ux. No es necesario que te la diga.

—Aun así, quiero oírla.

Su mano se acercó al rostro de Tatiana. Deslizó los dedos bajo su barbilla y, con suavidad, le giró la cara para que volviera a mirarle.

Ella no se apartó. El roce de su piel le provocó cosquillas por todo el cuerpo. Debía levantarse y marcharse de inmediato. Tenía que alejarse cuanto antes de ese macho.

—Te amé, Ux. ¿Satisfecho?

Algo se agitó en el enorme pecho de él.

—Entonces, ¿por qué?

Tatiana tembló.

—Porque también le amaba a él, a Drashir. En cuanto le vi, sentí una conexión especial. No era mi intención, simplemente sucedió. Y después, todo pasó demasiado rápido. Te uniste a los hermanos perdidos, te marchaste de la aldea...

—Nos amabas a ambos, pero él era la opción más ventajosa para ti.

Ella sintió un dolor agudo entre los pechos, sobre la línea del esternón.

—Te lo repito, los ancianos no me dieron otra opción. Lo siento de veras.

Él agitó una mano para quitarle importancia, pero sus ojos expresaban todo lo contrario. La herida no había cicatrizado, seguía tierna y sangrante.

Tatiana se estremeció de nuevo. ¿Cómo, después de tanto tiempo, aún sentía algo por ella?

—Un príncipe era, sin duda, mucho mejor partido que un simple sanador —murmuró él, casi como si hablara para sí mismo.

—Eso no tuvo nada que ver. Y tú no eras un simple sanador. Según me contaron después, habrías sido el mejor. Nunca me importó lo que fueseis Drashir y tú.

—Claro, por supuesto. Te creo.

—Lo siento —repitió ella desde lo más hondo de su alma, dispuesta a levantarse y marcharse.

Aquella enemistad terrible entre Drashir y Ux, aquel odio visceral, aquella amenaza constante de una guerra terrible entre los hermanos perdidos y la aldea… Todo era culpa suya.

Empezaba a asfixiarse ahí dentro. La cercanía de Ux había despertado en ella sentimientos que ni siquiera recordaba haber tenido. Eran una mezcla de temor y deseo y remordimientos y tantas cosas. La suya era una historia inacabada; una historia desgarrada y suprimida abruptamente.

¿Qué hubiera ocurrido si le hubiese elegido a él? ¿Si se hubiera rebelado contra los designios de los ancianos?

Pero aquello habría sido imposible. Desde que Drashir la vio, ya nadie habría podido cambiar su destino. Eran una pareja de vida, destinados a unirse. Y aunque Ux y ella, contra todos los designios, quizá también pudiesen haberlo sido, nunca le habrían dejado escoger al sanador.

Su suerte estuvo decidida en el mismo instante en que el príncipe, ahora rey, deslizó su mirada oscura sobre ella y sus ojos se encontraron.

De un salto, Ux se metió en el agua. Le llegaba hasta medio muslo. El muslo de un guerrero, grueso y musculoso y plagado de cicatrices. El sanador se había convertido en una bestia de guerra. Y esa espiral grabada en su pecho…

Entonces, esbozó una sonrisa siniestra.

Clavando sus ojos en los de ella, se despojó del taparrabos y lo lanzó fuera del agua.

Tatiana ahogó un grito de sorpresa. Él ensanchó la sonrisa mientras se sumergía un poco más, dejando que la superficie del agua le rozara el miembro, que poco después desapareció bajo el agua cuando se sumergió hasta la cintura.

—No sé qué esperas de mí, pero no he venido aquí para esto —dijo ella con firmeza, aunque temblaba como una hoja.

El aroma a excitación de ambos flotó en la gruta. Él olía para ella a tormenta, a mar embravecido y especias intensas; ella, a flores salvajes y miel para él.

Ux ensanchó las fosas nasales y husmeó. Un ronroneo gutural le dijo a Tatiana todo lo que necesitaba saber: que debía salir de allí. No obstante, no se movió.

Hacía siglos que compartía lecho con el rey y ya hacía mucho que no temblaba en su presencia, cuando se desnudaba ante ella con la intención de buscarla y darse placer mutuo.

Pero ahora, ante Ux, volvía a sentirse como en aquellos confusos primeros días de su llegada a Nemea, cuando Drashir la seducía y montaba a todas horas, y ella se perdía en un mar de deseo para no pensar en nada más. Hasta que lo amó de verdad.

—Métete en el agua, Tatiana. Acércate y te diré lo que quiero a cambio de evitar la guerra.

—¡¿Estás loco?! ¿Quieres que nos maten a los dos?

—Drashir jamás te haría daño. Yo soy el único que corro peligro aquí, y no voy a correr más por estar contigo. Ya soy el enemigo número uno de tu amado rey.

—No sé a qué retorcido juego pretendes arrastrarme, pero yo me marcho.

Había sido una idiota por acudir a ese encuentro. Por quedarse tanto rato, cuando, desde el primer instante, había olido el riesgo que aquello suponía para ella.

De una sola zancada, Ux llegó hasta la reina, todavía sentada en la orilla. Se colocó entre sus piernas y le rodeó la cintura con sus enormes brazos para inmovilizarla. Estaba excitado, y su pene, grande y duro, le rozaba el muslo.

—Suéltame, Ux. O si no...

—¿Llamarás a esos dos leones que te has traído? ¿O acaso crees que Yolk va a ayudarte?

Ella le miró con suspicacia.

—Yolk es un traidor y pagará por ello.

—Para nada. Yolk sirve a su rey y a su reina, y ha creído conveniente trasladarte mi mensaje. Pero es inteligente y sabe que no he venido solo. Un único paso en falso y no verá un nuevo amanecer.

—Así que lo has amenazado. Y ahora qué, ¿me amenazarás a mí también para conseguir tus propósitos?

—Me ofendes, mi reina. —La soltó y retrocedió varios pasos, hacia el centro del lago—. No es mi intención asustarte ni intimidarte. Nada más lejos de mis intenciones. —Pero la sonrisa que siguió a sus palabras fue siniestra.

—Entonces, ¿dejarás que me marche o me obligarás a quedarme?

—Yo nunca obligo a nadie a nada. Como te he dicho, te daré la oportunidad de salvar la aldea y a tu querido rey.

—¿Cuál es el engaño?

—Ninguno. Podrás elegir libremente. Pero antes, tendrás que venir hasta aquí.

Tatiana tembló.

No se fiaba de Ux... ni de sí misma. Estar cerca de ese barog la alteraba demasiado. No quería arriesgarse a que él la forzara o a cometer un tremendo error.

Pero si existía una posibilidad, por remota e improbable que fuera, de impedir la guerra de algún modo, no podía desaprovecharla. ¿Qué clase de reina sería para su pueblo si huyera de una oportunidad así?

Resbaló por el borde del lago y se sumergió en el agua hasta el pecho. Caminó en dirección a Ux hasta que estuvieron a tan solo un par de pasos.

—¿Y bien? —Apretó los dientes para que el castañeteo no la delatara. Estaba aterrada.

Ux sonrió y se aproximó más a ella hasta que sus cuerpos se rozaron. El anhelo y el rechazo se mezclaban en el corazón de Tatiana.

—Puedes quedarte en la aldea con Drashir, alertarle de lo que ha pasado hoy aquí y prepararos para la guerra, que no tardará demasiado en llegar. Dentro de dos décadas, cuando mi ejército esté completamente preparado, entraré en la aldea con mis hermanos perdidos. Créeme, lo haré. Y entonces, arrasaré con todo y mataré a tu rey y a todos vuestros hijos.

—¿A mis hijos también? —preguntó ella con horror.

—No puedo dejar a ninguno con vida, regresarían para vengarse. Supongo que lo entiendes, al fin y al cabo, llevas siglos en ese trono al lado de Drashir.

—Eres un monstruo.

—Espera, aún no he acabado. Repartiré a todas las humanas descendientes entre los míos y te tomaré como pareja de vida. Subiré al trono de Nemea contigo a mi lado, y cada noche me calentarás el lecho. Y como estamos vinculados, me darás muchos hijos para sucederme cuando llegue el momento.

Tatiana estaba paralizada. Aun así, se las arregló para preguntar:

—¿Y cómo evito todo eso? ¿Cuál es la otra opción?

Él sonrió. Esa sonrisa le heló la sangre.

—Dentro de dos semanas, te reunirás conmigo en la Gran Roca. Traerás a veinte humanas descendientes de la aldea, las que tú elijas. Partiremos hacia la otra punta de Nemea, donde las selvas inexploradas se extienden aún más tupidas y salvajes, y los rinos campan en abundancia. Te vincularás a mí para siempre y jamás regresaremos a la aldea ni a sus alrededores. Viviremos en paz y la aldea nunca será atacada. Evitarás la guerra. Les ahorrarás a tus seres queridos y a tus amigos el dolor, la sangre y la derrota.

La reina lo miró perpleja.

—Drashir me buscaría día y noche. Jamás se daría por vencido.

—En ese lado del planeta, nunca nos encontraría. He estado ahí, Tatiana, en la linde de esa extensión virgen e inexplorada. Ninguno de los tuyos se aventuraría allí dentro. Además, es territorio prohibido por los ancianos.

—No puedo separar a veinte descendientes de sus hoa uhanes.

—Seguro que hay más de una que no está del todo satisfecha con el barog que le tocó en la cacería. Te las arreglarás.

—¿Y si fuera solo yo?

—Mis hermanos perdidos llevan mucho tiempo anhelando la guerra para hacerse con unas cuantas mujeres. El único modo de convencerlos de no atacar es darles lo que más desean. Los necesito contentos y satisfechos.

—Creía que las aninfs os daban todo eso.

Ux siseó.

—No a la mayoría. No a mí —dijo lanzándole una mirada profunda, cargada de significado.

—No me lo pones fácil, Ux. Dudo que pueda cumplir nada de eso. Y aunque lo lograra, no voy a abandonar a mis hijos.

—Podrías traerte al más pequeño. Cyrus, ¿verdad? Tiene poco más de un año, ¿no? Podría hacer una excepción con él. Pero creo que Drashir agradecerá que lo dejes a su cuidado. Perderos a los dos sería demasiado, ¿no te parece?

Escuchar el nombre de su pequeño en boca de Ux le revolvió el estómago. Jamás permitiría que se acercara a su hijo.

—No puedo hacer eso —dijo ella con una gran presión en el pecho—. No puedes pedirme que me aleje de mis hijos.

—Tú decides, Tatiana. Venir conmigo o... la guerra.

Ella alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Ux.

—Si me fuera contigo, ¿mantendrías tu palabra? ¿Cómo puedo confiar en que no atacarás igualmente ni le harás daño a mi familia?

—Te doy mi palabra, Tatiana.

—Perdona, pero sigo sin confiar en ti.

—Lo juro por los dioses del manantial.

Tatiana escrutó su rostro.

—Podría contárselo todo a Drashir y traicionarte. Podríamos tenderte una emboscada en la roca negra.

—Podrías, pero no lo harás. Si me cogieran, me matarían del modo más horrible. Ya me traicionaste una vez, no creo que quieras repetirlo. Veo en tus ojos el dolor que te causa la culpa. Y además, no estaré solo. Mis mejores barogs me acompañarán. Los apostaré en puntos elevados y estratégicos, y os verán aproximaros. Antes de que Drashir y los suyos pudieran alzarse contra nosotros, les llovería encima una lluvia de flechas envenenadas.

—¿Crees que no serían capaces de haceros frente y aplastaros?

Los ojos de Ux destellaron de odio.

—Tal vez. Podrían intentarlo, por supuesto. Pero ¿quién puede estar seguro de quién vencería? Además, sería una manera de acelerar los acontecimientos y provocar la guerra. ¿De verdad te arriesgarías a ello?

Tatiana suspiró. Estaba aturdida y no tenía ni idea de lo que iba a hacer. No podía abandonar a Drashir y a sus hijos. Pero tener la oportunidad de evitar el espantoso enfrentamiento y no hacerlo... Nunca se perdonaría por las muertes, el llanto, el sufrimiento.

—Lo pensaré —dijo.

—No tardes demasiado, los míos están ansiosos por combatir.

—Necesito más tiempo.

—Tienes dos semanas. Si no apareces en la Gran Roca, sabré que me has rechazado, por segunda vez, y que has decidido tu

destino y, en consecuencia, el destino de todos.

—Como ya te he dicho, lo pensaré.

Tatiana retrocedió unos pasos, dispuesta a salir de ese lugar y regresar junto a Penny y Cyrus de inmediato. Necesitaba ver a su hijo.

Pero Ux la cogió de la mano con suavidad y la atrajo hacia su cuerpo.

Para su propia sorpresa, ella no se resistió.

El calor seco del cuerpo musculoso de Ux se filtró en su piel y la calentó de arriba abajo.

—¿Nunca has pensado en el futuro que nos arrebataron?

—Alguna vez —reconoció—, pero hace mucho de eso, Ux. Lo he superado. Tú también deberías.

Sus manazas se deslizaron hacia su cintura y la asió con firmeza.

—No estoy de acuerdo. Jamás se supera el amor verdadero, Tatiana.

El círculo negro de sus iris se intensificó, oscureciendo el hermoso celeste, mientras Ux clavaba la mirada en los ojos esmeralda de la reina.

—No es amor lo que sientes por mí, es obsesión.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

Apretó su enorme cuerpo contra el de ella y ensanchó las fosas nasales de nuevo. El delicado aroma a flores salvajes y miel de Tatiana se coló hasta lo más profundo de su alma. Y por un momento, por un efímero instante, lo transportó a otra época. Una en la que creía que tendría un futuro hermoso y apasionado con esa humana bella y valiente.

Se inclinó un poco sobre la reina, obligándola a arquear la espalda, y bajó el rostro.

—Puedes detenerme cuando quieras —dijo Ux con la voz enronquecida un segundo antes de besarla.

Ella no lo detuvo.



4 UN AGRADABLE BAÑO
TINA

En cuanto llegamos a la aldea, cada cual se dirigió a su casa a cenar y descansar. Había sido un día agotador y cargado de emociones. Todavía no era capaz de asimilar todo lo que había sucedido. Aquella pantera, la líder, era impresionante. Se me había acercado tanto que, si hubiese querido, podría haberme arrancado la cabeza de cuajo. Sin embargo, no lo hizo, sino que salimos de las cuevas con su aprobación y una alianza poderosa.

Y ni quiera entendía cómo había sucedido.

Cyrus me había explicado en el camino de vuelta que las panteras tenían que respetar a aquellos con los que se aliaban y sopesar su valentía y entereza. Y, al parecer, nosotros dos, los reyes de Nemea, habíamos superado la prueba.

Cuando pensaba en mi antigua vida y la comparaba con la actual, mi mente entraba en cortocircuito. Pasar de ser estudiante universitaria y la rica heredera de un magnate de Nueva York, a convertirme en la reina de un planeta desconocido y vincularme a una bestia alienígena no era algo que sucediera todos los días. Sin embargo, me sorprendía a mí misma la relativa facilidad con la que me había adaptado a ello.

Y no solo yo, sino todas nosotras.

A Emi y Jenny les estaba costando un poquito más aceptar nuestra nueva situación, sobre todo a esta última. Callie, por otro lado, parecía que hubiera nacido para acabar aquí, con ese príncipe divertido y un poco zumbado que bebía los vientos por ella.

Al alcanzar la plaza central de la aldea y separarnos cada una en una dirección, sentí un retortijón. Jenny se fue directa a la casa posada, donde pasaba las noches, aunque dejaba que Xerx la

escoltara hasta la puerta. Allí se habían instalado también las humanas descendientes liberadas de los pantanos que, o bien no tenían barog, o bien su casa había sido destruida en la guerra y no tenían hogar al que volver.

Suponía que, poco a poco, todas ellas se irían reubicando en sus nuevas viviendas, pero, por el momento, alojarse ahí juntas en su nuevo hogar parecía que les estaba sentando bien. Artia, la *aninf* amiga de Callie, se encontraba con ellas y las ayudaba en todo lo que podía, sobre todo a la pobre Sylvia y a su bebé barog. Solo pensar en el infierno que habían tenido que soportar, se me encogía el estómago.

Emi, por su parte, caminaba al lado de Axeh sin pronunciar apenas palabra y, aunque sonreía, yo sabía que aquella sonrisa era forzada y que andaba un poco cabizbaja. Era mi mejor amiga y la conocía bien. Le lancé una mirada antes de que se alejara y ella asintió para tranquilizarme. Solo esperaba que esa noche con su barog fuera de maravilla. Axeh era un buen tipo y jamás la obligaría a hacer nada que ella no quisiera.

Aun así…, era su primera noche con un barog. De hecho, era su primera vez con un hombre, y seguro que estaba un poco asustada. Estaba impaciente por reencontrarme con ella por la mañana y que me lo contara todo. Ojalá fuera una experiencia bonita y satisfactoria para ella. Su barog se esforzaría para que así fuese.

—¿Estás bien, mi reina? Te veo un poco ausente —me preguntó Cyrus, rodeándome la cintura, mientras cruzábamos la puerta de casa, la morada de los reyes.

—Sí, solo estoy cansada, y deseando darme un buen baño y meterme en la cama.

—Pues eso es lo que vamos a hacer. Pediré que nos llenen la tina de agua caliente y, mientras tanto, podemos cenar algo —dijo con los ojos oscuros brillantes y esa sonrisa salvaje que ya conocía tan bien.

Cenamos en la colorida sala que hacía las veces de comedor, uno frente al otro en la mesa de madera, sencilla pero bellamente grabada. Charlamos de nuevo sobre lo que había sucedido en las

cuevas de las panteras y me confirmó que algunas de ellas se habían ya desplazado a los alrededores de la aldea. Esperaban agazapadas en la selva circundante, como precaución por si aparecían los hermanos perdidos.

Cyrus no creía que atacaran pronto, sino que, seguramente, estarían organizándose y reuniendo aliados, tal como habíamos hecho nosotros, para que, llegado el momento, pudieran asestar un gran golpe.

El rey no parecía asustado en absoluto, tal vez solo un poco preocupado y en alerta. Sin duda, la amenaza era real y no tardaría mucho en llegar. Con todo lo que Callie y las demás mujeres liberadas le habían contado, era plenamente consciente de a qué íbamos a enfrentarnos. La parte positiva era que, gracias a eso, podrían prepararse mucho mejor para la batalla, puesto que disponíamos de valiosa información sobre nuestros enemigos.

Él y Daryos habían quedado en reunirse a la mañana siguiente, junto con sus principales guerreros, para seguir organizando las defensas de la aldea y definiendo la estrategia. Eran barogs fuertes, valientes y fieros, y no iban a amedrentarse ante los hermanos perdidos ni ante nadie.

Yo, en cambio, estaba hecha un flan. Aguantaba el tipo y no mostraba ni una pizca de duda respecto a su capacidad para salir victoriosos ni temor ante lo que se nos venía encima. Pero la realidad era muy distinta: tenía miedo.

Por lo que Callie había explicado, ese Ux y los hermanos perdidos no eran ninguna broma, sino unos monstruos despiadados y muy bien preparados para la guerra. Además, contaban con esos híbridos de barog y *aninf*, que me causaban escalofríos. Los había visto pelear y no tenía ningunas ganas de volver a verlos. Y aunque el rey estaba convencido de que las *aninfs* no tomarían partido por ninguno de los dos bandos, yo no estaba tan segura.

Que nunca hubiesen elegido bando en las luchas anteriores no significaba que no fueran a hacerlo ahora.

Cierto que nosotros contábamos con muchos leones y con las panteras, además de con todos los barogs de la aldea. Y que, llegado el momento, se nos unirían también los guardianes del

templo, si todo salía como estaba previsto. Pero no podíamos estar seguros de si Ux había sumado a sus fuerzas otros aliados desconocidos.

Por otra parte, los ancianos habían hablado muy claro tras la osadía de mi rey y el príncipe: se habían negado a mandar a los guardianes en caso de guerra. Cyrus estaba tranquilo al respecto, y enviaría a alguien enseguida a hablar con Sulveh para ponerlos sobre aviso, pero yo no lo tenía tan claro.

¿Qué ocurriría si los ancianos les daban la orden de permanecer en el templo? ¿Y si, en el momento de la verdad, no pudiesen acudir en ayuda de la aldea?

Todas esas incógnitas me revolvían el estómago. Aun así, me las arreglé para ingerir unos pocos bocados de estofado de serpiente y varios trozos de piña, dulce y jugosa. Con los tiempos que corrían en Nemea, no podía permitirme debilitarme.

—¿Ya has decidido a quién vas a enviar al templo para avisar a Sulveh? —pregunté mientras me sumergía en la enorme tina de madera que usábamos como bañera.

Según me habían dicho, solo nosotros teníamos una, y las demás casas contaban con un sistema de ducha simple y rudimentario.

Cyrus no apartó la mirada de mí hasta que mi cuerpo desapareció por completo bajo el agua y recosté la espalda en el borde. Solté un suspiro de pura satisfacción. De pronto, fui consciente de que me dolía todo, incluso músculos que no sabía ni que tenía.

—A Xerx. Se ha ofrecido voluntario. Pronto les comunicaré a todos mi decisión.

Abrí los ojos cuando un chapoteo agitó el agua. El rey se había despojado del taparrabos y estaba de pie en la bañera, desnudo frente a mí.

Se me secó la garganta ante una belleza tan… *grande.*

Se estiró un poco para alcanzar los tarros de jabones y esencias, que estaban sobre una banqueta junto a la tina, y se sumergió también. Nuestras piernas flexionadas se rozaban, las suyas por fuera de las mías.

—No sabía que íbamos a bañarnos juntos —dije con media sonrisa, incorporándome un poco y sentándome más erguida.

—¿Te molesta, mi reina? —Enarcó una ceja.

—Al contrario, mi rey. Es un gran placer.

Esa risa suya, oscura y un poco siniestra, reverberó en su pecho. Dioses, ¡cuánto me gustaba ese barog! Era mucho más que eso: lo amaba de un modo que jamás creí que pudiera amar a un hombre. Ese sentimiento me dejaba atónita y sin respiración. Y la complicidad entre nosotros me encantaba.

Su aspecto rutilante, poderoso y atractivo de un modo distinto a cualquier hombre, me hacía hervir la sangre. Era un barog imponente.

—¿Te gusta mirarme, Tina? —dijo con la voz enronquecida.

No me había dado cuenta de que me había quedado embelesada.

La mota verde de su ojo brillaba traviesa en aquel pozo negro e insondable. Me había sonrojado, no sé si por el efecto del vapor caliente que emanaba del agua… o porque mi rey me había pillado repasándolo de arriba abajo sin disimulo.

—Mucho, lo reconozco.

Tuve la sensación de que se le hinchaba el pecho de orgullo masculino.

—No tanto como me gusta a mí mirarte a ti. Eres tan hermosa que apenas puedo respirar cuando estamos juntos.

—Vamos, no exageres, mi rey. Un barog hecho y derecho como tú…

Se movió para acercarse a mí, y su cuerpo enorme levantó una ola que me salpicó la barbilla.

—Estoy loco por ti, Tina. Pero eso ya lo sabes —dijo entrelazando los dedos en mi nuca y atrayéndome hacia su rostro—. Lo que no saben los demás es que este rey no es nada sin su reina; este rey se postra a tus pies.

El corazón se me aceleró, a punto de salir disparado de mi pecho al encuentro del suyo.

Se inclinó un poco más y sus labios rozaron los míos. Alcé los brazos y le rodeé el cuello, robusto como las columnas del templo.

—Los dioses te han esculpido para mí, Cyrus. Está claro que eres mi alma gemela.

Sus ojos resplandecieron de emoción y, aunque trató de disimularlo, una lágrima se escapó de uno de ellos. Había llegado a la conclusión de que mi rey era un ser sensible y bondadoso, mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. Bueno, estaba segura de que su hermano también lo tenía bien calado. Por eso Daryos le quería tanto.

Por eso *yo* le quería tanto.

Le mordisqueé la mandíbula y regresé a sus labios, que se abrieron para mí. Hundí la lengua en la boca del rey sin pedir permiso, porque podía. Porque era mío.

Al instante, colocó la palma de su enorme mano en mi espalda, presionándome hacia él. Los dedos de la otra mano seguían enredados en mi pelo, sujetándome contra su boca mientras me besaba con profundidad.

Besos prolongados e intensos, con su lengua devorando la mía mientras yo saboreaba sus gruñidos.

Con un movimiento rápido, me dio la vuelta y me sentó sobre su regazo, con mi trasero directamente sobre su pene y mi espalda contra su pecho musculoso, y empezó a besarme el cuello.

Su cola se enredó en mi cintura y sus dedos en mi garganta, y me elevó sobre él para poder penetrarme, lentamente, deslizándose centímetro a centímetro en mi interior mientras yo me deshacía en sus brazos.

Me agarré a sus rodillas flexionadas, que sobresalían un buen trozo del agua, para no salir disparada con cada una de sus implacables embestidas y para ayudarme a mecerme sobre él.

Cada vez que lo tenía dentro, entero, presionaba con mi trasero sobre él y contraía los músculos internos para darle el máximo placer.

—Esto que haces… va a acabar conmigo —me dijo al oído, como un susurro ronco.

—Por eso lo hago, mi rey. —Mi voz sonó seductora y provocativa. Tal como yo quería que sonara.

Apoyé la espalda en su pecho, musculoso y cálido, y me arqueé, abriendo los muslos para que pudiera llegar hasta el fondo. Él me los separó todavía más, pasando sus piernas por debajo, y aceleró el ritmo, que se volvió primitivo y feroz.

El vaivén de nuestros cuerpos impulsó el oleaje, y el agua salpicaba fuera por todas partes, encharcando el suelo.

Cuando empezó a temblar, dio un último empujón, tan profundo que me dejó sin aliento, y sus brazos se cerraron en torno a mi estómago para inmovilizarme sobre él. Sus colmillos me rozaron el hombro y sus latidos se volvieron todavía más erráticos.

Sentí el momento exacto en que su miembro se anclaba en mí y, durante unos largos segundos, no pude moverme. Vació su semilla en mi interior, entre espasmos y rugidos que hacían eco por las paredes de la sala de baño, mientras sus dedos se deslizaban sobre mi zona más sensible y me regalaban expertas caricias.

Hasta que me mareé y yo también alcancé el orgasmo. Uno descomunal y absolutamente abrasador, que me convirtió en mantequilla entre los brazos de mi barog.

Nos quedamos un rato muy quietos, yo tumbada con la espalda sobre su pecho, con sus manos sobre mi estómago y su boca en mi hombro. Sentía su pulso por todo el cuerpo y su aliento me hacía cosquillas en la piel.

—Ha sido… —empezó con la voz ronca.

—… increíble —terminé yo.

Aunque estaba de espaldas a él, presentí su sonrisa. Sus dedos buscaron mi barbilla y me ladeó la cara hacia él para besarme.

Me alzó con cuidado para salir de mí, y entonces me di la vuelta para sentarme de frente a él. Nos miramos a los ojos y volvimos a sonreír. Quién quiere hoteles, mansiones, coches de lujo o joyas cuando tiene al barog más atractivo, poderoso y rematadamente *sexy* del mundo.

Con dedos todavía trémulos, le deshice las trenzas que le recogían los mechones delanteros y le pedí que se sumergiera. Cuando lo hizo, por un momento se generó un tsunami en la bañera. Me aovillé en el otro extremo de la tina para dejarle espacio.

Nada más emerger, cogí el tarro del champú, que olía a jazmín y a algo muy agradable que no supe identificar, y le pedí que se diera la vuelta.

—¿Me dejas lavarte el pelo, Cyrus?

—Te dejo hacerme lo que tú quieras, amor mío.

Solté una risilla. Era un tipo de intimidad que jamás había compartido con nadie. Y me gustaba muchísimo.

Durante un buen rato, estuve lavándole el cabello en silencio, aplicando el champú desde la raíz hasta las puntas, masajeándole el cuero cabelludo mientras él gemía extasiado y ronroneaba como un gato enorme.

Me permití también deslizar las manos por sus poderosos hombros. Mis dedos resbalaban con facilidad sobre su piel por efecto del jabón.

Lo abracé desde atrás, cruzando los brazos sobre su pecho, y le besé la mejilla varias veces. Él se rio de pura felicidad. Ni siquiera entendía cómo habíamos llegado a ese punto, pero lo habíamos logrado.

Después, se sumergió de nuevo para aclararse la melena, y otro tsunami amenazó con vaciar la bañera. Entonces, me pidió hacer lo mismo, y se llenó las manos de champú para lavarme el cabello. Aquello fue una experiencia sublime, que pensaba repetir tantas veces como me fuera posible.

Sentir sus manazas en mi cabeza, acariciando, enjabonando y masajeando, me dejó más relajada de lo que había estado en toda mi vida.

Al acabar, nos aclaramos el cuerpo, y salimos de la tina para secarnos.

Poco después, estábamos metidos en la cama, abrazados y muy enredados, medio adormilados.

Pero había una pregunta que me rondaba por la cabeza.

—¿Por qué has escogido a Xerx para ir al templo? Aunque se haya ofrecido él, sé que solo elegirías al más adecuado. No puedes arriesgarte en algo tan importante.

Me abrazó más fuerte.

—Porque es el barog más inteligente de todos nosotros.

—¿En serio? —dije incorporándome un poco sobre un codo. Cyrus tiró de mí y me acurrucó contra su pecho.

—Traza los mapas de Nemea, conoce las antiguas leyendas mejor que nadie, ha recorrido un sinfín de rutas diferentes para llegar a los sitios clave para los barogs…

—Son buenas razones, sin duda.

Su cola se enroscó en mi tobillo y su pierna se metió entre las mías.

—Si hay algún altercado con los ancianos y tiene que exponer la situación, lo hará mejor que nadie. Ciench también lo haría muy bien, pero no puedo separarlo ahora de Susi. Han pasado por demasiadas cosas horribles y se merecen un descanso antes de que…

—… de que ocurran *más* cosas horribles.

—Iba a decir «antes de que estalle la guerra», pero viene a ser lo mismo.

Me estremecí.

—¿Y Daryos?

—A Daryos lo necesito a mi lado. Si los barogs perdidos atacan, él es mi mano derecha y el mejor guerrero después de mí. Todos son los mejores, pero él es… mi hermano.

Asentí. Lo comprendía.

No solo lo necesitaba a su lado, sino que, tal vez, no soportaba pensar que pudiera correr algún peligro lejos de él.

—Pero Xerx también te importa, ¿verdad? —dije pensando en Jenny. La pobre iba a sufrir como una condenada en ausencia de su barog.

—¡Claro que me importa! Es mi primo y uno de mis amigos más queridos, aunque él a veces no me aguante y todavía no me haya perdonado del todo, o eso creo. No soportaría que le ocurriera nada malo. Solo lo he escogido a él porque es el mejor para esta misión y porque quiere hacerlo. Además, aunque Daryos también lo haría bien, si los ancianos intervienen, podría acabar enviándolos a la mierda. Con mi hermano nunca se sabe lo que puede ocurrir. —Soltó una carcajada—. Y ahora mismo, no podemos permitirnos

desafiar de nuevo a los ancianos, no a las puertas de la segunda Gran Guerra.

Me quedé pensativa.

—¿Crees que Xerx te perdonará algún día?

—Seguro que sí. Tenemos muchos siglos por delante, si los dioses lo permiten. Desde luego, yo no pararé hasta que lo haga. Y sé que se está ablandando y que él… también me quiere. Nos conocemos desde que éramos un par de mocosos; una relación tan verdadera no se rompe así como así. Al menos, yo pondré todo de mi parte, y sé que él está poniendo de la suya.

—Y enviarlo a esa misión es una manera de demostrarle que confías plenamente en él —dije, llegando sin problemas a la conclusión.

—Ni más ni menos, mi reina. Mira que eres lista —me dijo plantando un beso en mi hombro que me provocó un cosquilleo por todo el cuerpo—. Y ahora, *hoa uhane*, ¿podemos dormir? Puede que sea un barog grande e invencible, pero, ahora mismo, estoy agotado.

Le miré a la cara y, ciertamente, parecía cansado.

—Buenas noches, mi rey —dije besándole suavemente en los labios.

—Buenas noches, mi reina —murmuró él.

Y en cuestión de segundos, se quedó dormido pegado a mi cuerpo. Yo me dormí poco después.

5 LA MARCA DE LA ESPIRAL
CALLIE

Tras ducharnos juntitos y muy abrazados, nos secamos el uno al otro y, entre besos y carantoñas, regresamos al dormitorio. Primero, me desenredé el cabello, desnuda ante el espejo que colgaba de la pared, bajo la atenta mirada de mi barog, que no me quitaba ojo. Solo le faltaba babear, al pobre.

Después, lo obligué a sentarse en el taburete y peiné su larga melena azabache, desenredando con cuidado mechón a mechón, mientras él ronroneaba y me dejaba hacer. De vez en cuando, su cola o sus dedos me acariciaban un muslo, el vientre… Era bastante difícil que Daryos se estuviera quieto por completo.

Cuando me coloqué entre sus piernas para peinarle los mechones delanteros, aprovechó para rodearme la cintura y atraerme hacia él. Mis piernas rozaron su desnudez y me estremecí. Él también.

Subió una mano, y sus dedos se enroscaron alrededor de uno de mis pechos. Plantó un beso húmedo y dulce justo sobre el pezón. Volví a estremecerme.

Tras pasar el peine de hueso por el último mechón, le agarré la cara entre las manos y lo miré a los ojos. Todavía no tenía decidido cuál de los dos me gustaba más, si el verde o el azul.

—Listo, barog. Limpio y repeinado —le dije, guiñándole un ojo.

Él cerró un poco las piernas y me atrapó entre ellas. Me acarició las nalgas y me besó con suavidad. Era sorprendente la delicadeza con la que era capaz de tratarme ese ser inmenso y salvaje. ¡Lo amaba tanto por ello! Y por todo lo demás, claro. Lo amaba con locura.

—Muchas gracias, preciosa. Creo que nunca he tenido el pelo tan desenredado como ahora mismo —dijo separándose de mí.

Me soltó y se puso en pie. Me cogió de la mano y, al fin, nos tumbamos en la cama. Cuando se giró hacia mí, con los ojos brillantes y cargados de muchas cosas bonitas, hizo una pequeña mueca de dolor y rotó el hombro.

—¿Te duele?

—Desde que me dispararon aquella flecha, a veces noto alguna molestia. Nada de lo que debas preocuparte, amor.

—¡Por supuesto que me preocupo! Anda, ven aquí. Túmbate bocabajo.

Abrió mucho los ojos.

—¿Tengo que preocuparme? —dijo alzando una ceja con expresión traviesa.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un payaso?

—¿Un qué?

Hice rodar los ojos.

—Nada, otro día te lo cuento. Túmbate, voy a hacerte un masaje para destensar la zona.

No tuve que repetírselo.

De un bote, se tumbó desnudo bocabajo. Y antes de que pudiera colocarme sobre él, su cuerpo tembló, la musculatura vibró, la cola menguó y desapareció ante mis atónitos ojos…, y se transformó en su versión humana.

—¿A qué debo el honor? —dije, tragando saliva con dificultad, con la visión del hombre más atractivo del universo tumbado desnudo ante mí.

—Te cansarás menos cuando me masajees. En esta forma soy muy grande, pero no tanto. Así te facilito las cosas.

—Qué considerado, amorcito.

—¡Qué va, es por puro egoísmo! Así el masaje durará más tiempo.

—Ya veo que has pensado en todo.

Nos reímos mientras yo me acomodaba sobre él, con una pierna a cada lado de su espectacular cuerpo. Antes de situarme

para comenzar el masaje, no pude evitar recorrerle de arriba abajo con la mirada.

Su espalda, sus hombros, sus glúteos, sus muslos… Todo en él estaba esculpido en piedra por sus queridos dioses del manantial. ¡Y ese trasero, por favor! Me incliné hacia delante y le planté unos cuantos besos, suaves como plumas, en las nalgas. Después, tracé dibujos con la lengua sobre su piel. Estaba tentada de seguir bajando, darle la vuelta y…

—¿Te acuerdas de que lo que me duele es el hombro, *hoa uhane*?

—Si te soy sincera, me acuerdo vagamente. Estoy demasiado entretenida con esta parte de aquí —dije pellizcándole una nalga. Él dio un respingo y soltó una carcajada—. O tal vez esta de aquí. —Deslicé los dedos entre sus muslos y le acaricié los testículos desde atrás.

Él gimió.

—Si haces eso otra vez, puede que hasta yo me olvide de que es el hombro lo que me duele.

—Mmmm… Igual es buena idea, entonces —ronroneé, repitiendo esa caricia.

Contrajo los glúteos y presionó las caderas contra la cama. ¡Joder! ¡Menudo espectáculo!

—Amor, tienes un segundo, máximo dos, para empezar el masaje. Si no, puede que en un ratito necesites una tercera ducha.

Entre risillas, decidí que iba a portarme bien. Al pobre le dolía el hombro, y yo aquí soñando con chupársela hasta dejarlo seco. Total, por esperar un poco no pasaba nada.

Así que trepé por su espléndido cuerpo y me senté a horcajadas sobre su culo. Desnuda. Sentí el temblor que lo recorrió retumbando en mis piernas.

—Olvida el masaje, amor. Vamos a follar otra vez —dijo con la voz tan enronquecida que hasta me costó entenderlo. Pero su cuerpo me daba todas las pistas que necesitaba.

Aun así, presioné con las manos en el centro de su espalda con fuerza.

—No te muevas, ya verás cómo te gusta.

Volvió a temblar bocabajo, pero no se dio la vuelta.

—Ese es el problema, que aún no has empezado el masaje y ya me está gustando. Es que estás ahí sentada sobre mi culo y…

—Shhh, anda, estate quietecito y relájate.

—A tus órdenes, Callie —dijo ahogando una carcajada en la almohada.

Así que empecé a masajearle los hombros, la espalda y los brazos, apretando en cada músculo, presionando en cada nudo que mis dedos encontraban a su paso. Durante un rato, nos mantuvimos en silencio, tan solo interrumpido por nuestras respiraciones y por los gemidos ocasionales de Daryos.

Cuando empecé a toquetearle el hombro dolorido, se encogió un poco, pero enseguida lo relajó y pude ir aliviándole la tensión que se le acumulaba en ese punto. Era un placer deslizar las manos por ese cuerpazo definido hasta la más absoluta perfección. Sinceramente, no sé quién de los dos estaba gozando más el masaje.

—Qué manos más maravillosas tienes, amor. Me estoy derritiendo —dijo con voz gutural, medio amortiguada por la almohada.

—Me alegro de que lo estés disfrutando. Tienes muchos nudos, así que, si te parece bien, puedo darte uno a la semana hasta que desaparezca el dolor por completo.

—Me parece maravilloso, preciosa. Estoy en el paraíso, así que puedes ponerte a toquetearme la espalda y los hombros cuando quieras. Y ya puestos, todo lo que te dé la gana. Mi cuerpo es todo tuyo. Enterito.

Me reí.

—A ti, con tal de que te ponga un dedo encima…

—Y debajo y donde quieras, amor.

—Vale, no te vengas arriba. Además, con o sin masajes, quiero que vayas a ver a Xioh uno de estos días.

—No creo que a Lansh le hiciera mucha gracia que su pareja se pusiera a masajearme —bromeó.

—Idiota, ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé, no te cabrees, mujer.

—Quiero que te examine el hombro. Quizá lo tienes todavía un poco inflamado y…

—Lo que tengo inflamado ahora mismo es otra cosa. Tal vez puedas darme otro masajito por ahí abajo.

Mi mano voló sola y le di una colleja.

—¡Auch! No me pegues, amor. ¡Con lo bien que nos estábamos llevando últimamente!

—Si dejaras de decir tonterías… Pero es que sueltas una detrás de otra.

—Conmigo no puedes decir que te aburres, ¿eh, preciosa?

Puse los ojos en blanco.

—En eso debo darte la razón.

Nos reímos.

Bajé una mano por el surco de su columna mientras con la otra trabajaba los músculos de los costados. Hasta que llegué a la media espiral que le decoraba un lado de la parte baja de la espalda.

Me quedé unos segundos embobada, observando fijamente cada trazo de aquella marca sagrada. La marca que nos unía desde mucho antes de conocernos. Desde siempre. La mitad que encajaba perfectamente con la que decoraba mi piel.

Recorrí el dibujo con un dedo, completamente fascinada. ¡Había todavía tantas incógnitas! ¡Tenía tantas preguntas!

—¿Estás contemplando la espiral? —preguntó. Tuve la sensación de que contenía la respiración.

—Ajá. Es muy hermosa.

—Es una preciosidad, sobre todo, cuando la pongo al lado de la tuya y se muestra la espiral sagrada completa.

Le acaricié con ternura el hombro dolorido para expresarle que estaba de acuerdo.

—Oye, ¿crees que la espiral servirá para algo importante? —pregunté.

Carraspeó.

—Es la espiral de la profecía, Callie, ¿te parece eso poco importante?

—Me refiero a si…, no sé, por ejemplo, si nos otorgará alguna habilidad mágica.

—Nunca he oído nada al respecto, amor. No creo que su valor se refiera a eso.

—Vale, entonces, tenemos esta marca solo para indicar que debías ser el rey de Nemea; pero, como eres un buenazo que adora a su hermano y no quiere problemas, decidiste rechazar el trono y conformarte con ser príncipe.

—Visto así, parece que no sea más que un dibujo decorativo. Pero olvidas lo más importante, amor: esa marca nos unió a ti y a mí. Esa marca indica que, desde nuestro nacimiento, estábamos predestinados a estar juntos para siempre, a vincularnos. Y también a llevar a cabo grandes hazañas durante nuestra existencia —dijo. —Y entonces, riendo con suavidad, añadió—: Francamente, creo que ya llevamos una cuantas de esas.

—En eso tienes razón. Sin embargo…, ¿estás seguro de que no nos otorgará superpoderes o algo así?

Giró la cabeza para mirarme.

—¿Te parecen pocos los superpoderes que tengo yo?

—Es verdad, retiro lo dicho. Es una chorrada. Eres un pedazo de hombretón que cambia de forma humana a barog en un periquete, con fuerza descomunal, garras, colmillos y todo eso, capaz de destripar a cualquiera, trepar árboles, cabalgar sobre leones, correr a través de la jungla…

—Exacto, preciosa. Creo que con eso tengo más que suficiente.

Reflexioné un instante. Todo eso estaba muy bien, pero yo tenía la mitad de esa espiral.

—¿Y yo? Porque, con marca o sin ella, sigo siendo una humana corriente y moliente.

—¿Quieres superpoderes, amor? —dijo soltando una carcajada.

—Pues sí, la verdad. No me vendrían nada mal para sobrevivir en esta jungla, donde aguarda un peligro mortal y espantoso en cada rincón.

—Por el momento no te va mal.

—Dame unos mesecitos más y verás cómo acabo devorada por un lagarto azul, descuartizada por un pulpo gigante… o

aplastada por una piña mutante.

Soltó otra carcajada aún más sonora.

—Y luego me llamas a mí melodramático. —Todo su cuerpo vibraba debajo de mí mientras se desternillaba—. No tienes nada de que preocuparte, preciosa. Yo te protegeré de todos los peligros.

Le di otro manotazo para que se callara.

—Lo digo muy en serio, esta espiral tiene que conllevar algo más, estoy segura. ¿No recuerdas lo que nos dijo el anciano Ooris en el templo? Porque yo lo llevo grabado a fuego en la mente.

—Ilumíname, amor.

Resoplé.

—«Tarde o temprano, el poder de la espiral se manifestará en vosotros de algún modo, y deberéis estar preparados para acogerlo y usarlo. Quién sabe, quizá se manifieste en el momento en que más lo necesitéis». O algo así.

—No lo sé, Callie, puede que algún día lo descubramos.

—A ver, por ahora, ya sé que me permite comunicarme con los *llitops*.

—En cuanto a eso…

—No te atrevas a negarlo. Gracias a ellos, logramos salir de los pantanos. Cuando tratan de decirme algo, la marca me pica y me hormiguea.

—Sigo pensando que es muy raro.

—¿Y te crees que a mí no me lo parece? Hasta hace poco, vivía en un mundo civilizado, sin bestias salvajes alienígenas cambiaformas.

—Eso ha sido cruel —dijo riéndose—. Además, lo de los *llitops* quizá tenga otra explicación.

—Créeme, le he dado muchas vueltas al tema, pero siempre llego a la misma conclusión: la marca de la profecía me ha otorgado el don de comunicarme con ellos.

—Pues ahí tienes tu superpoder —bromeó.

—No estoy de cachondeo, Daryos, lo digo muy en serio. Es una manera de comunicarse muy limitada porque solo pueden responder sí o no; el hormigueo no da para más. Pero nos sirvió de ayuda en un momento terrible, y sé que existe una conexión entre

esos animalillos y yo. Puede que, más adelante, descubramos que podemos comunicarnos con otros animales o que tenemos otras habilidades.

Mi barog se removió debajo de mí hasta darse la vuelta, sujetándome para que no me cayera. Cuando estuvo bocarriba, el contacto de su pene con mi parte más sensible nos hizo gemir. Al instante, la mirada se le nubló y me agarró de las caderas. Estaba duro como una roca. Aun así, tuvo la deferencia de contestarme.

—No lo sé, amor. Pero, si la marca nos ha conferido algún otro tipo de poder, me encantará averiguarlo contigo. Estoy seguro de que, al igual que con los *llitops*, aparecerá en el momento en el que más lo necesitemos.

—Entonces…, ¿me crees?

—¡Por supuesto que te creo, preciosa! Los *llitops* atrajeron a esos pulpos gigantes como distracción y serraron los barrotes con los dientes para liberaros. Y llevo varios días viendo cómo interactúan contigo. No tengo ni idea de lo que es, pero está claro que hay algo entre esos pollos despeinados, como tú los llamas, y tú. Sobre todo, con el líder del grupo.

—Naranjito. Ese es más listo que el hambre.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos mientras un ronroneo grave y sutil reverberaba en su pecho, y sus caderas se frotaban contra las mías, buscándome con suavidad, como una invitación.

—¿Te apetece montarme un rato, amor? Ese masaje me ha puesto a mil.

Y aunque mi mente todavía le dio algunas vueltas más al tema de los *llitops*, sonreí a mi barog y asentí.

Me alcé sobre él y me deslicé sobre su polla, engulléndola poco a poco mientras él se retorcía de placer y gemía enloquecido.

Y lo cabalgué hasta el delirio.



—Eres un dios del sexo, amorcito —le dije, dándole una palmadita en el enorme pecho.

Tras hacer el amor de nuevo, se había transformado en barog, y ahora estábamos metidos en la cama, y yo me acurrucaba en el hueco de su brazo.

Había sido un día extenuante pero maravilloso.

—Tú sí que eres una diosa, la más hermosa y *sexy* del universo. —Me acarició el cabello y me besó la punta de la nariz.

—¡Qué a gusto estoy ahora mismo! Este es el mejor lugar del mundo —murmuré.

—Estoy de acuerdo, amor.

Aspiré su delicioso aroma a café, chocolate y coco, y dejé que se colara en mí y me envolviera, dispuesta a dormirme entre sus brazos. Apuesto a que él hizo lo mismo, porque ensanchó las aletas de la nariz, enterró el rostro en mi cuello e inspiró con fuerza.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el calor seco que desprendía su piel.

Y, entonces, Enzo rugió. No uno de esos rugidos ensordecedores que reservaba para cuando se aproximaba el peligro, sino uno de esos suaves que anunciaban la llegada de alguno de nuestros amigos.

—¿Quién demonios será ahora? —solté.

—No tengo ni idea, amor. Espera, voy a mirar.

—No quiero que te muevas de aquí. Que pillen la indirecta y se larguen.

—Sea quien sea, seguro que insistirá.

Resoplé.

—Hemos pasado el día rodeados de gente y caminando sin parar. ¿Por qué no pueden quedarse en sus casas quietecitos y dejarnos en paz? ¿Es tanto pedir? —protesté.

Daryos se rio y se incorporó.

Enzo volvió a dar el aviso mientras escuchábamos pasos en el piso inferior.

—¡Callie! ¡Necesito hablar contigo! —gritó Lorna.

—Vaya, pero si es tu amiga —dijo mi barog, tumbándose en la cama de nuevo—. Me temo que te toca bajar a ti.

—Maldita sea —murmuré enfurruñada mientras salía de la cama.

Saqué un vestido del arcón, el primero que pillé, y me lo puse.

—¡Ya bajo! —le dije a mi amiga, a la que, por cierto, ahora mismo no me apetecía nada ver.

Antes de dirigirme a las escaleras, me incliné sobre la cama y le di un beso a Daryos.

—Yo solo quería dormir tranquilamente pegadita a ti. Una noche de descanso reparador. ¿Es tanto pedir?

Daryos me plantó otro beso, el suyo un poco menos casto.

—Lo sé, preciosa. Anda, ve con Lorna, yo te espero aquí. No tardaré en dormirme —dijo para tocarme las narices. Lo vi en el brillo de sus ojos y en su media sonrisa. Hasta se estiró como un enorme felino y bostezó sonoramente y todo, el muy capullo.

—Eso, tú anímame.

—Buena suerte, amor.

Y el tío se dio la vuelta tan pancho y, a los dos segundos, empezó a roncar. Me entraron ganas de matarlo.

Me dirigí a las escaleras y empecé a bajar.

¿Qué narices le pasaba a mi amiga?

6 CERRANDO HERIDAS
SUSI

Me pasaba buena parte de las horas cosiendo. Era la única manera de mantener mi mente lejos de los pantanos. Lejos de los últimos diez años. Lejos de Ux.

Pero me estaba resultando incluso más difícil de lo que había imaginado. Porque una década de terror y abusos no se superaban así como así.

Siempre había creído que, en cuanto me rescataran y me reencontrara con mi barog, las cosas se arreglarían como por arte de magia. Todo volvería a ser como antes y el dolor desaparecería en un abrir y cerrar de ojos. Cada día de cada uno de esos espantosos diez años había rezado a los dioses del manantial para que Ciench me salvara. Soñaba dormida y despierta con ese momento.

Sin embargo, ahora que se había producido ese milagro y estaba de nuevo en la aldea rodeada de mis amigos, a salvo y junto a mi barog, las cosas no habían vuelto a ser como eran antes de la guerra.

Y quizás nunca lo serían.

Seguía amando a Ciench con toda mi alma, pero era incapaz de recuperar la complicidad y la confianza absolutas que solíamos tener. Lo que antes era un vínculo fuerte e indestructible, ahora hacía aguas.

Y yo ni siquiera sabía cómo arreglarlo.

Quería abalanzarme sobre él y besarlo. Quería sentir su piel contra la mía y sus manos alrededor de mi cuerpo. Pero, cuando se acercaba, yo retrocedía por instinto. Me apartaba de inmediato, como si me fuera imposible soportar su contacto, su proximidad o, simplemente, su mirada clavada en la mía.

Esos ojos grises que tanto amaba me atravesaban el corazón, intentando adivinar si me encontraba bien, si necesitaba algo, si alguna vez sería capaz de estar *realmente* con él.

Me odiaba a mí misma por mantener esa barrera alzada entre nosotros. La había trazado desde el momento en que nos habíamos reencontrado y, cada vez que él intentaba cruzarla, yo me escabullía.

Él no se enfadaba. Ni siquiera parecía perder la paciencia o hundirse. Lo conocía bien y sabía que esto lo estaba destrozando, que no soportaba que mantuviera las distancias con él. Aun así, no me presionaba. Permanecía ahí, a mi lado, aguardando pacientemente a que yo decidiera abrirle mis brazos de nuevo y hacerle un hueco junto a mí.

Apenas habíamos hablado del día en que los hermanos perdidos nos separaron y se me llevaron a los pantanos. El día en que creí que lo habían matado y que jamás volvería a verle, aunque, en el fondo de mi corazón, sentía que el vínculo seguía todavía ahí, vivo y expectante.

Tampoco de los diez años que habíamos pasado lejos el uno del otro. Yo me veía incapaz de explicarle nada de lo que me había sucedido, y él lo respetaba. No obstante, sabía que mi silencio le dolía de un modo atroz.

¿Para qué iba a contarle nada de ese infierno? Él ya sabía lo esencial. Nos secuestraron y abusaron de nosotras repetidamente.

Nosotras habíamos hecho lo necesario para sobrevivir.

Los detalles no eran importantes, y ni siquiera estaba segura de que me salieran las palabras si intentaba explicárselo.

Así pues, habíamos llegado a una especie de acuerdo: no hablaríamos de ello, y nos centraríamos en curar las heridas y salir adelante. Cuando se lo propuse, apretó la mandíbula y una sombra veló su mirada plateada, pero asintió.

Cienchera el barog más noble y respetuoso de cuantos había conocido, y jamás me obligaría a contarle cosas que yo no estaba dispuesta a revelarle y que lo único que conseguirían sería hacernos más daño. Si queríamos sobrevivir a esos diez años, a todo el horror, debíamos empezar de nuevo.

Mientras el rey, el príncipe, algunos otros barogs y sus parejas habían ido a las cuevas de las panteras, Ciench y Toruch, por indicaciones de Cyrus, se habían quedado a cargo de la aldea.

Durante la mañana, mi barog había salido a ratos para ayudar en la construcción de las viviendas para Sylvia y su bebé, y para todas las demás que no tenían dónde alojarse. Por el momento, continuaban en la casa posada, pero pronto dispondrían de un hogar en el que comenzar una nueva vida y tal vez, poco a poco, cicatrizar sus heridas.

La aldea pequeña, la que se levantaba antaño a orillas del lago esmeralda, había sido arrasada por el fuego y la barbarie diez años atrás, así que todas las que vivíamos allí jamás regresaríamos a nuestro antiguo hogar. Ciench tenía ahora una casa en la aldea principal, no muy lejos de la plaza, en la que había vivido solo durante mi ausencia, aguardando a compartirla conmigo algún día.

Cuando entré en esa casa por primera vez, las emociones me dominaron por completo. Aunque no era la que compartimos durante casi dos siglos, tenía una decoración y distribución similares, y mi barog había ido acumulando todas las cosas que a mí me gustaban. Incluso había preparado un arcón lleno de vestidos para mí, así como otro a rebosar de telas de colores y los utensilios que yo solía utilizar para coser.

Aquello me había llenado los ojos de lágrimas.

Entretanto él estaba fuera ayudando en las construcciones, yo aprovechaba para practicar viejos diseños y algunos nuevos que había ido visualizando en mi mente durante todo ese tiempo lejos de la aldea, y que habían contribuido a mantenerme cuerda.

También había pasado a recoger a Penny por su casa, pues la suya todavía se mantenía en pie, para ir juntas a visitar a Sylvia y a las demás. Nos habíamos quedado charlando con ellas en la posada un rato mientras mimábamos a ese bebé regordete, sano y precioso. Aunque el pequeño Sonah nació en su forma barog, el único caso que se conocía hasta la fecha, su madre me dijo que ya se había transformado en humano un par de veces. Así pues, todo parecía normal.

Xioh, el sanador de la aldea, había examinado a Sylvia y a su hijo el día anterior, confirmando que todo estaba bien. Era un barog inteligente y calmado, y, según decían, un gran sanador como su padre, Xarix. Yo conocí a su padre, el hermano del rey Drashir. Ambos eran barogs de honor y de buen corazón.

Marla se unió a nosotras en la casa posada un buen rato mientras Goria, su barog, se ocupaba del puesto de comida que regentaban en la plaza. Estaba tan contenta de que hubiésemos regresado que a menudo nos abrazaba y sonreía todo el tiempo. Era una buena mujer, ¡todas lo eran!

Marla, Sylvia y yo habíamos sido grandes amigas durante mucho tiempo, y esa amistad seguía tan sólida como siempre. De vez en cuando, sin embargo, pillaba a Marla mirándonos con una profunda tristeza en el rostro, como si fuera consciente del horror que habíamos vivido y lo mucho que nos costaría recuperarnos por completo. Ella se escapó por los pelos de sufrir el mismo destino que nosotras.

En un momento dado, me sugirió que, cuando estuviera preparada, podría abrir de nuevo mi antiguo puesto de ropa en la plaza. Me emocioné y tuve que esforzarme por contener las lágrimas. Cuando fui incapaz de responder, ella se limitó a cogerme de la mano, darme un suave apretón y cambiar de tema.

Artia estaba también ahí y seguía ocupándose de todas, tal como solía hacer en los pantanos. Sobre todo, ayudaba a Penny en los cuidados que Sylvia y el bebé todavía requerían.

No sabíamos si pensaba quedarse en la aldea para siempre o si, algún día, se marcharía en busca de los de su especie. Todas le teníamos mucho cariño, así que esperábamos que permaneciera en la aldea, pese a que algunos la miraban con recelo. Aunque los barogs sin vincular a menudo se relacionaban con las *aninfs*, nunca hasta ahora había vivido una de ellas entre nosotros.

Cuando regresé de la posada, me acomodé de nuevo en los grandes cojines coloridos de la planta baja, cerca del gran ventanal, para aprovechar la luz que entraba.

Y seguía cosiendo cuando Ciench regresó.

Me saludó con palabras cariñosas, que yo apenas pude corresponderle, y se dirigió al piso de arriba a lavarse en el cuarto de baño. Yo ni siquiera era capaz de subir al dormitorio desde que habíamos regresado a la aldea. Lo había intentado, pero, tras superar dos o tres escalones, volvía a bajar. Me veía incapaz de tumbarme en la cama con él, aunque me hubiese prometido por los dioses del manantial que no me tocaría.

No podía.

Así que dormía en la planta baja, sobre los mullidos cojines, y él a mi lado, sin rozarme siquiera, a medio metro de distancia.

Me había ofrecido que me acostara en la cama, prometiéndome que él no subiría. Pero yo me quedaba paralizada. Habría preferido que él durmiera allí y me dejara sola, pero se negaba a separarse de mí.

Veía el terror en sus ojos cada vez que me alejaba demasiado o él debía salir para ayudar a los otros barogs. Era como si el pobre temiera que, si me perdía de vista, aunque fuera un segundo, yo pudiese desaparecer de nuevo y él jamás volvería a encontrarme.

Así que yo no objetaba nada cuando se tumbaba en los cojines en silencio, con su cuerpazo enorme emanando ese reconfortante calor seco, y su respiración calmada y regular. Esa respiración me arrullaba y lograba que me durmiera sin pesadillas... la mayoría del tiempo. Porque, a veces, me despertaba chillando con el cuerpo bañado en sudor, y solo su voz grave y serena conseguía que me tumbara de nuevo y siguiera durmiendo.

—¿Te apetece que vayamos a ver el lago esmeralda? —soltó a media tarde, tras ducharse y cambiarse el taparrabos.

—¿Ya has acabado de trabajar por hoy? —pregunté sin levantar la vista de la aguja que estaba enhebrando.

—Allí siguen, pero se las apañarán sin mí. El rey y los demás aún tardarán un poco en regresar de las cuevas de las panteras, así que podríamos ir y volver antes del anochecer o… tal vez mañana al amanecer. —Su rostro rebosaba ilusión. Yo me estremecí—. ¿Te gustaría? Ya se lo he comentado a Toruch, y me ha dicho que no hay problema. Si sucede cualquier cosa, enviará a alguien a buscarnos.

La verdad es que no tenía ni idea de si quería volver al lugar en el que había sido tan feliz... y en el que mi vida acabó abruptamente. Pero la emoción que veía en sus ojos y esa esperanza inagotable me convencieron y me dieron fuerzas suficientes para superar mis temores.

—Me gustaría mucho, Ciench.

Él sonrió. No fue una de esas sonrisas amplias y luminosas a las que antes me tenía acostumbrada, pero al menos era algo. Algo por lo que empezar a reconstruir los cimientos de nuestra relación.

—Las casas ya no están. Ahora hay varias cabañas, que construimos alrededor del lago. Son sencillas pero agradables. Podríamos llevar algo para picar y cenar allí. ¿Recuerdas lo hermoso que se ponía el lago cuando el sol desaparecía y las luciérnagas iluminaban el agua?

Ignoré el pinchazo que sentí en el corazón. ¡Por supuesto que lo recordaba!

Ciench y yo solíamos sentarnos a orillas del lago tras la puesta de sol y contemplar el brillo esmeralda que la luz de esos insectos arrancaba a la superficie ondulante del agua. Era una de las cosas más hermosas que había visto en mi vida. Después regresábamos a casa, tal vez bebíamos un poco de licor de moras y hacíamos el amor como dos enamorados locos el uno por el otro.

Aquellos bellos recuerdos amenazaban con romperme un poco más. Romperme en mil pedazos.

—Cómo olvidarlo. He pensado muchas veces en esas noches —dije, pese a que la tristeza me cerraba la garganta. Pero era la pura verdad.

—Yo también, amor.

«Amor». Ahí estaba la palabra que él seguía usando conmigo como si esos diez años jamás hubiesen ocurrido. La palabra que yo todavía no era capaz de pronunciar. Si él se había dado cuenta de ello, no lo demostraba.

—Voy a asearme y a cambiarme de vestido —dije, cogiendo uno de color lavanda del arcón.

Mientras caminaba hacia el rudimentario aseo de la planta baja, pues seguía sin ser capaz de subir, él se dirigió a la pequeña

cocina.

—Prepararé un pícnic para cenar allí. Panecillos, bayas, queso, carne curada... ¿Alguna cosa que te apetezca, *hoa uhane*?

El corazón se me encogió en el pecho un poco más.

—¿Miel de abejas rojas?

Él se detuvo un instante, como si recordara demasiadas cosas, y sin darse la vuelta, asintió.

—Siempre tengo un tarro lleno en la despensa, Susi. Tal como tú hacías. Me lo llevaré y también aquellas tortas que te gustaba untar con la miel.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Gracias —logré decir—. No tardaré mucho.

Me encerré en el aseo, con las lágrimas rodando por mis mejillas y los recuerdos de una vida feliz revoloteando en mi cabeza.

Por desgracia, también permanecían allí los recuerdos de esos diez últimos años.

Eran imposibles de borrar.



El lago esmeralda era tan hermoso como lo recordaba. En cuanto emergió entre la vegetación, la emoción me subió a la garganta. Las piscinas naturales, delimitadas por juncos, seguían allí, como si nada hubiese cambiado durante todo ese tiempo. Como si, en mi ausencia, lo demás hubiera permanecido igual.

Sin embargo, no era así.

Las casas ya no estaban, ni la placita central por la que solíamos pasear. Ya no quedaba nada de mi amada aldea. Ahora, se erigían decenas de cabañas a lo largo de la orilla, bonitas pero sencillas. Nada que ver con las casas de madera, caña y adobe, pintadas y decoradas con grabados, que se alzaban por todas partes.

Allí solía estar la de Sylvia y Sonah, a su lado la de Elena y Sulveh, y, más allá, la de Penny, antes de que se mudara a la aldea grande a petición de la reina Tatiana.

Y allí atrás..., la nuestra. Me estremecí.

En el lugar donde antes se alzaba nuestro hogar, ahora los helechos habían ganado casi todo el terreno junto a una de las cabañas.

Varios barogs de la aldea vigilaban la zona, apostados en los diversos accesos, lo que me daba cierta tranquilidad. La amenaza de los hermanos perdidos seguía ahí, y probablemente se estuvieran organizando para atacarnos. Pero Ux no vendría hasta estar bien preparado, hasta asegurarse de que tenía posibilidades de vencer.

Por desgracia, le conocía bien.

—Ven, Susi, dejaremos la comida en la cabaña y nos acercaremos al lago.

Por dentro, era espaciosa y acogedora. Tenía un jergón amplio y aparentemente cómodo en el suelo, cubierto por una colcha colorida, y una ventana por la que contemplar las estrellas y las lunas por la noche.

Encendimos un par de antorchas, para iluminar el camino por si regresábamos más allá del ocaso, y nos dirigimos hacia el lago.

Una vez allí, no pude evitar suspirar. Aquello era tan hermoso como lo recordaba o incluso más, y el agua más verde y brillante. Nos sentamos en la orilla y sumergimos los pies en el agua. Al instante, me sentí reconfortada, como si se hubiera aligerado un poco la pena que me oprimía el pecho.

—¿Nos damos un baño, Susi? —propuso con suavidad, mirándome de reojo.

No estaba segura de nada, pero el simple hecho de meter los pies en ese lago sagrado me había sentado bien al instante. Quién sabía si me sentiría mucho mejor si me sumergía por completo. Si esas aguas lograban curar rasguños y heridas del cuerpo, por qué no creer en que, tal vez, hacía lo mismo con las del alma.

La primera vez que me metí en ese lago, fue pocos días después de que Ciench me trajera a Nemea a través del portal y me mostrara lo que era en realidad, o sea, su naturaleza primigenia. Ese

día, yo ya estaba enamorada y sentía felicidad pura al estar junto a él, pese a que todo era nuevo para mí y un ligero temor me atenazaba la garganta. Lo peor, sin embargo, habían sido los sollozos y los gritos de algunas de las otras descendientes, que no tuvieron tanta suerte como yo y que regresaban de la cacería en la que las habían obligado a participar.

—Está bien —accedí al fin—. Démonos un baño.

De pronto, Ciench parecía muy emocionado.

Aparté la vista cuando se quitó el taparrabos para entrar desnudo en el agua y mantuve la mirada gacha cuando me despojé del vestido y él me tendió la mano para ayudarme a entrar.

De pronto, tuve un ataque de pánico. Sentirme desnuda a punto de meterme en el lago me recordó todas las veces en que Lorish nos conducía al pantano de aguas claras para que nos laváramos. Por un momento, pensé que no podría entrar en el lago. Mis pies no se movían y estaba empezando a marearme.

Pero el roce de los dedos de Ciench, callosos y llenos de cicatrices, sobre los míos, su ligero tirón en mi mano para conducirme al agua, me devolvieron a la realidad, al momento presente, y logré apartar a un lado todo lo demás.

Lorish y los otros hermanos perdidos me repugnaban. Pero ellos no estaban ahí. Era Ciench quien enlazaba sus dedos con los míos y me guiaba hacia una de las piscinas veladas por los juncos.

Así que me concentré en dejarme llevar y, cuando al fin alcanzamos una de las del centro del lago, me sumergí despacio en el agua.

El frescor me envolvió y el brillo esmeralda me hipnotizó. Y mientras una calma sólida y conocida se apoderaba de mí, al fin sentí lo que tanto había ansiado.

Estaba en casa.



7 ¡QUÉ HERMOSA ERES!
EMI

Tras regresar de las cuevas de las panteras y despedirnos de todos, Axeh y yo nos encaminamos hacia su casa. Él sonreía y hablaba sin parar, tal como solía hacer, mientras yo avanzaba cabizbaja, con un nudo en el estómago… o cien.

Su inmenso león de melena negra, salvo por un mechón color canela en lo alto, nos seguía con sus pasos majestuosos. Se llamaba Zaala y era muy impactante. Solía quedarse en la selva circundante de la aldea, alerta y vigilante, salvo cuando Axeh salía de caza, pues entonces siempre lo acompañaba.

Le había prometido a mi barog que, a partir de esa noche, viviría en su casa y que, al fin, nos acostaríamos juntos. O sea, que nos vincularíamos el uno al otro para toda nuestra existencia. Francamente, no sabía cuál de las dos cosas me impresionaba más: hacer el amor por primera vez… o unirme a un ser alienígena para el resto de mi vida.

Tragué saliva.

Él estaba exultante, por supuesto. ¡Y no era para menos! El pobre llevaba esperando esa noche desde que nos habíamos conocido. Sus bonitos ojos verde menta brillaban de alegría y anhelo. Estaba tan ansioso que apenas era capaz de disimularlo. Lo veía en su mirada, en sus gestos, en el ligero temblor de su cuerpo… Yo, en cambio, estaba hecha un flan.

En su versión humana, Axeh era guapísimo, con una de esas bellezas masculinas rutilantes e indiscutibles. Una de esas que te pueden atraer más o menos, pues es cierto que, en general, las mujeres los preferimos morenos, pero que no puedes negar. Pero es que, además, mi barog era un rubio muy especial.

Tenía la melena dorada, larga y ondulada, un poco más allá de los hombros. Sus ojos resplandecían como dos gotas de menta y su boca carnosa siempre estaba sonriente. Su expresión era relajada, cálida y amable, y sus facciones, marcadas y varoniles, pero con un toque dulce que me volvía loca.

En cuanto a su cuerpo… ¡Glorioso! Tenía más músculos de los que podría contar, todos perfectamente definidos y tonificados, con el volumen exacto para que, cada vez que lo miraba, estuviera a punto de desmayarme. Y esas manos, fuertes y callosas de sujetar la lanza, las herramientas o lo que fuera, y llenas de pequeñas cicatrices.

Su modo de andar y de moverse desprendía un aura positiva y mágica, que embaucaba y atraía a cualquiera que estuviera a su alrededor. Era un hombre con carisma y encanto naturales. Todo en él fluía.

Y luego estaba su versión barog…

Aunque en esta forma no era apuesto en el sentido estricto de la palabra, seguía siendo muy atractivo y esgrimiendo esa aura hermosa tan suya. Era mucho más grande y tenía todos esos apéndices con los que todavía no sabía muy bien qué hacer, y con los que esperaba acabar familiarizándome tarde o temprano.

Los colmillos, las garras y la cola eran bastante aterradores, pero me bastaba con mirarle a los ojos para conectar con él y deshacerme de amor. Porque tuviera el aspecto que tuviese, Axeh era mi alma gemela. Mi *hoa uhane*, como decían ellos.

En resumen: me gustaba muchísimo y lo amaba con locura. Sin embargo, eso no impedía que estuviera aterrorizada.

—¿Qué te parece, Emi? —me preguntó de pronto, a apenas unos pasos de la puerta de su casa.

Sentí un retortijón.

Llevaba rato sin enterarme de nada de lo que me decía y limitándome a sonreír como una boba. Así que no tenía ni idea de lo que acababa de preguntarme. Su cara expectante y a rebosar de ilusión tampoco es que me diera muchas pistas. El pobre ni siquiera disimulaba su anhelo ni un poquitín.

«Ay, dioses, ¿dónde me estoy metiendo?», pensé, entrando en pánico.

—Perdona, ¿decías?

—Que si quieres comer algo antes de ducharnos.

¿Comer? Sí, me parecía genial. Aparte de que estaba desfallecida por la larga caminata a través de la selva y los nervios, cualquier cosa que pudiera demorar un poco el momento de la verdad me vendría de maravilla. Si podía sentarme, quitarme las malditas sandalias, que me estaban matando, descansar un poco, beber un zumo, comer algo…

Sin duda, quería retrasarlo para intentar calmarme y hacerme a la idea de lo que estaba a punto de suceder.

Y eso de "ducharnos" en plural… ¿Estaría sugiriendo que nos duchásemos juntos?

—Me parece bien. Estoy hambrienta.

—Yo también. Ahora mismo, me zamparía un par de rinos enteros —dijo soltando una carcajada.

Los barogs comían como unos condenados.

Axeh se me adelantó y abrió la puerta de su casita. Entonces, sin previo aviso, se agachó y me cogió en volandas. Solté un gritito y el corazón me dio un vuelco mientras me agarraba a su cuello, fuerte como el de un toro. Se le marcaban venas y tendones por todas partes.

—Bienvenida a mi humilde morada, amor mío. Tu hogar, a partir de ahora —dijo entrando. Zaala, su león, se quedó fuera y se tumbó a los pies de la escalera.

Empecé a temblar como una hoja.

En cuanto me dejó de nuevo en el suelo, me alisé el vestido, que se me había subido bastante, y eché una ojeada alrededor. Mi barog se quedó embobado mirándome las piernas hasta que empecé a caminar por lo que parecía la sala de estar.

—Tu casa es muy bonita, Ax.

Se le iluminaron los ojos y se le hinchó un poco el pecho.

—La diseñé yo mismo —explicó orgulloso—. No necesitaba grandes lujos, yo podría dormir en cualquier sitio, ya me conoces—.

Soltó una carcajada—. Pero quería que fuera agradable por si…, ya sabes.

—Por si te vinculabas con una descendiente.

Asintió con vehemencia.

—Y estaba en lo cierto, porque estoy a punto de vincularme con la humana más hermosa, dulce y maravillosa del universo. —Me cogió la mano y se la llevó a los labios.

Sus palabras y el roce de su boca sobre el dorso de mi mano me provocaron un escalofrío desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

Me soltó y me sonrió, y yo traté de concentrarme en lo que me rodeaba. Los nervios me estaban devorando el estómago.

La casa era pequeña pero acogedora, con el suelo de madera recubierto de alfombras de colores, y grandes pufs y cojines mullidos a un lado de la sala. En el otro lado, había una sencilla mesa para comer, con cuatro troncos a modo de taburetes, y una pequeña cocina pedestre. Contaba con un horno de leña y un fogón, un armarito con encimera de madera y una pica de apenas un par de palmos, a la que le llegaba el agua por un tubo, similar al que había en las duchas. No era mucho, pero suficiente para apañarnos.

Suspiré.

Tampoco es que me sorprendiera, pues ya había visto la cocina de la posada y, aunque era algo más grande, no distaba mucho de esta.

No es que yo necesitara grandes lujos en la vida, pero siempre había soñado con tener mi propia cocinita, de esas con un toque clásico, que combinara el roble y el color crema, cortinas con bordados de florecillas, una isla de esas rectangulares enormes en el centro y todos los electrodomésticos necesarios.

Al menos, estaba llena de color y muy limpia. Y eso era un gran punto para mi barog.

A diferencia de otras casas de la aldea, como la de Daryos y Callie, la de mi barog tenía una sola planta. Axeh me condujo a la estancia contigua, que albergaba el amplio dormitorio, con una cama enorme cubierta de colchas coloridas, donde predominaban el beis, el verde y el amarillo, una mesilla y un espejo.

A un lado había una cortinita de cañas que daba paso al cuarto de baño, bastante grande también. ¡Tenía que serlo para albergar a mi barog grandote! El inodoro, al parecer, estaba fuera de la casa y se accedía por la puerta al otro lado del lavabo.

Este era mi nuevo hogar, el que iba a compartir con ese pedazo de barog enorme que no se separaba de mí ni a sol ni a sombra.

Y entonces, caí en la cuenta de algo.

No era solo que fuera a acostarme con él, oh, no. ¡Es que iba a vivir con él! Compartiríamos la cama y el baño, lo vería cada día recién despertado y él a mí. La intimidad absoluta entre nosotros, como una pareja de verdad, era lo que más me abrumaba.

Había salido con algunos chicos en el instituto y en la uni. Vale, con tres, y apenas había durado unas semanas cada relación. Y jamás, ¡jamás!, había convivido con un hombre. ¿Y si entraba en el cuarto de baño cuando estaba haciendo mis necesidades? ¡Si ni siquiera había una puerta que poder cerrar!

Me tambaleé. Por supuesto, mi caballero barog andante me alcanzó en dos zancadas y me sujetó por la cintura para que no me desplomara.

—¿Estás bien, Emi? Te has puesto pálida. Ven, preciosa, siéntate aquí. Te traeré un poco de zumo. Si es que ya sabía yo que necesitabas comer algo —dijo con expresión preocupada.

Me depositó con delicadeza sobre uno de los taburetes y, en cuestión de segundos, me plantó un vaso de madera a rebosar de un zumo rosado.

—Muchas gracias —dije tras beberme medio vaso del tirón—. No era consciente de la sed que tenía. Y eso que, durante la excursión a las cuevas, he ido bebiendo de la cantimplora.

—Es este clima tan caluroso y húmedo de Nemea, Emi. Es normal que te deshidrates, todavía no estás acostumbrada. Tardarás un tiempo en aclimatarte del todo.

—Pero ya llevo tiempo aquí.

Regresó a la cocina, si es que se le podía llamar así, y puso sobre la mesa una bandeja de mimbre repleta de panecillos de

colores, frutos secos y tortas untadas con algo parecido a la mermelada.

—Aun así, no estás habituada a este bochorno, y llevamos muchos días de aventuras extenuantes y mucho estrés. Entre los pantanos y lo de hoy con las panteras, es lógico que te haya sobrepasado.

Asentí mientras él se sentaba enfrente. Me lanzó una mirada profunda que me dejó sin aliento. La mano me tembló cuando atrapé una de esas tortas y me la llevé a la boca.

—Dame unos minutitos y seguro que me recuperaré enseguida —dije con la boca llena de esa torta deliciosa.

—¡Estoy tan contento de que estés aquí, Emi! ¡Ni te lo imaginas!

—Yo también estoy feliz, Ax —conseguí decir, aunque, ahora mismo, me debatía entre encerrarme en el cuartito del inodoro y no salir jamás… o echar a correr hacia la jungla.

Por supuesto, no hice ninguna de las dos cosas.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos, y mientras yo me comía una tortita, él engulló tres. ¡Madre mía! Suerte que era un buen cazador, porque con lo que comía, necesitaba muchas provisiones.

—¿Crees que estarás bien aquí, Emi? ¿Conmigo? Quiero que te sientas en tu casa.

Cogí una especie de avellana grande y redonda. Ya las había probado, y estaban riquísimas.

—Estoy segura de que sí. Tan solo… —Hice una pequeña pausa, sin saber muy bien cómo expresarle mis emociones—. Tan solo ten un poquito de paciencia conmigo, Axeh, porque todo esto es muy nuevo para mí. Yo nunca he convivido con nadie, y esto es un gran cambio.

Estiró la manaza sobre la mesa y buscó la mía, enlazando nuestros dedos. Me encantaba el tacto de su piel, caliente y seco.

—Lo sé, Emi, y te aseguro que voy a ser todo lo paciente que necesites. No debes tenerme miedo. Nunca, ¿de acuerdo?

Di un respingo y paré de comer.

—No te tengo miedo, Ax, te lo aseguro.

Él sonrió de un modo tierno y comprensivo.

No quería que pensara que era una niñata asustadiza ni que creyera que me había echado atrás. Así que, pese a que me ruboricé un poco, alcé la barbilla, tal como me había enseñado Tina; aunque, seguramente, no tendría tanto efecto como cuando ella lo hacía. Pero, por intentarlo…

Porque era inexperta y un poco tímida en estos temas, pero no era tonta. Y ya se lo había demostrado en los pantanos cuando le hice… *aquello.*

—Lo sé, lo sé —dijo apretándome con suavidad los dedos con los suyos. Si un solo roce me provocaba todo eso…, ¡madre mía lo que me esperaba!—. Pero sé que estás un poco nerviosa.

—Oye…

—Yo también lo estoy —dijo ensanchando la sonrisa y alzando un poco los hombros—. Estoy la hostia de nervioso, Emi. Así que no creas que esto solo es la primera vez para ti. De algún modo, también lo es para mí.

Me quedé pensativa, sin comprender. Y entonces, caí en la cuenta.

—¿Tú nunca… te has acostado con una humana?

Él negó con la cabeza. Ahogué un grito de sorpresa. No sé cómo no había caído en la cuenta.

—He estado muchas veces con *aninfs*, ya lo sabes.

—Sí, y no hace falta que me lo recuerdes.

Soltó una risilla que me provocó ganas de abofetearlo.

—Pero tú serás mi primera humana. Y la última, por supuesto.

Ahora fui yo la que sonreí como una tonta.

—Bueno, algo es algo. Yo nunca me he acostado con nadie, y tú nunca lo has hecho con una humana. Al menos, esto también es un poco especial para ti.

Abrió los ojos de golpe.

—Un poco no, Emi. ¡Esto es *muy* especial para mí! ¡Lo más especial de todo! Vincularme contigo es mi máxima aspiración en la vida y…

—Hombre, tendrás otras, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Los barogs nacemos para unirnos algún día con una descendiente. Esa humana es nuestra *hoa uhane* y se convertirá para siempre en el centro de nuestra existencia, en nuestro punto de referencia. En nuestro… *todo*.

—¿La verdad? Eso todavía me pone más nerviosa.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y corrió a sentarse a mi lado. Sus manos cogieron las mías con anhelo.

—Sé que todo esto parece muy solemne, Emi. Pero, al fin y al cabo, solo somos tú y yo. Axeh y Emi. Nosotros. Me conoces bien. Desde el instante en que te vi, me enamoré locamente de ti. Pero después de eso, cuando te conocí a fondo, te convertiste también en mi mejor amiga. Estoy loco por ti, pero no es solo eso. ¡Es mucho más! Te quiero de verdad, aquí dentro. —Cogió una de mis manos y la puso sobre su pecho, justo encima del corazón.

Latía a toda potencia… por mí.

—Yo también te quiero de verdad, Ax. Aquí dentro. —Cogí su mano y la puse entre mis pechos, para que él también pudiera sentir mis latidos desbocados.

Sus palabras me habían llenado de emoción. Era muy afortunada de que ese barog me hubiese elegido a mí. De que estuviéramos destinados a estar juntos.

—Me encanta ir de aventuras con mis amigos, salir de caza, trepar a cualquier sitio, cabalgar a lomos de mi león, lanzarme a los lagos y atravesar cascadas, bromear y charlar con mi hermano y los demás, y muchas otras cosas. Pero lo que más me gusta en el mundo, lo único sin lo cual no podría vivir, Emi, eres tú. Mi preciosa *hoa uhane.*

Le devolví el apretoncito en los dedos y me relajé un poco.

—Lo mismo digo, Ax. A ver, soy muy joven y jamás pensé que tendría una relación tan seria, la primera y única, tan pronto. Pero supongo que las cosas vienen como vienen, y no podría haberme enamorado de un barog mejor.

Se hinchó como un pavo. Su cola se elevó y osciló en el aire por encima de su cabeza. ¡Madre mía esa cola! ¿Qué haría con ella mientras…?

No quería pensar en ello. Ni hablar.

—Hay cosas que jamás he hecho con nadie y que me muero por hacer contigo —me soltó con un brillo pícaro en la mirada—. En un par de ocasiones, las mujeres vinculadas más veteranas de la aldea nos reunieron a todos los jóvenes y nos explicaron… algunas cosas importantes. Ya sabes, lo que más os gusta a las humanas descendientes, lo que os da más placer…

Sentí cómo me ponía colorada.

Me aclaré la garganta.

—Ya veo. O sea, que entre la práctica con las *aninfs* y las clases para barogs en edad de merecer, estás muy bien enseñadito.

Él se rio, pero a mí se me hizo una bola de plomo en el estómago. Entonces, se puso serio y se inclinó un poco hacia mí. Levantó la mano y me remetió tras la oreja un rizo que se me había escapado del moño.

De pronto, recordé que habíamos pasado todo el día en la selva y que debía de tener el cabello hecho un cisco. ¡Necesitaba un espejo y un peine ya mismo! O mejor, primero una ducha y kilos de suavizante para el pelo. ¿Tendría Ax de eso? Con esa melena reluciente suya, algo debía de echarse, ¿no?

—Emi, sé que dijiste que esta noche te instalarías aquí y tendríamos sexo. Y no hay cosa que anhele más que eso, créeme. Llevo meses soñando con hacerte el amor, pero…

—Axeh…

—Espera, amor mío, permíteme acabar. —Asentí—. Si, por el motivo que sea, no te sientes todavía preparada para ello y deseas posponerlo, no me enfadaré ni nada de eso. Te prometo que lo entenderé. Para mí ya es un regalo que te hayas trasladado a vivir conmigo y que vayamos a dormir juntos y abrazados toda la noche.

—Te dije que quería hacerlo, y así es. No voy a echarme atrás, es solo que…

Torció un poco el gesto, pero no se apartó de mí. Sus dedos me estaban recorriendo el brazo desde la muñeca hasta el hombro, en una caricia placentera y tranquilizadora.

"Adorable", esa era la palabra. Mi barog era adorable.

—Sé que esto es un gran paso para ti y también sé que me amas. Pero no nos engañemos: en esta forma, soy enorme y amenazador, así que comprendo que tengas tus reticencias.

—Me gustan cualquiera de tus dos formas, lo digo muy en serio. —Lo miré a los ojos para que supiera que decía la verdad. No quería que tuviera ninguna duda al respecto.

Juraría que se estremeció.

—Ya lo sé, Emi. Eso es lo que me transmites, y no sabes lo bien que me siento por ello. No todas las descendientes aceptan tan bien como tú la versión bestial de sus parejas de vida, al menos al principio.

—Tú siempre fuiste gentil conmigo, incluso en la cacería. Tienes un corazón enorme, y eso me conquistó de inmediato.

Se le humedecieron los ojos. En el fondo, era un sentimental como yo. Menudo par nos habíamos juntado.

—Aun así, desearía poder vincularme contigo en mi forma humana. Sería más fácil para ti y no tan impactante, al menos la primera vez.

—Puede que sí, eso no te lo negaré.

Soltamos más risillas nerviosas.

—Sin embargo, no puedo arriesgarme, Emi. Los ancianos y las tradiciones dicen claramente que la primera vez que nos unimos con una humana tiene que ser en tierra de Nemea y en nuestra forma barog. Si no, podríamos arriesgarnos a que la vinculación no se consumara.

—¿Qué consecuencias podría tener eso?

—Tu vida no quedaría ligada a la mía, y morirías como cualquier otra hembra humana de la Tierra. Envejecerías y te perdería a los, no sé, ochenta o noventa. Eso es lo que soléis vivir los humanos, ¿verdad?

Asentí. Eso, o menos, en caso de enfermedad, accidente o lo que fuera.

—Pues, entonces, no tenemos opción. No te preocupes, tu forma barog también me encanta —dije guiñándole un ojo—. Tina y Callie me han dado algunos consejitos, ya sabes, y me han explicado

las peculiaridades de acostarse con un barog. Así que ya sé más o menos lo que ocurrirá.

Traté de sonreír, pero temblaba tanto que me sentí patética.

—Te prometo que no te haré daño. Aunque parezca imposible, nuestros cuerpos están diseñados para encajar a la perfección.

—Lo sé. Si no fuera así, ya habrían muerto algunas de mis amigas —bromeé. A él no le hizo tanta gracia—. Confío en ti, Axeh.

—Te quiero tanto, Emi… No tengo palabras suficientes para expresarte lo que siento. Es algo tan grande, tan… —Sacudió la cabeza, como si se sintiera impotente por no poder explicarlo mejor.

—No te preocupes por las palabras, me lo demuestras cada día con tus miradas, tus sonrisas, tu comportamiento hacia mí…

Nos quedamos unos segundos mirándonos embobados. Estaba aterrada, pero me moría por acostarme con él.

—Come un poco más, amor. Necesitas recuperar energías —dijo guiñándome un ojo.

Me acercó una tortita y yo le di un buen mordisco. Él no apartó los ojos de mi boca y, para cuando tragué, su mirada se había nublado por completo.

—Tienes un poco de mermelada aquí, amor —dijo acercando el dedo a la comisura de mis labios.

Saqué la lengua y relamí la mermelada.

—¿Ya está?

—Aún te queda un poco. Espera, deja que te ayude —dijo con la voz enronquecida.

Acercó su rostro y sus labios rozaron la comisura de los míos. Sentí la caricia de su lengua mientras lamía los restos de mermelada. Me estremecí hasta el tuétano.

No contento con eso, inclinó un poco más la cabeza y entonces me besó. Fue un beso dulce y ardiente al mismo tiempo, tan intenso que, de no haber estado sentada, a buen seguro me habría caído de culo al suelo. Porque ese beso… ¡Menudo beso!

Mientras sus labios se movían sobre los míos, saboreando todo lo que encontraban a su paso, y su lengua penetraba mi boca

una y otra vez, su cola trepó por mi columna hasta acariciarme la nuca, y sus brazos se enroscaron en mi cintura.

Un calor sofocante me encendió las mejillas mientras un volcán se instalaba entre mis muslos.

Le deseaba. Mucho. ¡Muchísimo!

Mi lengua fue al encuentro de la suya y la acaricié con timidez. No debí de hacerlo mal del todo, porque gimió sobre mi boca y me acercó aún más a él, hasta que quedé atrapada entre sus piernas, con su cola en la espalda, sus manos en mi cintura y su boca traviesa causando estragos en la mía.

El calor que emanaba de su cuerpo aumentó hasta niveles estratosféricos, y un rugido suave y constante comenzó a reverberar en su enorme pecho.

Entonces, me entró de nuevo el pánico. Antes de que esto se nos fuera de las manos y Axeh me llevara a la cama, quería ducharme, atusarme los rizos, mentalizarme de lo que iba a pasar…

Cuando retrocedí un poco y empujé con suavidad uno de sus abultados pectorales, él se apartó de mí, despacio, pero sin protestar. Tenía la mirada turbia y jadeaba.

—Joder, Emi, ha sido un beso increíble. —Su voz apenas fue un murmullo ronco.

—Estoy de acuerdo.

Me atreví a subir una mano hasta su mejilla, áspera por la barba rubia incipiente, y se la acaricié. Él me soltó la cintura, me agarró la cara entre las manos y volvió a besarme. Un beso breve, pero incendiario. Le mordisqueé los labios, y él tiró suavemente de uno de los míos.

—¿Has visto lo que me provocan tus besos? —No pude evitar mirar hacia abajo. Estaba empalmado bajo el taparrabos y mi rodilla se encontraba a tan solo un centímetro de su pene.

¡Madre mía!

Me erguí, alejándome un poco de él, y arrastré el taburete hacia atrás. Necesitaba un poco de aire, apenas podía respirar.

—Si unos cuantos besos me causan esto, imagina lo que va a ocurrir cuando estemos desnudos en esa cama, piel con piel —dijo temblando.

Yo cerré los muslos de golpe. El calor que sentía ahí era insoportable. Él se rio.

Me puse en pie de un salto, sin saber qué hacer, y empecé a recoger la mesa y a llevarlo todo hacia la cocina.

—Oye, no tienes que hacer eso, Emi, yo lo haré.

Me giré y lo miré a los ojos.

—Ahora este también es mi hogar, no soy una invitada. Así que podemos recoger juntos.

—Me parece perfecto —dijo ensanchando la sonrisa.

Sus dedos me acariciaron la espalda y luego, fugazmente, una nalga a través del vestido. Fingí que no me daba cuenta, pero era difícil porque él no me quitaba los ojos de encima.

—Oye, y… ¿tendremos que ir a sellar nuestra unión al lago esmeralda?

—Iremos mañana al amanecer… si realmente quieres que ocurra esta noche, claro.

—Ya te he dicho que sí. Solo necesito una ducha y unos minutitos para recobrar el aliento.

Axeh se rio por lo bajo, el muy gamberro. Sabía perfectamente lo que sus besos me habían provocado a mí también.

—Entonces, iremos por la mañana. Creo que Ciench iba a llevar a Susi a una de las cabañas a pasar la noche. ¿Recuerdas que dormimos en una de esas tras la cacería?

—Recuerdo que me cediste el jergón entero y, como el caballero que eres, dormiste fuera, al otro lado de la puerta.

—Estabas muy asustada y por nada del mundo quería forzarte a nada. Pero no podía alejarme por si algún otro barog seguía buscando una descendiente a la que vincularse.

—¿Ves como siempre has sido un encanto conmigo?

Sus ojos resplandecieron. Le gustaba que le dijera cosas bonitas, y a mí decírselas. Él me soltaba muchas más a mí todo el tiempo.

Quería hacer otra pregunta, pero no me atrevía. Al fin, reuní valor.

—Y, más adelante, ya sabes… ¿Podrás hacerme el amor en tu forma humana?

Él se rio otra vez.

—Por supuesto, Emi. Pienso hacerte el amor en mis dos formas muchas veces. Quizás podamos hacerlo mañana, después de sumergirnos en el lago sagrado. Aunque, con la amenaza de los hermanos perdidos, como Cyrus se entere de que me convierto en humano, me caerá una buena bronca.

—Pues quizá mejor dejar eso para más adelante, no vaya a traerte problemas.

—No te preocupes. Daryos iba a sorprender esta noche a Callie con su forma humana, me lo dijo antes. Y Ciench quería transformarse para…, bueno, ponerle las cosas más fáciles a Susi.

—Pobrecillos, me dan mucha pena. Han vivido un infierno.

—Ciench es un gran tipo, uno de los mejores. Y Susi es un amor. Espero que pronto puedan recuperar lo que les arrebataron y ser felices. Se lo merecen.

Asentí.

Terminamos de recoger y enfilamos hacia el dormitorio. Una vez allí, Axeh se detuvo, se giró hacia mí y me cogió de las manos.

—Me muero por ducharme contigo, pero sé que necesitas hacerlo sola. Ya habrá tiempo más que suficiente para ducharnos juntos.

Me sonrojé un poco y me las arreglé para asentir.

—¿No te importa?

—Para nada. Dúchate tú primera, y luego iré yo. Y después…, haremos lo que tú quieras. Podemos meternos en la cama, acurrucarnos muy juntitos y dormirnos; o puedes dejarme que te dé un placer como jamás has conocido y que te haga el amor hasta caer rendidos. Tú decides, preciosa Emi.

—Elijo la segunda opción —dije guiñándole un ojo.

—¿Estás segura?

Asentí. Todo su cuerpo vibró mientras asimilaba mi respuesta.

Me di media vuelta y caminé hacia el cuarto de baño. Tal vez me contoneé un poquito…

Esa noche iba a acostarme con mi barog. Dejaría de ser virgen y me vincularía a él para siempre.

Estaba asustada, pero muy impaciente.



8 ¿QUÉ HE HECHO?

La selva, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Durante el camino de regreso, Yolk y la reina avanzaron en silencio. Si el barog opinaba algo respecto a aquel encuentro, no lo dijo. No abrió la boca ni una sola vez. Aunque en aquella cascada estaban solos Ux y ella, no tenía ni idea de si Yolk sabía lo que había ocurrido entre ambos.

El olfato de los barogs era muy fino, tanto como el de los felinos que caminaban junto a ella, Zinna y Benju, uno a cada lado, protegiéndola de cualquier amenaza que pudiera surgir de la selva. Curiosamente, se mantuvieron mucho más cerca durante el camino de regreso. Se desplazaban cabizbajos, y Tatiana habría jurado que estaban tan desolados como ella misma.

Pero ni siquiera esas dos magníficas bestias de la jungla habían podido protegerla del gran error que acababa de cometer.

«Por todos los dioses, ¿qué he hecho?», se recriminó.

La cabeza le retumbaba de un modo horrible. Las imágenes de lo que había sucedido en esa gruta, dentro de ese lago hermoso de aguas turquesas, deambulaban libres por su mente. Cada una de las cosas que había hecho con Ux se le clavaba en el corazón como las largas espinas de los arbustos de moras gigantes que flanqueaban el camino en ese tramo.

Había yacido con él. Libremente. Sin que él la obligara a hacerlo. Y por más vueltas que le daba, seguía sin comprender por qué.

Amaba a Drashir con locura, y por muchos siglos que llevaran juntos, seguía deseándolo de una forma intensa y atroz. Él era su hoa uhane, no le cabía ninguna duda. Sin embargo, de algún modo

inexplicable, la atracción que sentía por Ux, la conexión que había sentido entre ambos mientras él la poseía, primero, en su forma barog y, después, como humano, también tenía algo especial.

Quizás fuese porque ya habían yacido juntos una vez, muchos siglos atrás, y él había sido su primer macho, el primero con el que se había acostado. Tal vez eso había creado un vínculo entre ellos que perduraba en el tiempo. No como si fuese su hoa uhane, pero lo bastante fuerte como para que ella, pese a amar a Drashir, y pese a los horrores que había cometido Ux, hubiera cedido al impulso del deseo más primitivo.

Al pensar ahora en ello, le entraban ganas de vomitar. No porque no le hubiera gustado, sino porque no lo comprendía y se odiaba por haber traicionado a Drashir.

Sacudió la cabeza enérgicamente para apartar esos pensamientos angustiosos.

Según todas las leyendas y tradiciones, las humanas descendientes, al igual que los barogs, solo podían tener una pareja de vida, una hoa uhane a lo largo de su prolongada existencia. Y, en cuanto la encontraban y se vinculaban, jamás podrían unirse a otro barog, salvo por la fuerza. O salvo si su barog fallecía.

Pero Ux no la había forzado. Le había bastado un roce, una mirada de sus profundos ojos azules, un beso para que ella se dejara llevar. Y había sido increíble. Mientras él embestía dentro de su cuerpo, había sentido que lo que había entre ellos fluía de un modo natural y poderoso, como si fuera… lo correcto.

Aquello no tenía ningún sentido. Su cuerpo debería haber odiado su contacto. ¡Debería haberlo rechazado sin vacilar! No había sido así en absoluto, pero eso no significaba que no se arrepintiera.

Se arrepentía profundamente de su traición.

Quizá solo la había impulsado a yacer con él la culpa por lo que le había ocurrido a Ux; por lo que los ancianos, Drashir y ella le habían hecho. Los remordimientos la habían llevado a darle algo de sí misma.

Pero, entonces, ¿por qué había sentido ese deseo salvaje hacia él? ¿Por qué se había dejado llevar de ese modo?

No solo había permitido que la poseyera. Habían hecho muchas otras cosas. Habían gozado cada uno del cuerpo del otro hasta el delirio. Sin palabras, solo miradas y el roce de sus pieles enardecidas.

Ni siquiera podía respirar cuando pensaba en ello; la presión en el pecho era insoportable. Le había deseado hacía siglos y ahora había vuelto a desearlo, incluso con mayor fiereza. Cuando desapareció de la aldea y se unió a los hermanos perdidos, apenas volvió a pensar en él. Ese reencuentro, sin embargo, había despertado algo en su interior. Algo que creía completamente extinguido.

Por un momento, la aterrorizó una idea: ¿Y si los ancianos se habían equivocado? ¿Y si habían mentido para favorecer solo a Drashir? ¿Y si... se había vinculado realmente a Ux de algún modo cuando hicieron el amor en la Tierra? Incluso se atrevió a plantearse si era posible tener dos hoa uhanes. Eso era imposible, ¿verdad?

De pronto sentía la necesidad imperiosa de acudir al templo a hablar con los ancianos. Tal vez Ooris pudiera arrojar algo de luz sobre este asunto. Pero, si lo hacía, a buen seguro la delatarían. Informarían al rey de su traición, y su mundo entero, su perfecto mundo hermoso y feliz, se haría añicos ante ella. Ya favorecieron a Drashir una vez y volverían a hacerlo ahora. ¿Y qué sería de su relación si se enteraba de que se había acostado con su peor enemigo? ¿Qué sería de ellos? ¿Sobreviviría su amor a algo así?

Drashir jamás la perdonaría.

Los ojos azules de Ux regresaron a su mente. Ese brillo salvaje que había visto en ellos la perseguiría durante toda su vida. El ónice brillante ganando terreno al celeste en el momento álgido de su unión.

Se estremeció.

Trató de centrarse en lo que realmente importaba. Lo único que importaba: el trato que el líder de los hermanos perdidos le había ofrecido. Todo lo demás, sus preguntas, la culpa, la incertidumbre, tendría que esperar. Y tal vez jamás obtuviera respuesta sobre lo que existía entre Ux y ella. Lo que una vez hubo y que, de algún modo, todavía persistía.

No tenía ni idea de si la propuesta que le había hecho era sincera. Algo en su interior le decía que sí. ¿Realmente renunciaría a la guerra y a la posibilidad del trono… solo por ella?

Le había dicho que todavía la amaba, que jamás había dejado de hacerlo. Que podían construir un futuro juntos lejos de la aldea. Si lo hiciera, si se fuera con él, salvaría muchas vidas. Porque no le cabía duda de que, si estallaba la guerra entre barogs y hermanos perdidos, la devastación sería terrible para ambos bandos.

Morirían barogs amigos suyos y sus humanas se quedarían viudas. Morirían también amigas suyas o pasarían a manos de esos monstruos, mitad barog y mitad aninf. Ni siquiera era capaz de imaginarse a esos seres que jamás había visto.

Ni siquiera podía pensar en ello.

Ella podía evitar todo eso. La guerra, el dolor, la incertidumbre de la victoria o la derrota, la devastación... Confiaba en que Drashir vencería. Contaba con muchos más guerreros y mejor entrenados, sin duda. Y los ancianos estaban de su parte y enviarían a los guardianes del templo, pero... ¿y si perdían? Ux contaba con esos seres monstruosos, y nadie sabía con certeza de lo que eran capaces.

Lo único que tenía que hacer para evitar todo aquello era irse con él... y abandonar a Drashir y a sus hijos. Y eso era algo que jamás podría hacer.

Además, su hoa uhane preferiría luchar en mil batallas antes que dejarla partir, antes que perderla. Si ella desaparecía con Ux, la seguiría a los confines de Nemea hasta encontrarla y traerla de vuelta.

Así pues, por mucho que su sacrificio bien mereciera la pena para salvar la aldea y a su pueblo, lo único que conseguiría sería empeorar las cosas. Destrozaría a Drashir y minaría su confianza en ella. Le empujaría a buscarla a la desesperada y a enfrentarse de todos modos a Ux. Tarde o temprano se verían igualmente las caras, pero en territorio desconocido y con la moral de su rey destrozada.

Aparte de todo eso..., Tatiana nunca podría abandonar a su pequeño Cyrus, el niño más bueno, dulce y listo que existía en todo

el universo. Una madre no se separaba de sus hijos, jamás. Y ella no solo era una madre, era una reina.

Cierto que, por un segundo, por un breve y efímero instante, se imaginó cómo sería compartir su existencia con Ux, lejos de la aldea y del palacio, libre de la corona y de las responsabilidades que conllevaba, para disfrutar únicamente de la hermosa naturaleza de Nemea y de ese barog intenso, apasionado y oscuro que tanto le removía por dentro.

Pero ese instante de vacilación se desvaneció tan rápido como había llegado.

Y mientras seguía caminando tras Yolk y junto a los leones, apartó cualquier otra opción que no fuera la de permanecer al lado del rey, su pareja de vida, su hoa uhane, de sus hijos... y de su pueblo.

Y jamás le contaría a nadie lo que había sucedido entre Ux y ella en la cascada. Con suerte, Yolk tampoco lo contaría, si es que sospechaba algo.

Siguió avanzando, consciente de haber tomado la decisión correcta y muy arrepentida por su momento de debilidad. Se odiaba a sí misma por cada segundo que había compartido con su antiguo amante en esa cueva.

No obstante, la mirada celeste de Ux, marcada por ese círculo de ónice, todavía la acompañó durante algún tiempo más.



En cuanto entraron en la aldea junto al lago esmeralda, Yolk siguió su camino y Tatiana se dirigió a casa de su amiga Penny. Cyrus y ella pasarían allí la noche, tal como le había dicho a su hijo mayor, protegidos en todo momento por los dos felinos. Al amanecer, volvería a palacio para esperar el regreso de su rey.

Al llegar a casa de su amiga y ver al pequeño príncipe, no pudo evitar que la emoción le subiera a la garganta. La traición que

había cometido la hirió con una punzada profunda y se prometió que jamás volvería a hacer nada semejante. Había arriesgado demasiado en ese encuentro con Ux.

Lo había arriesgado todo.

Se había aventurado sin ninguna precaución. Había llevado a los dos leones consigo, cierto. Pero si el líder de los perdidos le hubiese tendido una trampa, si hubiese ido acompañado de sus monstruos…

Ux podría haberla secuestrado sin más y llevársela muy lejos de allí. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente y temeraria? Y, sin embargo, ahora veía con absoluta claridad que había sido una posibilidad muy real.

Era un milagro que la hubiese dejado marchar.

Pero así era Ux... Pese a los siglos transcurridos, todavía le conocía lo suficiente y sabía que él quería que ella escogiera voluntariamente irse con él. Que eligiera amarle. Algo que, por desgracia, no iba a ocurrir. Tampoco es que tuviera ninguna garantía de que, en caso de que hubiera accedido a su propuesta, él hubiese cumplido con su parte del trato. Había demasiado odio y rencor en su antiguo amante como para renunciar al trono de Nemea tan solo por una mujer humana.

Tatiana supuso que siempre se quedaría con la duda.

Se sentó sobre los almohadones coloridos y abrazó al pequeño Cyrus, que se dejó achuchar por su madre sin rechistar. Llevaba los mechones delanteros recogidos en dos trencitas, y sus ojos oscuros, herencia de Drashir, brillaban en su rostro redondo de retoño barog; aunque esa mota verde en uno de ellos resplandecía aún más. El verde de los ojos de Tatiana.

Sus colmillos crecían con cada día que pasaba, y su cola parecía más larga que el mes anterior. Su madre lo miraba embelesada. Era precioso, y se convertiría en un macho tan fuerte y poderoso como su padre, a quien se parecía muchísimo.

Penny había preparado varios zumos de frutas y una bandeja entera de panecillos de colores, de esos que la reina adoraba en secreto. Su amiga la conocía bien.

Tatiana cogió uno y se lo llevó a la boca, pero solo consiguió dar un mordisco. Tenía el estómago revuelto.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Penny con discreción en sus hermosos ojos ambarinos.

Antes de contestar, la reina animó a su hijo a salir a jugar con los leones. Cyrus la obedeció de inmediato.

—Me ha ofrecido un trato.

Penny, que solo conocía a Ux por lo que su amiga le había contado y jamás le había visto en persona, enarcó una ceja.

—¿Y vas a aceptarlo?

Tatiana negó con la cabeza y, con gran pesar, le confesó a Penny todo lo que había sucedido.

Todo.

Sabía que podía confiar en ella plenamente y que guardaría su secreto, y contarlo le quitó una parte del peso de encima. Penny nunca la juzgaba; aunque, en esta ocasión, se llevó las manos al rostro más de una vez, sobre todo, por el temor que le causaba que Tatiana hubiese corrido un peligro tan grande.

Cuando la reina terminó su relato, se abrazaron. Penny le aseguró que estaba haciendo lo correcto. Y que ocurriera lo que ocurriese en esa guerra que se avecinaba, ella debía mantenerse al lado de Drashir y de sus hijos. Eso era lo único que importaba.

Eso, y que jamás le mencionara a Drashir nada de lo ocurrido.

—No debes decírselo, Tatiana. Jamás. Le destrozarías.

—Lo sé, Penny. ¿Crees que no conozco a mi pareja? He cometido un gravísimo error, soy muy consciente de ello.

Penny se puso en pie de un salto.

—Debes bañarte ahora mismo. —Se dirigió hacia el arcón de la esquina de la sala, lo abrió y empezó a revolver el interior. En cuanto encontró lo que buscaba, se irguió y se acercó de nuevo a Tatiana—. Echaremos estas hierbas en el agua —dijo mostrándole un bote lleno de una especie de algas de un tono verde brillante.

—¿Qué es esto?

—Marla las consigue de una de las descendientes más antiguas, no me preguntes quién, no lo sé. Ayudan en estas cosas.

Tatiana alzó una ceja.

—¿En "estas" cosas?

—Atenúa el fuerte olor de nuestro macho en nosotras —dijo Penny desviando la mirada.

—¿De nuestro macho o… de otros barogs?

—Supongo que a veces ocurren incidentes desagradables en la selva.

La reina se puso rígida.

—Drashir es muy claro respecto a eso. Nadie puede tocar a una descendiente vinculada. Si sabes de alguien que haya sufrido a manos de otro macho…

—No sé para qué lo usan las otras. Yo lo uso para… —Se le cerró la garganta.

Tatiana se levantó y se aproximó a su amiga.

—Si alguien te ha hecho daño, tienes que decírmelo, Penny. Drashir actuará de un modo implacable, lo sabes bien.

Penny alzó sus ojos color miel hacia los de su mejor amiga, algo más alta que ella.

—No cuando quien me hace daño es mi propio barog.

El rostro de la reina se contrajo.

—¿Él te ha…?

—Sabes que nunca he sido muy feliz junto a Gushia. Nos unimos en la cacería y no tuve elección. Pero jamás lo he sentido como sentís vosotras a vuestras parejas. Él no es… no puede ser mi hoa uhane.

A Tatiana se le heló la sangre. Sabía que Gushia no era un barog tierno y comprensivo, y que su amiga nunca había estado realmente enamorada de él, pero de eso a lo que le estaba insinuando… Se le revolvió el estómago.

—Háblame de ello, Penny. Haré todo lo que pueda por ayudarte. Sabes que el rey no tolera que se maltrate a ninguna descendiente.

Penny hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ahora no hay tiempo, Tatis. Debes bañarte enseguida para eliminar cualquier rastro de Ux en ti. Las hierbas no lo borrarán por completo, pero su aroma ya estaba en ti desde que yacisteis juntos

en la Tierra, así que, si Drashir lo percibe, pensará que es el mismo resto del antiguo olor.

—¿Estás segura?

Penny dudó un instante.

—No soporto el aroma de Gushia en mí, y estas hierbas lo hacen desaparecer casi por completo. Y también… el olor a sangre.

La reina se estremeció mientras asentía.

Otro día. Otro día le preguntaría a su amiga y la obligaría a contárselo todo. Estaba segura de que el rey podría hacer algo. Sagrado o no, su vínculo tendría que romperse si ese barog no se portaba bien con ella.

Todavía quedaban algunos así, aunque Drashir se esforzaba cada día por erradicar las viejas costumbres más crueles e injustas para las descendientes. Los ancianos tampoco se lo ponían fácil.

Le sugeriría a Penny que se mudaran a la aldea grande. Si el rey se lo pedía a Gushia, este accedería de inmediato. Curiosamente, ese barog tenía devoción por Drashir. Tatiana quería a Penny cerca para poder ayudarla, y por si ella misma necesitaba hablar con su mejor amiga.

—Haré lo que me dices.

—Y debes tomarte este tónico.

Tatiana cogió el frasquito. Jamás había visto uno de esos. ¿Cuántas cosas desconocía de las humanas de Nemea? Convertirse en reina la había alejado demasiado de la realidad. Debía reunirse más con las mujeres, que le hablaran de sus problemas y preocupaciones. Cuando Drashir aún no había subido al trono, eran más abiertas con ella y podía ayudarlas. Ahora que era reina…

—Solo podemos quedarnos embarazadas de nuestro barog, Penny, de nuestro hoa uhane. E incluso con él, requiere de mucho tiempo e intentos, y un vínculo muy fuerte.

—Lo sé. Pero es mejor ser precavidas. Algunas de las mujeres que han sido forzadas en la selva…

—¿Por hermanos perdidos? Que yo sepa, solo ocurrió una vez, y el barog de esa humana había muerto.

En realidad, ninguna de ellas sabía cómo funcionaba todo aquello. Pero una cosa era cierta: no era fácil ni rápido quedarse

embarazada, y el vínculo jugaba un papel crucial en ello.

Penny no contestó. Se limitó a servirle un vaso de zumo y a indicarle que se bebiera el tónico. Tatiana lo hizo sin protestar.

—Ven, te prepararé un baño y echaremos las hierbas en el agua.

Mientras caminaban hacia la sala de baño, las risas de Cyrus y los gruñidos de los leones llegaban hasta sus oídos. Los felinos cuidaban bien de él, jamás permitirían que le sucediera nada malo.

Tras sumergirse en agua templada, llena de esas algas iridiscentes, y restregarse bien el jabón por todo el cuerpo, Penny le prestó un vestido limpio. Era uno de los que le hacía su amiga Susi. Esta vivía a tan solo unas casas de allí, junto a su barog, el leal y noble Ciench. ¡Cuánto había deseado Penny que le hubiera tocado vincularse con un barog como ese! O como los hermanos Sulveh y Sonah, los barogs de Elena y Sylvia.

Pero a ella le había tocado uno de los peores. Y no le quedaba más remedio que vivir con ello. Al menos, tenía a sus amigas.

Después, se acomodaron en los taburetes en torno a la sencilla mesa de madera donde servía las comidas.

—Mañana por la noche, cuando Drashir regrese, debes tener sexo con él enseguida.

Tatiana dio un respingo, pero Penny le cogió las manos con firmeza.

—No creo que pueda hacerlo tan pronto, Penny.

—No tienes elección. Eso ayudará a eliminar a Ux de tu piel y a… —hizo una pausa y la miró a los ojos con intensidad, esperando que comprendiera— evitar problemas si algo ocurriera.

—No puedo quedarme embarazada de Ux, Penny. Es imposible. Y además, me he tomado el tónico.

Su amiga no añadió nada más sobre el tema.

Era cierto, las humanas descendientes solo se quedaban embarazadas de sus hoa uhanes. Pero había habido algunos casos… Muy pocos, y en circunstancias muy especiales. No era habitual. ¡Era casi imposible! Sin embargo…, ninguna de las dos olvidaba que Tatiana se había acostado primero con Ux. Cierto que había sido en

su forma humana y hacía muchos siglos de ello, pero había ocurrido. Y Penny haría cualquier cosa para proteger a su amiga.

Si algún día aquello salía a la luz…

Dejaron ese tema a un lado; jamás volverían a hablar de ello. Por lo que a Penny respectaba, aquello no había ocurrido.

Ambas se esforzaron por charlar sobre banalidades durante un rato más, hasta que Cyrus entró en la cabaña, agotado y polvoriento. Tras lavarlo, le dieron de cenar, y el pequeño barog se quedó enseguida dormido sobre los cojines.

La reina no tardó en unirse a él. Se tumbó a su lado y se arrimó a su cuerpecillo caliente y lleno de vida. Aunque Penny había insistido en prestarles su cama, Tatiana se negó. Los cojines eran cómodos y perfectos para su hijo y ella.

Esa noche, la reina soñó que huía con Ux a la zona inexplorada de la selva, y que él cumplía su trato.

Pero solo fue un sueño.

9 EL LAGO ESMERALDA
SUSI

Ciench y yo estábamos sentados, uno frente al otro, a tan solo medio metro de distancia, disfrutando de la placentera sensación que nos transmitía ese lugar mágico. Mientras las aguas sagradas nos envolvían, también nos reparaban. Cerraban poco a poco las fisuras entre nosotros, las heridas en nuestras almas y las grietas en nuestro vínculo.

Mi amor por Ciench había permanecido intacto todos esos años y había sido lo único que había evitado que me volviera completamente loca y me perdiera a mí misma. Sin embargo, todo lo que me había ocurrido había ido erosionando, aunque no el amor, sí nuestro vínculo. Y no había sido consciente de ello hasta que me había reencontrado con él. Hasta el mismo instante en que mis ojos se habían cruzado con los suyos en los pantanos, tras huir del asentamiento de esos monstruos.

Ahora, en medio de esa agradable paz, estábamos recuperando, poco a poco, lo que nos habían arrebatado a la fuerza.

Ciench, probablemente, lo sabía y había sentido, al igual que yo, esos desgarros en el vínculo sagrado de pareja de vida. Pero, en lugar de sacarlo a colación o preguntarme por ello, había buscado discretamente un modo de ayudarnos.

Comprendí de inmediato por qué me había traído aquí. Por el mismo motivo por el que yo había accedido tan rápido a venir.

Ambos deseábamos que las cosas fuesen como antes. Y si bien sabíamos que era casi imposible, jamás dejaríamos de intentarlo.

En este lugar había comenzado todo. Estas aguas habían bendecido nuestra unión. Nuestro amor se había fraguado en la

Tierra, pero aquí se había sellado para siempre.

Recuerdo que ni siquiera me importó demasiado que Ciench no fuera solo un hombre, sino también esa bestia enorme con colmillos y garras. Pues, aunque su envoltorio era atractivo y amenazador, aunque me volvía loca en cualquiera de sus dos formas, de lo que realmente me había enamorado era de su corazón. Su bondad, su entereza..., todo eso era lo que me había conquistado para siempre.

Desde que nos habíamos metido en el lago, no había dejado de mirarme. Sus preciosos ojos grises, como un mar de invierno, destilaban tanto amor y amabilidad que removían todas mis emociones.

Sí. Mi amor por él seguía allí, intacto. Tal vez incluso más fuerte que nunca. Pero eso no significaba que las cosas entre nosotros fuesen tan fáciles como antes. Porque cada vez que él me rozaba, no podía dejar de pensar en todas las veces en que Ux, Lorish o cualquier otro me habían tocado.

Nuestro vínculo era indestructible, pero yo estaba rota. Y no tenía ni idea de cuándo sería capaz de darle a mi barog todo lo que merecía; de dárselo todo... otra vez.

Entorné los ojos y me sumergí un poco más, dejándome llevar por el murmullo de la selva a nuestro alrededor. Adoraba ese sitio.

Adoraba Nemea. Era mi lugar en el mundo.

Ni siquiera diez años rodeada de monstruos despiadados habían logrado arrebatarme eso.

Y Ux era el peor de todos. Su crueldad no conocía límites.

Todavía seguía sin comprender por qué Penny siempre era tan amable con él. Por qué no parecía temerlo. Por qué prefería estar con él que con cualquier otro de esos malnacidos.

Una vez le pregunté sobre eso, y lo negó en redondo. Dijo que solo trataba de aceptar su destino, contra el que nada podía hacer. Quizá tantos siglos al lado de otro monstruo, Gushia, su propio barog, la habían endurecido y preparado para el horror mejor que a cualquiera de nosotras.

Algún día, volvería a preguntarle sobre ello. Porque todavía había algo más extraño en ese asunto, y es que Ux jamás fue cruel con ella, al menos en mi presencia. Quién sabía lo que había ocurrido entre ellos en la intimidad.

Expulsé esas cavilaciones de mi mente y les cerré la puerta.

—¿Te sientes bien, amor? —me preguntó mi barog, con esa voz grave y aterciopelada que erizaba cada centímetro de mi piel.

Noté el roce fugaz de sus dedos sobre mi brazo bajo la superficie.

El vaivén del agua me puso en alerta. Ciench se había movido y ahora estaba sentado a mi lado. Muy cerca, pero sin tocarme.

Abrí los ojos.

—Este lugar siempre me reconforta. Gracias por traerme aquí, Ciench.

Él esbozó una débil sonrisa que no le iluminó los ojos.

—Aquí fuimos muy felices, ¿verdad, Susi?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Muchísimo. Eso no lo he olvidado en todo este tiempo.

Él volvió a sonreír, ahora un poco más esperanzado. Cuando lo hacía, se le formaban unas arruguillas en la comisura de los ojos que me volvían loca. Le daban un aspecto entrañable, incluso en su forma barog.

—Volveremos a serlo, amor. Estoy seguro de ello.

Me limité a asentir porque, en realidad, no tenía ni idea de si lo conseguiríamos.

Se mantuvo en silencio a mi lado, con su enorme cuerpo muy quieto, mientras el corazón le retumbaba en el pecho. Hubiese jurado que podía escuchar sus latidos, reverberando por todo el lago y haciendo vibrar la superficie.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? Que no te pregunte no significa que no quiera saberlo. Es solo que... no quiero presionarte. Desearía que me lo contaras cuando tú así lo decidieras, o nunca, si es lo que necesitas. Cualquiera de las dos opciones me parecen bien. —La voz le tembló un poco. Le había costado pronunciar esas palabras.

—Lo sé —dije, esforzándome por sonreírle—. Y te agradezco de veras la paciencia que estás teniendo conmigo y cómo me respetas.

—Lo único que deseo es estar a tu lado y que te recuperes. No hay prisa, Susi, tómate el tiempo que necesites. Tenemos miles de años por delante, y yo no me iré a ninguna parte. Tú solo céntrate en ponerte bien y cuenta conmigo para cualquier cosa, lo que sea.

Se me cerró la garganta. Mi barog era un sueño, un verdadero ángel. Siempre lo había sido. Por eso me enamoré de él.

—Te lo agradezco y... —Hice una pausa, tratando de escoger las palabras adecuadas. Por nada del mundo quería hacerle daño—. No es que no quiera contártelo, es que no... puedo.

Él asintió.

—Como te he dicho, lo que tú decidas me parecerá bien.

Suspiré.

—Ya sabes la clase de cosas que sufrí allí, Cienc h. No creo que nos hiciera ningún bien que las compartiera contigo.

Él volvió a apretar la mandíbula, y la onda expansiva de su dolor llegó hasta mí.

—Aun así, si necesitaras contármelo, haría de tripas corazón y te escucharía.

—Tuve que hacer... muchas cosas horribles, Cienc h. Cosas que ni siquiera puedo nombrar.

Sus ojos se ensombrecieron.

—Esas bestias te obligaron. Hiciste lo necesario para sobrevivir. Fuera lo que fuese, nada de todo eso fue culpa tuya. Y nada de eso empañará jamás lo que siento por ti.

Nos quedamos de nuevo en silencio.

Entonces, se giró hacia mí y tomó mi mano entre las suyas.

—Te amo, Susanne Bell, desde el día en que te conocí en la tienda de tu padre hasta el día en que los dioses se nos lleven a ambos. Y lo único que quiero es que dejes de sufrir. Que tu corazón se aligere de todo este dolor que esos monstruos te causaron.

—Tú también albergas dolor aquí —dije, atreviéndome a poner una mano sobre su imponente pecho.

Él suspiró y se estremeció bajo mi contacto. Su mano atrapó la mía y la mantuvo sujeta contra su pecho.

No me moví.

—Estos diez años sin ti han sido un infierno, Susi. Pensar en el horror que estabas sufriendo cada día me destrozaba. Ni siquiera sabía si seguías viva. Pero estás aquí, y estamos juntos de nuevo. No puedo dejar de dar gracias a los dioses a cada segundo por este milagro.

—El mayor sufrimiento era pensar en si habrías muerto. Porque podía soportar cualquier cosa siempre que siguiera teniendo la esperanza de reunirme contigo algún día. Pero un mundo sin ti... Eso no lo habría superado. Un mundo sin ti carecería de sentido para mí —dije con pesar.

Se aproximó un poco más y levantó la otra mano. Sus dedos vacilaron al acercarse despacio y me acariciaron la mejilla con tanta dulzura que las lágrimas se amontonaron en mis ojos.

Esa ternura suya activó en mí demasiados recuerdos, amenazando con romperme aún más.

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor y liberó mi mano. Dejó caer los brazos a los lados, que chapotearon en el agua.

—Lo siento mucho, Susi. Tendría que haberte protegido ese día. Debería haber impedido que se te llevaran. Fracasé por completo. Y jamás me perdonaré por ello.

Agachó la cabeza y su melena negra ondulada cayó hacia delante, cubriéndole parte del rostro.

Mis manos se movieron solas. Las posé sobre sus mejillas y le levanté la cabeza para que me mirara a los ojos.

—Escúchame bien, barog, nada de lo que ocurrió fue culpa tuya. Atacaron por sorpresa y os superaban en número. Arrasaron esta aldea y le prendieron fuego. Luchaste con ferocidad y honor, yo lo vi. Fui testigo de ello. Lo intestaste. Trataste de deshacerte de ese monstruo que arremetía contra ti una y otra vez para acudir en mi ayuda, pero no te soltaba, y estuviste a punto de que te matara.

—Aun así, Susi, debería haberte protegido. Yo te arranqué de tu hogar en la Tierra y te traje aquí. Era mi deber cuidar de ti. *Es* mi

deber. Confiaste en mí desde el principio, por eso cruzaste el portal y te vinculaste a mí. Y yo... te fallé.

Había tanto sufrimiento en sus ojos que mi corazón crujió.

—Jamás desde que nos conocimos me has fallado. Ni una sola vez. Luchaste como un león, pero eran muchos. Demasiados. Además, he regresado. Sobreviví a aquel infierno y estamos juntos de nuevo. Eso es lo único que importa ahora.

—Pero lo que esos monstruos te hicieron... —se le quebró la voz y apretó la mandíbula— no podremos deshacerlo nunca.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Eso es cierto; no se puede borrar.

—Los mataré. Los destriparé con mis propias garras. Yo y todos los barogs de la aldea los aniquilaremos.

—No me cabe duda de que lo haréis.

—Aun así, eso tampoco hará desaparecer lo que ocurrió —dijo en un murmullo cargado de dolor.

—Pero sé que me ayudarás a seguir adelante y, con el tiempo, mis heridas se cerrarán y cicatrizarán. Y si los dioses nos ayudan, algún día dejarán de doler y serán solo un vago recuerdo enterrado en lo más hondo de mi ser.

Él asintió.

—Te busqué, jamás perdí la esperanza. Pero no os encontrábamos. No podía llegar hasta ti. No...

—Gracias a los dioses, Callie terminó en los pantanos, y eso os dio un rastro que seguir, la única oportunidad que tuvisteis en todo este tiempo.

—Eso es cierto. Si ella no hubiera caído al río y Ux no la hubiese encontrado, tal vez no te habría recuperado jamás.

Temblé de la cabeza a los pies. Él también.

—Nunca habría deseado eso para ella —murmuré.

—Lo sé, Susi, pero lo cierto es que os encontramos gracias a todo lo que le ocurrió a la pobre.

—Es muy joven, apenas lleva unos meses aquí. Y de todos modos, aguantó el tipo, Ciench, y me defendió contra esas bestias.

Su rostro se contrajo de nuevo.

—¿Te... defendió? —dijo, aunque las preguntas que realmente quería hacer eran: «¿Qué ocurrió? ¿De qué te defendió?».

Me limité a asentir.

Nos quedamos en silencio de nuevo. Al poco, se levantó y me tendió la mano para ayudarme. Alcé la vista y lo contemplé en todo su esplendor. Verlo desnudo, aunque en el pasado lo hubiera visto cada día durante casi dos siglos, me impresionaba.

Temblé con una mezcla de excitación y miedo. Después de todo lo que me había sucedido, no estaba preparada para la intimidad con él. Le deseaba, lo reconozco, pero pensar en sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, su miembro en mi interior, sus labios en mi boca...

Lo deseaba, sí. Pero también me aterraba.

Me obligué a mí misma a coger la mano que me ofrecía y dejar que tirara de mí para ponerme en pie.

Cuando lo hice, sus ojos se deslizaron sobre mi cuerpo desnudo como una caricia. Fue puro instinto. Sé que no pretendía hacerlo, aún no, porque, al darse cuenta de que lo miraba, apartó la vista enseguida.

—Ciench, yo... —balbuceé sin saber qué decir.

Que me incomodara la mirada del macho al que amaba con locura era muy triste. Me devastaba que pensara que ya no le deseaba.

—No pasa nada. Necesitas tiempo para curarte, lo comprendo.

—Te quiero y te deseo, es solo que... —dije, dejando la frase inacabada y temblando como una hoja, desnuda ante él.

Reprimí el impulso de cubrirme con los brazos. Antes no me importaba que él me viera así. Al contrario, estar desnudos juntos era lo más natural del mundo. Y lo más placentero.

Ahora, todo se había vuelto raro entre nosotros. Pero me esforzaría por recuperar lo que teníamos, al menos en su mayor parte.

—Date tiempo. Como te dije, no pienso irme a ninguna parte. Avanzaremos despacio, a tu ritmo. Ya lo hicimos una vez,

¿recuerdas? Volveremos a empezar. —Se esforzó por sonreír. Fue una sonrisa triste pero sincera.

Le conocía bien. Tanto como a mí misma.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer. Yo soy el agradecido por tenerte de nuevo a mi lado. —Entonces, bajó un instante la mirada y, cuando la alzó, había determinación en sus hermosos ojos—. ¿Puedo abrazarte? Solo eso.

Retrocedí un paso en un acto reflejo y empecé a temblar. Pero la desolación en su semblante me hizo reunir el valor necesario para asentir.

Porque mi barog llevaba diez años sin abrazarme de esta manera, piel con piel, y tal vez sin abrazar a ninguna otra hembra. Ni lo sabía ni me importaba, jamás se lo preguntaría. Aunque, conociéndolo, apostaría a que no había estado con ninguna, ni humana ni *aninf*, ni siquiera únicamente para aliviar sus impulsos masculinos.

Y eso que se había abierto de nuevo el portal y había habido otra cacería. Podría haberme dado por muerta o desaparecida para siempre, y haber escogido a otra hembra que le calentara el lecho.

No lo había hecho. Me arriesgaría a afirmar que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Porque mi barog nunca había perdido la esperanza de encontrarme.

—Puedes abrazarme, Ciench.

—¿Estás segura?

Le sonreí, aunque siguiera temblando.

Se aproximó hasta que nuestros cuerpos se rozaron y pasó los brazos alrededor de mi cintura desnuda con delicadeza.

Entonces, me atrajo hacia su cuerpo inmenso, cálido y musculoso, y me abrazó.

El mundo pareció detenerse a nuestro alrededor mientras el lago seguía brillando en ese hermoso tono esmeralda y la brisa cálida nos acariciaba la piel.

Y pese a que aún tardaría tiempo en recuperarme por completo, me dejé llevar por el abrazo de mi barog, mi amor, mi alma gemela.

Apoyé la mejilla en su pecho poderoso, y el latido acelerado de su corazón, valiente y bueno, me transportó a otro tiempo mientras su cola me acariciaba la espalda.

Y allí, entre sus brazos, tuve al fin la certeza de que, aunque costara, volveríamos a ser los de antes.

Porque nuestro amor era indestructible.



Regresamos a la cabaña envueltos en un pareo colorido cada uno, yo sujeto por encima del pecho y él anudado alrededor de la cintura.

Al entrar en la choza, me pidió que me sentara sobre los cojines del jergón y preparó en una bandeja de mimbre toda la comida que habíamos traído. Nos sirvió dos vasos hasta arriba de zumo de piña y frambuesa, y se preocupó de ofrecerme las cosas que más me gustaban.

Untó varias tortitas con miel de abejas rojas, y fue lo primero que engullimos. ¡Cuánto había echado de menos ese sabor dulce y explosivo en la lengua!

Dejamos a un lado el horror sufrido y charlamos de muchas cosas. Me puso al corriente de los chismes y novedades; de los inventos que se habían puesto en marcha en la aldea; de lo que había ocurrido cuando Cyrus subió al trono y de los problemas con los rebeldes, liderados por el príncipe Daryos; de cómo los hermanos se reconciliaron; y de todo lo que se le ocurrió.

Cuando acabamos de comer, lo recogió todo y abrió la colcha para que me deslizara dentro.

—¿Vamos a pasar la noche aquí?

—Hay varios vigilantes apostados alrededor del lago, no correremos ningún peligro. Toruch enviará a alguien si me necesita. Y es más seguro regresar de día. Volveremos al amanecer. ¿Te parece bien?

Asentí.

Entonces, ahuecó algunos almohadones, dispuesto a tumbarse sobre ellos en el suelo. Se me hizo un nudo en la garganta y tomé una decisión, envalentonada por el rato tan maravilloso que acabábamos de pasar juntos.

—Aquí hay suficiente espacio para los dos, Ciench —dije dando un golpecito a mi lado en el colchón.

—¿Estás segura?

—Dormirás más cómodo en el jergón, conmigo. Y yo también.

Él asintió, comprendiendo que solo lo invitaba a dormir. Nada más... por ahora. Si todo iba bien, pronto podría ofrecerle algo más. Algo que seguramente estaba ansiando, pero para lo que yo sabía que jamás me presionaría. Esperaría a que estuviese preparada.

Para mi asombro, antes de meterse bajo la colcha conmigo, su cuerpo vibró y completó el cambio a su forma humana. Hacía tanto que no lo contemplaba así que me emocioné. Los ojos se me llenaron de lágrimas de añoranza.

—He pensado que quizá te facilitaría las cosas —dijo en voz baja.

Supongo que imaginó que, después de tanto tiempo rodeada de monstruos, agradecería su versión humana. Grande y musculosa, pero menos amenazante. Aunque Ciench jamás me había resultado ni me resultaría intimidante, mostrase la forma que mostrase.

—Me parece perfecto —susurré.

Sonrió.

Se deslizó junto a mí bajo las sábanas y se acercó despacio, hasta que sus piernas rozaron las mías y su mano se posó en mi cintura. El brillo plateado y verdoso de las lunas entraba por la única ventana, arrancando destellos a su pelo negro y a sus ojos grises. Mis ojos recorrieron sus pómulos marcados, su nariz recta, sus labios carnosos, su mandíbula fuerte, la onda que caía sobre su frente... Era un hombre muy apuesto.

—¿Puedo besarte? —preguntó vacilante—. Solo un beso de buenas noches, lo prometo.

Aunque temblaba de nuevo como una hoja, asentí. Deseaba ese beso.

—Bésame, barog.

Y lo hizo. Sus labios apretaron los míos con suavidad y, cuando abrí la boca para él como una invitación, hundió la lengua y la deslizó sobre la mía.

La selva entera contuvo la respiración mientras Ciench seguía besándome, bajo el resplandor de la pareja de lunas que coronaban la noche en la selva.

Y cuando terminó, suspiró y susurró sobre mi boca que me amaba con locura.

Sus brazos musculosos y su calor seco y envolvente me acunaron contra su pecho, duro y tan familiar para mí.

Y al fin, me quedé dormida en brazos de mi barog mientras una pequeña llama de esperanza se avivaba en mi interior.



10 YA NO LO TENGO TAN CLARO
CALLIE

—Vale, me he perdido —dije pellizcándome el puente de la nariz entre el índice y el pulgar—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Pues… ¡que ya no lo tengo tan claro, Callie!

—¿Puedes especificar un poco más? Porque estoy muy cansada después de todo el día jugando a los domadores de panteras y tengo el cerebro fundido.

—Es que… quizás me precipité instalándome en casa de Toruch.

—Mira que te lo dije, McPhee.

Ella resopló.

Enzo, repantigado en el suelo cerca de nosotras, abrió un ojo y nos miró durante unos segundos. Apuesto a que, en su interior, se estaba descojonando. Volvió a bajar el párpado, se despatarró del todo y empezó a roncar, el muy insolidario. Lorna le lanzó una miradita de reojo y encogió un poco más las piernas debajo de la mesa. Estaba bastante familiarizada con Benju, el león de Toruch, pero supongo que todavía no las tenía todas consigo cuando había otros felinos cerca. Si hubiera venido a las cuevas de las panteras…

Me recorrió un escalofrío al recordarlas.

—Lo sé, Calista, lo sé. Ahora te necesito en modo "amiga del alma", no para que me lo restriegues por la cara.

Abrí los ojos como platos.

—¡Soy tu amiga del alma!, pero es que a veces parece que tengas veinte años en lugar de cuarenta y…

—Shhh, no hace falta que grites mi edad a los cuatro vientos. Además…, puede que haya mentido un poco sobre eso —soltó quedándose tan fresca mientras se atusaba el moño con coquetería.

—Sabes que aquí son todos unos vejestorios, ¿verdad?

—Le dije a Toruch que tengo treinta y ocho.

—Él tiene unos doscientos treinta. Créeme, no va a importarle lo más mínimo.

Palideció un poquito.

—Lo sé, Callie, pero es que aquí todas tenéis el aspecto de veintipocos.

—Bueno, en mi caso, *tengo* veintipocos.

Me lanzó una mirada furibunda. La verdad, echaba de menos esas miradas "lanzachispasporlosojos" de mi amiga.

—No sé qué hacer, Callie, en serio. Toruch es un amor, y estos días juntos conviviendo han sido una maravilla. ¡Como un sueño!

—Entonces, no te comprendo. ¿Cuál es el problema?

—Pues que…, ya sabes…

Alcé una ceja.

—Lorna, te adoro, pero a veces puedes ser muy pesadita.

—¡Ay, Callie, no me hagas decirlo! Ya lo sabes.

Juro que no tenía ni idea.

—¿Toruch te ha hecho daño? —Me costaría creer algo así, pero cosas más raras se habían visto.

—¡Por supuesto que no!

—¿Te ha insistido para que hicieras algo que tú no querías?

—¡Qué no! ¡No es eso! Si es que te lo tengo que explicar todo…

Estaba flipando.

—Tal vez esa espiral algún día me otorgue poderes, pero todavía no leo la mente, McPhee. —Empezaba a exasperarme.

Chasqueó la lengua, claramente molesta conmigo. ¡Qué narices, la tía!

—Pues que… puede que… eche de menos a Terry.

Volví a abrir los ojos como platos. ¿Y ahora me venía con esas?

—Quizás tendrías que habértelo pensado un poquito antes de dejarlo tirado en la Tierra y lanzarte a atravesar un portal a un mundo desconocido, plagado de monstruos. No crees, ¿McPhee?

Resopló de nuevo.

—Ya te lo dije, Callie, cuando vi que se te llevaban… Fue un impulso. ¡Y no me arrepiento! No podría vivir sin saber lo que te había ocurrido.

—Ya, ¡pues la aventurita te ha costado cara! Yo no tenía más remedio, Lorna. ¡A mí me raptaron! Estaba predestinada a esto desde mi nacimiento.

—Qué trascendental te estás poniendo, Calista —dijo resoplando. ¡Resoplando!

—Es la pura verdad, Lorna. Yo no tuve elección, pero tú sí. Y ahora, estás aquí, condenada a vivir en medio de la selva con estos seres primitivos.

—Bueno, lo cierto es que no están tan mal —dijo soltando una risilla.

Negué con la cabeza, a punto de asesinarla. Me limité a ponerme en pie, ir a buscar la jarra de zumo y regresar junto a mi amiga. Nos rellené el vaso y mordisqueé un panecillo color lavanda para estar ocupada en algo mientras decidía si la echaba a patadas, la llevaba a rastras de vuelta a casa de Toruch… o la dejaba dormir en mi casa, sobre los cojines de la sala.

«Qué bien me vendría ahora mismo una cervecita… o un *whiskey* doble. ¡Esto es insoportable!».

—Veamos, ¿te gusta Toruch o no?

—¡Uy sí, mucho! —Sus ojos brillaron con picardía. ¡Por los dioses del manantial, del lago esmeralda y del dichoso río en el que casi me mato!

—Pero echas de menos a Terry…

—Ahora que lo pienso, creo que ha sido un momento de debilidad, pero ya me siento mucho mejor —dijo devorando en dos bocados otro panecillo. Ya iba por el cuarto desde que había llegado. Si seguía así, pronto acabaría con las existencias de todo el poblado.

—Claro, es comprensible. Todas hemos tenido momentos así. Fuimos arrancadas de la Tierra a la fuerza y aparecimos aquí

rodeadas de bestias. Y han ocurrido muchas cosas desde que llegamos aquí, ya lo sabes. Así que, si echas de menos a Terry o cualquier otra cosa de allí abajo, lo entenderé.

Se quedó pensativa.

—¿Estás segura de que la Tierra está *abajo*? Porque no sabemos dónde está ubicado este planeta en la vasta inmensidad del universo. Desde luego, no forma parte de nuestro sistema solar, ni tampoco de nuestra galaxia. Pero quizás…

Me froté la cara con las manos para intentar despejarme.

—No, Lorna, no tenemos ni puta idea de dónde está Nemea. Y, francamente, me tiene sin cuidado. Tampoco es que podamos salir nunca de aquí, así que ¡¿qué demonios importa?!

Ella se hizo la ofendida.

—Pero ¡somos científicas, Calista! ¡Debería interesarnos!

—En primer lugar, *éramos* científicas. Como mucho, aquí podríamos dedicarnos a estudiar algunos de los "tiernos" animales que componen la fauna de estos parajes. Francamente, no me apetece hacerlo. Y en segundo lugar…, ¡estamos confinadas en Nemea para siempre! Así que vamos a olvidar nuestra brillante carrera como profesoras de universidad y a centrarnos en aprender otras cosas mucho más útiles.

—¿Como por ejemplo? —Cogió otro panecillo y empezó a engullirlo mientras me miraba con expectación.

Mi amiga siempre había sido una de esas personas muy inteligentes, pero que a veces dan la sensación de vivir en un mundo paralelo y que no acaban de darse cuenta de la cruda realidad.

—No sé, Lorna. Échale imaginación. Veamos… ¿Qué te parece aprender tiro con arco? ¿O a identificar las charcas esas doradas donde nadan tan panchas las pirañas amarillas "arrancadedos"? ¿O a correr a toda velocidad y trepar a los árboles?

Puso cara de disgusto.

—Mujer, yo, si puedo evitarlo, no pienso adentrarme en la selva nunca más. En esta aldea se está la mar de a gusto, y la casa de Toruch tiene más comodidades de las que pensaba. El cuarto de baño es una delicia, y esa cama tan grande…

La mandíbula se me desencajó.

—McPhee, tienes cinco segundos para convencerme de que necesitas mi ayuda. Después, te patearé el culo para que salgas de mi casa y pueda volver a acurrucarme junto a mi barog buenorro.

¡Y soltó otra risilla!

—Oye, pues me ha sentado muy bien hablar contigo, Callie. Si es que por eso hay que tener una mejor amiga tan fabulosa como tú. Ya me siento de maravilla, muchas gracias.

—Entonces…, ¿vas a volver con Toruch?

—Me gusta mucho ese barog, Callie. Es muy travieso, ya sabes. Hace esa cosa que…

—Vale, vale —dije agitando una mano delante de su cara—. No quiero los detalles. Me hago una idea.

—Pero ¡si antes te contaba todo lo que hacíamos Terry y yo!

—Pues por eso mismo. Ya me dejaste traumatizada para siempre. Todavía tengo pesadillas.

—¡Hay que ver lo exagerada que eres! Yo a tu edad…

—Te lo advierto, Lorna. No quiero saber nada de tus acrobacias en la cama.

—Cualquiera diría que tú no te meriendas a ese barog tuyo cada vez que se te presenta la oportunidad.

—Pues sí, la verdad, pero eso no significa que quiera que me cuentes tus polvos ni que yo te vaya a contar los míos.

—Qué sosa te has vuelto desde que vives en la selva, Calista. Pero ¡si tú y yo somos uña y carne!

—¡Por supuesto que lo somos! Pero ya sabes que no suelo contar por ahí mis noches de sexo.

—Es una pena. ¡Con lo que a mí me gustan los detalles escabrosos!

—Vale, si te portas bien y me dejas dormir, te compartiré un par de detallitos que seguro que te encantan.

Los ojos le brillaron de curiosidad al instante.

—¡Cuéntamelo ahora mismo, Calista!

—Ahora no. Mañana.

—¿Y cómo pretendes que me duerma yo ahora? ¡Necesito saberlo!

—No te pasará nada por tener un poco de paciencia. Además, Toruch debe de estar preocupado por ti.

—Qué va, si estaba durmiendo a pierna suelta cuando me he escabullido de su lado. He sido muy sigilosa.

—Sigilosa o no, ese tipo detecta cualquier movimiento o sonido. Te aseguro que ahora mismo se estará preguntando dónde demonios estás, o quizá esté ya viniendo hacia aquí.

—¿Ay, tú crees? —dijo juntando las manos, con los ojos rebosantes de emoción—. Si es que el pobre es un amor. Y me hace reír, incluso más que mi Terry.

—Pues hala, ya tienes la respuesta. Estás coladita por Toruch.

—¡Como para no estarlo! Con esos ojazos marrones, cálidos y picarones, y esa mandíbula cuadrada, y, por Dios, todos esos músculos, y las manos grandes y fuertes… ¡Y la polla! —exclamó. Yo di un respingo—. ¡Menuda polla tiene ese hombre!

—Vale, se acabó. Te marchas ahora mismo.

—Aquello es digno de venerar, Callie. Te lo digo yo. Ni te imaginas…

—Sí, me lo imagino perfectamente. Todos los barogs están muy bien dotados. Vaya, que son un portento. Así que deja ya de hablar de la polla de otro barog cuando el mío está ahí arriba durmiendo —dije señalando con el índice hacia el techo.

—¡Ay, Callie, es verdad! Te he despertado y te he sacado de la cama. Lo siento mucho, pero de verdad que me has ayudado un montón, y pienso seguir tu consejo al pie de la letra.

Arrugué el ceño. No entendía nada. Seguro que mi expresión era todo un poema.

—Vale, refréscame la memoria, ¿qué consejo es ese?

—Que sí, Calista, que voy a volver a casa de Toruch y vamos a seguir con nuestra idílica relación. ¡Qué hombre… barog, por Dios!

—Creo que ese consejito te lo has dado tú misma.

—Tú me has dado el empujoncito que necesitaba para lanzarme a por ello. ¡Y vaya si voy a lanzarme! —estaba desatada.

Lorna siempre había sido alocada y partidaria de disfrutar de la vida al máximo. Sin embargo, el viajecito a Nemea a través del portal intergaláctico y la estancia en Villa Pantanos la habían

trastocado aún más. Pero ¡quién era yo para aguarle la fiesta! Yo solo quería que mi amiga fuera feliz.

Además, Toruch era un barog magnífico, y no me cabía duda de que cuidaría bien de ella. Por supuesto, quedaba pendiente el asuntillo de cómo se las arreglarían para follar sin que él la abriera en canal en un arrebato de pasión desenfrenada. Pero ya eran mayorcitos, sobre todo él, y Toruch me había dicho que no me preocupara, que lo harían en su forma humana. Bueno, más bien me había dicho educadamente que no me metiera en sus asuntos.

Conclusión: me alegraba de que mi amiga tuviera a alguien que le hiciera la vida más bonita en este planeta en el que no nos quedaba más remedio que vivir. ¡Había que sacarle partido a la situación! Yo lo estaba haciendo con mi barog. ¿Por qué no podía hacerlo ella también?

Se puso en pie, dispuesta a marcharse. Pero antes de dirigirse hacia la puerta, cogió un par de panecillos más. ¡Madre mía!

—Te acompaño a la salida —dije levantándome.

Avanzamos hacia la puerta y, antes de abrirla, se abalanzó sobre mí y me dio uno de esos abrazos suyos cargados de amor.

—Muchas gracias, Callie. Te agradezco la paciencia y los consejos —dijo apartándose de mí y agarrándome de ambas manos —. Si es que ya sabía yo que venir a verte arreglaría todos mis problemas.

—Mujer, tanto como eso… Y hablando de problemas, no te olvides de que no eres una descendiente, ¿eh? —aproveché para soltarle.

—Mira que eres pesadita con eso, Calista Dawson. ¡Cómo voy a olvidarme de que no soy una descendiente! ¡Como si no lo supiera! Es imposible olvidarse, considerando que todas tenéis este aspecto joven y lozano envidiable —dijo señalándome.

—No te quejes, McPhee, que estás fantástica. Si no, no tendrías a ese barog buenorro esperándote en casa.

Se le ensanchó la sonrisa mientras se atusaba el moño. Se las había arreglado para recogerse el cabello igual a como lo llevaba en la universidad. Menos mal que algunas cosas no habían cambiado…

Mi pelo, por el contrario, sin mascarillas ni plancha, estaba condenado al encrespamiento de por vida.

—¡Ay, gracias, Callie! ¿Ves como eres una gran amiga? ¡Lo que yo te quiero! —Me dio otro abrazo.

—Vale, vale, yo también te quiero mucho. Oye, ¿has bebido?

—El zumo que tú me has servido. ¿Llevaba alcohol?

—No, ni una gota. ¿Y antes en tu casa?

—Tampoco. Solo nos hemos bebido un par de copitas de zumo de moras —dijo reflexionando y dándose un par de golpecitos en la barbilla.

Enarqué una ceja.

—¿Y no sería *licor* de moras?

—Ahora que lo mencionas, puede que sí. Toruch me soltó un rollo de que Cienchy él llevaban como un siglo destilándolo de unas moras púrpura enormes, que solo crecen en una zona determinada llena de zarzales espinosos y…

—Vale, vale, ahora entiendo por qué de pronto te has puesto tan sentimental.

—¡Uf! ¡Es que ese licor está delicioso!

—Lo imagino. Oye, y recuerda que no puedes acostarte con Toruch en su forma barog.

Soltó un bufido.

—¿Otra vez con eso, Callie? ¡Ya soy mayorcita! ¡Podría ser tu madre!

—Pero no lo eres. Anda, no te cabrees, McPhee. Tú dile que ni se te acerque con eso hasta que se transforme en humano.

—Hay otras maneras de divertirse, ¿lo sabías? Aún no nos hemos acostado, porque ha estado en su forma barog todo el tiempo. Pero no veas la de cosas que hemos experimentado. ¡Es un semental!

Me llevé la mano a la cara.

—Buenas noches, Lorna. Nos vemos mañana —dije abriendo la puerta y empujándola al exterior.

Ambas dimos un respingo cuando vimos a Toruch sentado tranquilamente en los escalones. Se levantó con parsimonia, desplegando sus dos metros y mucho ante nosotras.

—¿Ya habéis acabado de hablar, preciosas?

Lorna aplaudió dos o tres veces mientras se le iluminaban los ojos.

—Esto…, sí. Ya puedes llevártela. Qué descanséis —dije sin más, mientras mi amiga se lanzaba hacia él.

Y decía que echaba de menos a Terry… ¡Ja! ¡No se lo creía ni ella!

Toruch la alzó en volandas y ella le echó los brazos al cuello.

—Vamos, preciosa, ya te echaba de menos. Me has tenido esperando un buen rato —dijo él con su voz grave. Se intuía una sonrisa en su rostro. Entonces, se giró hacia mí, con Lorna en brazos, y se despidió—: Buenas noches, Callie. Saluda a D de mi parte.

—El tío está frito desde hace rato.

Soltó una carcajada.

Mientras se alejaban, Enzo se colocó a mi lado, con el suave pelaje del color del ébano rozándome la pierna y el brazo. El pobre seguro que tenía lástima de mí y había salido para solidarizarse conmigo.

—¿Quieres que nos tomemos otra copa de licor de moras? —propuso Toruch mientras se alejaban.

—Pues no te digo yo que no, pero solo una, ¿eh? Que si no, luego haces conmigo lo que quieres —dijo Lorna, toda acaramelada.

—Tendrás queja de mí, mujer.

Ambos soltaron una carcajada.

Me di la vuelta, dispuesta a entrar de nuevo en casa. Estaba agotada, aunque contenta de que mi amiga se sintiera mejor. Tampoco es que yo hubiera hecho nada especial. Supongo que las mejores amigas se reconfortan, pase lo que pase.

—Vamos, Enzo, durmamos un poco. A ver si nos dejan en paz y podemos descansar.

Juraría que el león asintió.

Cuando volvió a tumbarse en el suelo como si fuera una alfombra enorme y peluda, le rasqué entre las orejas y él ronroneó.

Me acabé de un trago el zumo que quedaba en mi vaso, lo recogí todo y arrastré los pies de nuevo escaleras arriba.

Me quité el vestido y lo lancé al rincón.

Cuando me deslicé bajo la colcha junto al cuerpo de mi barog, su calidez y su aroma irresistible me envolvieron en el acto.

—¿Ha ido bien con Lorna? —murmuró con voz ronca.

—Sí, todo bien, amorcito, sigue durmiendo.

Le di un suave beso en los labios y me acurruqué contra su pecho. Él metió una pierna, fuerte y robusta, entre las mías, me rodeó la cintura y me atrajo hacia sí, para tenerme bien pegadita a su cuerpo, tal y como a él le gustaba. A mí también.

Y mientras su cola me acariciaba un pie con suavidad y su respiración profunda me arrullaba, me quedé dormida enseguida, agradeciendo a los dioses lo afortunada que era por estar en mi hogar… junto a mi maravilloso barog.



11 VINCULADOS
EMI

Me tomé mi tiempo en la ducha. Había un bote de champú maravilloso que olía a vainilla, mezclada con algo más que no supe identificar, y una especie de pastilla de jabón completamente nueva de color rosa intenso, con pétalos en su interior. ¡Me dejó la piel más suave que la de un bebé! Había otra al lado de color verde menta, que supuse que sería la de mi barog. ¡Qué mono era! ¡Me había conseguido un jabón solo para mí!

No había acondicionador ni mascarilla, pero me las apañaría. Y todos esos potingues eran mucho mejor que las extrañas raíces que usábamos para lavarnos cuando estábamos en la selva.

El tema de los cubos era un incordio, sobre todo porque mi melena era muy abundante y me costaba aclararla por completo. Pero cuando acabé, me sentía tan limpita que las pequeñas incomodidades me parecieron insignificantes.

Aunque Axeh podría haber entrado en cualquier momento sin problema —ahí no había pestillo, y tan solo nos separaba la cortina de cañas— yo sabía que no lo haría. Siempre me había respetado, y estaba segura de que seguiría haciéndolo. Sin duda, era un buen comienzo de nuestra convivencia juntos. ¡Por el momento iba como la seda!

Se me escapó una risilla nerviosa al recordar lo que me esperaba en ese dormitorio acogedor.

En cuanto salí de la ducha, me envolví el pelo con una de las toallas coloridas que Axeh me había dado, que parecían más una especie de pareo o tela enorme, y con otra me sequé el cuerpo y me la anudé a la altura del pecho.

Encontré un peine hecho de marfil que, aunque no servía de mucho con mis rizos rebeldes, al menos evitó que pareciera una loca que acabara de meter los dedos en un enchufe.

También había una crema hidratante natural, o al menos me pareció que era eso, y me la apliqué por todas partes. Quería estar perfecta para mi barog.

Agradecí a todos los dioses de Nemea haberme hecho la depilación láser cuando cumplí los dieciocho, pues ahora mismo me simplificaba bastante las cosas. Las mujeres vinculadas nos habían contado algunos truquitos usando la cera de las abejas rojas, pero depilarse en una aldea en la selva no era algo fácil precisamente. Tampoco creía que a Axeh le hubiera importado lo más mínimo, pero me importaba a mí. Y esa noche era imprescindible que me sintiera guapa y *sexy*.

Cuando acabé de peinarme más o menos, me atusé los rizos para que tuvieran la máxima definición posible. Sin espuma ni difusor, el tema era todo un reto.

Entonces, justo antes de salir, me asaltó una duda enorme y angustiosa. ¿Qué se suponía que debía ponerme? ¿Tenía que enfundarme un vestido limpio... para que Axeh me lo arrancara en breve? ¿Era mejor quedarme con la toalla alrededor de mi cuerpo? Quizás Axeh esperaba que aguardara desnuda en la cama. ¿Cómo iba a saber yo qué hacer en un caso así?

Empecé a hiperventilar.

—¿Estás bien, Emi? —preguntó como si intuyera que me estaba dando un ataque.

—Sí, sí, todo bien. Ahora salgo.

—No hay prisa.

Inspiré hondo, me armé de valor y aparté la cortina.

En cuanto salí, se le desencajó la mandíbula y los ojos a punto estuvieron de salírsele de las órbitas. Tuve que reprimir una carcajada.

—Joder, Emi. ¡Eres preciosa!

Me ruboricé al instante, aunque reconozco que me encantaban sus piropos. ¿A quién no le gusta que le agasajen?

Reforzaban mi autoestima y me hacían sentir muy bien conmigo misma, la verdad. Mi barog era un sol de los grandes y luminosos.

Se acercó y se plantó ahí, mirándome como si fuera la octava maravilla.

—Me encanta tu pelo —dijo enrollando uno de mis rizos en un dedo, despacio, recreándose en el movimiento.

Al estar todavía mojado, parecía más largo.

De hecho, los rizos casi me llegaban a media espalda. Si hubiera tenido una plancha para alisármelo, apuesto a que me llegarían hasta el culo. Pero en Nemea, ni planchas ni secadores de pelo…. ni, ya puestos, electricidad.

Ni móviles, ni televisión, ni música, ni libros… ¡Dioses! ¿Cómo se divertía esta gente? Eché un vistacillo a mi barog. Estaba claro, ¿no?

—Tu melena tampoco está mal —le solté. Él volvió a sonreír. En realidad, no había dejado de hacerlo.

Axeh tenía un cabello abundante y de un dorado precioso. En su versión barog, la que me mostraba ahora, era un poco más largo que en la humana. Vaya, que mi macho tenía una melena a lo Brad Pitt en *Leyendas de pasión* que quitaba el hipo.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo y volvió a detenerse en mis ojos.

—Voy a ducharme y estoy contigo enseguida.

—No hay prisa. Aquí estaré cuando salgas.

—Creo que va a ser la ducha más corta de la historia.

Nos reímos de nuevo y se apresuró hacia el cuarto de baño.

En cuanto escuché el agua caer del primer cubo, el pánico me atacó de nuevo. Empecé a buscar por todas partes hasta que di con un pequeño baúl de mimbre con algunos vestidos para mí. Extraje uno de color rosa, mi favorito, dispuesta a ponérmelo. Sin embargo, no llegué a hacerlo.

En un arranque de osadía inusual en mí, desanudé la toalla y me metí desnuda en la enorme cama. Sin duda, eso era lo que Tina habría hecho de estar en mi situación. Pero ¡¿qué estaba diciendo?! ¡Seguro que ella ya se había encontrado varias veces con *esa*

situación! Tendría que haberle preguntado. A ella y a Callie. ¡Debería haberles pedido consejo! Ahora ya era tarde para eso.

Y ahí es donde me habría venido de perlas tener un móvil.

Me encontraba sola ante el peligro.

Solté una risilla histérica, pero me quedé donde estaba, tumbada en esa cama tamaño barog, con la colcha hasta el pecho.

Recé a todos los dioses terrestres y nemeos para que estuviera haciendo lo correcto... y no el ridículo más espantoso. Tratándose de mí, ambas cosas eran igual de probables. ¡Con los chicos siempre solía meter la pata!

Pero eso que se estaba duchando no era un chico. Era un alienígena inmenso de veintinueve años que bebía los vientos por mí. Y yo por él, ¡qué demonios!

Así que respiré hondo y me dispuse a esperar a Axeh, con los nervios a flor de piel y el deseo vibrando debajo.



En cuanto Axeh atravesó la cortina y apareció en el dormitorio, ocurrieron dos cosas. La primera, que estaba desnudo, con la piel bronceada, húmeda y reluciente, y la melena chorreando agua. Los ojos le brillaban más que nunca y su musculatura vibraba. La segunda, que estaba muy excitado.

Cuando desvié la vista hacia abajo, incapaz de resistirme, mi corazón empezó a galopar dentro de mi pecho. ¡Aquello era fascinante! Estaba duro y era… enorme. Aunque ya lo había visto, no por ello dejó de impresionarme. Se me secó la garganta y creo que, durante unos segundos, me olvidé hasta de respirar.

La buena noticia era que había acertado. Meterme desnuda en la cama había sido la opción correcta, eso seguro. De lo que no tenía ni idea era de cómo iban a ir las cosas a partir de ese instante. Confiaba en que él llevara la iniciativa, al menos al principio, y me guiara un poco. Porque yo podía dejarme llevar, pero no sabía si

esperaba algo concreto de mí, aparte de que íbamos a hacer el amor.

Echó un vistazo hacia los vestidos, luego hacia la toalla que había dejado sobre el taburete de piel del rincón y después a mí. Entonces, esbozó una sonrisa lobuna, alzando una ceja rubia de un modo provocativo.

—¿Estás desnuda ahí abajo, Emi? —dijo con la voz enronquecida. Su pene se tensó aún más ante mi atónita mirada.

El calor se instaló entre mis muslos y las cosquillas se me arremolinaron en el bajo vientre. Me moría por tocarlo por todas partes.

—¿No se suponía que debía estarlo? —pregunté con un hilo de voz.

—Oh, por todos los rinos, ¡por supuesto que sí! Por favor, discúlpame si me desmayo de felicidad en algún momento.

—Dirás más bien de *calentón*, ¿no?

Soltó una sonora carcajada que me hizo dar un respingo.

Caminó hacia mí con pasos lentos y depredadores, más cercano a los felinos que a los hombres, mientras se mordía el labio. Ese gesto casi me hace saltar de la cama y lanzarme a por él. ¡Madre mía, menudo barog!

Por supuesto, me contuve. No quería pifiarla nada más empezar y que viera que estaba tan ansiosa o más que él. Una tiene que guardar las apariencias… de vez en cuando.

Permanecí muy quieta bajo la colcha, aguardando cuál sería su próximo movimiento.

Cuando llegó a los pies de la cama, me miró de ese modo que me provocaba temblores en las piernas y un calor sofocante por todas partes. Apostaba que mis mejillas estaban rojas como un tomate.

Subió al colchón y empezó a arrastrarse hacia mí. Yo mantuve la mirada fija en sus hermosos ojos color menta, que ahora llameaban de deseo.

Cuando llegó hasta mí, con una pierna a cada lado de las mías, se irguió de rodillas, mostrándome su poderosa desnudez. Me

deleité recorriendo con la mirada cada centímetro de su cuerpo glorioso, demorándome en lo que tenía entre los muslos.

—¿Sigues queriendo hacer esto, amor mío? Porque, a partir de aquí, me va a costar mucho detenerme. Desde luego, si tú me lo pides, lo haré. Pero, si tienes dudas, preferiría que me lo dijeras ahora.

—Estoy como un flan, lo reconozco. Pero no tengo ninguna duda, Axeh. Quiero estar contigo.

Él ladeó la cabeza como solían hacer los leones nemeos. Era un gesto tierno… para un animal tan grande y de apariencia amenazadora.

—¿Seguro? Porque no pasaría nada si quisieras esperar un poco más —dijo. Sus palabras eran muy comprensivas, pero su cuerpo rezumaba deseo y un hambre voraz—. Me meteré en la cama y te abrazaré hasta que te quedes dormida entre mis brazos. Te prometo que me conformaría con el placer de dormir juntos.

Sus caderas se mecían levemente, de derecha a izquierda, adelante y atrás, en un vaivén hipnótico. Su cuerpo me anhelaba de un modo atroz y apenas podía disimularlo. Se estaba conteniendo, al menos por el momento, pues sus músculos vibraban y su pene estaba cada vez más tieso.

—Estoy segura.

Curvó las comisuras de los labios hacia arriba, y la mirada se le enturbió todavía más.

—Bien, porque me muero por empezar. Voy a devorarte despacio, amor mío, me tomaré mi tiempo para hacerte disfrutar y que te retuerzas placer.

Apreté los muslos y me mordí el labio. Y esos gestos fueron los que detonaron a mi barog.

Agarró la colcha, con la que todavía me cubría, y tiró de ella lentamente, descubriendo mis pechos centímetro a centímetro. Cuando estuvieron a la vista por completo, jadeó y tembló. Yo estaba alucinada contemplando su expresión mientras iba destapando mi cuerpo. Tenía la boca un poco abierta y los ojos brillantes. Su piel dorada seguía un poco húmeda. Su pelo chorreó

algunas gotas sobre mi estómago cuando siguió haciendo descender la colcha por mi cuerpo.

En cuanto mi intimidad estuvo a la vista, se detuvo unos segundos. Jadeaba, con la mirada fija en ese punto, incapaz de apartarla.

—Eres… perfecta —murmuró de un modo gutural.

Cuando al fin reaccionó, retiró la colcha por completo y me quedé desnuda entre sus piernas musculosas.

Entonces, se inclinó sobre mí, apoyando su peso en los antebrazos, y se tumbó. En cuanto nuestros cuerpos entraron en contacto, gemimos. Fue una sensación tan poderosa que me mareé. Posé las manos en sus hombros, y él acercó su boca a la mía y se quedó ahí, a unos milímetros, mientras su aliento me hacía cosquillas en los labios.

—Soy el barog más afortunado de Nemea —dijo con aquella voz ronca que me erizaba la piel y los lugares más sensibles de mi anatomía.

—Y yo la humana descendiente más afortunada —murmuré con una sonrisa.

Y entonces, me besó.

Empezó como un beso suave, tanteando mis labios, y fue subiendo la intensidad hasta que su lengua se hundió en mi boca y se desató el desenfreno.

Nos besamos durante un buen rato, mientras yo enlazaba los dedos en los mechones de su nuca y él deslizaba una mano por mi costado, desde las costillas hasta la cadera. Cuando le mordí un poco el labio inferior, sus dedos se desviaron y fueron directos a mi pecho. Lo acarició con devoción y luego lo agarró con suavidad.

Axeh era fuerte e intenso, pero también delicado conmigo. Estaba muy excitado y, aun así, se dominaba para que mi primera vez fuera agradable y no me sintiera abrumada.

Yo quería que se dejara llevar, que hiciera cuanto deseara, pero también debía reconocer que ese modo cuidadoso de abordarme me estaba facilitando las cosas. Pese a los nervios iniciales, Axeh había conseguido que me relajara.

Hasta que me dio un último beso e inició el descenso por mi cuerpo.

La primera parada fueron mis tetas. Empezó a masajearlas con las manos y a devorarlas con la boca como si se tratara de dos pasteles para su cumpleaños. Paseó la punta de la lengua por el centro de cada uno de mis pezones y después alrededor, dibujando círculos. Cuando se metió uno en la boca y succionó, creí que iba a tener un orgasmo exprés.

Se entretuvo un rato con mis pechos hasta que decidió seguir bajando. Su melena se desparramaba sobre mí y me hacía cosquillas en la piel.

La siguiente parada fue mi vientre. Lo cubrió de besos y jugueteó con mi ombligo. Su lengua dejaba regueros húmedos en mi piel y me arrancaba placenteras descargas eléctricas allí por donde pasaba.

En cuanto se puso de nuevo en movimiento, lo agarré de los hombros, consciente de hacia dónde se estaba dirigiendo. Sabía que era su último objetivo desde que había empezado ese descenso sublime por mi cuerpo.

—¿A dónde vas, barog?

Él esbozó una sonrisa pícara.

—A por el tesoro, por supuesto. ¿Acaso pensabas que esto acababa de otro modo?

—No sé si… estoy preparada para eso.

Su sonrisa se atenuó, pero no desapareció.

—¿Confías en mí, Emi?

—Sí, pero esa no es la cuestión…

—Te prometo que te va a gustar. Seré muy cuidadoso, lo juro. Y si me pides que pare, lo haré.

—Pero es que me da mucha vergüenza, Ax —me sinceré.

—Déjame adorarte, Emilia. Es lo único que deseo hacer —rogó. Sus ojos expresaban tanto amor y necesidad que acabé asintiendo.

En cuanto lo hice, siguió el sendero a las profundidades de mi cuerpo, sin detenerse, como si temiera que yo pudiera cambiar de opinión en cualquier momento.

Cuando se situó justo encima de mi intimidad, ambos contuvimos el aliento un instante. Bajé la mirada para contemplar la expresión de su rostro. Ensanchó las aletas de la nariz y su cuerpo se sacudió con violencia sobre el mío un par de veces. El colchón se hundió cuando frotó las caderas contra la cama, buscando un poco de fricción que le aliviara.

Y cuando sus labios rozaron mi intimidad por primera vez, el mundo entero se detuvo y empecé a flotar.

Me separó las piernas y, con una mano firme alrededor de mi muslo y la otra sobre mi vientre, sacó la lengua y me lamió de arriba abajo varias veces mientras yo me retorcía ante sus atenciones.

¡Madre mía! Pero i¿qué maravilla era esa?!

En un abrir y cerrar de ojos, mi vergüenza se esfumó como por arte de magia. Lo agarré del pelo y acompañé sus movimientos, arqueándome hacia él para indicarle que me estaba gustando. Era más que eso. ¡Me estaba flipando!

Tras varios lametones más, acercó los dedos y me abrió los pliegues con suavidad mientras respiraba entrecortadamente. Antes de moverse de nuevo, alzó la vista y me miró a través de sus tupidas pestañas, de un dorado oscuro. Nuestros ojos se encontraron un instante antes de que sumergiera la lengua en mi interior.

Cerré los párpados con fuerza y me agarré a la sábana. Miles de estrellitas de colores danzaban ante mis ojos mientras él seguía penetrándome con la lengua a un ritmo perfecto. Como si supiera exactamente lo que me gustaba y el objetivo de toda su existencia fuera proporcionarme un placer descomunal.

Cada vez que metía la lengua hasta el fondo, sus caderas se apretaban contra la cama, empujando con fuerza. Estaba muy excitado, y yo me moría por satisfacerlo, por darle tanto placer como él me estaba dando a mí. Pero seamos sinceros: en ese momento no quería ni podía moverme. Aquello era... era... el paraíso.

Me sentía húmeda e hinchada, y él seguía sin darme tregua, saboreándome a conciencia y dedicándome todas sus atenciones. Su lengua se detuvo un instante y a punto estuve de ponerme a gritar y suplicarle que continuara. Entonces, deslizó un dedo en mi interior

mientras sus labios se cerraban en torno a mi clítoris y succionaba con avidez.

Y ahí fue donde me partí en millones de partículas subatómicas y subí disparada al firmamento.

El orgasmo me azotó con tal virulencia que apenas procesaba lo que estaba ocurriendo. El placer quemaba y me arrasaba en oleadas electrizantes.

Mi intimidad palpitaba y se derretía entre espasmos mientras la cabeza me daba vueltas. Aquello era... lo mejor del mundo.

Fui vagamente consciente de que Axeh se erguía entre mis piernas, avanzaba un poco por el jergón y se tumbaba sobre mí, encajando la cadera entre mis muslos.

Colocó la punta del miembro en mi entrada, todavía inflamada y muy complacida, y me alzó un muslo, flexionándome la pierna hacia el pecho.

Su cola se meció y se enroscó en mi pantorrilla, tirando con suavidad para separarme más las piernas. En cuanto se acomodó mejor, empujó un poco dentro de mí, lo justo para meter un par de centímetros.

Me besó en los labios con dulzura y me susurró al oído:

—¿Preparada, amor? Voy a poseerte. Lo haré despacio y con cuidado, ¿de acuerdo?

Temblaba sobre mí y su piel estaba ardiendo. Su corazón tronaba alto y claro, latiendo tan rápido que por un momento parecía que hubiera una estampida de rinos en la habitación.

Asentí y me agarré a sus hombros.

—Puede que te duela un poco. Si quieres que ralentice el ritmo, dímelo, ¿de acuerdo?

Volví a asentir.

Aguantando su peso en los antebrazos, contrajo los glúteos y empezó a empujar. Enseguida lo sentí por todas partes, ensanchándome a su paso mientras yo me amoldaba a él.

Emitió un gemido profundo y ronco de puro éxtasis que me hizo encoger los dedos de los pies. Cuando se topó con mi himen, cogí aire y me mordí el labio. Él empujó un poco más fuerte y, una vez superado el obstáculo, siguió avanzando, inexorable.

Me dolió un poco, pero nada que no pudiera soportar. Supongo que todos los lametones y el pedazo de orgasmo que me había regalado habían allanado el camino para darle la bienvenida a mi barog.

Cuando llegó a lo más hondo, solté un gritito. Su pene era tan grande, tan duro, que lo sentía clavado hasta el centro mismo de mi ser.

—¿Estás bien, preciosa? —me preguntó entre jadeos, con los ojos llenos de deseo y el cuerpo temblando de excitación. Era una delicia verlo así, cachondo y vulnerable. ¡Me volvía loca!

Asentí mientras él me acariciaba el cabello y me besaba, enlazando su lengua con la mía en un baile que me estaba enloqueciendo. Salió de mi cuerpo y, de inmediato, volvió a hundirse, más deprisa que la primera vez.

Jadeé, sintiendo que el calor abrasador incendiaba la cúspide de mis muslos, donde él estaba enterrado hasta la empuñadura.

Le acaricié la espalda y le mordí el labio, y luego descendí hasta el trasero. Le apreté una nalga y él se estremeció de placer.

Cuando volvió a salir, aproveché para tocarle el pene y los testículos. Eran tan suaves... La próxima vez, yo jugaría con él y lo lamería hasta dejarlo seco… tal como hice en los pantanos.

Aparté la mano y él embistió otra vez, con un empujón firme e implacable.

—¿Te... gusta? —susurró entre temblores.

—Me encanta —logré contestar, lo cual era toda una proeza, pues apenas me acordaba de mi nombre, mucho menos de hablar.

Mis dos palabras fueron suficientes para descontrolarlo. Sus embates se aceleraron, y se hundía cada vez más hondo. Esgrimiendo una osadía que ni siquiera sabía que tenía, doblé ambas rodillas sobre el pecho para que pudiera penetrarme al máximo.

Eso lo volvió loco.

Su pene entraba y salía con brío, provocándome un placer tan delicioso que estaba de nuevo al borde del clímax.

Axeh propinó las dos últimas estocadas al son de nuestros gritos y gemidos, tan fuertes que, a buen seguro, debían de estar escuchándose en toda la aldea.

De pronto, en el momento en que empezaba mi segundo orgasmo, se enterró entero en mi cuerpo y rugió como un león cavernario. Un rugido poderoso que sacudió la casa entera

Se aferró a mí con todo su cuerpo mientras su pene se ensanchaba, o esa es la sensación que me dio, y se enganchaba a mí de un modo extraño pero placentero. Sentí algo caliente y húmedo, inundándome por dentro y resbalando por la cara interna de mis muslos.

No me sorprendió, por supuesto, pero no imaginaba que saliera tanto ni que su orgasmo fuera a durar tanto tiempo.

Se prolongó varios minutos, y, cuando al fin la erupción volcánica cesó y su cuerpo empezó a calmarse, me colmó de besos por toda la cara y me abrazó amorosamente.

Mi orgasmo había sido tan o más apoteósico que el primero. Me dejo satisfecha y desmadejada, con el cuerpo lánguido y el corazón feliz.

—¿Estás bien, amor mío? —preguntó, todavía dentro de mí, sin moverse un milímetro.

—En el paraíso. Eso ha sido increíble.

—¿A que sí? —dijo con una sonrisa boba y perezosa, completamente abandonado a lo que acababa de experimentar.

Tenía los ojos cerrados y esa sonrisa perenne en su apuesto rostro.

—¿A ti… te ha gustado? Porque no es que yo haya contribuido demasiado. Todo lo has hecho tú.

Entreabrió los ojos.

Una risa contagiosa reverberó en su enorme pecho, en el que poco a poco se iba calmando la respiración.

—Te aseguro que para mí también ha sido maravilloso. Y ha sido tu primera vez, así que quería dedicarme a ti y ofrecerte todo el placer posible.

—Pues lo has conseguido, barog.

Se hinchó como un pavo.

—Espera, voy a salir de tu cuerpo. Seguramente estarás dolorida, y yo aquí sin dejarte ir. Soy idiota.

—Estoy bien. Solo un poco magullada. —Vale, sí, tenía alguna molestia, pero seguro que pronto se me pasaría. ¡Y había valido la pena!

Retiró el pene lentamente hasta salir de mí. Pasó un brazo por debajo de mi cuerpo y me hizo rodar hacia él, acurrucándome contra su pecho.

—Entonces…, ¿te ha gustado lo suficiente para repetir? —dijo alzando las cejas dos veces.

Le di un suave manotazo en el pectoral, duro y terso. ¡Ese barog era pura roca!

—Lo suficiente, no, barog. ¡Me ha gustado muchísimo! Así que ya puedes comer mucho rino, serpiente y todas esas cosas que te zampas sin pestañear, porque vas a necesitar toneladas de energía para nuestra vida juntos.

La sonrisa que dibujaron sus labios fue la más hermosa del mundo. Suspiré, emocionada.

—Eso está hecho, *hoa uhane*. Me tienes a tu entera disposición. Mis pelotas están a tu servicio.

Me puse colorada, pese a todo lo que acabábamos de hacer. Él soltó una risilla traviesa.

—Bueno saberlo. Y hablando de eso…, la próxima vez yo jugaré un poco contigo, ¿de acuerdo? —dije aleteando las pestañas. Descendí un dedo por su cuerpo, abdominal tras abdominal, seguí bajando y me detuve a escasos centímetros de su entrepierna.

Los ojos se le desorbitaron y ensanchó las aletas de la nariz mientras incorporaba un poco la cabeza para mirarme a los ojos. Los suyos resplandecían como dos gotas de menta.

—No me provoques, mujer. Si me lo pides, puedo estar a punto ahora mismo.

Ahogué la risa.

—Anda, ven aquí y durmamos un poco, que yo necesito descansar. Soy humana, ¿recuerdas?

—Una humana muy bonita y toda mía.

Me acarició el pómulo con ternura y me depositó un suave beso en los labios.

Cerré los ojos y me apreté más contra él. Pasé una pierna por encima de las suyas, lo que debió de gustarle porque ronroneó, y le acaricié el brazo.

Cuando empezaba a quedarme adormilada, le susurré:

—Ah, y mañana quiero que me expliques bien cómo funciona eso de que te anclas en mi interior.

—¿Interesada en el aparato reproductor de los barogs, Emilia?

—Soy de ciencias, cariño, una friki total. Y para que te enteres, solo me interesa *tu* sistema reproductor.

Me abrazó más fuerte, me besó la mejilla, y su cola se enrolló en mi pie y ahí se quedó.

Y nos dormimos uno en brazos del otro, tras una primera vez alucinante. Al fin nos habíamos vinculado y, al amanecer, sellaríamos nuestra unión bañándonos en el lago esmeralda.

Y comenzaría nuestra larga existencia juntos… y muy revueltos.



12 TAMBORES DE GUERRA
CALLIE

El día amaneció soleado y radiante. Parecía que ya habíamos dejado atrás las peores tormentas y que el clima en Nemea volvía a ser el más habitual: caluroso, húmedo y asfixiante. Un absoluto fastidio, vaya. Pero, eh, con echarle un solo vistacillo a mi barog mientras caminaba en pelotas hacia el cuarto de baño, ya se me había alegrado la mañana. Ese trasero esculpido en piedra era una bendición. Por no mencionar todos sus otros atributos…

Tras asearnos, desayunar algo de fruta y vestirnos, y, vale, también hacer un poco el idiota, salimos de casa rumbo al palacio de su majestad. O sea, a la morada de Cyrus y Tina, mis… cuñados. Cuando pensada en ellos como mi familia, se me antojaba un poco extraño.

Si los primeros días de nuestra llegada a este planeta me hubieran dicho que acabaría emparentada con el cabrón del rey, me habría dado un ataque. Ahora, sin embargo, había visto otras facetas de Cyrus que me habían convencido de que, en realidad, mi cuñado era un buen tipo.

A ver, el hermano de mi amorcito no era un derroche de alegría ni el más simpático de los barogs, tampoco nos vengamos arriba. Pero me había demostrado que era un hombre de honor que luchaba a muerte por su familia, sus amigos y su pueblo. Y eso, unido a todo lo que había hecho para salvarnos a todas de los pantanos, lo había convertido en digno de mi confianza.

Y no olvidemos una cosa muy importante: había matado a Antara. Solo por eso, ya merecía mi agradecimiento eterno. Eso sí, como no se portara bien con Tina, como no fuese un barog perfecto para ella, le cortaría las pelotas. En eso no había término medio.

El rey nos había pedido que acudiéramos todos a su casa para debatir los planes de defensa de la aldea, para el caso en que irrumpieran los hermanos perdidos e iniciaran la segunda Gran Guerra, y para valorar también los posibles planes de ataque.

Todos sabíamos que era cuestión de tiempo que Ux y los suyos aparecieran en tromba para intentar masacrarnos. Y aunque el rey, el príncipe y todos sus amigotes tenían muy claro que íbamos a salir victoriosos, lo cierto era que yo no las tenía todas conmigo.

Porque yo conocía a Ux, y era el hijo de puta más astuto y maquiavélico que existía. El tipo era un barog inmenso y bien preparado para luchar y liderar a sus hermanos perdidos, así como inteligente, despiadado y un buen estratega. Por lo tanto, por mucho que mis amigos no parecían tener miedo, yo estaba acojonada.

No quería volver a ver a ese monstruo ni en pintura, ni que Daryos o cualquiera de los demás tuvieran que enfrentarse a él. Uxuer era muy peligroso, y no solo porque era muy fuerte, sino porque estaba resentido.

Sus motivos para ir a la guerra no eran únicamente la ambición y las ansias de poder, sino la venganza personal. Quería el trono, pero también eliminar a los descendientes de su antigua amada, la reina Tatiana, y su viejo amigo, el rey Drashir. La traición de los anteriores reyes hacia él había hecho crecer en su interior la semilla del rencor y el odio.

No solo anhelaba de un modo enfermizo vencer a los barogs de la aldea. Quería arrasarlo todo y quedarse con todas nosotras, las humanas descendientes. Así que era muy importante prepararse bien y prever cualquier cosa retorcida que se le pudiera ocurrir a esa bestia con siglos de experiencia a sus espaldas, modales de caballero… y corazón tan negro como el carbón.

—¿Estás bien, amor? —me preguntó Daryos justo cuando entrábamos en la morada del rey.

Resoplé.

—Un poco acojonada, la verdad.

—¿Por la guerra?

—No, por lo buenos amigos que somos de los hermanos perdidos. ¡No te jode!

—Ya veo que lo del sarcasmo no era un síntoma pasajero —dijo sonriendo.

—Pues no, amorcito, esto es lo que hay. Si yo sé que en el fondo te encanto tal como soy. —Le guiñé un ojo.

Daryos soltó una carcajada, seguida de otra de Lansh. Mi amigo rubiales avanzaba detrás de nosotros junto a su flamante novio, Xioh, el apuesto y calmado sanador de la aldea. Y recalco lo de *calmado*, porque no era un rasgo que abundara entre los barogs. ¡Por todos los dioses, menuda civilización de salvajes descerebrados!

—No te preocupes, Calista. Aniquilaremos al ejército de ese cabronazo, tú confía en nosotros —dijo Lansh, acelerando el paso para situarse a mi lado.

Me pasó el brazo por los hombros y empezó a incordiarme. Me lo aparté de un manotazo mientras Daryos se reía.

—Estás especialmente arisca esta mañana, Calista. ¿Acaso tu barog no ha cumplido con sus obligaciones maritales?

Daryos se volvió a reír, el muy idiota. No sé qué demonios le hacía siempre tanta gracia.

—Al contrario, Lansh. Te aseguro que mi amorcito me tiene más que satisfecha.

Mi barog me acarició el trasero con la cola. Lo amenacé con un dedo para que se estuviera quietecito.

—Entonces, ¿todo este malhumor matutino es solo por la batalla que se nos va a echar encima? —dijo Lansh enarcando una ceja rubia y conteniendo una sonrisa.

Me entraban ganas de partirle la cara cuando se ponía en ese plan burlón. ¡Los barogs eran una panda de tarados!

—Vosotros sois todos muy chulitos y os lo tomáis todo a broma. Pero esos tíos son muy peligrosos y de tontos no tienen ni un pelo.

—A ver, amor, los que son mezcla de *aninf* y barog no son los más listos de la clase, que yo sepa —soltó Daryos.

Resoplé otra vez.

—En eso tienes razón, los inferiores, tal como ellos los llaman, no son ningunos lumbreras. Pero que os quede claro que no todas las *aninfs* son idiotas, ni mucho menos. De hecho, las únicas dos

que he conocido en mi vida, Antara y Artia, son mucho más inteligentes de lo que vosotros os pensáis. Así que me da a mí que no las tenéis muy bien caladas y que las habéis estado subestimando todo este tiempo.

—No sé yo, Callie —intervino Xioh—. Es cierto que algunas son más avispadas, pero en general…

—Mira, sanador, aquí tus colegas —dije señalando a Daryos y a Xerx, que se acercaba por el pasillo junto a Jenny— se han dedicado a pasárselo bien con ellas, ya me entendéis, y nadie se ha molestado en intentar comprender su civilización.

—Las *aninfs* son como animales, Callie. Antara y Artia son la excepción. Te aseguro que las demás con las que nos hemos topado no son como ellas.

Mientras Daryos, Xerx, Lansh y Xioh se enzarzaban en una conversación sobre el tema, yo me coloqué al lado de Jenny.

—¿Todo bien? ¿Has pasado la noche en la casa posada? —le pregunté en voz muy bajita para que nadie me escuchara.

Me lanzó una mirada que pretendía llamarme de todo menos bonita.

—¿Dónde iba a dormir si no? Ya sé por dónde vas y no pienso hablar del tema. No estoy viviendo con Xerx, Callie.

—*Aún*.

—¿Vas a dejarme en paz?

—Vale, vale, mujer, hoy te has levantado de mala leche, ¿eh?

—Un poco, perdona.

—¿Ha ocurrido algo, Jenny?

Los barogs seguían armando barullo, ahora sobre una cacería de rinos o algo así. Toruch, que acababa de entrar, se unió a ellos en el pasillo. Lorna no estaba invitada a la reunión, así que se había quedado en su casa. Aún no había ni rastro de Emi ni de Susi ni de sus barogs. Me moría de ganas de verlas y asegurarme de que estaban bien.

—Xerx se ha ofrecido a ir al templo a avisar a Sulveh y conseguir que vengan a ayudarnos los guardianes —me susurró Jenny.

Sentí un escalofrío.

—¡¿Qué?! ¿Y qué ha dicho Cyrus?

—Que se lo pensaría. Supongo que en la reunión le dará una respuesta.

—¿No sería mejor que mandara a otro barog de los más veteranos? Y sobre todo, a otro que no necesitemos tanto aquí. Porque, veamos, no es que yo sea la fan número uno de tu barog, pero es inteligente y sabe de muchas cosas.

—Lo sé, Callie, y no tengo ni idea de lo que decidirá el rey. Más allá de todo eso…

Miró al suelo. Estábamos ya entrando en la sala del trono.

—Estás preocupada.

—Muchísimo. No quiero que salga ahí fuera mientras nuestros enemigos deambulan por los alrededores.

—No creo que estén cerca todavía.

—No lo sabes, Callie. Por todo lo que nos contaste sobre ellos, podrían estar entre las palmeras que rodean la aldea ahora mismo.

—Ux no es idiota. Sabe que enfrentarse al rey, al príncipe y a todos los guerreros de la aldea no va a ser coser y cantar. Como el efecto sorpresa ya no existe, porque ambos bandos aguardan el ataque del otro, se tomará su tiempo para prepararse a conciencia y esperar el momento oportuno, el que más le beneficie. Ux puede ser muchas cosas, pero no es un loco impulsivo.

—¿Tú crees?

Asentí.

—Además, por ahí fuera patrullan las panteras que Cyrus y Tina reclutaron ayer, y también todos mis *llitops* —dije ensanchando una sonrisa. Logré arrancarle también una a mi amiga. Leve, pero ahí estaba.

—Si contamos con tus pequeños fans —dijo, todavía sonriendo un poco—, estamos salvados.

—Vamos, Jenny, no te cachondees.

—No lo hago, te lo juro. —Pero se le escapó la risa—. Es que lo que no te pase a ti, Callie…

En el fondo tenía razón. Una *aninf* había intentado asesinarme y otra se había empeñado en ser mi amiga. Y para colmo, esos

pollos despeinados que se escondían en los arbustos me seguían a todas partes y no me quitaban el ojo de encima. Había atisbado alguno de ellos entre los helechos de camino hacia el palacio. Pero no pasaba nada, porque las cosas siempre ocurrían por una razón.

—Naranjito y sus amigos son muy valientes. Nos salvaron de los pantanos y, si se han quedado por aquí, será porque están predestinados a cumplir alguna misión importante, seguro.

Tomamos asiento en los taburetes de madera que había en torno a una gran mesa rectangular. Era sencilla, pero en el centro habían grabado la espiral sagrada y las figuras de varios leones. Me gustaba su originalidad.

—Lo que ocurre es que te han tomado por alguna deidad de Nemea a la que adorar o algo así, Callie. No sé, a mí me daría un poco de grima, con todos esos dientes que tienen —dijo Jenny.

—Sus dientes son lo que más me gusta —bromeé. Ella me dio un manotazo suave en el brazo.

Me senté entre Jenny y Lansh, pues Daryos se quedó de pie al lado de su hermano.

De pronto, entraron Emi y Axeh como una exhalación. Mi amiga llevaba la melena rizada suelta y húmeda, y tenía las mejillas arreboladas. Su barog lucía una sonrisa de bobo enorme plantada en la cara. Sin duda, la noche les había sentado de maravilla. ¡Mi querida Emi se había vinculado!

En cuanto se sentó al otro lado de la mesa frente a mí, la interrogué con la mirada. Formulé en silencio la pregunta «¿Todo bien?», a lo que ella respondió, también moviendo los labios: «Muy bien». Se sonrojó un poquito más e intercambió una mirada con Axeh que lo decía todo. Me alegraba mucho por ellos.

Mientras Cyrus y Daryos charlaban y los demás aguardábamos a que empezara la reunión, entraron Susi y Ciench y ocuparon las sillas disponibles. Aunque no estaban tan eufóricos como la otra parejita, se los veía mucho más relajados que los días anteriores.

—Disculpad el retraso. Hemos pasado la noche en el lago esmeralda y acabamos de llegar —dijo Ciench.

Miré a Susi. Le brillaban los ojos un poco más de lo habitual. No tenía ni idea de en qué punto estaban las cosas entre ellos y sabía que los pobres no lo tendrían fácil, pero presenciar esos avances y verlos más felices era esperanzador.

—¡Nosotros también acabamos de llegar del lago! No nos habremos cruzado por poco —soltó Axeh con naturalidad. Emi le lanzó una mirada asesina, pero él estaba tan emocionado que ni se enteró.

Las palabras del rubiales captaron la atención de todos.

—Entonces, os habéis vinculado y habéis sellado vuestra unión —dijo el rey con una sonrisa.

—Así es, C. ¡Al fin! —confirmó, soltando una carcajada que secundaron sus amigos—. No puedo ser más feliz. —Le cogió la mano a Emi y se la besó en la palma mientras aspiraba su aroma. Mi amiga se puso de todos los colores.

Daryos y Xerx se acercaron a él y le dieron unas palmaditas en la espalda.

—¡Felicidades, Ax! —le dijo Xerx.

—Eso, enhorabuena, amigo mío. ¡Me alegro mucho por vosotros! —exclamó mi barog. Se le veía muy contento por él. Todos lo estábamos.

Los demás se unieron a las felicitaciones mientras Tina, Jenny y yo arropábamos a Emi, a la que no le había hecho ni pizca de gracia que Axeh gritara a los cuatro vientos que ya habían follado. Bueno, no lo había dicho así exactamente, pero la cara de atontao de ese barog hablaba por sí misma. Emilia le había hecho muy muy feliz.

Tras la algarabía, Cyrus nos llamó a todos al orden y ocupamos de nuevo nuestros taburetes, dispuestos a escuchar lo que el rey quería decirnos y a ponernos manos a la obra con lo que nos pidiera. Daryos se sentó ahora a mi lado, para lo que Jenny se movió un sitio, y el rey lo hizo a la cabecera de la mesa junto a Tina.

Así pues, nos contó que las panteras, nuestras nuevas aliadas, se habían distribuido por la selva circundante y harían turnos para cubrir todas las vías de acceso por las que los hermanos perdidos podrían aproximarse a la aldea. Bueno, todas, menos un

pequeño sendero en medio de los arbustos de bayas púrpuras, que mis aguerridos *llitops* se habían propuesto defender a capa y espada. Me quedé con la boca abierta cuando el rey nos explicó que se habían atrincherado allí como cincuenta de ellos para vigilar ese paso.

—¿Cincuenta? ¡Pero si eran unos quince! —Estaba alucinada.

—Y el barog que está apostado más cerca me ha informado de que siguen llegando de todas direcciones. No sé qué clase de amistad tienes con ellos, pero parecen decididos a ayudarnos. Así que gracias, Callie. Todos los refuerzos son bienvenidos, incluso cuando se trata de esos pequeños animalillos. Sin duda, te son leales y no piensan abandonarte —me dijo Cyrus.

Yo me limité a asentir. ¡Aquello era flipante! Ni siquiera había hecho nada para merecer semejante devoción.

—¡Qué lista eres, amor! Has reclutado a los *llitops*. Seguro que, cuando las cosas se pongan feas, nos vendrán de maravilla —me susurró Daryos.

—¿Lo dices en serio o estás de cachondeo?

—Mmmm… Un poco de ambas cosas.

—Ya decía yo —refunfuñé—. Pero, oye, quizá les pida que te hagan una demostración de lo afilados que son sus dientes. A ver si así te los tomas un poco más en serio a ellos… y a mí.

Me moví para apartarme de él, acercándome más a Lansh.

—No te cabrees, amor. De verdad que creo que tus amigos son la monda.

Pasé de él. No obstante, no me aparté cuando sus dedos buscaron los míos y me dio un ligero apretón. Me bastó una sola mirada a su apuesto rostro arrepentido para perdonarlo. ¡Esos ojos me traían loca!

—Además de las panteras, como ya sabéis, hemos apostado guardias alrededor de todo el perímetro de la aldea, así como en el lago esmeralda. Si detectan movimiento, me informarán enseguida. También tenemos a nuestros leones dentro y fuera de la aldea, preparados como siempre para advertirnos en cuanto perciban que el enemigo se aproxima —nos explicó Cyrus—. Todos los barogs de la aldea realizaremos ejercicios de entrenamiento y de estrategia

para que, en el caso de que aparezcan Ux y los suyos, estemos bien preparados y nos coordinemos al milímetro. Los barogs somos grandes guerreros, no lo olvidéis nunca, pero Uxuer es muy astuto y habrá entrenado bien a sus luchadores. Sus hordas estarán preparadas. No debemos confiarnos, tenemos que esperar lo peor y ser capaces de hacerles frente. Y tened por seguro que los tambores de guerra sonarán pronto. Tal vez, en cuestión de días.

«Tambores de guerra», murmuré para mí, un poco acojonada.

En un impulso, levanté la mano para hablar.

—¿Nosotras podremos entrenar, rey?

Tuve la impresión de que mi pregunta sorprendía a todos los barogs.

—Nuestros entrenamientos para la guerra son muy duros, Callie, no son para vosotras. Se centran sobre todo en el uso de las garras y los colmillos, además de las diversas armas.

—Claro, por supuesto. Yo me refería más bien a aprender a defendernos por si un hermano perdido se abalanza sobre nosotras, no a participar en la batalla.

Todos los machos se me quedaron mirando como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

—Cariño, si un enemigo se abalanza sobre ti, lo único que debes hacer es salir pitando, correr todo lo que puedas y gritar para que te oigamos.

Puse los ojos en blanco.

—Pero podéis enseñarnos a usar un machete, un cuchillo o lo que sea de la manera más efectiva posible —insistí. No iba a darme por vencida tan fácilmente.

—Eso es buena idea, ¿verdad Cyrus? —dijo mi barog con entusiasmo. Me sentó bien que me apoyara.

—Yo también lo creo, C. Después de lo que ocurrió hace diez años, estaría más tranquilo si Susi y las demás pudieran aprender algunas cosas básicas. Solo por si acaso. Porque una vez comience la guerra…, ninguno de nosotros sabe lo que puede suceder —dijo Ciench. Había pesar en sus ojos.

—Buscaremos un lugar seguro para que, cuando los hermanos perdidos ataquen, las descendientes os resguardéis allí hasta que la batalla haya terminado —dijo el rey—. No queremos que corráis ningún peligro ni arriesgarnos a que os ocurra nada. Nos enfrentamos a un enemigo muy poderoso y atroz.

—No, si yo lo entiendo, pero lo cierto es que, por muy escondidas que estemos y por mucho que nos protejáis, uno de ellos podría colarse en nuestro escondite. —Me negaba a dar mi brazo a torcer. ¡Yo había estado en los pantanos, por todos los dioses!

—Siempre habrá algún barog con vosotras —afirmó el rey. El tío era un hueso duro de roer.

—Hermano —intervino Daryos—, mi *hoa uhane* tiene razón. Si aprenden algunas cosas, podrán defenderse si algo saliera mal.

—No nos engañemos, D. Cualquiera de ellas tendría muy pocas probabilidades contra un barog o un inferior. Y necesitamos concentrar todos nuestros esfuerzos en el plan y en la batalla, no podemos entretenernos con otras cosas.

Claro, porque enseñarnos sería una completa pérdida de tiempo. ¡Malditos barogs prehistóricos!

—Tina, échame una mano, anda —le pedí.

Mi amiga, que hasta entonces no había abierto la boca, paseó la mirada oscura por los rostros de cada barog sentado a esa mesa. Había que reconocer que la reina imponía. ¡Qué orgullosa estaba de ella!

—¿Quién os sacó de las arenas movedizas? —soltó de repente con voz firme y resuelta.

¡Ellas! ¡Mis amigas habían logrado salvarlos!

—Eso es diferente, Tina. Nadie dice que no podáis ayudar en muchas cosas. Sois más inteligentes que nosotros y muy valientes, pero en un cuerpo a cuerpo, mi reina… —empezó el rey.

—¿Quién logró liberar a las descendientes que llevaban una década presas?

Contuve una sonrisa de orgullo.

—Tienes razón, mi reina, pero…

—Nos enseñaréis a usar un cuchillo para defendernos contra seres como vosotros. Toda humana descendiente que quiera, podrá

aprender. Y a las que, como Callie o como yo, deseen también practicar con el arco o con cualquier otra cosa, nos ayudaréis —dijo Tina sin dejar lugar a la réplica.

Cyrus resopló mientras meneaba la cabeza. Entonces, clavó los ojos en los de su pareja de vida y apretó la mandíbula.

—De acuerdo, mi reina, me habéis convencido. Asignaré a un par de barogs unas horas al día para esa tarea. No me puedo permitir nada más.

—Me parece bien. ¿Y a ti, Callie?

—A mí también. Y me gustaría sugerir a Lansh como instructor para el arco y la ballesta.

—¡Anda, mira qué suerte la mía! —exclamó el aludido.

—Necesito a Lansh, a todos los de esta sala, conmigo. Si a él le parece bien, que busque un rato al día para practicar contigo, Callie. Eso es todo. ¿Estamos de acuerdo? —Primero, miró a Tina, luego, a Daryos, después, a mí y, por último, a Lansh, buscando nuestro asentimiento.

Todos estuvimos de acuerdo.

Me gustó cómo el rey aceptó al fin nuestras propuestas sin rechistarle a Tina y también cómo al final nos preguntó a todos en silencio. Sin duda, era un buen rey, aunque a veces le costara un poco bajarse del burro. Pero tampoco se le podía pedir a un gobernante alienígena de un planeta primitivo que cambiara de la noche a la mañana radicalmente. ¡Bastante estaba haciendo ya! Y más que cambiaria, considerando que su *hoa uhane* era Tina. A buen seguro, ella acabaría mandando más que él.

Me reí por lo bajo.

Mientras Cyrus empezaba a hablar de armas, estrategias, puestos de vigilancia y qué sé yo cuántas cosas más, me acerqué un poquito más a Lansh.

—Eh, no te importa que sigamos practicando con el arco, ¿verdad, rubito? —le susurré.

—Tampoco es que me hayas dejado mucha alternativa —soltó Lansh, sonriendo. Ese barog tenía un carácter maravilloso. Lo consideraba un gran amigo.

—Vamos, no refunfuñes. Si en el fondo sé que me adoras y te lo pasas bomba conmigo.

Cyrus se había enzarzado con Toruch en una discusión sobre la distribución de los guardias.

—En eso puede que lleves razón. —Me clavó un dedo en las costillas que me hizo dar un respingo. Xioh nos miró y se rio mientras negaba con la cabeza—. Además, ahora tenemos el blanco perfecto para practicar. —Levantó las dos cejas al mismo tiempo.

Antes de que me lo aclarara, supe a qué se refería. O, mejor dicho, *a quiénes.*

—Ni hablar, a mis amiguitos ni tocarlos —dije meneando el índice delante de su cara.

—Mujer, tus *llitops* son la diana perfecta. Y ahora, gracias a ti, los tenemos a montones. Llegan tantos que, si disparamos a uno, no tienes de qué preocuparte: en su lugar vendrán veinte más.

—No te atreverás. Te juro que un día de estos…

—Shhh, prestad atención, antes de que Cyrus se cabree y lo tengamos de mal humor el resto del día —pidió Xioh, aunque en sus labios seguía habiendo una sonrisa.

Le lancé una mirada furibunda a Lansh a modo de advertencia.

—Como te atrevas a tocarle un solo pelo a cualquiera de mis *llitops*, practicaré el tiro con arco con tu enorme pandero de barog. A ver si te hace tanta gracia —le susurré muy bajito.

Me hizo cosquillas, que tuve que aguantarme porque el rey ya me estaba mirando con cara de pocos amigos.

Tras debatir sobre la construcción de vallas y empalizadas nuevas, y reforzar las existentes, llegaron al último tema, uno de los más importantes.

—Como sabéis, tengo que enviar a alguien al templo para que hable con Sulveh, el guardián que se ofreció a ayudarnos. Los guardianes podrían marcar la diferencia entre la derrota o la victoria, tal como ocurrió en la anterior guerra. —Hizo una pausa, apretando los puños a ambos lados del cuerpo. Un músculo le tembló en la barbilla. Recordar esa guerra tremenda no debía de ser fácil para el rey ni para Daryos. Habían perdido a toda su familia en ella—.

Además, ahora que Sylvia está aquí, es nuestra obligación comunicárselo para que pueda hacerse cargo de ella y del bebé, si ambos así lo deciden.

Sulveh era hermano de Sonah, el barog de Sylvia, que murió en la Gran Guerra. Por lo tanto, eran la única familia que les quedaba. La pareja de Sulveh, Elena, también había sido asesinada. Me contaron que, el día que los hermanos perdidos atacaron la aldea, uno de ellos entró en casa de Sylvia cuando Elena estaba con ella. Esta intentó por todos los medios impedir que se las llevaran y proteger a su cuñada, pero uno de esos monstruos la golpeó tan fuerte en la cabeza que la mató.

Sonah murió luchando.

—Sulveh siempre creyó que Sylvia también había muerto, puesto que se encontraron varios cuerpos calcinados. Será una gran sorpresa para él reencontrarse con ella —dijo Ciench. Los demás barogs asintieron.

Tenía entendido que, nada más acabar el duelo, ese barog se había unido al templo tras perder a toda su familia. La mayoría de los guardianes eran casi tan antiguos como los propios ancianos, salvo unos pocos que habían pasado a formar parte de la guardia del templo después de que todos sus seres queridos hubiesen muerto en la Gran Guerra.

—¿Ya has decidido a quién vas a enviar, hermano? —dijo Daryos, de pronto muy serio.

Esa misión era de una gran responsabilidad. Por un lado, era crucial para asegurarnos la victoria. Por el otro…, constituía un gran riesgo. Porque ese barog tendría que llegar hasta el templo sin ser interceptado por los hermanos perdidos, si es que ya habían empezado a moverse.

Xerx se enderezó en su asiento. El cerco naranja en torno a sus iris oscuros se intensificó.

Jenny me había contado que se había ofrecido voluntario, pero no tenía ni idea de si el rey lo elegiría a él o si tenía a alguien distinto en mente.

—Xerx me ha pedido encargarse de esta importante misión.

Se hizo el silencio y todos miraron al aludido. Los reflejos rojizos de su larga melena brillaban bajo un potente rayo de sol que entraba por el ventanal, como si se tratara de una premonición.

Axeh abrió mucho los ojos y juraría que no le hizo ninguna gracia. Me dio la sensación de que Daryos ya lo sabía y que tampoco estaba muy de acuerdo con enviar a su mejor amigo.

—Tal como te dije, C, sería un honor para mí servir a mi pueblo en tan importante cometido —dijo Xerx.

—Lo sé. Mi hermano y yo hemos hablado del tema y hemos sopesado todas las opciones posibles. —El rey y el príncipe intercambiaron una mirada cómplice. ¿Cuándo demonios se había desarrollado esa conversación?—. Hemos decidido que eres el mejor barog para llevar a cabo este cometido. Tu inteligencia y tus dotes diplomáticas serán imprescindibles para convencer a los guardianes del templo. Y no olvidemos que puede que tengas que lidiar con los ancianos si se enteran y ponen objeciones.

—Te lo agradezco mucho, C. Gracias por la confianza que has depositado en mí. No te defraudaré, lo juro —dijo con los ojos resplandecientes.

—¿Estás seguro de esto, Xerx? Sin duda, eres el mejor barog para esta misión, amigo mío, y he dado mi aprobación a mi hermano. Pero no es algo con lo que vaya a dormir tranquilo. Va a ser un viaje muy peligroso. —Había líneas de preocupación en la frente de mi barog. Quería muchísimo a su mejor amigo, y que se arriesgara de ese modo lo angustiaba—. Todavía estás a tiempo de reconsiderarlo.

—Te lo agradezco, D, de veras, pero quiero hacerlo. Y sé que puedo —contestó Xerx con contundencia. Era de admirar que quisiera embarcarse en algo así.

Jenny mantenía una expresión neutra, pero yo sabía lo mal que debía de estarlo pasando por dentro.

—Un momento, C. Necesitamos a Xerx aquí, en la aldea. Es uno de nuestros mejores estrategas y rastreadores. ¿No puedes enviar a otro? —protestó Axeh.

—Podría, pero Xerx es el más indicado. Y si hay problemas, los ancianos no van a escuchar a cualquier barog. No me queda más

remedio que enviar a uno de vosotros, pues ellos saben que sois mi círculo de confianza y que podéis hablar por mí —explicó el rey.

—Pero ¡correrá un peligro terrible! Aventurarse hacia el templo sin saber si nuestros enemigos vienen de camino es demasiado arriesgado. Podrían capturarlo —insistió Ax.

—Xerx ha dibujado mapas de buena parte de nuestro planeta. Conoce mejor que nadie caminos alternativos, desvíos, escondites… Cualquiera de vosotros lo haría bien, pero él me lo ha pedido, y creo que reúne todas las cualidades para tener éxito.

—Aun así, C, ir solo es un suicidio.

Daryos le lanzó una mirada de advertencia, pero Axeh continuó hablando.

—Iré con mi león. Itzaar me cubrirá las espaldas y me alertará si se aproxima el enemigo.

—Si te topas con ellos, Xerx, un solo león no podrá hacer nada. Y tú tampoco. No puedes ir solo. No…

—No irá solo. Yo iré con él —dijo Jenny de pronto. No había asomo de titubeos en su voz.

Mi amiga tenía los puños apretados sobre la mesa y una mirada tan fiera que ríete tú de las miradas de las panteras.

—Pero ¿qué dices, Jenny? Este viaje será muy peligroso —dijo Xerx de inmediato, con los ojos desorbitados.

—Por eso mismo. Si tú vas, yo también.

—Ni hablar. C, díselo.

Tina, Emi y yo conteníamos el aliento ante el nuevo giro de los acontecimientos. Me aterrorizaba que pudiera pasarle algo, pero comprendía que quisiera acompañarlo. De estar en su lugar, yo habría hecho lo mismo por Daryos.

—Jenny, eres una humana inteligente y valiente, pero Xerx tiene que viajar rápido y con mucha discreción. Lo retrasarías. —El rey habló con un tono suave pero firme.

—Le seguiré el ritmo lo mejor que pueda o iré montada en Itzaar. Puedo ayudarle de muchas maneras, sobre todo, al llegar al templo. No pienso dejar que vaya solo.

Xerx se giró hacia ella y la escrutó con un brillo naranja salvaje en la mirada. Ella no se amilanó. Clavó sus ojos azules en los

de él y juraría que le enseñó los dientes.

La expresión de Xerx encerraba tanto miedo por lo que pudiera ocurrirle a Jenny… como emoción. Porque ese gesto de mi amiga había dejado claro ante todo el mundo que él le importaba.

—No puedes venir, Jenny. Lo siento, pero es demasiado peligroso. No voy a permitirlo.

Todos nos quedamos en silencio, incluido el rey, que observaba con atención cómo se desarrollaba aquella discusión. Como si dejara que fueran ellos los que acabaran decidiendo.

—Eres mi *hoa uhane*, Xerx —soltó con convicción. Él abrió los ojos como platos y se llevó una mano al corazón—. Puede que todavía no nos hayamos vinculado, pero eso no cambia las cosas. Eres mi barog, y no pienso dejar que vayas solo. Estoy en mi derecho de acompañarte. Si tú vas, yo también.

Cuando acabó, dirigió la vista al frente de nuevo y buscó la mirada del rey.

—¿Qué dices, Xerx? Creo que tu *hoa uhane* ha hablado bien. Si ella desea ir y tú aceptas, no interferiré. Podréis ir al templo juntos, y que los dioses del manantial os protejan.

Xerx apretó la mandíbula tanto que sus colmillos temblaron. Sus garras se extendieron y arañaron un poco la mesa. Su cola, larga y poderosa, azotó el aire tras él.

—Que así sea. Iremos juntos.

Jenny lo miró y asintió. Y esa mirada que cruzaron marcó un nuevo hito en su relación.

13 EMPIEZA LA AVENTURA
JENNY

—No me puedo creer que hayas hecho eso —soltó Xerx de pronto mientras preparábamos un par de morrales para nuestro viaje al templo.

Marla nos había traído panecillos recién horneados y carne seca de rino y de serpiente. Xerx metió una cantimplora de piel llena de agua en la bolsa de cada uno y otra de agua de coco.

—¿Que le haya dicho a Cyrus que quería ir contigo? No le ha sorprendido tanto.

—No, me refería a... todo lo que has declarado ahí dentro.

Tragué saliva. Sabía perfectamente a qué se refería y no tenía ningunas ganas de hablar de ello.

—Bueno, he dicho lo necesario para que me dejara ir contigo. No es que necesitara su permiso, pero me ha parecido conveniente hacer las cosas bien para evitarnos problemas. Aun así, si me lo hubiera prohibido, te habría seguido igualmente. Nadie podría impedírmelo.

Sus manos se detuvieron un instante sobre uno de los cuchillos que iba a llevarse, aparte del machete enfundado a su espalda.

—¿Y lo que has dicho... iba en serio?

Ya sabía yo que iba a insistir. En eso, ambos éramos igual de cabezotas.

—Ajá.

—¿Todo eso de que soy tu *hoa uhane* también?

—Si no lo pensara, no lo habría mencionado.

Por el rabillo del ojo vi cómo le temblaban las manos.

—Jenny —dijo cogiéndome del brazo con suavidad para que me girara a mirarle. Lo hice.

—Oye, no quiero hablar de ello, ¿vale? Lo que dije delante de todos es lo que siento.

—Ya sabes que es lo mismo que siento yo. Pero estaría bien que pudiéramos charlar sobre ello, ¿no crees?

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Marla, que todavía pululaba por la posada, nos echó un vistacillo, pero no comentó nada. Se limitó a darse la vuelta y dirigirse hacia Sylvia y su bebé, que estaban junto a Artia. Penny también se encontraba allí.

Aquellas mujeres eran de admirar. Se ayudaban las unas a las otras y hacían una buena piña. Además, eran muy amables con nosotras, y eso que apenas nos conocían, salvo a Callie, y que habían sufrido lo indecible.

Suspiré.

—Solo sé que, cuando Cyrus te designó para la misión, se me hizo un nudo en el estómago y apenas podía respirar. Supe de inmediato que no iba a quedarme en la aldea sufriendo por ti, tratando de imaginar si estarías bien o si te habría ocurrido algo, y contando los días hasta tu regreso. Yo no soy así. Debía ir contigo.

Xerx asintió. Una chispa avivó el fulgor naranja en sus ojos.

Terminamos de preparar nuestras cosas y ya no volvimos a comentar el tema, aunque era cuestión de tiempo que él lo sacara de nuevo.

Yo sabía que él se moría por poner las cartas sobre la mesa y hacer planes de futuro conmigo. No hacía mucho, en los pantanos, habíamos tenido una conversación profunda sobre el asunto. Yo había prometido no alejarme de él, y Xerx, ser paciente conmigo, darme tiempo y espacio, y no presionarme. Lo cierto es que lo estaba cumpliendo. Había respetado cada una de mis peticiones.

Pero viajar juntos, solos, durante al menos dos o tres días nos iba a dar muchas oportunidades de retomar esa cuestión.

Por un momento, mientras nos despedíamos de todos y nos deseaban suerte, flaqueé. ¿Cómo se me había ocurrido semejante estupidez? La selva de Nemea ya era peligrosa de por sí y, ahora, a

las puertas de una guerra, viajar hacia el templo era como meterse directo en la boca del lobo.

Además, Xerx se habría desplazado más ligero sin mí; yo sería un estorbo enorme para él. ¿Y en qué se suponía que podría ayudarlo yo cuando llegásemos al templo? Ni ancianos ni guardianes escucharían a una humana descendiente que no era nadie. *Yo* no era nadie en Nemea.

Sentí un retortijón de miedo. Tal vez me había precipitado.

Pero, entonces, recordé que Xerx era mi barog y que, a donde él fuera, yo tenía el derecho de ir también. Las dudas se esfumaron tan rápido como habían llegado, y Xerx, Itzaar y yo nos encaminamos hacia los límites de la aldea... y nos adentramos en la selva.



Llevábamos ya un buen rato avanzando. El calor era sofocante y los mosquitos se me estaban comiendo viva. Aquel potingue que preparaba Xioh para repelerlos a mí no me servía para nada. Así que tenía las piernas cubiertas de ronchones, y no de esos normales que me salían en verano cuando iba de vacaciones a Wisconsin, cerca de los grandes lagos. ¡Qué va! Aquellos no eran nada comparados con estos círculos colorados y calientes.

Esperaba que, con el tiempo, me acostumbrase.

Por un instante, recordé a mi bisabuela untándome un mejunje en las piernas. Era algún remedio casero para las picadas de insectos. De pronto, mi mente vagó por otros derroteros…

Me preguntaba si, de haberse abierto el portal cuando mi bisabuela era joven, los barogs la habrían secuestrado y traído aquí, a Nemea. A fin de cuentas, también era una descendiente, al igual que todas las mujeres de la familia antes que ella, y también mi abuela y mi madre. ¿Habría acabado alguna de ellas aquí? ¿Tendría

alguna pariente entre las mujeres vinculadas más antiguas y ni siquiera lo sabía?

Tal vez, algún día, debería ponerme a preguntar. Indagaría sobre los apellidos, las raíces de cada una… Bien pensado, puede que todas las que habíamos llegado recientemente tuviéramos familiares aquí. Como el portal se abría cada doscientos años, era imposible que nos conociéramos, pero podría rastrear nuestros orígenes.

Pero eso sería más adelante, una vez acabara la guerra que nos tenía en vilo. Quizás a Xerx le apeteciera ayudarme. Llegado el momento, se lo propondría. Él conocía a la gente de la aldea mejor que yo y sabría con quién podríamos hablar.

—¿Vas bien, Jenny? Si en algún momento necesitas parar, tú solo dímelo, ¿de acuerdo?

—Estoy bien, Xerx. No tienes que preocuparte por mí a cada segundo.

Vale, a veces era un poco borde con él, pero no era mi intención. Yo no tenía las habilidades sociales de Tina o Callie. Ni siquiera las de Emilia. Y ya no hablemos de relacionarme con chicos… No tenía ni idea de cómo hacerlo.

Xerx era mi amigo. Habíamos compartido muchas charlas y nos llevábamos muy bien. Hasta podría afirmar que era una de las personas que mejor me conocían. De hecho, en este planeta, probablemente la que más. Aun así, me sentía un poco cohibida.

—Lo sé, Jen, es la costumbre. No puedo evitar preocuparme por ti. Pero no lo hago porque piense que lo necesitas. Es solo… mi naturaleza de barog. Te aseguro que nunca me había comportado así con nadie.

Su sonrisa tímida removió algo dentro de mí.

—Tienes razón. Perdona que haya sido tan brusca.

—No hay nada que perdonar, me lo tengo merecido. No es mi intención atosigarte, créeme.

—Tú dime lo que quieras. Es mejor que me recuerdes de vez en cuando que de un trago al agua a que acabe desmayándome y retrasando tu misión.

—Y tú puedes ser borde conmigo siempre que me lo merezca, ¿de acuerdo? —bromeó.

—Entonces, solo *cuando* te lo merezcas.

Sonreímos.

Caminamos en silencio un buen trecho, echándonos miraditas de reojo cada dos por tres. Cuando volví a centrarme en el sendero por el que pisábamos y a observar lo que teníamos alrededor, me di cuenta de que no había pasado por ahí nunca.

—¿Estamos dando un rodeo? No es que conozca demasiado bien ningún lugar de la selva; es muy difícil orientarse. Pero no me parece el camino de la última vez, el que nos condujo a ese precipicio horrible.

—Muy observadora. Tienes razón, hemos tomado una vía un poco más larga para evitar las rutas que, probablemente, usarían los hermanos perdidos para acercarse a la aldea.

—Entonces, ¿no iremos al templo por el sendero del barranco?

—No. Esta vez, seguiremos otra ruta.

—Creía que esa era la única manera de llegar hasta allí.

—Y en general, lo es. Pero hay otro camino que solo unos pocos conocen —dijo en tono misterioso.

—Bueno, sea el que sea, me alegro de no ir por el precipicio del río.

—Siento decirte que el itinerario que seguiremos es peor.

Abrí los ojos como platos.

Inspiré hondo un par de veces para serenarme. Ya lo afrontaría paso a paso cuando nos encontrásemos con las dificultades.

—¿Crees que lograremos esquivar a los hermanos perdidos?

—Espero que sí, por eso daremos este rodeo. Aun así, ni siquiera sabemos si vienen hacia aquí. Por lo que intuimos, deben de estar organizándose y reclutando refuerzos.

—¿Qué clase de refuerzos?

—No lo sé, Jen. Quién sabe lo que van a hacer esos monstruos. Pero igual que nosotros acabamos de conseguir la ayuda de las panteras, ellos podrían obtener otros apoyos.

—¿*Aninfs*?

—Siempre se han mantenido al margen y no han tomado partido por ninguno de los dos bandos. No les interesan esas cosas. Pero hay muchas que viven con ellos, machos y hembras. Tal vez, esas sí que acaben implicándose. Aunque también podrían intentar conseguir el apoyo de otros animales.

No quise seguir preguntando. Prefería no saber qué clase de horrores podrían lanzar contra nosotros.

—Bebe un poco de agua de coco. Y no lo digo por ser… sobreprotector. —Soltó una risilla.

Conmigo, Xerx era cercano y amable; pero, comparado con barogs como Lansh, Axeh o Daryos, era mucho más reservado. No era habitual oír sus carcajadas ni solía montar escándalos de ningún tipo. Así que verle sonreír era una delicia que me encantaba atesorar.

En el fondo, éramos tal para cual.

—He bebido hace diez minutos, pero gracias, lo tendré en cuenta.

—Aun así, deberías beber. Si no, te deshidratarás. Este clima es traicionero, y tras las tormentas, el bochorno empeora.

Decidí ponérselo fácil, así que asentí y di un par de tragos sin rechistar. No quería causarle problemas, sino hacerle el viaje más agradable.

Itzaar, su león enorme, caminaba detrás de nosotros, cubriéndonos las espaldas. No es que me hubiera relacionado demasiado con él, pero, como todos los leones de la aldea, era un animal noble que haría lo que fuese por su amigo barog y, por lo tanto, por mí. Eso me tranquilizaba bastante.

Empezamos a adentrarnos en una zona de vegetación mucho más frondosa y salvaje, de un verde rabioso y brillante. El aire estaba cargado de los zumbidos de esos insectos gordos y coloridos que revoloteaban por todas partes. Grandes hojas de varios metros obstaculizaban nuestro avance, cerrándose sobre el sendero.

Xerx desenfundó el machete que llevaba a la espalda, extrayéndolo de su vaina de cuero marrón desgastado, y lo empuñó

hacia delante en su manaza. Algo siseó a la derecha y di un respingo. Mi barog y su león ni se inmutaron.

—Colócate detrás de mí, Jenny. Iré abriendo camino. Estas plantas son traicioneras y difíciles de apartar con las manos. No las toques, están recubiertas de una resina irritante.

Mis ojos se posaron instintivamente sobre una de las hojas inmensas que nos barraban el paso. Regueros de líquido espeso y verde recorrían los nervios.

—Estoy segura de que esa resina me ha rozado el brazo —dije empezando a rascarme una erupción rojiza que acaba de aparecer en mi piel.

—No te lo rasques. Te arañarás la piel y el líquido se filtrará en tus capilares, provocándote una urticaria mucho peor. Hazme caso, sé de lo que hablo —dijo alzando las cejas.

—¿A ti te ha ocurrido?

—¿Cómo te crees que aprendí que picaba como un demonio? Una vez Daryos y yo nos metimos en un campo de estas para cazar un rino que se había separado de la manada. Habíamos acordado con Axeh que él se acercaría por el extremo opuesto y lo acorralaríamos. Era el plan perfecto.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que el rino se nos escapó y, para cuando Axeh nos encontró, D y yo nos estábamos retorciendo de picor, rascándonos como posesos.

Me reí.

—Seguro que os han pasado muchas cosas como esas.

—Ni te lo imaginas, Jen. Nos ha ocurrido de todo. Pero cada una de las veces, valió la pena. Las aventuras con mis amigos siempre han sido la mejor parte de mi vida.

—Me alegra oír eso. Se nota que estáis muy unidos.

—Bueno…, ahora hay algo incluso más importante que todo eso.

—¿Ah, sí? —Por supuesto, intuía a qué se refería.

—Tú, Jenny. Y, desde luego, pasar aventuras contigo en la selva —dijo mirando a nuestro alrededor, como si fuera de lo más obvio.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas durante unos segundos, hasta que me aclaré la garganta, bebí otro sorbo de agua de coco y nos pusimos de nuevo en marcha. Pero había sido un momento mágico.

Las cosquillas en el estómago me alertaron de que, lo aceptara o no, ese barog me había conquistado por completo.

Seguimos caminando, directos hacia el corazón de la selva.

Solo los dioses sabían lo que íbamos a encontrarnos allí.



Acabábamos de adentrarnos en esa zona de vegetación muy espesa, principalmente helechos y árboles de bambú gigantes, y Xerx blandía el machete a derecha e izquierda una y otra vez. Me fascinaban su fuerza y energía, que eran inagotables.

Yo le seguía de cerca, con la vista clavada en su musculosa espalda, que se flexionaba y tensaba con cada movimiento de sus poderosos brazos. El taparrabos, que le cubría el trasero y llegaba hasta medio muslo, se balanceaba cada vez que mecía el machete con maestría. El arma parecía una prolongación de su brazo.

El felino caminaba detrás de mí, con un sigilo sobrenatural, sobre todo teniendo en cuenta lo grande que era. Sus patas se posaban con elegancia sobre el suelo alfombrado de hierba, aplastándola a su paso. Yo, que era muchísimo más menuda y ligera que cualquiera de los dos, era bastante más ruidosa.

De pronto, las hojas se agitaron a mi derecha.

Xerx se detuvo en seco en mitad del sendero ante mí, flexionó un poco las rodillas y alzó el machete a la altura del pecho, preparado para defenderse de lo que fuera. Me recorrió un escalofrío desde la nuca hasta el coxis.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté en voz muy baja.

—Shhh —dijo Xerx, llevándose un dedo a los labios.

Sus hermosos ojos escrutaban las plantas que se elevaban a ambos lados del camino. Por su expresión, tensa y concentrada, daba la sensación de que estaba captando mucho más que yo. Sus garras se alargaron al máximo y su cola se alzó como un látigo azabache.

Miré de reojo a Itzaar, que en ese momento enseñaba los dientes en silencio. Su melena le daba un porte majestuoso y amenazante.

La postura de uno y otro no distaba demasiado.

—Quédate aquí, Jenny. No te muevas ni un milímetro —me pidió Xerx en un susurro.

Otro movimiento de hojas, esta vez más cerca, me clavó en el sitio. Pero eso no fue lo peor, no. Lo más espantoso fue el siseo agudo y vibrante que se extendió por la selva, haciendo eco en cada tronco. El corazón me dio un vuelco y empecé a temblar.

Xerx e Itzaar intercambiaron una mirada cómplice, como si lo hubieran hecho miles de veces, y se adentraron en la vegetación, cada uno por su lado, muy despacio.

De repente, fui consciente de que acababa de quedarme sola en el sendero.

Y no tenía ni idea de qué era lo que acechaba al otro lado de los helechos.



14 EN LA SELVA
JENNY

Otro siseo espantoso rasgó el aire, seguido de un tercero y un cuarto… El sonido se estaba acercando rápidamente hacia mi posición. Reprimí las ganas de salir corriendo para ocultarme al otro lado del camino. Si Xerx me había pedido que me quedara quieta, sería por algo. Pero no por ello dejaba de resultarme difícil. Estaba aterrada.

Un instante, las hojas enormes a ras de suelo se agitaban con fuerza, como si algo estuviera cruzando a través de ellas. Al segundo siguiente, eran las copas de las palmeras las que oscilaban, doblándose sobre sí mismas, como impulsadas por la furia de un vendaval.

¿Qué estaba ocurriendo? Fuera lo que fuese esa cosa, era rápida… y grande.

El rugido de un león retumbó a lo lejos, o tal vez fuese de un barog. No tenía ni idea de si eran mis amigos o cualquier otro que deambulaba por la selva.

Recé a todos los dioses conocidos y desconocidos para que no fueran los hermanos perdidos. Por algún motivo, algo me decía que se trataba de otra cosa. Pero ¿qué?

La hilera entera de arbustos en el margen del sendero se agitó con violencia. Algo se estaba abriendo camino, rozando las hojas, y quebrando los tallos y las ramas. Me giré deprisa hacia allí y capté un destello amarillo chillón. En ese planeta habitaban toda clase de animales extraños de los colores más variopintos, así que todo era posible.

Cuando la vegetación se sacudió de nuevo, como si se acercara algo inmenso, retrocedí un par de pasos.

Y entonces la vi.

Alzándose muy por encima de los arbustos, con la cabeza rozando las frondas de las palmeras, se erguía la serpiente más gigantesca y terrorífica que había visto en mi vida.

Su grueso cuerpo sinuoso, recubierto de escamas amarillas brillantes, se elevaba a varios metros, coronado por la monstruosa cabeza aplanada, tan grande como una roca.

Su lengua bífida, de color turquesa, vibraba amenazante, larga y letal, y sus ojos de pupilas alargadas se clavaban en su objetivo: yo.

Un grito del más puro terror emergió de mi garganta sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

El reptil tensó el cuerpo, y al siseo ensordecedor se unió otro sonido todavía más espeluznante, similar al repiqueteo de un cascabel. Como antigua estudiante de biología, sabía bien lo que eso significaba. Ese monstruo alienígena estaba a punto de atacar.

Con el corazón latiéndome a mil por segundo dentro del pecho, miré a derecha e izquierda, buscando un lugar tras el que parapetarme. Por supuesto, no duraría mucho, porque una serpiente de tal envergadura podría superar cualquier obstáculo que se le pusiera por delante. Además, seguro que sus instintos depredadores eran muy agudos y, una vez me había detectado, me perseguiría hasta el fin del mundo.

El volumen aumentó hasta hacerse insoportable. Toda la selva parecía sacudirse por su efecto. Entonces, consciente de que, hiciera lo que hiciese, no escaparía de ella, la miré a los ojos. Sus iris eran lechosos y las pupilas de un negro lustroso. Lo cierto es que era un bicho fascinante, o lo habría sido de poder visitarlo en un terrario, tras un cristal de muchos metros de grosor y a prueba de impactos.

Pero ahí estaba, estirándose cuan larga era, preparada para morderme o zampárseme entera. No tenía ni idea de qué subespecie de serpiente se trataba, así que desconocía si era venenosa, si se dedicaba a constreñir a sus víctimas entre sus fuertes aros hasta partirles todos sus huesos y poder engullirlas a placer, o si tenía otras habilidades tan asombrosas como terroríficas.

Sin darme tiempo a pensar en nada más, ese monstruo se abalanzó directo hacia mí con las fauces abiertas y los colmillos, largos como agujas de tejer y afilados como cuchillos, preparados para atravesarme la carne.

Entonces, un rugido reverberó a su izquierda. Un rugido breve, como una advertencia, que captó su atención un segundo. Acto seguido, algo enorme saltó sobre ella desde la derecha y, con un movimiento limpio, le segó el cuello de cuajo.

La cabeza de la serpiente cayó sobre la hierba con estrépito, haciendo temblar el suelo, y rodó hasta quedar a escasos centímetros de mis pies. En sus ojos, todavía abiertos, la pupila se alargó aún más y se clavó en mi rostro estupefacto. La lengua vibró varias veces, antes de relajarse y colgar a un lado de la horripilante boca sin labios.

Y al fin, se quedó inerte.

Contemplándola desde tan cerca, pude apreciar lo enorme que era esa cabeza, el doble que la de un león nemeo, y que las escamas amarillas que la recubrían eran de un palmo de anchura cada una. Formaban una armadura, dura y reluciente. La lengua medía alrededor de un par de metros y no me había alcanzado por poco. Y, en cuanto a los colmillos… Bueno, prefería no pensar en ellos. Me abrían atravesado de parte a parte como si yo estuviese hecha de mantequilla.

La vegetación se agitó de nuevo y de ella emergieron Xerx e Itzaar. Mi barog tenía una expresión triunfante en el rostro y todavía empuñaba el machete con el que había cortado de cuajo la cabeza del reptil. El filo estaba manchado de sangre turquesa, que chorreaba sobre la hierba.

Me mareé y él corrió a sujetarme.

—Ya está, Jen. Ya ha pasado el peligro.

Intenté decir algo, pero no me salieron las palabras. Cuando fui consciente de que la serpiente estaba muerta y ya no podría hacerme ningún daño, respiré aliviada.

Y logré esbozar una débil sonrisa.



Tras el episodio espeluznante de la serpiente, Xerx buscó un rinconcito en el que poder descansar unos minutos y comer algo. Nos acomodamos sobre una piedra plana a orillas de un pequeño estanque natural.

Me advirtió de que no tocara el agua, pues el brillo dorado de la superficie indicaba que era hogar de pirañas amarillas. Me preguntaba si realmente lograría sobrevivir en ese planeta. Los peligros acechaban por todas partes.

—Siento mucho que te hayas asustado, Jen. Debía actuar rápido, o no habríamos sobrevivido.

—Ha sido terrorífico. Si me hubieras avisado de lo que ibas a hacer...

—Lo sé, pero no había tiempo. Las serpientes amarillas gigantes son muy astutas y rápidas. La única manera de acabar con ella era pillarla por sorpresa y atacarla sin titubear.

—¿Hay muchos de esos bichos por aquí? —La voz todavía me temblaba. De hecho, todo el cuerpo.

—¡Qué va! Hemos tenido mala suerte, solo eso. —Esbozó media sonrisa.

—¿*Solo eso*? Casi me da un infarto —dije esforzándome por sonreír.

Él no tenía la culpa de que el reptil más grande del planeta nos hubiera atacado. De hecho, había sido yo la que me había empecinado en acompañarlo en esa aventura y más me valía no empezar a quejarme.

—En realidad, no hay más que unas pocas decenas de ellas en Nemea. Antes de hoy, tan solo había visto una, y pasó de largo.

—Entonces, nunca te habías enfrentado a ellas —dije con la voz todavía estrangulada por el miedo.

—Jamás, pero mi padre y Drashir, el antiguo rey, acabaron con una en una ocasión. Ellos nos hablaron de esos monstruos, nos contaron que suelen engullir rinos enteros y nos explicaron lo que había que hacer en caso de toparnos con una.

—Y la has matado. —No disimulé mi admiración.

—Como ves, toda una hazaña —dijo con una sonrisa triunfante que no le había visto nunca—. Tuve ayuda, ¿verdad, amigo mío? —Le rascó la cabeza a su león. Este ronroneó y puede que hasta asintiera.

—Itzaar la entretuvo con su rugido y tú aprovechaste para lanzarte sobre ella, ¿no es así?

—Así es. Trepé a una palmera y, a mi señal, Itzaar rugió. Entonces, salté con el machete en la mano y le corté el cuello.

—¿Y cómo sabías que no iría a por vosotros? ¿Que no os detectaría?

—Porque estaba entretenida contigo, su presa. Las serpientes amarillas siempre atacan al más débil de la manada de animales. En este caso, tú. Sabía que no te perdería de vista, que nada podría apartarla de su objetivo. Por eso nos descuidó durante unos segundos. Fue un error garrafal por su parte. Pecó de exceso de confianza.

—Ya veo. O sea, que si hubieras fallado, se me habría merendado cruda.

—Pues sí, Jen, pero no fallé. —Hizo una pausa y me miró con tal intensidad que me costó tragar el trozo de carne que acababa de meterme en la boca—. Tratándose de ti, jamás fallaré.

Nos observamos el uno al otro durante un rato. Después, me centré de nuevo en la comida.

—¿Y cómo os comunicáis tan bien Itzaar y tú? Porque, a ver, en la Tierra domesticamos perros, caballos..., pero lo que hacéis vosotros con vuestros leones es espectacular.

—Nos comunicamos mediante expresiones faciales, gestos y rugidos. En un lenguaje corporal muy básico, nos entendemos a la perfección. Y para ello, es crucial crecer desde pequeños junto a nuestro león. De este modo, aprende todas nuestras reacciones y,

con solo una mirada o un leve movimiento, ya capta lo que queremos transmitir.

—Es alucinante.

—Sí, nuestros leones son magníficos. Leales y valientes. Los mejores animales de Nemea.

Como si hubiera comprendido las palabras de Xerx, Itzaar emitió un leve rugido.

—Sin duda. Y son muy hermosos.

El león levantó la cabeza y me miró. Acercó un poco más la pata hacia mí, y sus pezuñas me rozaron la pierna.

Me quedé muy quieta, incapaz de reaccionar.

—Le caes bien, Jen. Puedes tocarlo si quieres. El contacto es muy importante para ellos, igual que para nosotros. Bueno, supongo que lo mismo que para los humanos, ¿verdad?

Asentí.

El contacto físico era imprescindible para el desarrollo emocional de cualquier mamífero, aunque fuera algo que yo nunca hubiese llevado demasiado bien. Yo no era de esa clase de personas que abrazan a todo el mundo y buscan continuamente el contacto, pero no digo que no me gustara. Quizás era más bien que no sabía cuándo ni cómo acercarme a los demás.

Con Xerx estaba aprendiendo deprisa.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo guardando la comida sobrante y poniéndose en pie.

Bebimos un poco de agua y reemprendimos el viaje. Esta vez, el sendero que tomamos estaba más despejado, y Xerx pudo caminar a mi lado sin necesidad de usar el machete.

A medida que avanzábamos, iba haciendo anotaciones en uno de sus mapas y lo volvía a doblar.

—No tengo ni idea de cómo te orientas en esta selva. Todo me parece igual. Sé que hay diferencias en la vegetación, pero me cuesta mucho situarme —le dije.

—La clave está en los pequeños detalles. Una roca con una forma peculiar que te recuerda a un animal, un tronco alcanzado por un rayo, un riachuelo que discurre de un modo original... Además,

cada zona de la jungla tiene un colorido distinto, y la vegetación puede variar, así como los animales que te encuentras a cada paso.

—Imagino que es así, pero me resulta difícil.

En mi antiguo mundo, solía orientarme de maravilla. Con una única vez que hubiese visitado un lugar, me bastaba para ser capaz de volver a encontrarlo por mí misma, incluso cuando era todavía muy pequeña. Aquí, en cambio, me sentía muy perdida. Por fortuna, mi barog era quien hacía los mapas, así que, si alguien podía enseñarme a orientarme en Nemea, sin duda, era él.

—No te preocupes, yo te enseñaré todo lo que necesites para orientarte y sobrevivir. Lo irás aprendiendo poco a poco, y al final sabrás tanto o más que yo. —Lo afirmaba con tanta seguridad que casi lo creía.

—Lo dudo mucho, yo no tengo los instintos de un barog ni he crecido aquí.

—Pero eres muy joven y tenemos muchísimo tiempo por delante.

Me estremecí. Podríamos vivir siglos, tal vez miles de años. Eso era... abrumador. Sin embargo, para ello, antes tendríamos que vincularnos.

—Aun así, lo veo difícil.

—Confía en mí, lo lograrás. Haremos mapas y estudiaremos todos los caminos. Ya verás, acabarás conociendo Nemea como la palma de tu mano, Jen. Ten en cuenta que solo te llevo veintiocho años de ventaja —dijo, guiñándome un ojo.

Me perturbó lo mucho que me gustó ese gesto.

—Pondré todo de mi parte, eso seguro. Al menos, ahora ya sé la pinta que tienen las serpientes amarillas y cómo matarlas. Apuesto a que es un aprendizaje muy útil.

—¡Esa es la actitud! Y con un poco de suerte, jamás te toparás con otra. Dicen que hay muchas más en las tierras inexploradas de los confines de Nemea, pero ningún barog que yo conozca se ha internado en esa zona de la selva, así que quizá solo sean habladurías.

—¿Las *tierras inexploradas*?

—Sí, aquella parte de Nemea donde tenemos prohibido ir. Según los ancianos, allí se avistó hace miles o millones de años uno de esos seres alados. ¿Recuerdas esa estatua del templo que lo representaba? Los ancianos dijeron que era uno de nuestros dioses y que no debíamos perturbar la paz de su morada.

—Esos ancianos os ponen demasiadas normas.

—Puede que sí, pero siempre velan por el pueblo barog y quieren lo mejor para nosotros. O eso proclaman a los cuatro vientos —dijo torciendo un poco el gesto. Me dio la impresión de que no estaba muy convencido de sus palabras.

—¿Y tú qué crees en realidad?

—Cuando llegaste aquí, recuerdas que era uno de los rebeldes, ¿verdad?

Sonreí. ¡Claro que lo recordaba! Daryos los lideraba, y Xerx me rescató en la cacería y me puso a salvo en las cuevas del norte, después de que Callie me salvara de las garras de un barog que quería… En fin, prefería no pensar en aquello. Todavía temblaba al recordarlo. Nuestros inicios en el planeta no habían sido agradables, sino brutales y aterradores. Por suerte, aunque seguía acechando el peligro, nuestra situación había cambiado mucho.

—Por supuesto. Y por eso me sorprende que ahora defiendas a los ancianos con tanto fervor.

—No es que los defienda, pero reconozco que parte de su labor es necesaria y que, seguramente, ellos creen que hacen lo mejor para nosotros.

—Pero ¿de verdad te fías de ellos?

Reflexionó durante unos segundos.

Xerx era un ser inteligente e intuitivo que se cuestionaba cualquier cosa que ocurriera a su alrededor. No se conformaba con seguir las normas como uno más del rebaño y no soportaba las injusticias ni la crueldad.

—No sé si confío en ellos por completo, la verdad. Hay algo que siempre me ha causado escalofríos. El verdadero problema es que se aferran a unas tradiciones y costumbres arcaicas y crueles, que ya no sirven y han quedado obsoletas. Las humanas descendientes que atravesáis el portal sois distintas a las anteriores,

y nosotros también estamos evolucionando, al menos la mayoría. No al ritmo que a mí me gustaría, pero lo iremos consiguiendo. Y creo que los ancianos harían bien en tener en cuenta todo esto y modernizarse también.

Por lo que presencié la primera vez que acudimos al templo a visitar a los ancianos, estos no tenían un pelo de tontos, así que, si no cambiaban, era o bien porque no les daba la gana, o bien porque tenían otros intereses que desconocíamos. Vaya, un comportamiento bastante común entre la mayoría de los dirigentes espirituales de todos los tiempos.

—Si te sirve de consuelo, eres el más civilizado de tu grupo de amigos —le dije, y realmente lo pensaba. El otro era su hermano Xioh.

Soltó otra carcajada que me calentó la sangre. Cuando estábamos a solas, se dejaba llevar mucho más, y casi siempre se evaporaba la tensión entre nosotros. Y en este viaje, más que nunca.

—Me lo tomaré como un piropo.

—Aunque, ahora que lo pienso, después de verte saltar como un chimpancé desde un árbol y machetear a una serpiente gigantesca, igual me he precipitado.

Nos reímos de nuevo mientras seguíamos caminando junto al curso de un arroyo.

Como si quisiera alardear otra vez de sus habilidades, trepó a una palmera en cuestión de segundos y arrancó un manojo de plátanos maduros. Cuando bajó de un salto y se colocó a mi lado de nuevo, puse los ojos en blanco. Logré que soltara otra de sus bonitas y escasas carcajadas, que me calentaban el alma.

Abrió uno para mí y me lo ofreció. Como todo en Nemea, era más grande y aromático que los de la Tierra, y muy dulce al paladar. Lo engullí en unos cuantos bocados.

En el tiempo que yo me comí uno, él se comió tres. ¡Esos barogs eran unos portentos!

Seguimos charlando sobre los ancianos y las leyendas de su pueblo, así como de su padre, Xarix, el que había sido el gran

sanador de la aldea antes de Xioh. Me contó anécdotas sobre él y su hermano, el rey Drashir, el padre de Daryos y Cyrus.

También me habló de su madre, de la que, al parecer, había heredado su afición por trazar mapas y su curiosidad por el planeta en general. Al igual que Xarix, Drashir y Tatiana, ella también había sido asesinada por los hermanos perdidos en la Gran Guerra. Una lástima, me habría encantado conocerla. Presentía que nos habríamos llevado bien y que podría haber aprendido también muchas cosas de ella.

Esa guerra les había arrebatado demasiado a todos.

Después, hablamos sobre temas menos tristes, y me contó una retahíla de anécdotas rocambolescas y sorprendentes, mientras Itzaar nos protegía la retaguardia y espantaba a los insectos más gordos con la cola.

Y así, el terror que había pasado durante el ataque de la serpiente se fue diluyendo hasta desvanecerse.

Pero aún nos quedaba mucho camino por recorrer antes de alcanzar el templo.

Al caer la noche, nos refugiamos en una pequeña gruta que Xerx encontró no muy lejos del sendero. Era estrecha y poco profunda, pero serviría.

Encendió un fuego en la entrada para espantar a los animales que se acercaran demasiado. Asó una especie de lagarto que había cazado y, tras partirlo con su cuchillo, lo devoramos en un santiamén, acompañado de algunas bayas que habíamos ido recogiendo. Sin duda, caminar por la selva nos abría el apetito. ¡Y de qué manera!

En cuanto extendió la estera para que nos echáramos a descansar, fui consciente de golpe de algo muy obvio.

Estábamos en mitad de la selva, tumbados juntos en un espacio muy reducido.

Solos.

15 ENTRE AMIGOS
CALLIE

—Vale, Emi, tienes que tensar un poco más el arco —dijo Lansh, haciendo gala de una paciencia infinita, y eso que el pobre llevaba dos horas enseñándonos.

—No tengo suficiente fuerza en los brazos —protestó ella por enésima vez.

—No solo es cuestión de fuerza. Si sigues los pasos que te acabo de explicar, lo lograrás antes de lo que te imaginas. Vamos, inténtalo de nuevo.

Emi resopló. Lo cierto es que esta tarde estaba un poco más despistada que de costumbre, y podía imaginarme sin problemas a qué se debía.

Uno de los dos barogs que Cyrus había designado para darnos clase había desertado a los cinco minutos. El pobre perdió la paciencia con nosotras nada más empezar. A ver, no podía culparlo. Lograr que un puñado de humanas aprendieran el tiro con arco en medio de la selva era toda una hazaña. Pero, ¡eh, nosotras le poníamos todo nuestro empeño! Bueno, *algunas* de nosotras.

—Este arco es demasiado pesado —volvió a quejarse, tras lanzar otra flecha que no alcanzó el objetivo.

El proyectil sobrevoló despacio varios arbustos y cayó a unos pocos metros de distancia de la zona de lanzamiento.

—Lo fabricó Lansh expresamente para mí en las cuevas, así que no te quejes tanto y vuelve a intentarlo. Tina y yo lo hemos hecho veinte veces cada una y no hemos lloriqueado como tú —solté.

Mi estudiante más dulce resopló de nuevo. Hoy tenía los rizos rubios tan rebeldes y alborotados que se le venían a la cara

continuamente. Toda ella parecía… distinta.

Estábamos practicando con un arco mucho más pequeño que el que solían usar los barogs. Aunque no era fácil disparar, y mucho menos darle a la diana —un trozo de madera enorme pintado de rojo y colgado del tronco de una palmera—, no pesaba tanto como Emi aseguraba.

Tina, de pie a mi lado y con los brazos cruzados, observaba la escena en silencio. De todas nosotras, ella y yo éramos las que le habíamos pillado el tranquillo más rápido. Yo tiraba con más fuerza, y ella daba en la diana con mayor frecuencia que yo. Vamos, que ambas combinadas seríamos la leche.

El siguiente disparo de Emi no fue ninguna maravilla, pero llegó a la altura de la diana. Unos diez metros a la derecha, pero mejor que cualquiera de las veces anteriores.

Lansh negó con la cabeza. El pobre empezaba a estar desesperado, aunque lo disimulaba bien. Su buen humor era envidiable.

—Una última vez y te dejo descansar, Emilia —le pidió.

—Estás un poquito descentrada hoy, ¿no, Emi? —dije para provocarla, soltando una risilla.

Mi amiga me miró de reojo mientras colocaba la flecha, tensaba y se preparaba para lanzar una última vez.

—No vayas por ahí, Callie, que te conozco —gruñó con muy malas pulgas. ¡Y eso que solía ser un dulce!

Tal como Emi había dicho, empezaba a conocerme demasiado bien.

—Solo digo que puede que la falta de sueño te esté pasando factura.

—Eres consciente de que va armada, ¿verdad? —me susurró Tina con una media sonrisa.

—Ya, pero no me preocupa demasiado, con la mala puntería que tiene…

—Os estoy oyendo, y eso no me ayuda, ¿sabéis?

—No te cabrees, rubita. Si solo estamos de cachondeo. Venga, dispara antes de que Lansh corra hacia el barranco más cercano y se lance de cabeza para terminar con su sufrimiento.

El barog soltó una carcajada.

—Tampoco es eso, Calista. Pero te agradezco el apoyo moral —dijo él entre risas.

—No tengo energías para lanzar otra vez, ¡lo digo en serio!

—¡Anda, claro! Porque las gastaste todas anoche fo… conversando con tu barog. Normal que estés agotada, Emi.

Hasta las narices de mí, y con razón, se giró en redondo y me encaró. Lo malo era que ahora la flecha apuntaba directamente a mi cara.

—Baja eso, mujer, que era broma. —Levanté las manos en son de paz.

—¿No decías que estabas muy tranquila porque tiene mala puntería? —murmuró Tina, riendo entre dientes.

—No sé, de pronto la veo con mejor posición y más… motivada.

—En cuanto abres la boca, *profe*, todas nos sentimos muy motivadas a lanzarte cosas —soltó Tina. Se me desencajó la mandíbula.

—Y yo que creía que me adorabas y que, en cuanto tuvieras retoños principescos, me nombrarías institutriz real.

Tina se limitó a chasquear la lengua. Pero capté en sus ojos un brillo de diversión.

—Eres un incordio, Callie —protestó Emi, todavía preparada con el arco en las manos.

—En eso debo darte la razón, cuñada —le soltó Lansh con total naturalidad. Ella era la *hoa uhane* de su hermano, así que se habían convertido en familia.

Mi amiga se puso de todos los colores.

—Ahora mismo, no sabes las ganas que tengo de dispararte la flecha directa a tu trasero —me dijo Emi sin comentar nada de las palabras de Lansh.

—¿Lo ves? Apuesto a que esta vez le acertarás a la diana. Si en el fondo tienes que darme las gracias por proporcionarte un poco de motivación.

Meneó la cabeza soltando un bufido hasta que, al fin, se giró de nuevo hacia el objetivo, apuntó con cara de mala leche y disparó.

La flecha voló con fuerza y sin desviarse de la trayectoria, y la punta alcanzó una esquina de la diana.

Nos quedamos todos en silencio durante unos segundos hasta que, de pronto, Emi dejó caer el arco al suelo y empezó a saltar y chillar, feliz por haberlo conseguido. Tina y yo corrimos a abrazarla y felicitarla, mientras las demás aplaudían.

—Mira por dónde, lo has conseguido —le dije—. ¡Sabía que lo lograrías, Emi!

—Y eso que me has sacado de mis casillas, ¿eh, Callie?

—Sí, pero el cabreo te ha afinado la puntería, no lo niegues.

—Claro, claro, seguro que le he dado a la diana gracias a ti. —Puso los ojos en blanco.

—Lo has hecho muy bien, Emi. ¿Ves como tienes que confiar más en ti misma? —dijo Tina en ese modo "Gran Reina de Nemea" que gastaba últimamente y que me fascinaba.

Ese nuevo rol le quedaba como anillo al dedo, y se había acostumbrado a él a la velocidad del rayo. Sin duda, había nacido para ser reina. Apuesto a que era lo que imaginaba cuando era pequeñita, y jugaba con carísimas tazas de porcelana y muñecas Barbie tetudas y estilizadas en su ático inmenso de Manhattan. ¡Un sueño hecho realidad! O casi, porque dudo mucho que jamás hubiese pensado que reinaría en un planeta lleno de bestias salvajes, primitivas e incontrolables.

Me reí para mis adentros.

—Y lo he conseguido, pese a lo pesadita que se ha puesto Callie.

Alcé una ceja y miré a Lansh. El barog soltó una carcajada mientras iba a buscar las flechas desperdigadas por ahí. Su larga melena dorada se meció como una cascada sobre su espalda musculosa.

—No se lo tengas en cuenta a nuestra querida profesora, ya sabes que todo lo hace por nuestro bien —me defendió la reina.

—¿Se puede saber por qué te pones ahora de su parte? —protestó Emi haciendo un mohín.

—Pues porque todavía no has soltado prenda de lo que hiciste anoche con tu barog, y nos tienes a Callie y a mí en ascuas.

—Sois las dos incorregibles —dijo remetiéndose un rizo por detrás de la oreja mientras se sonrojaba—. Como sigáis así, no os voy a contar nada de nada.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse por el caminito de regreso a la aldea.

—¡No te enfades, Emi! —dijo Tina.

—¡No nos dejes así, rubita! —añadí.

La reina y yo intercambiamos una mirada y empezamos a seguirla.

—Eso, marchaos un ratito a otra parte a ver si así las demás pueden practicar en paz —dijo Lansh riéndose.

Las otras mujeres se unieron a las risas. Entre ellas estaban Susi, Marla y Penny, que habían decidido que también querían prepararse. Las tres habían vivido la primera Gran Guerra y no iban a permitir que la nueva batalla volviera a pillarlas desprevenidas e indefensas. Además, entre las tres habían convencido a muchas de las otras mujeres vinculadas de la aldea para que se unieran a estos entrenamientos surrealistas pero efectivos.

Sylvia también quería participar, pero Xioh se lo había prohibido por el momento. Hacía muy poco desde que Ux le practicó la cesárea, y podría reabrírsele la herida. El sanador le había dicho que lo más sensato era que descansara algunos días más, sobre todo, teniendo en cuenta lo que se nos venía encima, y Penny la había acabado de convencer.

Tenía que recuperar fuerzas para cuidar de su bebé, al que había llamado Sonah, el nombre de su difunto barog, y para correr a esconderse o defenderse cuando los hermanos perdidos atacaran la aldea.

No nos cabía duda alguna de que lo harían.

Recordar a Ux y a sus hordas de monstruos despiadados me revolvió el estómago.

De camino hacia la plaza de la aldea, tras los pasos de una enfurruñada Emi, nos cruzamos con mi amorcito, tan guapo y buenorro como siempre.

Se le iluminaron los ojos al verme. Si es que… ¡cómo no iba a quererle!

—¿Ya habéis terminado?

—Todavía no. Lansh sigue ahí con las demás, practicando con el arco. ¿Ocurre algo?

—Cyrus le necesita. Lleva esperándole un buen rato, pero supongo que Lansh prefiere entrenaros a vosotras que aguantar el malhumor de mi hermano —dijo Daryos soltando una carcajada.

—¿El rey, de malhumor? No, imposible. ¡Qué me estás contando! —bromeé.

Tina me lanzó una miradita amenazadora antes de alcanzar a Emi y meterse las dos en la casa posada. Como Emi se lo contara todo a Tina sin esperar a que yo estuviera presente, ambas se las verían conmigo.

Aprovechando mi momento de despiste, Daryos me rodeó la cintura y me atrajo hacia su cuerpo.

—No seas tan dura con él, se está esforzando mucho por caerte bien —me pidió.

Puse los ojos en blanco.

—Pero ¡si ya me cae bien! Eso no quita que no piense que a veces es bastante cascarrabias, pero puedes decirle que deje de esforzarse. Eso sí, como vuelva a hacer una capullada, le retiro la amistad y… el parentesco.

Soltó otra carcajada y me abrazó más fuerte. Me acarició el trasero con la cola.

—Eso no puedes hacerlo, Callie. Cyrus es tu cuñado para toda tu existencia.

—¡Buf! ¡Qué suerte la mía! Y por cierto, ¿puedes decirle a tu cola que se esté quietecita?

En respuesta, volvió a acariciarme el trasero, esta vez de un modo lento, demorándose justo en la división de mis nalgas.

—¿A cuál de ellas? —dijo con una sonrisa traviesa.

—Mira que eres pervertido, barog.

—Pero a ti te encanta.

—Mmmm… No lo voy a negar.

Se inclinó sobre mí y me plantó uno de esos besos de película que te dejan con las piernas temblando. O sería de película, si mi caballero andante no fuera una bestia feroz de dos metros veinte,

con cola, garras y colmillos, y pinta de querer matar a cualquiera que se cruzase en su camino. Pero ya sabemos que el aspecto no es lo importante, ¿verdad? Además, aunque pareciera una fiera, mi barog era un trozo de pan, menos con nuestros enemigos. Ahí desataba a la bestia que llevaba dentro. ¡Y me volvía loca!

Tras ese beso maravilloso que me dejó con ganas de más, me guiñó el ojo verde y me dio una palmadita en el culo, que yo le devolví antes de que se alejara.

Él se fue en busca de Lansh y yo en pos de mis amigas traidoras. Y en cuestión de segundos, entré en la casa posada.



Después de mucho protestar, conseguimos que Emi nos contara con pelos y señales todo lo que había hecho con Axeh. Le costó arrancar, pero, cuando empezó, se soltó por completo y ya no hubo quien la parase. Al parecer, necesitaba compartirlo con nosotras.

Francamente, ¡se podría haber ahorrado algunos detalles! Nunca volvería a mirar a Axeh del mismo modo. Hablando en serio, lo único que importaba era que había ido todo fenomenal entre ellos y que Emi no podía dejar de pensar en lo que habían hecho... y en las ganas que tenía de repetirlo. ¡Bien por ella!

Al finalizar nuestra charla, Lorna irrumpió en la casa posada, se unió al grupo y revolucionó a todo el mundo. Acabamos todas hablando y cotilleando sobre nuestros barogs, entre muchas otras cosas.

Hasta Sylvia y el bebé se sentaron con nosotras, acompañadas por Artia, mi *aninf bestie*, a la que Penny había encomendado que ayudara a Sylvia mientras ella practicaba el tiro con arco.

Por supuesto, Artia se hizo un hueco para sentarse justo a mi lado y clavó sus enormes ojos plateados en mi cara cada dos por tres. A veces temía que se obsesionara conmigo tal como había

hecho Antara, la *aninf* psicópata que casi me había enviado al otro barrio. Pero Artia era bondadosa, inofensiva y una buena amiga, aunque un poco rarita.

Cuando Susi, Penny y Marla regresaron del entrenamiento, abrimos el corrillo que habíamos formado en el suelo, sobre esterillas y cojines, y se acomodaron entre nosotras. Las últimas descendientes en llegar al planeta acribillamos a preguntas a las mujeres vinculadas veteranas. Teníamos muchísimas dudas sobre la vida en Nemea, y ahora que se había generado confianza entre nosotras, ya podíamos abordarlas.

La primera pregunta que se lanzó fue por qué narices no llevábamos ropa interior. Mantuvimos una acalorada discusión sobre los beneficios e inconvenientes de llevar bragas. Un tema de lo más absurdo e insulso en la Tierra, pero que, en Nemea, cobraba una dimensión completamente diferente. Vamos, que acababa de convertirse en *trending topic*.

Se dijeron muchas cosas, algunas de lo más alarmantes, y otras muy... curiosas. Dejémoslo ahí. Aquello nos llevó a una importante votación, en la que ganó por goleada la preferencia de la mayoría por cubrirnos las partes íntimas, en lugar de tener que pasearnos por la aldea y la selva con todo al aire. ¡Se acabó lo de sufrir porque se nos levantara el vestido!

Solo tres de las mujeres votaron en contra, pues, al parecer, ellas no le veían ningún problema, ya que tampoco las llevaban en la Tierra. Eran de las más antiguas en Nemea. Quién sabe, quizás hubiesen cruzado el portal en la Edad de Piedra. Emi se las quedó mirando tan fijamente con sus ojazos de color aguamarina que tuve que darle un codazo para sacarla de su embobamiento. Se enderezó y se metió de nuevo en la conversación.

Así pues, se elevó una petición a la costurera de la aldea, Susi, para que se encargara de diseñarlas y confeccionarlas. Varias nos ofrecimos voluntarias para ayudarla en lo que fuese necesario. Tina, Lorna, algunas de las otras mujeres nuevas y yo les estuvimos hablando a las demás de los tangas y tejidos de última generación, y acabamos todas riéndonos a carcajada limpia.

En un momento dado, alguien sirvió unos vasitos de madera llenos de lo que parecía inofensivo zumo de frutas, pero que, en realidad, llevaba una buena carga de alcohol. Así que el ambiente se caldeó enseguida y las conversaciones subieron de tono.

Algunas de las nuevas preguntaron por qué ninguna habíamos tenido el periodo desde nuestra llegada a la aldea. Solamente las que habían tardado en vincularse, como Emi o Jenny, lo habían tenido. De las demás, ninguna.

¿Cómo es que ni siquiera había pensado en ello? Vale, sí, que la vida en Nemea era tan trepidante que apenas quedaba tiempo para reflexionar. Pero ¡eso era muy preocupante!

Cuando empecé a alarmarme por si el idiota de Daryos me había dejado preñada, Marla y Penny explicaron que, cuando nos vinculábamos a un barog, nuestro ciclo se alteraba por completo. A partir de ese momento, solo lo tendríamos una vez al año, pero duraría unos quince días y sería nuestro periodo más fértil para concebir. Algo así como el celo en algunos animales.

Vaya que, durante esas dos semanas, tendría que mantenerme bien alejada de mi barog. ¡No iba a dejar que me tocara ni un pelo! Por lo visto, tendría que luchar contra su instinto y el mío, que nos empujaría a buscarnos el uno al otro como salvajes cachondos. ¡Lo que me faltaba!

Como científica, me costaba asimilar aquello, que parecía más ciencia ficción que otra cosa. Pero lo cierto era que en la naturaleza, el ciclo en los animales podía funcionar de un modo muy distinto al de los humanos.

Tina y Emi escuchaban tan atentamente que, por un instante, tuve la sensación de que volvíamos a estar en la universidad. ¡Solo les faltaba tomar apuntes!

Emilia parecía un poco superada por el tema, mientras que la reina no hizo ningún comentario al respecto, pero no se le escapaba ni un detalle.

—Qué cosa tan rara, ¿verdad Callie? —comentó Tina.

—Pues sí. Haremos un acto de fe, porque no tengo ganas de empezar a preguntarme cómo demonios puede ocurrirnos eso por el mero hecho de follar con ellos —dije. Ese asunto me daba mal rollo.

—No es solo follar, ¿acaso no has escuchado nada? —protestó Emilia. Estaba hoy muy quisquillosa conmigo.

—Que sí, que es por la vinculación con nuestra alma gemela. Lo que sea. Vosotras, cuando llegue el momento, corréis a la selva a esconderos y no volvéis a pisar la aldea hasta que se haya pasado el ciclo.

—¡Qué cosas dices, Callie! Cómo echo de menos a Jenny. Seguro que ella me apoyaría.

Puse los ojos en blanco.

—¿Acaso te hace ilusión quedarte embarazada, Emi? Porque yo no tengo ningunas ganas.

Negó frenéticamente.

—¡Por supuesto que no! Pero también han dicho que no es nada fácil quedarse encinta y que requiere de años de intentarlo, incluso siglos, de un modo muy intenso y prolongado. Y podemos tomarnos ese tónico que han mencionado que reduce las probabilidades de embarazo y…

—Ya, ya. ¡No me fío ni un pelo! Oídme, no sé vuestros barogs, pero el mío es muy insistente. Prefiero no arriesgarme. En cuanto eso ocurra, yo me busco una gruta y no aparezco en dos semanas.

Emi hizo una mueca de desagrado. Lorna soltó una carcajada.

—¡Pues a mí me haría muchísima ilusión que tuvierais retoños! Seguro que serían guapísimos. Yo os ayudaría a criarlos y me convertiría en la tía Lorna —dijo con una sonrisa tan amplia que empezó a acojonarme.

—Claro, en eso estaba yo pensando. Mira, McPhee, si tantas ganas tienes de rodearte de bebés, digo yo que podrías tener los tuyos propios, ¿no? —bromeé.

Lorna no podía tener bebés barogs, no era una descendiente. Y si por un extraño milagro se quedase embarazada de Toruch, su vida correría un grave peligro.

Quizá debería tener una seria charla con ella… otra vez.

Mi amiga suspiró.

—¡Ay, Calista! ¡Ya me gustaría! Pero a mi tierna edad, lo creas o no, acababa de empezar la menopausia.

—Eso no me lo habías dicho. De todos modos, estaba de coña, ¿eh? ¡Tú no puedes tener beber barogs! Así que cuidadito, que no serías la primera mujer premenopáusica que se embaraza.

—No digas tonterías, Callie. —Se dio la vuelta, me ignoró por completo, y empezó a parlotear con Marla y algunas otras.

La miré con los ojos como platos.

—Shhh, ¿podéis parar de cuchichear y dejarme escuchar? —nos pidió Tina de malas pulgas.

—¿De qué están hablando ahora? ¿Y cuándo hemos cambiado de tema? —pregunté, fuera de onda.

La reina me miró de reojo alzando una ceja.

—Están explicando cómo preparar mascarilla casera para el cabello. Algo muy útil y que, por cierto, sé de una a quien no le vendría nada mal.

—Qué cabrona eres a veces, mi reina —bromeé con retintín.

Todas las mujeres se giraron a mirarme como si hubiera soltado una blasfemia horrible. Hice un gesto con la mano para que no le dieran tanta importancia. Puede que Tina fuera la reina, pero, mucho antes de eso, era mi alumna en la universidad. Y para mí, siempre sería mi estudiante, un poco prepotente e insufrible, pero lista y valiente como pocas.

Marla se ofreció a enseñarnos cómo preparar la mezcla para la mascarilla y cómo confeccionar algunos otros productos para la piel y el cabello que nos vendrían divinamente. ¡Se las habían ingeniado bien!

Tina tenía razón: mi pelo era una maraña incontrolable y pedía a gritos una larga sesión en la peluquería, pero tendríamos que conformarnos con esa pasta hecha a base de flores de *no sé qué*, con hojas de *no sé qué más* y con grasa de *prefiero no saberlo*.

Servimos otra ronda del zumo con alcohol y alguien repartió también panecillos y tortas de harina con miel. Era agradable poder estar ahí todas charlando, como si nos encontrásemos en la cafetería o en el club, mientras los barogs se dedicaban a entrenar para la guerra y a construir casas para algunas de las mujeres liberadas de los pantanos.

Que nos dejaran tranquilas un rato para hablar de nuestras cosas era muy gratificante. Me hacía sentir que ese lugar era cada día un poquito más mi hogar.

Tras la tercera copa, Lorna se sentó a mi lado, desplazando a Artia hacia la derecha, y, en lugar de preguntar sobre champús, bragas o cualquier otra cosa inofensiva, entró a la carga con uno de sus temas favoritos: el sexo.

Según dijo, aún no se había acostado con Toruch; pero ya habían hecho algunas, y cito literalmente, «guarradas», que, por supuesto, compartió con nosotras y escandalizó a más de una. Comprobado: todos los temores que me había manifestado cuando vino a mi casa se habían esfumado por completo. Que si Toruch esto, que si lo otro… ¿La verdad? Me alegraba mucho por ella.

Cómo no, quería enterarse de todos los truquitos que conocían las mujeres vinculadas sobre cómo proporcionar el máximo placer a sus parejas. Las interrogó a todas como si se tratara de una ciencia exacta y alborotó el gallinero todavía más.

—Eh, McPhee, ¿y si bajas un poco el ritmo?

Me miró como si estuviera loca.

—Estas mujeres son adultas y experimentadas, Calista.

—Sí, y del siglo diecinueve, y eso las más jóvenes. No las escandalices, ¡por los dioses del manantial!

Tina y Emi se rieron. Lorna fingió que no me oía y siguió a lo suyo, ahondando en el tema. Cuando algo no le convenía, como ahora mismo mis palabras, hacía oídos sordos y se quedaba tan ancha. ¡La revolución había llegado a Nemea!

Para cuando Daryos, Cyrus, Ciench, Toruch y Axeh asomaron la cabeza para recogernos, y otros tantos barogs vinieron a saludar a sus parejas, aquello estaba ya fuera de control.

Nos separamos todas a regañadientes, con la promesa de reencontrarnos en un ratito para empezar con la celebración del cambio lunar, una fiesta barog típica de la que, por cierto, acababa de enterarme. Las mujeres más veteranas estaban muy ilusionadas con ello.

Al parecer, ni la amenaza de los hermanos perdidos ni la inminente guerra iban a detener lo que llevaba celebrándose miles o

millones de años, a saber.

La perspectiva de los festejos nos levantó el ánimo. Después del sufrimiento en los pantanos, aquello sería un soplo de aire fresco. Aunque lo cierto era que la fiesta ya la habíamos empezado en la casa posada con esa reunión improvisada de mujeres que, sin duda, había sido terapéutica para todas.



Susi fue de casa en casa repartiéndonos unos pareos de colores pálidos que ella había confeccionado y que debíamos vestir esa noche, pues representaban la luz lunar. Había que cubrirse el cuerpo a la altura del pecho y atarse los extremos tras el cuello. Nos entregó también un broche de hueso para evitar que se abrieran por delante. Gracias a los dioses, mi amiga había pensado en todo.

Los barogs se colocaron un taparrabos diferente, también de colores claros, y de tela más fina y vaporosa. ¡Más de uno iba a enseñarlo todo esa noche!

Daryos y yo nos cambiamos en nuestro dormitorio entre bromas, besos y caricias, hasta que, al fin, logré que dejara de toquetearme, y salimos de casa rumbo al corazón de la aldea. ¡El chaval podía ponerse muy intenso!

En medio de la plaza habían encendido una gran hoguera, cuyas llamas se elevaban hacia el cielo, arrancando destellos a los rostros de todos los presentes.

Por supuesto, el rey y el príncipe no habían descuidado la vigilancia. Habían doblado el número de guardias alrededor de la aldea, por lo que, si se acercaba cualquier amenaza, nos advertirían enseguida. Todos estaban al tanto de lo que debían hacer en caso de que aparecieran nuestros enemigos, que de ningún modo nos pillarían desprevenidos.

Los guardias se turnarían, para que todos pudieran disfrutar un ratito de las hermosas festividades. Quién sabía cuándo podrían

volver a estar de celebración…

Nos internamos en la plaza cogidos de la mano y nos acomodamos en torno a la comida, que se servía en una gran mesa que habían instalado en un extremo. Estaba a rebosar de panecillos, bayas, queso, miel, frutos secos, cacerolas con estofados diversos y muchos otros manjares desconocidos para mí. A un lado se asaban dos rinos enormes y algunas serpientes azules, entre otros bichos que ni siquiera reconocí.

Los rinos eran una mezcla de rinoceronte, jabalí y a saber qué otros animales, y tenían la piel muy gruesa, recubierta de pelaje duro y espeso, y unos colmillos gigantescos. ¡Eran espantosos! Viéndolos asarse al fuego, parecía mentira que su carne fuera tan tierna y deliciosa.

Había una bandeja con unas tortas de azúcar que emulaban las lunas.

Tina, Emi, Susi y Lorna estaban ya allí con sus respectivos barogs, al igual que Lansh y Xioh, impresionantes todos ellos vestidos de colores claros. Sentí una punzada de angustia al pensar en Jenny. Mi joven alumna seguía ahí fuera con Xerx, sorteando toda clase de peligros. Solo esperaba que llegaran al templo sanos y salvos, y que regresaran pronto, trayéndose a todos los guardianes consigo.

Penny y Artia ayudaron a Sylvia a llegar hasta la plaza y la acomodaron en un tronco que hacía las veces de banco. Una de las mujeres vinculadas y su barog se habían ofrecido a quedarse al cuidado del pequeño Sonah para que ella pudiera sumarse a la fiesta y salir un rato de la posada.

Aunque no se había recuperado del todo, tenía mucha mejor cara y estaba recobrando las fuerzas a buen ritmo. Sin duda, estar con nosotras, charlando y riendo entre amigas, la ayudaba a ir superando poco a poco el calvario al que la habían sometido durante diez años. Pero todavía le quedaba un largo camino por recorrer, al igual que a todas las demás que habían pasado por ese horror.

Porque puede que las heridas físicas apenas fueran ya visibles, pero las emocionales no cicatrizarían tan fácilmente. El

proceso sería lento, y los traumas tardarían mucho tiempo en desvanecerse, si es que realmente llegaban a hacerlo algún día.

Algunas cosas jamás se superan.

Desvié la vista hacia Penny, Susi, Sylvia y las otras excautivas, lanzando una oración por ellas a los dioses del manantial. Si alguien necesitaba protección y suerte, eran ellas. Se merecían tener una nueva oportunidad de ser felices y vivir en paz. Ya habían sufrido demasiado.

Aunque yo había pasado también por el cautiverio, por un breve periodo de tiempo, me costaba verme a mí misma como a ellas. No quería sentirme una víctima; pero, en realidad, lo había sido. Sin duda, no había tenido que soportar las mismas barbaridades que las demás. Gracias a los dioses, me había ahorrado lo peor.

Y volviendo a la celebración del cambio lunar, mis amigas estaban guapísimas vestidas de ese modo, a juego con el color de los taparrabos de sus barogs. La pareja de lunas brillaba hoy de un tono mucho más nacarado y plateado, y prácticamente no había rastro de su habitual resplandor verdoso.

Según nos contaron, era el único día del año nemeo en el que sucedía eso, y a partir de esa noche y durante los siguientes meses, el fulgor verde se intensificaría hasta que llegara el próximo cambio lunar, distinto a este. Tenían dos cambios al año.

Por un instante, me asaltaron miles de dudas sobre cuántos días tendría un año en Nemea, cuáles serían los ciclos lunares, cómo era la órbita del planeta alrededor de ese sol intenso y anaranjado..., entre muchas otras cosas. Bueno, si los dioses lo permitían, tendría una larga vida por delante para investigar y averiguar todo lo que quisiera. Hasta entonces no había tenido demasiado tiempo de reflexionar sobre ninguna de esas cosas. Digamos que había estado muy ocupada intentando sobrevivir… y disfrutando de mi barog.

A medianoche, seguíamos charlando, bebiendo y comiendo alrededor de la hoguera. Yo llevaba un buen rato hablando con Lansh y Xioh, mientras Daryos bromeaba con Axeh y el rey; y Toruch y Ciench charlaban sosegadamente junto a nosotros. Tina y Emi escuchaban a Lorna con los ojos abiertos como platos. A saber lo

que les estaba contando… ¡Menudo par de profesoras modélicas éramos!

Susi, Penny, Marla, Sylvia y algunas más escuchaban la música que salía de un pequeño instrumento de madera que tocaba Goria en un extremo de la plaza. Parecían tranquilas, pese a todo lo que les había sucedido, y agradecidas de estar de vuelta en su hogar. Artia se encontraba junto a ellas. La *aninf* mecía la cabeza con suavidad al ritmo de la extraña música, primitiva y hermosa.

Mujeres vinculadas antiguas se mezclaban con las jóvenes que habían cruzado el portal con nosotras, charlando y compartiendo risas en un ambiente cercano y familiar.

Desde luego, la situación había cambiado mucho desde nuestra traumática llegada a Nemea. Ahora, ese lugar empezaba a parecer un bello sitio para vivir. Un lugar en el que desear quedarse para siempre. Un hogar.

Curioso, pero cierto.

Una sensación cálida y muy agradable me subió desde los dedos de los pies hasta el pecho, provocándome un cosquilleo a la altura del corazón. La sensación de estar entre amigos.

Y mientras la fiesta empezaba a llegar a su fin, me sentí plenamente feliz.

16 SI LO DESCUBRE…

El palacio, la aldea, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Tatiana hacía ya un par de horas que había puesto a Cyrus a dormir y ahora se paseaba nerviosa de extremo a extremo de sus amplios aposentos reales. Había mandado a sus hijos mayores a la casa posada y le había pedido a Susi uno de esos vestidos nuevos que había diseñado recientemente, tan bonitos y atrevidos.

Era más corto, y la tela más vaporosa que los que solía llevar a diario, de un color rosa pálido que contrastaba con su larga melena oscura y realzaba el suave tono dorado de su piel. Además, la costurera siempre añadía a los vestidos de la reina algún bordado o detalle que diferenciaba los suyos del resto.

En cuanto el revuelo de barogs y felinos llegó hasta sus oídos, el estómago se le convirtió en plomo. Drashir estaba en casa. Pronto, unos pasos poderosos y rápidos retumbaron por el pasillo en dirección hacia el dormitorio.

Hacia ella.

Jamás había tenido miedo de Drashir. Tal vez, al principio, le impresionaba tenerlo cerca, y un cierto temor le apretaba el pecho. Solía temblar cuando él la buscaba, pero ya hacía mucho tiempo de eso. Y nunca había sentido el miedo que la recorría ahora sin piedad, como ríos de hielo por sus venas.

Sabía lo que debía hacer y se había estado preparando todo el día. Debía seducir a Drashir nada más entrara por la puerta y arrastrarlo al lecho. Su barog solía lanzarse a por ella siempre que regresaba de alguno de sus viajes, aunque tan solo hubieran estado separados un par de días.

Nada más llegar, lo primero que hacía era ir a verla. Después, se metía en el baño que ella le preparaba y, mientras Tatiana le lavaba el pelo y curaba sus rasguños con mimo, él le explicaba todas sus aventuras. Era un momento de intimidad que ambos adoraban casi tanto como el sexo.

Esta vez, el baño vendría después. Había ocurrido en algunas ocasiones que, nada más reencontrarse, la pasión los dominaba de tal modo que, primero, tenían sexo salvaje y, después, acababan los dos metidos en la tina de agua templada para lavarse y aplacar los ecos de las brasas. Así que el rey no se extrañaría si ella optaba por eso.

Los pasos se acercaban cada vez más, apresurándose, como si Drashir ansiara llegar hasta ella de inmediato.

La culpa le mordió el estómago de nuevo y a punto estuvo de tomar la decisión equivocada. Durante unos segundos, sopesó contarle toda la verdad en cuanto entrara por la puerta y rezar a los dioses del manantial para que él la perdonara algún día.

Pero no podía hacerle esto, ni a él ni a sus hijos. No podía arriesgarse a romper su familia, y desestabilizar a su rey y, por lo tanto, a la aldea entera en un momento tan delicado como ese, con Ux al acecho y preparando a todo su ejército de monstruos contra ellos.

Podría haberle explicado la verdad… a medias. Podría haberle confesado que había ido al encuentro con Ux por si existía la remota posibilidad de detener la guerra. De hecho, ese había sido uno de los principales motivos, pero no el único.

Y ella lo sabía.

Así que, si iba por ese camino, tendría que tejer mentira tras mentira hasta que ya ni siquiera se reconociera a sí misma.

Podría decirle a Drashir que Ux la había atraído a la selva con falsas promesas de paz y que, después, la había forzado. Sin embargo, eso no haría más que enfurecer al rey aún más y garantizar una condena horrible para Ux, una que no se merecía. Ni entonces ni ahora. Respecto a ella, de lo único que podían acusarlo era de haberla amado demasiado. Nunca le había hecho daño ni la había obligado a nada, esa era la pura verdad.

No. Aquí solo cabían dos opciones: o toda la verdad…, o el silencio absoluto. Y un instante antes de que se abriera la puerta, escogió lo segundo.

En cuanto Drashir entró, su poderosa presencia lo llenó todo. El mundo cobraba un nuevo sentido cuando él estaba cerca. Su aroma y su vibrante vitalidad alcanzaron a Tatiana de lleno y se colaron por su piel hasta los huesos. Él sonrió ampliamente, feliz de estar en casa y reencontrarse con su amada hoa uhane.

Era tan hermoso, tan imponente, que a la reina le fallaron las piernas. Allí, ante él, no comprendía cómo podía haber sucumbido a Ux cuando estaba vinculada con el barog más espectacular de todo Nemea, el más leal, valiente y bondadoso de cuantos existían.

Tenía el cabello castaño, largo y medio trenzado, completamente revuelto. La barba de varios días le ensombrecía las mejillas y la barbilla. Su cuerpo, enorme y esculpido en piedra, brillaba de sudor, sobre todo en los marcados surcos entre los pectorales, recubiertos de bello oscuro. Los abdominales relucían a la luz de la lumbre, que revelaba cada una de las cicatrices que surcaban su piel curtida.

—Qué preciosa eres, mi reina —dijo abalanzándose a abrazarla—. Soy el barog más afortunado del mundo.

Cuando él le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí para besarla, ella le devolvió la sonrisa y le echó los brazos alrededor del fornido cuello

—Me alegro de que estés en casa, amor mío —dijo ella con voz melosa—. La espera se me ha hecho muy larga.

Él soltó un gruñido de satisfacción y la besó con tal intensidad que Tatiana se habría caído si él no la estuviera sujetando. Su cola, larga y suave, le acarició la espalda y luego el trasero.

Tatiana se estremeció cuando la lengua de su rey encontró la suya y la reclamó con voracidad. Sus besos eran tan excitantes como siempre y su cuerpo entero reaccionaba a las caricias de su barog. Pero la angustia y el remordimiento le impedían abandonarse a él por completo. Cada célula de su ser parecía resistirse a esa unión, tras haber yacido con otro macho hacía tan poco tiempo.

Sentía asco de sí misma.

Aun así, le devolvió los besos y le recorrió la espalda mientras los músculos de él se flexionaban bajo las yemas de sus dedos.

Tatiana tiró de Drashir hacia el lecho, paso a paso, retrocediendo mientras él avanzaba con ella sin dejar de besarla.

Cuando la parte trasera de sus piernas chocó con el borde de la cama, se detuvieron. Tatiana deslizó las manos hacia el taparrabos y empezó a desabrocharlo, como tantas otras veces había hecho en los siglos que llevaban juntos.

Él soltó una carcajada gutural.

—Veo que me has echado de menos, mujer. —Los ojos oscuros del rey llamearon.

Ella hizo aletear las pestañas y le plantó otro beso que lo dejó sin aliento mientras le retiraba la prenda y la lanzaba al suelo. Le mordisqueó la poderosa mandíbula y le lamió la garganta. Y cuando iba a desnudarse para él, Drashir la detuvo cogiéndola de las manos.

—Nada me gustaría más que poseerte ahora mismo, bella Tatiana. Pero estoy sudado y sucio, y mi reina merece algo mejor.

—Te necesito ahora, mi rey. Luego podemos darnos ese baño juntos.

Él le agarró la cara con suavidad con una de sus enormes manos y la miró a los ojos, dos esmeraldas refulgentes como las aguas del lago más sagrado de los barogs. Una chispa se encendió en los ojos del rey.

—¿Estás bien, amor mío? —preguntó con la voz ronca y hambrienta.

Había algo distinto en ella. Algo que no sabría definir, pero ahí estaba. Ensanchó las fosas nasales y se acercó a su hoa uhane. Mientras le olfateaba el delicado cuello, ella no se movió. Contuvo el impulso de apartarse o estremecerse. Se concentró solo en el cuerpo de su macho, en su presencia, en su olor oscuro y especiado, que tan loca la volvía siempre. En el calor que siempre provocaba entre sus muslos. Se centró solo en él y en lo que le hacía sentir.

El único indicio de que algo no iba bien era el ligero temblor en el cuerpo de su amada, pero el enorme rey lo achacó a su excitación. Olió su exquisita fragancia a flores salvajes y la miel más dulce; olió también el deseo en ella, el ansia que tenía de él. Y justo

cuando sus labios se curvaban en una sonrisa lobuna y satisfactoria, le pareció percibir algo más, sutil y enterrado bajo muchas capas.

Antes de que pudiera ahondar en ello, los dedos de su hembra le rozaron el miembro con suavidad y una corriente eléctrica de placer le recorrió los testículos y la parte baja de la columna. Su mirada devoró las curvas de su pareja, tan obvias y descaradas bajo aquel vestido condenadamente sexy. Se le aceleró el pulso y lanzó las caderas hacia delante, buscando la mano de su hembra con una necesidad devastadora.

Tatiana le rodeó el grueso pene con los dedos y los deslizó arriba y abajo, arrancándole gemidos guturales.

—Entonces, ¿qué va a ser, mi rey? —ronroneó sobre sus labios.

Él se estremeció entre sus dedos, incapaz de sentir nada más que ese roce atrevido y experto. Él mismo le había enseñado a perfeccionar el arte de darle placer y había aprendido cómo complacerla a ella hasta el delirio.

La mirada de Drashir resplandeció de puro deseo un instante antes de tumbarla en la cama.

Le arrancó el vestido y se abrió paso entre sus muslos.

—El baño puede esperar, Tatis —rugió con voz cavernosa.

La reina suspiró aliviada y se entregó a su macho, a su hoa uhane, por completo.

Y mientras él empujaba dentro de ella como el barog vigoroso que era, y Tatiana arrastraba las uñas por su trasero y lo animaba a hundirse más hondo, más deprisa, la reina rezó a los dioses del manantial para que jamás tuviera que arrepentirse de las decisiones que había tomado.

Por supuesto, traerían sus consecuencias.



17 LA PAREJA DE LUNAS
JENNY

Xerx y yo habíamos dormido muchas veces uno junto al otro, sobre la misma estera, pero nunca… solos. La gruta era muy estrecha, y el enorme cuerpo de mi barog casi llenaba todo el espacio, así que se había pegado tanto a mí que podía sentir cada músculo de su pecho contra mi espalda.

Su cola cruzaba mis piernas y uno de sus brazos descansaba sobre mi cintura. Esto tampoco era algo inusual entre nosotros, si no fuese porque, ahora, la palma abierta de su mano se posaba sobre mi abdomen con suavidad, en un gesto más posesivo que de costumbre. O tal vez solo fuesen imaginaciones mías.

Cuando se apretó un poco más contra mi cuerpo, se disiparon todas mis dudas. Estaba excitado y su pecho se agitaba con cada respiración acelerada. Su corazón retumbaba a mi espalda como si fuese un mazo a punto de demoler todo el lugar.

Pensé en moverme levemente y dejar algo de espacio entre nosotros, pero tenía la pared de roca a escasos palmos de mi nariz, así que no era una opción viable. Lo mejor era estarse muy quietecita, dormirse cuanto antes y…

—¿Estás despierta, Jen? —me preguntó en un susurro.

Seguro que él podía captar sin problema si dormía o no. No solo él, sino también el león que descansaba en el exterior, a la salida de la gruta, junto a la pequeña hoguera. Y, probablemente, media selva. Porque mi corazón latía tan deprisa que no era muy difícil darse cuenta.

—Ajá —me limité a contestar.

Ahora mismo, ahí dentro embutidos, solos y muy juntos, no tenía ganas de que empezara una de esas conversaciones

incómodas.

Por lo visto, Xerx no tenía intenciones de hablar. Tiró de mí con delicadeza para que me diera la vuelta y, en cuanto estuvimos cara a cara, me atrajo hacia él. Su cuerpo estaba muy caliente y su musculatura vibraba.

Me tenía pegada a su enorme pecho, con una de sus manos en mi espalda, y sus ojos se clavaban en los míos como dos brasas encendidas. Su larga melena oscura con reflejos rojizos se desparramaba por todas partes. Su cola se desplazaba sinuosa sobre mi pierna.

Cuando desvió la vista hacia mis labios, contuve el aliento. Sin embargo, no me besó. Ancló de nuevo su mirada en la mía mientras alzaba los dedos hacia mi rostro y me acariciaba la mejilla.

Me recorrió un escalofrío de arriba abajo.

Siempre me sorprendían la ternura y el respeto con el que solía aproximarse a mí, sobre todo viniendo de un ser tan grande y salvaje como él. Porque puede que Xerx fuese el más inteligente y civilizado de su especie, pero no por ello dejaba de ser un barog.

Sabía que se esforzaba por controlar sus instintos más primitivos. Aun así, eso no significaba que no los tuviera.

—Hoy es el cambio lunar —dijo con la voz enronquecida mientras me acariciaba el pómulo con el pulgar.

De todo lo que podría haber dicho, sin duda no esperaba eso. Me sorprendió. Pero Xerx era así, solía dar un largo rodeo con las palabras hasta llegar al meollo del asunto. A lo que realmente quería decirme.

—¿Ah, sí? ¿Por eso la luz de la luna hoy parece distinta? —pregunté. Si él se dio cuenta del temblor en mi voz, no comentó nada al respecto.

—Esta noche, la pareja de lunas está más cerca de Nemea, y se encuentran también más cerca la una de la otra. Por algún motivo que desconozco, eso suaviza el fulgor verdoso y, en su lugar, emiten este resplandor plateado.

Alcé la vista hacia la entrada de la cueva y observé a las hermosas lunas, una bastante más grande que la otra, que se

alzaban en el cielo estrellado. Lanzaban un manto de luz nacarada sobre la selva, confiriéndole un halo casi mágico. Era precioso.

—¿Y solo ocurre una vez al año? —dije volviendo a encontrarme con su mirada.

Incluso en la semipenumbra de la gruta, la luminosidad de las llamas y de la luna me permitían distinguir el cerco naranja brillante de sus iris.

Sus dedos se deslizaron hacia mi cuello y siguieron hasta mi hombro. Después, bajaron con una caricia por mi brazo hasta enlazarse con los míos.

—El cambio lunar se produce dos veces al año, pero solo en este el resplandor de las lunas es distinto. A partir de mañana, el fulgor verde se intensificará de nuevo. Solemos celebrar esta noche en la aldea. Seguro que ahora mismo están todos sentados alrededor de la hoguera, comiendo y charlando, vestidos de colores claros, emulando la luz lunar de esta noche.

—Debe de ser una celebración muy hermosa —dije con un nudo de añoranza en el estómago.

Todos nuestros amigos estaban allí, juntos en la aldea, mientras Xerx y yo nos encontrábamos solos en la selva, afrontando peligros desconocidos.

—Siento que te la estés perdiendo. Me hubiera gustado disfrutar de la fiesta contigo —susurró.

—En realidad, estamos aquí juntos con unas buenas vistas de la pareja de lunas. A nuestra manera, también lo estamos celebrando, ¿no crees? —Sonreí tímidamente.

Sus labios se ensancharon en una bonita sonrisa y un ligero temblor le recorrió el cuerpo, retumbando en el mío.

—Tienes razón, Jen —dijo, apretándome un poco más hacia él —. No podríamos estar festejándolo de un modo mejor. Estar aquí contigo… Estar en cualquier lugar *contigo*, es, sin duda, la celebración más especial.

Me miró con mayor intensidad y volvió a acariciarme el rostro. Se acercó un poco más, tanto que sentí el roce de su aliento cálido en mis labios. Sus pulsaciones repiqueteaban con virulencia.

—¿Puedo besarte? —Su voz sonó como un murmullo ronco.

Sin pensarlo siquiera, asentí.

No sé si fueron las lunas, o su mirada reluciente cargada de amor, o su imponente cuerpo pegado al mío, o que yo también deseaba ese beso. Tal vez una mezcla de todas esas cosas.

Xerx sonrió, y tuve la sensación de que estaba tan nervioso como yo. Inclinó el rostro, buscando el mejor ángulo, hasta que nuestros labios entraron en contacto y se acariciaron con suavidad. Ese simple roce me electrificó de arriba abajo, recorriéndome entera.

Y entonces, mi barog se dejó llevar.

Enredó una mano en mi cabello y la otra me presionó la parte baja de la espalda. Sus labios se movían sobre los míos, con una combinación perfecta de ternura y voracidad que me dejó sin respiración. Cada célula de su ser expresaba su anhelo por mí.

Deslicé las manos sobre sus poderosos hombros y, después, las subí hasta echarle los brazos alrededor del cuello. Él gimió sobre mi boca y su lengua se abrió paso entre mis labios, que yo había abierto para él.

El beso se hizo más profundo, más cómplice, mientras los sonidos de nuestro deseo llenaban el aire de la pequeña gruta. Cuando impulsó con suavidad la cadera hacia la mía, su erección me dejó sin aliento. Sentirla a través de la fina tela de mi vestido y del taparrabos era intimidante y, al mismo tiempo, una tortura.

Por primera vez en mi vida, fui plenamente consciente de cuánto le deseaba y cuánto necesitaba sentir su piel desnuda sobre la mía, su cadera presionando mi intimidad, su miembro invadiendo mi interior…

Nunca me había sentido de ese modo, tan frenética por sentirlo por todas partes, por saborearlo y probarlo, y que él me devorara a mí. Todo esto era algo nuevo, que me moría por experimentar.

Aun así, yo era muy joven… y estaba asustada. Habría sido joven incluso si ambos fuésemos dos humanos normales en la Tierra, pues Xerx me llevaba casi diez años. Por mucho que ansiara su contacto y llegar hasta el final, no quería precipitarme. No me sentía preparada para algo así. No era solo el sexo en sí, porque, en

ese momento, estaba realmente sopesando por primera vez si dejarme llevar.

Era el compromiso lo que me retenía. El vínculo sagrado con él. Convertirme en la pareja de vida de Xerx. El día llegaría y, probablemente, mucho antes de lo que habría imaginado. Pero necesitaba un poco más de tiempo para hacerme a la idea.

Dejé que siguiera besándome y yo le devolví los besos, e incluso me permití pasear las yemas de los dedos por su abdomen. Cuando lo hice, él se detuvo un instante, sin despegar su boca de la mía, respirando con dificultad.

—Si sigues bajando, Jen, no sé si podré controlarme.

Desconozco qué espíritu me poseyó, pero mis dedos descendieron por voluntad propia unos centímetros más, hasta el borde del taparrabos.

Xerx sacudió la cadera y el roce duro de su pene me hizo dar un respingo. Entonces, con un movimiento rápido, me tumbó de espaldas en la esterilla y se colocó encima de mí, entre mis muslos.

Mis pulmones se vaciaron de golpe y me quedé petrificada, incapaz de moverme. Su rostro se separó unos centímetros del mío y, por un instante, mientras me acariciaba el cabello, sus ojos destilaron ternura.

—No me tengas miedo, Jen, nunca —murmuró.

Quería decir que no le temía, pero las palabras se atascaron en mi garganta.

Al instante siguiente, el fuego abrasador se apoderó de su mirada llameante y se abalanzó de nuevo a besarme. Su lengua poseía mi boca, una y otra vez, a un ritmo enloquecedor. Cada vez que empujaba con las caderas, su abultada entrepierna se clavaba entre mis muslos, sin duda ansiosa por obtener de mí mucho más.

Yo le devolvía los besos, le acariciaba la lengua con la mía, y hasta le pasé las manos por la espalda, en una caricia que nos arrancó un jadeo a ambos.

Tras restregarse un par de veces contra mí y gemir más fuerte de lo que le había oído nunca, se detuvo. Apoyó su frente contra la mía mientras boqueaba para aspirar suficiente aire. Estaba

muy excitado y tembloroso, y yo no me encontraba mucho mejor que él.

—Si quieres que me detenga, es el momento de decírmelo. Porque si sigo adelante un poco más y me dejo llevar, me va a costar mucho parar. Lo haré, pero será… —Enmudeció de golpe.

—¿Una putada? —aventuré con timidez.

Él sonrió, y la tensión se aflojó un poco.

—Exactamente eso, sí.

Sin moverse de encima de mí ni un ápice, me acarició la mejilla con ternura.

—Me gusta mucho besarte y… todo lo demás —dije con un hilo de voz.

—Pero quieres parar.

Asentí.

Él rodó hacia un lado y se dejó caer de nuevo sobre la estera. Pero no me soltó. Me abrazó y me miró a los ojos.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Para nada, Jen —dijo con voz ronca, sin titubear. Y le creí, porque sus ojos no mentían. Expresaban exactamente lo mismo—. Es más, estoy muy contento.

—¿Y eso? —Alcé una ceja sin comprender.

Y la verdad, me moría por besarle de nuevo. Podría haberle besado durante toda la noche. Pero él necesitaba algo más que besos, y, si todavía no estaba preparada para dárselo, era mejor parar.

—Porque hoy hemos llegado más lejos que nunca.

Abrí mucho los ojos mientras las mejillas me ardían y le di un manotazo en el pectoral. Él soltó una carcajada gutural que me hizo pegar un bote y me abrazó más fuerte.

—Deberíamos dormir un poco, mañana nos espera una larga caminata hasta el templo.

—¿Tan lejos está? La primera vez que fuimos, llegamos antes, ¿no?

—Eso es por el rodeo que te comenté que daríamos. No podemos arriesgarnos a toparnos con los hermanos perdidos.

Lo cierto era que, con rodeo o sin él, nada nos garantizaba que no nos diéramos de bruces con ellos igualmente.

Me acomodó un poco mejor en el hueco de su brazo y me acurrucó contra su pecho. Yo le dejé hacer. Sabía que, por esta noche, no volvería al ataque. Tan solo quería dormirse pegado a mí, como habíamos hecho otras veces. A mí me apetecía lo mismo.

Así que me relajé y descansé el cuerpo junto al suyo, dejándome acunar por el murmullo hipnótico de su respiración, ahora ya más calmada, y envolver por su aroma delicioso a canela y a moras maduras con un toque picante. El mejor aroma del mundo.

Nos quedamos en silencio un rato, relajados y muy juntos.

—Oye, ¿por qué las lunas suelen tener ese resplandor verde? —solté sin más. Era algo a lo que a veces le daba vueltas en la cabeza.

Lo raro no es que yo le hiciera esa pregunta en ese momento, sino que a él no le extrañara lo más mínimo. Nos conocíamos bien ese barog y yo.

—Pues verás. Según me contaron una vez, cuando la luz del sol se refleja sobre determinadas partículas minerales, el efecto es…

Me quedé embelesada escuchándole mientras él compartía sus teorías conmigo. Aunque, como humana estudiante de ciencias, sabía que muchas de ellas eran absurdas, no le interrumpí. Me limité a escucharle con atención, empapándome de su espíritu curioso y de su inteligencia.

Puede que fuera un barog, un ser primitivo en un planeta salvaje; pero su inquietud por saber, por aprender cómo funcionaba su mundo y el universo entero, lo llevaba a hacerse muchas preguntas, a reflexionar, a esforzarse por averiguar cosas que estaban mucho más allá de su alcance… Ya habría tiempo de compartir con él todo cuanto yo sabía y de investigar juntos todo cuanto nos apeteciera.

Allí, en medio de la oscuridad de la cueva, con las lunas de plata brillando en el cielo, la hoguera ardiendo en la entrada y un león protegiéndonos, supe que amaba a ese barog mucho más allá de lo que jamás podría haber imaginado.

Por primera vez, tuve la convicción de que ahí, en ese planeta, entre sus brazos, era exactamente donde deseaba estar.

Y puede que todavía no estuviera preparada para ciertas cosas, pero cuando esa certeza se asentó en mi pecho, me sentí en paz.

Xerx acababa de convertirse en mi nuevo hogar.

18 LA ALDEA PEQUEÑA

La aldea junto al lago esmeralda, Nemea, hace unos treinta años
Penny

Penny salió de casa de Susi y enfiló el sendero hacia la suya. Todas las viviendas de la aldea pequeña estaban muy cerca las unas de las otras. Sin embargo, en lugar de dirigirse a casa, sus pasos se desviaron y la llevaron hasta el lago esmeralda.

Aún disponía de una hora antes de que Gushia regresara, y como había dejado la cena ya preparada, apenas necesitaría unos minutos para calentar el estofado de serpiente y servirlo en la mesa.

Así que se permitió sentarse un rato a orillas del lago. El tobillo le dolía bastante, y meterlo un rato en remojo en aquellas aguas milagrosas aliviaría la molestia. Ya había pasado más de una semana desde que su barog la había golpeado, pero todavía no se había reducido del todo la hinchazón.

Tras acomodarse sobre la hierba, se quitó las sandalias y las dejó a un lado, con cuidado de que no se mojaran. Se arremangó un poco más el bajo del vestido color ocre y metió los pies en el lago.

La sensación de frescor en la piel la reconfortó al instante. Poco a poco, el dolor fue remitiendo y la tensión aflojándose. El bochorno era considerable, pero ahí sentada, con la brisa que recorría la superficie del agua y le acariciaba el rostro, se sintió en paz. Entornó los párpados y se dejó llevar por la calma, apartando de su mente el infierno que era su vida.

Había sido un día tranquilo y agradable, rodeada de amigas. El grupo que formaban Susi, Sylvia, Elena y Marla le gustaba mucho, y se notaba que cada una de ellas era feliz con su barog.

Ciench, Sonah, Sulveh y Goria eran barogs amables que trataban a sus hoa uhanes con respeto. Cada uno a su manera, porque los cuatro eran muy distintos, se notaba que las amaban más que a nada en el mundo, del mismo modo que sus mujeres los amaban con ternura y fervor.

Penny se sentía muy distinta a ellas.

Aunque Gushia le declaraba continuamente su amor incondicional, sus actos no expresaban lo mismo. No comprendía cómo podía tratarla de ese modo si realmente la quería. No entraba en su cabeza. Por lo tanto, había llegado a la conclusión de que, en realidad, solo la veía como algo de su propiedad. La humana que le pertenecía y le debía lealtad y obediencia.

Así había sido desde que él la había reclamado en la cacería cuatrocientos años atrás. La suya, según decían, había sido una de las más terribles y cruentas.

Tatiana, por ejemplo, no había tenido que participar en la cacería de su tiempo, tantos siglos atrás que Penny ni siquiera sabía con exactitud cuán antigua era. Habían simulado su participación, pero Drashir, príncipe por entonces, se la había llevado de allí apenas había comenzado la carrera por la selva. La propia reina se lo había contado.

Y Susi, tampoco, porque había llegado por voluntad propia de la mano de Ciench hacía dos siglos, y Drashir, convertido ya en rey, había suavizado las normas, contraviniendo las órdenes de los ancianos. Después de lo brutal que había sido la cacería anterior —la de Penny y las pobres mujeres que habían cruzado el portal con ella — el rey decidió introducir algunos cambios.

Fuera como fuese, las cacerías marcaban a las descendientes para siempre.

Allí sentada, con los ojos ambarinos fijos en las aguas turquesas, Penny soñaba con conocer algún día a un barog tan noble como el de cualquiera de sus amigas, en quien pudiera confiar y con quien pudiera hablar en libertad. Ni siquiera necesitaba estar locamente enamorada de él, como Tatiana lo estaba de Drashir... o como, tal vez, lo estuvo también de Ux en otro tiempo.

No, no esperaba nada de eso.

De sobra sabía que el cuento de hadas en la selva no era para ella. Pero si, al menos, pudiera estar con alguien que la apreciara y no le hiciera daño... Estaba cansada de tener miedo y de soportar a un macho que, aunque valiente, leal a su rey y muy trabajador, la tenía aterrorizada.

Había momentos entre ellos, cuando él estaba de buen humor porque había cazado una gran pieza o porque el rey le había hecho un elogio en público, en que Penny se hacía ilusiones de que estaba cambiando. Podía ser atento y cariñoso, lo había vivido en sus propias carnes. Pero, la mayoría de las veces, no era así con ella.

Penny no tenía ni idea de por qué.

Ella se lo había dado todo desde el primer día. Se había entregado a él e intentaba complacerlo y ser una buena pareja de vida. Pero nada parecía ser suficiente.

Así que atesoraba los breves momentos en que estaba sola y disfrutaba de un poco de paz, así como las escasas ocasiones en las que se reunía con las otras mujeres. A Gushia no le gustaba que anduviera con ellas todo el tiempo. Decía que eran unas chismosas y le llenaban la cabeza de pájaros. Quería que ella se centrara en llevar la casa y, sobre todo, en él.

Pese a que Gushia era un barog atractivo, buen cazador y mejor guerrero, la vida junto a él era un infierno. Y lo peor era que nadie lo sabía, tan solo Tatiana.

Cuando al fin se puso en pie, las molestias en su tobillo habían desaparecido casi por completo. Se anudó las sandalias de nuevo y caminó despacio hacia su casa, disfrutando de la brisa, de los aromas de la selva, del murmullo de aves e insectos...

En cuanto se acercó a la puerta, supo que no debería haberse demorado.

Gushia estaba sentado en uno de los taburetes de madera frente a la sencilla mesa de comer.

—Has llegado pronto, te prepararé la cena enseguida. ¿Ha ido bien la cacería? —dijo esforzándose por sonreír, como tantas otras veces.

—¿Dónde estabas? —se limitó a preguntar él, con ese tono cavernoso y hosco que le revolvía las tripas.

—En el lago. Me he sentado un rato en la orilla.

—¿Todo el día?

Ella se retorció una mano con otra. Penny solía ser una persona calmada con todo el mundo, pero él la ponía tan nerviosa que su cerebro se colapsaba. Aun así, siempre se esforzaba por fingir que estaba tranquila; que todo estaba bien.

—He estado aquí, limpiando y cocinando, y después he pasado a ver a Susi y las demás.

Él torció el gesto.

—Ya sabes que no me gusta que malgastes el tiempo con ellas. Solo hablan de tonterías, Penny.

—Lo sé, lo sé. Pero Susi ha estado cosiendo unos vestidos nuevos y necesitaba nuestra ayuda.

Caminó hacia la cocina, tratando de pasar lo más lejos de él posible, pero el barog, todavía sentado, estiró la mano y la agarró del brazo. De un tirón, la atrajo hacia sí y la aprisionó entre sus piernas.

Ella se tragó un grito.

—No quiero que las veas tan a menudo. Es por tu bien, Penny.

Ella asintió.

—Lo siento, no pensé que te molestara. —Se esforzó por contener el temblor de su voz.

—Que yo pase el día fuera no significa que puedas largarte de casa. He estado cazando, no paseando con los amigos.

—Lo sé, Gushia, tienes razón.

Penny rezó para que la soltara. Rezó por que tuviera mucha hambre y comer fuera su prioridad.

—Cuando salgo de aquí, quiero estar tranquilo sabiendo que mi hoa uhane se encuentra a salvo en casa, y no merodeando de aquí para allá. Son tiempos difíciles, Penny, y no quiero que te suceda nada malo.

Lo único malo que le sucedía era tener que soportarlo a él. Por supuesto, eso no se lo dijo. Ni siquiera replicó. Se limitó a asentir. Él siempre actuaba de un modo sobreprotector y controlador con ella. Pero ¿quién la protegía de él?

Gushia le rodeó la cintura con sus enormes brazos y la miró a los ojos.

—Qué hermosa eres, Penny —dijo en un tono más suave, remetiéndole un mechón oscuro tras la oreja—. Qué afortunado soy de tenerte.

Le acarició el pómulo y luego sus dedos bajaron a la clavícula.

Alguien que no le conociera podría confundir todas esas palabras y atenciones con amor. Pero, por desgracia, Penny le conocía demasiado bien.

Gushia deslizó los dedos hacia su cuello y lo rodeó por completo. No apretó, solo los dejó allí como una amenaza velada. Ella se estremeció, pero se esforzó por mantener el miedo a raya. Si mostraba debilidad, sería peor.

Buscó desesperadamente la manera de retrasar lo inevitable. Así que obligó a una de sus manos a apoyarse sobre el pecho de su barog y a la otra a acariciarle la áspera mejilla. Los ojos color miel de Gushia, a juego con los de la propia Penny, brillaron de deseo.

Quizá sí que la amaba, como todos sus amigos creían. Sí, la quería de un modo retorcido y posesivo que le helaba la sangre. Y ella se había esforzado por quererle también, pero a veces se lo ponía demasiado difícil… Tanto, que ahora no sentía más que temor hacia él.

—Debes de estar cansado y hambriento. Deja que te sirva tu plato favorito. Lo he hecho con la salsa que a ti te gusta. Y puedes contarme cómo ha ido la cacería.

Él la estrechó un poco más entre sus brazos y dudó un instante. Por suerte, al fin la soltó. Penny sonrió, conteniendo el suspiro de alivio que pujaba por salir de sus labios.

Mientras ella encendía el fuego bajo la cazuela, Gushia empezó a hablar. Siempre que le contaba las cacerías o cualquier otra hazaña, se le iluminaba la mirada y parecía alguien completamente distinto. Penny, sin embargo, ya no se dejaba engañar.

Le escuchó atentamente mientras servía un plato de estofado para cada uno, el de él a rebosar, acompañado de panecillos y tortas

de harina. Le llenó el vaso de su licor favorito, mientras que ella se sirvió solo zumo.

Cuando se sentó frente a él para comer, lo hizo mayormente en silencio, haciendo tan solo alguna pregunta de vez en cuando para mostrar interés, sin parecer una cotilla. La discreción solía ser su mejor arma.

Cuando el vaso de su barog estuvo vacío, se lo volvió a rellenar de licor. Dos era el tope. Uno más sería arriesgado para ella. Lamentablemente, lo sabía bien.

Al acabar, retiró los platos y sirvió el postre: un queso tierno que ella misma cuajaba, rociado de miel de abejas azules. Penny prefería la de abejas rojas, pero Gushia decía que era demasiado dulce. Así que Marla les guardaba un tarro para ellos una vez al mes.

—Y bien, Penny, ¿hay algo que quieras contarme? —dijo él de repente, mientras daba buena cuenta del postre.

—Yo... no lo creo. —Se devanó los sesos, a punto de entrar en pánico, pero no se le ocurría a qué podía referirse.

—¿Nada que yo deba saber? Porque hoy Drashir me ha llevado aparte y me ha hecho una petición.

Penny rezó a todos los dioses por que a Tatiana no se le hubiera ocurrido quejarse a Drashir del trato que le daba Gushia. Rebuscó en su mente con desesperación, hasta que recordó la conversación con la reina.

—¿Te refieres a lo de mudarnos a la aldea grande?

—¡Ah, veo que ya lo recuerdas! —dijo él con sarcasmo.

A ella se le erizó la nuca.

—Tatiana me lo comentó hace unos días como una posibilidad, pero no creí que realmente fueran a pedírnoslo.

Gushia la miró con desconfianza mientras apretaba la mandíbula. Tras unos segundos, volvió a relajarse.

—El rey me ha dicho que Tatiana se siente sola y quiere tener cerca a su mejor amiga, o sea, a ti. Dice que no se encuentra muy bien estos días, ha sufrido mareos, y quiere tu consejo sin tener que desplazarse al lago esmeralda cada dos por tres o hacerte llamar.

—¿Y a ti te parece bien? —preguntó con cautela. Nunca sabía qué detonaría la furia de Gushia.

—Desde luego, prefiero que sirvas a la reina a que pierdas el tiempo con las otras mujeres. Y estar cerca de los reyes siempre es un honor. Drashir me ha dicho que así podré asistir más a menudo a sus reuniones.

Penny tragó saliva.

Odiaba que Drashir le apreciara. Sin embargo, apostaba a que, si algún día Tatiana le contaba a su barog cómo eran las cosas entre Gushia y ella, el rey tomaría serias medidas. Drashir era uno de los mejores y no toleraba esos comportamientos.

Pero tampoco podría hacer nada por apartar a Gushia de ella.

Una pareja vinculada era sagrada y nadie, ni siquiera el rey, podía romperla. No importaba que ella creyera que Gushia no era su hoa uhane y que ahí se había producido un tremendo error. Drashir podría hablar con él o incluso castigarlo, pero no podría protegerla de él siempre.

Por eso era mejor callarse y no decir nada. Ya le había contado a Tatiana demasiado. No volvería a repetirse.

—Nos trasladaremos pronto —continuó Gushia—. Mañana mismo empezaremos la construcción de nuestra nueva casa. ¡Estoy muy ilusionado con esto, Penny! —dijo sonriendo, con la mirada resplandeciente. Y esa sonrisa le dio a Penny un atisbo de lo que su barog podría haber sido para ella.

Pero no era más que un espejismo.

Asintió, agradeciendo en silencio que no la hubiese pagado con ella. Al menos, él se lo había tomado bien y creía que sería una ventaja estar cerca de los reyes.

En cuanto al hecho en sí de mudarse a la aldea grande…

Tatiana era su mejor amiga y le gustaba estar con ella. Confiaban la una en la otra y se apoyaban. Siempre había sido así desde que Penny había llegado a Nemea, siglos atrás. Por entonces, la reina ya llevaba mucho tiempo allí.

Sin embargo, echaría de menos el lago esmeralda, que tanto consuelo y calma le proporcionaba, y a sus otras amigas. Pero nada podía hacer al respecto. Tatiana quería tenerla cerca y asegurarse de que estaba bien. Por suerte, Marla también vivía en la aldea grande.

Podría pasarse más a menudo a verla por su puesto de comida en la plaza.

Gushia siguió hablando de la amistad entre el rey y él, de lo beneficioso que sería para ellos trasladarse a la nueva casa... Penny apenas le escuchaba. Se limitó a recoger la mesa y dejarlo todo limpio y ordenado.

Había colocado la última cosa en su sitio cuando sintió a Gushia detrás de ella, demasiado pegado a su cuerpo.

—Vayamos al dormitorio, Penny —dijo con voz ronca, abrazándola desde atrás y posando las manos sobre su estómago.

Cuando se inclinó y le besó el hombro, ella apenas pudo disimular el temblor.

Él la cogió de la mano y tiró de ella hacia la cortina de bambú que separaba la sala de estar de la habitación que compartían.

El barog tenía la mirada nublada y su excitación era evidente.

En cuanto cruzaron, Penny inspiró hondo y se preparó para soportar lo que vendría a continuación.

Y aunque de sobra sabía que sería inútil, rezó en silencio a los dioses del manantial para que la sacaran de ese infierno algún día.

A veces, los dioses escuchaban las plegarias. Debería haber tenido cuidado con lo que les pedía.

19 LOS APLASTAREMOS

Los pantanos, Nemea, en la actualidad
Ux

El murmullo constante en el asentamiento de los pantanos daba fe de que todo el mundo se estaba preparando para partir. Las pisadas retumbaban por todas partes mientras barogs e inferiores empaquetaban sus pertenencias indispensables, y las *aninfs* los observaban con sus ojos brillantes y sus rostros inexpresivos.

Algunas de ellas los acompañarían para satisfacer sus necesidades durante el viaje y para intermediar cuando llegaran a las madrigueras. Solo unas pocas se quedarían vigilando el lugar, aunque los hermanos perdidos confiaban en no tener que regresar allí nunca. Si ganaban, y por supuesto lo harían, la aldea sería suya, y ya no tendrían que vivir exiliados en los recónditos pantanos, que habían sido su cobijo durante tanto tiempo.

—¿Estás seguro de esto, Ux? —preguntó Lorish, metiendo en su morral una cantimplora extra, rellena de ese licor fuerte y espeso que tanto le gustaba y que apestaba a alcohol.

Uxuer, el líder de los hermanos perdidos, se enfundó el gran machete a la espalda y examinó los cuchillos que tenía sobre la mesa. Escogió uno ancho de filo de sierra, su favorito, y otro más pequeño que acababa de afilar personalmente.

—¿De qué tienes miedo, Lorish? —dijo echándose el zurrón al hombro y saliendo de su tienda. Su segundo al mando lo siguió.

—No es miedo, jefe, solo… prudencia.

—Pues hueles a miedo —le recriminó con dureza.

Lorish negó mientras atravesaban juntos el asentamiento hacia el otro extremo, el punto de partida de ese viaje sin retorno. Porque aquello a lo que se dirigían no iba a ser un enfrentamiento

más. Iba a ser la guerra definitiva, la que colocaría a Ux en el trono de Nemea y determinaría su dominio absoluto sobre toda su especie, o la que acabaría con ellos para siempre.

No había otra opción. Solo la gloria… o la muerte.

—Estamos hablando del templo sagrado, Ux.

—¿Y? ¿Acaso te crees que vamos a enfrentarnos a los dioses mismos? —dijo con media sonrisa—. Ni siquiera yo soy tan osado.

—Los ancianos y los guardianes del templo no son ninguna broma, lo sabes tan bien como yo.

—No vamos a luchar contra ellos, Lorish. ¿Acaso no has entendido el plan?

—¡Por supuesto que sí! Pero si algo sale mal, nos veremos en serios problemas.

—Entraremos por la puerta trasera y, como mucho, nos cargaremos a un par de guardianes.

—Eso si encontramos ese acceso.

Ux le lanzó una mirada llena de hastío.

—¿No confías en mí, Lorish?

—¡Claro que sí, jefe! Pero esa información te la dio un barog de dudosa reputación hace muchísimo tiempo. Y aunque hubiese sido cierta, han pasado siglos, Ux. Puede que los ancianos ordenaran tapiar esa entrada.

—Es posible, pero seguiremos adelante con el plan. Y ya puedes rezar a los dioses para que ese cabrón no me mintiera y nadie se hubiese enterado de que compartió esa información conmigo.

—Servía a los ancianos y los traicionó. ¡Se lo cargaron, jefe!

—Les servía y los odiaba. Estaba deseando que alguien les diera su merecido, por eso me habló del acceso secreto.

—Tienes razón. Pero si ya no existe…

Ux gruñó.

—Si ya no existe, nos las apañaremos, Lorish. Los guardianes son apenas cuatro decenas, nosotros cientos. Si algo se tuerce, los aplastaremos.

Lorish arrugó el morro.

—Puede, pero nuestras fuerzas quedarían muy mermadas, y eso reduciría nuestras posibilidades de éxito contra Cyrus y los suyos.

Ux se detuvo y se giró en redondo a mirarlo. Si Lorish no hubiera reaccionado rápido, se habría estampado con su líder.

—La primera vez nos vencieron porque los guardianes llegaron como refuerzos a la aldea. No podemos permitir que vuelva a ocurrir.

—Lo sé, Ux, aun así…

—El único modo de evitar que los guardianes del templo se unan a los barogs del rey y nos destrocen entre todos es que estén entretenidos con otra amenaza. Su principal cometido es proteger a los ancianos a toda costa, ¿verdad? Y harán lo que sea necesario para mantenerlos a salvo.

—¿Y crees que picarán el anzuelo?

La mirada de Ux se ensombreció y el ónice ganó terreno al azul.

—Nosotros lo hicimos, ¿no? —dijo con la voz gutural cargada de rabia.

—Eso fue distinto.

Ux apretó tanto la mandíbula que los dientes le rechinaron.

—Si Callie, una humana indefensa, logró crear la trampa perfecta, ¿crees que nosotros no podremos hacerlo? ¿Crees que esa descendiente es más inteligente que yo?

Lorish dio un respingo. Aquella era una pregunta peligrosa. Por experiencia sabía que el humor del líder podía virar en cuestión de segundos. Y si lo hacía, por nada del mundo querría estar cerca de él en ese momento. Eran buenos amigos desde hacía muchísimo tiempo y lo seguiría al fin del mundo, pero Ux era imprevisible y su crueldad no conocía límites.

—Por supuesto que no. Solo digo que no sabemos si ella atrajo a los pulpos o si solo fue una coincidencia. Quizá simplemente aprovecharon el alboroto para escapar mientras nosotros estábamos lidiando con esas bestias.

Algunos de los otros hermanos perdidos se habían detenido a su alrededor y los observaban con atención.

—Claro que lo aprovecharon, pero no fue una mera coincidencia. Deberías haberte fijado mejor en todos los detalles. Había marcas de dientes de *llitop* en los barrotes serrados de su celda.

Lorish abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y desde cuándo los *llitops* colaboran con las humanas, Ux? ¿Cuándo han colaborado con nosotros?

—Nunca hasta ahora, Lorish. Y eso me da mucho que pensar.

—No te sigo, jefe —dijo confuso, rascándose la barbilla, cubierta por la pelusilla de varios días.

—Pues que esa humana no es una descendiente corriente. Esa marca de la profecía la hace muy especial, y voy a averiguar todo lo que pueda sobre ella.

—Antes tendrás que ganar una guerra, Ux.

—Ganaré esa guerra, mataré a su barog y me vincularé a Callie, aunque sea por la fuerza. Se acabaron las contemplaciones. Entonces, tendré todo el tiempo del mundo para investigar acerca de la profecía. Puede que hasta le pregunte a los ancianos, si es que hemos dejado alguno con vida.

Sonrió de ese modo que hacía que incluso a Lorish se le helara la sangre.

—Su barog no es uno cualquiera, es el príncipe Daryos. Y por lo que sabemos, es uno de los grandes guerreros del rey. No será fácil acabar con él.

El ónice brilló en los ojos de Ux.

—No, no será fácil, pero será divertido. —Sus labios se curvaron de nuevo en una sonrisa siniestra—. Y no olvides que ya maté a su padre. Dudo mucho que Daryos sea mejor que Drashir.

—¿Y el rey Cyrus?

—También me lo cargaré. Los aplastaré a todos.

—Bueno, jefe, dejarás algunos para nosotros, ¿no? —bromeó Lorish para aligerar el ambiente.

Tanta tensión lo estaba poniendo nervioso. Él era un tipo valiente y sencillo. Le gustaba que Ux diera las órdenes y acatarlas de manera excepcional. Pero lidiar con la astucia y la oscuridad retorcida del jefe, a veces lo agotaba. Lorish era un barog de acción,

no de palabras. Aunque, con el tiempo, algo había aprendido de su líder y amigo.

Algunos de los hermanos perdidos que los rodeaban se rieron. Ux paseó la mirada por los rostros de cada uno de ellos hasta que llegó de nuevo al de su segundo al mando.

—Habrá para todos, amigo mío. Te lo aseguro. Y después de eso, disfrutaremos a nuestro antojo de las comodidades y la abundancia de la aldea…, y de sus humanas descendientes. Nos daremos un buen festín con ellas y las repartiremos entre todos los barogs perdidos. Es lo menos que nos merecemos, ¿verdad, mis fieles soldados? —dijo alzando el brazo, con el puño cerrado en alto.

—¡Sí, jefe!

—¡Venceremos!

—¡Los masacraremos!

—¡Las mujeres serán nuestras!

Corearon muchos de los presentes.

—Te seguiremos al fin del mundo, Ux, ya lo sabes.

El líder se quedó pensativo un instante. Su mente evocó la imagen de Callie, haciendo bullir el deseo atroz y el odio en sus venas. Quería capturarla de nuevo, poseerla, someterla y romperla en mil pedazos. Y después, cuando no quedara ni una gota de rebeldía en ella, cuando hubiera aprendido a obedecerle y respetarle, la sentaría a su lado en el trono y gobernaría sobre su especie con la descendiente de la profecía de su parte. Ni siquiera los sibilinos ancianos podrían objetar nada al respecto.

Sin embargo, otra descendiente irrumpió de pronto en sus pensamientos. Una en la que rara vez se permitía pensar porque le provocaba una sensación de vulnerabilidad que lo desconcertaba. Una sensación de que, junto a ella, las cosas podrían, tal vez, ser distintas; que *él* podría ser distinto. Una presión en medio del pecho que ni Tatiana, con todo lo que la había amado, ni Callie habían provocado en él.

Deseaba a Callie de un modo oscuro y enfermizo que despertaba su lado más salvaje. A esa otra mujer, en cambio, la deseaba de un modo muy distinto.

Sacudió la cabeza para apartar los recuerdos y se concentró de nuevo en la tarea que tenían por delante.

—Pero antes de que estalle la guerra y de que nos convirtamos en los amos de la aldea, tenemos que ir al templo —dijo.

—No fallaremos, jefe.

—Por supuesto que no. Es la trampa perfecta. Igual que lo fue la de Callie y los pulpos. —Hizo una pausa y, tras esbozar una sonrisa malévola, añadió—: Primero, alejaremos a los guardianes el tiempo suficiente para capturar a los ancianos y llevárnoslos. El resto será pan comido.

Ux dio la orden y Lorish puso a sus hordas de barogs, inferiores y *aninfs* en movimiento.

Rumbo al templo.



20 VENENOSAS
JENNY

Tras desayunar uno de esos dátiles inmensos acompañado de un panecillo y agua de coco, Xerx, Itzaar y yo nos pusimos de nuevo en marcha. Lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior nos había dejado a ambos flotando en una nube. Nos mirábamos de reojo y soltábamos estúpidas risillas, o lo pillaba observándome con la boca un poco abierta…

Nosotros no solíamos comportarnos así, pero, al parecer, estar enamorados nos hacía actuar de ese modo tan… Ni siquiera sabía cómo definirlo.

Aun así, los incontables peligros del camino y la posibilidad de toparnos con los hermanos perdidos no nos dejaban mucho tiempo para suspiros y miraditas encendidas, así que pronto nos concentramos de nuevo en el largo trayecto que todavía teníamos por delante. Era un sendero desconocido, incluso para Xerx, y debíamos estar atentos a todo lo que nos rodeaba.

Sin embargo, la tensión y el deseo entre nosotros no se disipó lo más mínimo. Los besos y caricias que nos habíamos regalado el uno al otro en la cueva habían dado el pistoletazo de salida a nuestra relación y ya no había vuelta atrás. Y aunque seguía teniendo un poco de miedo, mis dudas se habían evaporado. Porque sabía que vincularme con Xerx no supondría anularme a mí misma. Él no lo permitiría. Podríamos ser nosotros mismos y perseguir nuestros sueños sin renunciar a nada. Solo que, a partir de ahora, lo haríamos juntos.

El sendero se estrechó y se hizo más agreste. Poco a poco, la vegetación adquirió tonos más variados y luminosos, y empezaron a

aparecer arbustos cargados de flores de colores que ni quiera sabía que existían.

—Esto es… —dije abriendo los ojos de par en par.

Los aromas que acompañaban a ese despliegue de tonalidades vibrantes eran intensos y envolventes, como si de pronto nos encontráramos en un jardín de flores exóticas. En realidad, era eso mismo.

—… impresionante —terminó él. Parecía tan fascinado como yo.

—Nunca habías pisado este lugar, ¿verdad?

Xerx negó con la cabeza.

—Jamás.

—¿Por qué? Creía que vosotros conocíais todos los rincones de la selva, menos los pantanos y ese paraje lejano y virgen que me comentaste el otro día.

—Esta zona no tiene grandes mamíferos que cazar ni es un camino que lleve a nuestros lugares habituales.

Estaba un poco confundida.

—Pero sí que conduce al templo, ¿verdad?

—Sí, es una ruta alternativa para llegar al templo desde un desfiladero entre las montañas, en lugar del barranco junto al río. Es más lento y… peligroso.

—¿Más peligroso que ese caminito pegado a la montaña con el precipicio al lado? ¿El precipicio por el que se cayó Callie? —pregunté sorprendida.

El sitio era precioso y parecía bastante más inofensivo que cualquier otro de los que habíamos transitado hasta ahora. Entonces, ¿por qué?

—Aquí los peligros son más pequeños y sutiles. No están a simple vista, pero si los conoces y eres prudente, es una buena alternativa para llegar al templo y mucho más discreta. Justamente lo que nosotros necesitamos.

—¿Y estás seguro de que los hermanos perdidos no cogerán esta ruta?

—Dudo mucho que la conozcan. Pero, si así fuera, Ux no puede demorarse pasando por aquí. Tiene tramos muy estrechos por

los que deberían cruzar de uno en uno, y eso les dificultaría el avance. Además, el trayecto es mucho más largo.

—Tramos que, por supuesto, nosotros sí que vamos a recorrer.

Esbozó una sonrisa de disculpa que me dijo todo cuanto necesitaba saber: aquello no iba a ser un camino de rosas.

—No te preocupes, Jen. Lo haremos juntos. Para nosotros, será más fácil.

Itzaar rugió a nuestras espaldas como si quisiera recordarnos que estaba ahí y que para él no sería tan sencillo atravesar un desfiladero estrecho.

—Lo lograremos, amigo mío. Si Xarix y su león pasaron por aquí, nosotros también lo conseguiremos.

—¿Tu padre tomó esta ruta?

—Sí, fue él quien nos habló de ella a Xioh y a mí. Él y el rey Drashir tuvieron que acudir al templo un par de veces con carácter de urgencia y sin que nadie los detectara, así que vinieron por aquí. Ya te comenté que esta es una ruta secreta que muy pocos conocen y que casi nunca se usa.

Me habló un poco más de ello mientras yo caminaba y miraba embelesada las flores gigantescas que llenaban los arbustos a ambos lados. Unas palmeras altas como edificios nos daban algo de alivio, proyectando sobre nosotros las sombras de sus enormes hojas.

—¿Por qué aquí no hay grandes mamíferos? —pregunté, de pronto intrigada por ese punto en particular. A fin de cuentas, nosotros tres también lo éramos, ¿no?

Le eché un vistazo a Itzaar, que parecía inquieto. Giraba la cabeza a derecha e izquierda, y avanzaba manteniéndose en el centro exacto del sendero, sin rozar los arbustos. Algo lo ponía nervioso.

—Es difícil sobrevivir aquí dentro una larga temporada.

—¿Y eso por qué? Hasta ahora, no he visto ninguna amenaza.

El rostro de Xerx se ensombreció.

—Mira bien hacia los arbustos. Fíjate en las flores, pero no te acerques a ellas demasiado.

Clavé la vista en uno de los más frondosos. Sus flores eran púrpuras y muy hermosas. Me aproximé un par de pasos, pero mantuve las distancias, tal como me había dicho Xerx.

Había algo moviéndose sobre los pétalos. Algo muy pequeño, del mismo color púrpura, pero moteado de negro. Parecían…

—¿Ranas?

Xerx asintió.

—Son minúsculas y muy venenosas. Un solo roce de su lengua, y estamos muertos.

Retrocedí de un salto.

—¿Y por qué demonios hemos venido por aquí?

Había decenas de ellas, tal vez cientos. Recubrían los pétalos de cada una de las flores como un enjambre brillante.

—Ahora mira en el otro arbusto, el de las flores amarillas —dijo sin contestar a mi pregunta.

El miedo se me estaba apelotonando en el estómago. Una gota de sudor resbaló por mi sien. ¿Hacía más calor? El bochorno se había vuelto insoportable en esa parte de la selva.

Me acerqué solo un paso hacia las que me señalaba Xerx y vi exactamente lo mismo, solo que ahora las ranitas, al igual que esas flores, eran de color amarillo chillón, aunque tenían las mismas motas negras diminutas.

—¿Son… camaleónicas?

—Exacto. Todas las *nasra* enanas pertenecen a la misma especie, solo que tienen la habilidad de adaptar su color al entorno para camuflarse y protegerse de los depredadores.

Miré alrededor sin comprender.

—¿Qué depredadores? Según has dicho, aquí no hay rinos ni ningún otro mamífero. Tampoco escucho el canto de los pájaros y no he visto ninguno en lo que llevamos de trayecto aquí dentro.

Xerx me lanzó una mirada enigmática que me inquietó aún más.

—Mira hacia arriba, por encima de las copas de los árboles.

Alcé los ojos lentamente, temerosa de lo que iba a encontrarme.

Más allá de las frondas, sobrevolando el dosel de la selva por encima de nuestras cabezas, unos pájaros inmensos batían las alas con vigor. Sus plumas eran una combinación de pardos y ocres, y sus picos curvos, incluso desde ahí abajo, parecían enormes y afilados. Sus cuerpos eran inmensos y fuertes, por lo que las alas que los sostenían eran gigantescas. No tenía ni idea de lo que medirían esas bestias, pero no cabía duda de que eran enormes. Me estremecí.

—¿Qué demonios es eso?

—*Manu nui*, águilas gigantes de los picos rocosos.

—No veo esos picos por ninguna parte —dije, tratando de controlar el temblor de mi voz.

—Están detrás de toda esa maraña de helechos y palmeras —explicó señalando hacia delante, justo en la dirección en la que avanzábamos—. Habitan en las cimas, pero cazan en esta zona.

—Maravilloso, eso me deja mucho más tranquila.

—Solo comen *nasra* y algunos otros pequeños anfibios, roedores e insectos de por aquí; no nos atacarán.

—¿Y el veneno no les afecta?

—Tienen unas glándulas internas en el cuello que segregan el antídoto cuando las engullen.

—Ya veo… Y esas águilas mutantes o lo que sean, ¿están cerca del desfiladero que vamos a atravesar?

Se quedó un momento en silencio, observándome fijamente, como si calibrara a conciencia sus siguientes palabras.

—Sus nidos están muy por encima, en los picos más elevados. Ahí es donde hay más concentración de ellas, aunque también las hay en otros lugares de la selva en zonas más accesibles, pero rodeadas de zarzas. En estas es donde mi padre conseguía el antídoto.

Se descolgó el morral del hombro, se acercó a mí y lo abrió. Su mano rebuscó entre sus pertenencias y extrajo cuatro botes muy pequeños y estrechos de madera, sellados con cera de abeja.

—¿Eso es…?

—El antídoto contra el veneno de las *nasra*. Mi padre nos enseñó dónde conseguirlo y cómo almacenarlo para que no perdiera

eficacia. Xioh lo extrajo de las glándulas de una *Manu nui* moribunda hace años y fabricó varios de estos por si algún día los necesitábamos —dijo elevando una de las botellitas ante mis atónitos ojos.

Sentí un alivio inmediato.

—Ahora mismo adoro a tu hermano.

—Xioh es un sanador muy previsor. Tiene antídotos para casi todos los venenos mortales de esta selva, aunque rara vez los necesitemos. Los barogs somos inmunes a la mayoría de ellos, si bien a muchos otros, no. Pero vosotras, las descendientes, morirías con casi todos.

—O sea, que si toco una de esas ranitas…

—*Nasra.*

—Lo que sea. Una de esas *nasra* por accidente, eso me salvará.

—Te sentirás mal durante unas horas mientras el antídoto lucha contra el veneno, pero vivirás.

—Preferiría no llegar a tener que tomármelo.

—Por eso vamos a ser superprudentes y no nos acercaremos a ellas.

—¿Y si una de esas cosas me salta encima?

—Solo atacan si están muy asustadas. Por lo general, el veneno no es más que un mecanismo de defensa. Pero si algo ocurriera, tenemos una dosis de antídoto para cada uno para la ida y para la vuelta.

—Me has dejado mucho más tranquila. En cualquier caso, ya podrías haberme advertido de todo esto antes de salir de la aldea, ¿no crees?

—Si te lo hubiera contado, ¿te habrías quedado en la aldea?

—No. Te habría acompañado igualmente.

—Eso creía yo.

—Aun así…

—Sabía que me seguirías de todos modos, te dijera lo que te dijese. Tu determinación era férrea, así que preferí no preocuparte.

—Pero podría haberme preparado mejor para esto.

Alzó una ceja.

—¿Para las *nasra* venenosas y las *Manu nui* asesinas? —dijo con media sonrisa.

Palidecí.

—¿Las águilas son asesinas?

—Solo si alguien toca sus nidos… o a sus polluelos.

Cerró el zurrón y reemprendió la marcha. Itzaar y yo le seguimos. El león parecía aburrido de nuestra cháchara.

—Entonces, estamos a salvo, ¿no? Porque no tenemos ninguna intención de acercarnos a sus nidos, sus huevos o sus polluelos, ¿verdad?

Xerx soltó una sonora carcajada y siguió caminando. Sacó uno de sus mapas e hizo algunas anotaciones y trazos.

—Tú por si acaso mira bien lo que tocas y por dónde pisas.

—Ese consejo no me tranquiliza lo más mínimo.

Se rio de nuevo, y a mí me entraron ganas de patearle el culo… o comérmelo a besos.

Me estaba volviendo loca, ya no había duda.

Seguimos avanzando a través de las hermosas flores, la vegetación espesa y vibrante, y las ranas letales.

Hasta que, al fin, la selva regresó a su tonalidad de verde habitual, las enormes flores coloridas desaparecieron de nuestra vista y empezamos a acercarnos al desfiladero.

21 UNA TRAMPA PERFECTA

Cerca del templo, Nemea, en la actualidad
Ux

Lorish se agazapó tras unos arbustos tupidos al lado de su jefe. Habían encontrado el sendero que conducía al templo desde el otro lado de la montaña, un acceso trasero oculto del que muy pocos sabían. Se lo confiaban los ancianos a cada príncipe heredero al trono de Nemea, y todos los guardianes del templo lo conocían. Y uno de ellos, harto de los abusos y las mentiras de los ancianos, se lo había revelado a Ux en un momento de debilidad.

Un traidor al templo.

Uxuer podría haber usado antes ese conocimiento, pero, si lo hubiese hecho, ahora no tendría ese as en la manga que podría decidir el destino de la batalla.

El acceso desde ese lado era incluso más peligroso que el camino del acantilado y el río. Desde los pantanos, se llegaba atravesando una de las zonas más letales de la selva, con fosos naturales traicioneros, excavados en el suelo, rocas afiladas bajo el manto de la vegetación, serpientes letales y otras muchas amenazas. Pero sus barogs eran fuertes y lo habían superado, saldándose tan solo con algunos heridos.

Desde la aldea, en cambio, había que adentrarse en el desfiladero, cruzar las montañas y atravesar otro tramo de selva antes de llegar a ese sendero escondido entre rocas.

En esos momentos, los inferiores, liderados por dos de sus barogs perdidos de pura sangre, ya debían de estar preparados para iniciar el plan. Era arriesgado, y, a buen seguro, morirían algunos a manos de los guardianes. Pero era el único modo de alejar a la mayoría de estos del templo para tener vía libre hacia el interior.

Los inferiores tenían orden de disparar, incendiar y correr veloces hacia el corazón de la selva. Una vez Ux, Lorish y los otros diez que los acompañaban hubieran logrado su cometido, se reencontrarían ambos grupos con el grueso de sus hordas, y juntos marcharían hacia la próxima parada antes de dirigirse a la aldea.

Ahí, escondido tras los arbustos, Ux pensó en lo mucho que le habría gustado perseguir a Callie y las demás por los pantanos y darles caza como merecían. Pero, en cuanto supo que los barogs de la aldea andaban cerca, se refrenó. Un enfrentamiento apresurado podría precipitar las cosas, y no necesariamente en su favor. Por mucho que ansiara tomar a esa humana valiente y deslenguada, debía ser paciente.

Ya habría tiempo.

Sin embargo, no fue la mirada color avellana de Callie la que de pronto apareció en su mente.

Unos ojos ambarinos almendrados se colaron sin su permiso. Un delicado rostro enmarcado por una melena de ondas oscuras. Aunque no quisiera reconocerlo, daría cualquier cosa por volver a verla, y ese sentimiento lo debilitaba, lo hacía vulnerable. La apartó de sus pensamientos y se concentró.

Sí, debía ser paciente.

Reflexionó de nuevo sobre lo ocurrido, apenas unos días atrás. Cierto que los pantanos eran su territorio y que, allí, los barogs de Cyrus estaban en desventaja, pero no tenía ni idea de cuántos se habían movilizado, ni de si los guardianes los acompañaban. Además, los pulpos gigantes los habían agotado y malherido. Así pues, seguir a las descendientes en una cacería a la desesperada habría sido como tirar una moneda al aire, que podría haberlos conducido al más absoluto desastre.

Y Ux no era un tipo impulsivo.

Pese a que era un guerrero hábil e implacable, uno de los mejores de Nemea, esa no era, ni de lejos, su virtud más destacada. Su astucia era lo que lo había mantenido con vida durante todo ese tiempo, lo que le había llevado a las puertas de la victoria en la primera Gran Guerra… y lo que le haría cruzar esas puertas ahora.

Le había dado muchas vueltas a cuáles serían los aspectos decisivos para alzarse vencedor en el enfrentamiento inminente. Y siempre llegaba a la misma conclusión: necesitaba una ventaja considerable y sacar a los guardianes del templo de la ecuación. Y eso era, precisamente, lo que estaba a punto de llevar a cabo.

Lo tenía todo planeado al milímetro.

—Ya casi es la hora, Ux —dijo Lorish a su lado.

Los ojos de su segundo al mando brillaban de excitación por la misión inminente, pero también con algo de temor. Por mucho que lo negara, Lorish era un devoto de los dioses. Y, aunque odiaba a los ancianos, también le aterrorizaba su poder. Un poder cuyo alcance nadie conocía de verdad.

Según las habladurías, Ooris y los otros tres llevaban milenios sin transformarse en barog. Ux no se creía ni por un momento esa patraña de que en el templo se debía entrar sin armas y, por lo tanto, sin garras ni colmillos. Ahí ocurría algo muy turbio, y, después de hoy, estaba seguro de que acabaría descifrándolo.

Por supuesto, ellos entrarían en su forma barog y atacarían con todo lo que tenían. Si los dioses los habían dotado con ese aspecto, sería por algo, ¿no? Y estaba por ver si los ancianos, en cuanto se dieran cuenta de la amenaza, se transformarían o no en su forma primigenia.

Sin duda, su plan serviría para comprobarlo.

—Preparaos. En cuanto los inferiores lancen la señal, recorreremos el sendero y entraremos. No hay margen de error.

—Lo sabemos, Ux. No fallaremos.

—Desde que todo empiece, apenas dispondremos de unos minutos. Los guardianes no son estúpidos y pronto se darán cuenta de lo que ocurre. Debemos estar de vuelta en la selva antes de que ellos regresen al templo.

—¿Y si se queda alguno en el interior?

—Los guardianes no suelen adentrarse más allá de la antesala, salvo que haya visita. Así pues, la sala de los tronos y el resto de las dependencias de los ancianos deberían estar ocupadas solo por estos. Pero si nos topamos con alguno, dejádmelo a mí.

—Así lo haremos, jefe. —Miró a los otros diez barogs perdidos que los acompañaban y apretó la mandíbula—. Adoptar posiciones.

Todos asintieron con un gruñido.

—Recordad que el más peligroso es Sulveh. Ese barog era uno de los guerreros mejor entrenados de Drashir antes de unirse al templo. Recemos para que él pique el anzuelo y no entre hasta que nos hayamos marchado.

—Matamos a su hermano en la guerra, ¿verdad, Ux? —preguntó Lorish para caldear el ambiente.

—Sonah, sí. El barog de nuestra Sylvia —dijo el líder con media sonrisa. Al recordar que la humana había huido con el bebé barog, un niño que tal vez fuese hijo suyo, su humor se ensombreció de golpe—.Y también a su pareja de vida, la hermosa Elena. Fue una lástima. Me habría gustado probarla, pero murió defendiendo a su cuñada.

La muerte de cualquier mujer descendiente era una desgracia. Como Elena y… Tatiana. Él no deseaba que murieran, ninguna de las dos. Se habría quedado a Tatiana para siempre a su lado. Incluso, con el tiempo, tal vez le habría devuelto el estatus de reina y la habría sentado en el trono correspondiente junto a él.

Ahora ya era tarde para eso. Si ella no se hubiera interpuesto entre ese machete y Drashir… Si ese hermano perdido hubiera cumplido sus órdenes…

Pero nada más entrar en el palacio, aquello se convirtió en un caos. Y ahora, todos creían que él había matado a la reina. Él tampoco lo desmintió. ¿Para qué? ¿Qué diferencia supondría?

Había asesinado a Drashir, a su heredero Ceeris y a todos sus hijos mayores, y desfigurado los cadáveres, incluido el de su amada Tatiana. Tan solo se salvaron los dos hijos menores, Cyrus y Daryos, que muy pronto se reunirían con su familia.

Él no era un asesino de mujeres. Y aunque nadie más lo supiese, pues mató al barog que lo hizo y a los otros dos que estaban presentes, en su corazón habitaba la verdad.

Aun así, no podía engañarse: puede que no hubiese empuñado el machete que segó la vida de su amada Tatiana, pero él provocó la guerra. Y él la había traído a Nemea.

Siempre cargaría con su muerte.

Una flecha solitaria con la punta en llamas surcó los cielos por encima del templo y sobrevoló sus cabezas.

—¡Ahora! —ordenó Ux.

Los doce barogs, con Ux al frente seguido de Lorish, se adentraron en el sendero, entre rocas llenas de musgo, que en pocos metros se convirtió en un túnel.

Siguieron avanzando en la casi completa oscuridad por aquel túnel que entraba por debajo de la montaña, directo hacia el templo. Jamás había escuchado de nadie que lo hubiese usado, así que no tenía ni idea de dónde aparecerían, ni de si existían trampas o cualquier otro obstáculo.

No importaba. No se detendrían hasta llegar frente a los ancianos. Y entonces, haría lo que debía.

22 UN HALLAZGO MISTERIOSO

JENNY

Antes de adentrarnos entre las montañas, nos sentamos un rato a descansar en un claro a las puertas del desfiladero. Detrás, la selva frondosa; delante, el muro de roca.

—No me hace ilusión meterme ahí, Xerx.

—A mí tampoco, pero, llegados a este punto, no tenemos otra opción. A menos que quieras hacerles otra visita a nuestras amigas, las *nasra,* y acabar dando un rodeo todavía más largo.

Le lancé una mirada de hastío.

—¿Seguro? Porque como nos topemos de frente ahí dentro con las hordas de Ux…

Se llevó una baya que acababa de coger a la boca y la masticó con tanta parsimonia que me entraron ganas de matarlo.

—Te lo dije, Jen, ese monstruo no va a conducir a los suyos por el desfiladero. Y en caso de que fuera tan estúpido para hacerlo, yo solamente tendría que luchar contra uno de ellos cada vez. Ahí dentro hay la anchura justa para las espaldas de un barog. Es poco más ancho que lo que mido de hombro a hombro.

Tragué saliva. Aquello no me gustaba nada. Por algún motivo absurdo, tenía un mal presentimiento. Me esforcé por comerme entera la baya que Xerx me había dado, pero apenas pude acabarme el panecillo que me ofreció después.

—Voy a rellenar las cantimploras.

—¿Ahora? —Miré a derecha e izquierda. No me hacía gracia quedarme sola en ese claro ni siquiera unos minutos.

—Hay un arroyo ahí mismo —dijo señalando una hilera de helechos.

Yo no veía ni oía el agua por ninguna parte, pero, claro, mis sentidos distaban mucho de ser tan agudos como los suyos.

—Todavía me queda agua, igual podríamos ir más adelante.

—No sabemos cuánto tardaremos en cruzar al otro lado de las montañas, y seguramente ahí dentro no encontraremos ríos ni fuentes. Es mejor hacerlo ahora.

—Tienes razón. Hay que ser previsores.

—Estaré de vuelta enseguida. Quédate aquí con Itzaar.

En cuanto oyó su nombre, el león levantó la cabeza y estiró las orejas, como si acabara de ponerse en alerta en plan "modo protección de humana indefensa". ¡Lo que hubiese dado en ese momento por ser una barog superpoderosa!

Le entregué mi cantimplora a Xerx y me quedé sentada sin protestar, dispuesta a aguardar a que regresara.

Mientras esperaba, alcé la vista hacia el cielo. Más me valdría no haberlo hecho, pues varias de esas águilas monstruosas planeaban sobre las copas de los árboles a muchos metros del suelo. Las observé durante unos segundos.

La musculatura de sus alas tenía que ser muy fuerte para aguantar semejante peso. Probablemente, tendrían una envergadura de varios metros cada una. Eran unas aves imponentes y terroríficas. Con esos picos curvados de acero, apostaba a que comían algo más que ranas y pequeños anfibios. Eran instrumentos para desgarrar la carne y partir los huesos de grandes animales, e incluso para defenderse de sus depredadores. Pero ¿quién sería el depredador natural de esa bestia de los cielos?

Tenía la sensación de que Xerx no me lo había contado todo sobre ellas… o que quizá ni él mismo conocía esa información. Pero mis conocimientos sobre biología me decían que estaban preparadas para cazar y comer algo grande.

Pasados unos minutos, mi barog todavía no había regresado. Traté de no moverme y esperarlo ahí, tal como él me había pedido. Sin embargo, empezaba a impacientarme. Puede que el arroyo estuviera más lejos de lo que había imaginado, o puede que…

Los arbustos se agitaron con violencia y Xerx emergió de golpe entre las hojas con los ojos brillantes y luminosos. Conocía esa expresión en su cara: había encontrado algo.

—Jen, tienes que ver esto, sígueme.

Se dio media vuelta y se adentró de nuevo en la espesura. Miré a Itzaar, quien meneó la cabeza y la dejó caer de nuevo sobre sus patas delanteras. No compartía en absoluto el entusiasmo de su amigo.

Me puse en pie y me sumergí en la selva, siguiendo los pasos de mi barog. Tras esquivar ramas y piedras, apartar hojas gigantes y pisar unas cuantas bayas maduras desperdigadas por el suelo, al fin lo alcancé.

Estaba acuclillado ante un gran montículo junto al riachuelo, mirándolo absorto. Cuando me acerqué a él, tuve la sensación de que ni siquiera se daba cuenta de mi presencia.

Me coloqué a su lado y contemplé lo que él estaba mirando con tanta fascinación.

Y me quedé petrificada.

Una roca negra, enorme, pulida y brillante, se encontraba dentro de esa especie de montículo, medio sepultada bajo capas de hojas y musgo. Aun así, se veía lo suficiente para afirmar que era de un material idéntico al de la Gran Roca y que estaba recubierta de arriba abajo con las mismas inscripciones misteriosas.

Cientos de símbolos desconocidos estaban grabados en la piedra, como una escritura antigua e ilegible.

—¿Sabías que esto se encontraba aquí? —pregunté, pasando la mano por la rugosidad de la superficie tallada.

—No tenía ni idea. Mi padre nos contó que habían visto muchas cosas extrañas en este viaje, pero jamás mencionó esto.

—Es el mismo tipo de piedra de la Gran Roca, ¿verdad?

—Sí, y también de algunas de las estatuas que hay en el templo.

—Es verdad. Y la escritura es parecida. Dijisteis que pertenecía a las primeras *aninfs* que habitaron Nemea, ¿es así?

—Según los ancianos, esa es una de las opciones. También se ha discutido si podrían haberla hecho esos seres alados de los que

nada sabemos. Tal vez sean los dioses mismos.

Durante unos minutos, nos quedamos absortos, contemplando aquel idioma del que nada sabíamos. Me asaltó la imperiosa necesidad de no parar hasta descifrarlo; pero ahí, en plena selva de Nemea, no tenía nada con que compararlo.

En la Tierra, podría haberlo consultado en Internet y en bibliotecas especializadas, así como acudir a lingüistas expertos. Algo me decía que tenía semejanzas con otros idiomas antiguos de mi planeta originario. Pero ¡qué sabía yo! Yo era de ciencias, no de letras, y mucho menos de lenguas ancestrales y en desuso. Aun así, había algunos patrones que…

—Mira esto, Jen.

Mis ojos bajaron hasta el punto que él señalaba, donde dos pequeñas alas desplegadas se marcaban en la piedra a mayor profundidad.

—Quizá sí que lo hicieron los seres alados —dijo, sacando una hoja de papiro y un carboncillo de su zurrón. Empezó a hacer anotaciones, copiando algunos símbolos y dibujando las alas.

Si tuviéramos un móvil o una cámara de fotos para poder estudiar la escritura cuando regresáramos a la aldea… Por desgracia, no teníamos nada de eso. Solo nuestra memoria y los rudimentarios utensilios que usaba Xerx.

—Tal vez, pero la profundidad de las alas no es la misma que la de los demás símbolos. Puede que se hiciesen con técnicas diferentes o incluso en distintas épocas. Quizá una parte la hicieran esas *aninfs* más civilizadas, y el ser alado pusiera la marca al final —observé.

—Tienes razón, las alas se adentran en la piedra. Además, los bordes son más perfectos y afilados —dijo pasando el dedo por encima—, como si fuese…

—Un sello —solté. Y eso es lo que parecía, el sello o la rúbrica —. ¿Tienes otro de esos folios?

Asintió. Lo sacó del morral, lo desenrolló y me lo dio.

Me senté en el suelo, apoyé el papel sobre la piedra a la altura de las alas y de una parte de los símbolos, y pasé el

carboncillo por encima hasta pintar todo el papiro de negro. Esa especie de jeroglíficos y las alas se quedaron marcados en el papel.

—Buena idea, Jen —dijo guardándoselo en el morral de nuevo —. Así podremos estudiarlo más adelante.

—Podríamos regresar algún día aquí, cuando la guerra haya terminado, y hacer lo mismo por toda la superficie de la piedra. Con todos los símbolos, tal vez conseguiríamos averiguar algo. Algunos van acompañados de pequeños dibujos, puede que eso nos dé una pista —propuse.

—También podríamos mostrárselos a los ancianos, pero algo me dice que no serían del todo sinceros.

—Estoy de acuerdo. No me dieron muy buena espina, creo que os ocultan demasiadas cosas.

—Opino lo mismo.

—Bueno, de momento lo guardaremos para nosotros y, cuando tengamos tiempo de estudiarlo, ya decidiremos —sugerí mientras nos poníamos en pie.

—Me parece una idea estupenda.

Me sacudí las hojas y la suciedad que se habían quedado adheridas al vestido y me dispuse a caminar de vuelta al claro, pero Xerx me detuvo, cogiéndome del brazo con suavidad. Me hizo girarme hacia él y me rodeó la cintura con los brazos. Tenía una sonrisa un poco lobuna en los labios que me hizo gracia.

—Cómo me gusta que seas tan inteligente, amor —soltó a bocajarro.

«Amor», repetí mentalmente. La dichosa palabra retumbó en mi mente como si la hubiera gritado con un megáfono. Intenté que mi rostro no mostrara el cúmulo de emociones que pujaban por emerger, pero él se dio cuenta de todos modos, porque sonrió.

—Bueno, tú tampoco eres tonto, precisamente —le dije dejando escapar media sonrisa.

Su cuerpo se pegó un poco más al mío y volvió a sonreír, esta vez de un modo más travieso, sin abandonar ese toque de ternura y timidez que siempre estaba presente en él. Sin duda, todavía me quedaban muchas facetas por conocer de mi am… barog.

—Al lado tuyo, *amor*, soy un pobre diablo.

Vale, ahora que había comprobado cómo me desestabilizaba que me llamara así, no me cabía duda de que lo haría a menudo. Y lo cierto es que me gustaba que lo dijera, aunque yo no fuera capaz todavía de pronunciar la misma palabra.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos como dos tontos. No era el mejor sitio del mundo para dejarnos llevar por ese embobamiento absurdo que nos asaltaba cada vez más a menudo.

Al parecer, ni las ranas venenosas, ni las águilas asesinas, ni la perspectiva de adentrarnos en un peligroso desfiladero, ni siquiera nuestro reciente hallazgo nos impedían hacer una pausa para dar rienda suelta, más o menos, a nuestros sentimientos.

Desde luego, a él parecía que el entorno le afectaba bastante menos que a mí, considerando la erección enorme que latía ahora mismo entre sus piernas y que se apretaba contra mi estómago.

—¿En serio estás…? —No acabé la frase, pero lancé una miradita hacia abajo a la que le sobraban las palabras.

—¿Excitado? Lo confieso. Lo estoy y mucho, pero tampoco es una novedad. Digamos que, cuando estoy cerca de ti, este es mi estado natural la mayoría del tiempo.

Abrí los ojos como platos.

—Pues no creo que podamos hacer nada al respecto aquí y ahora —dije, tratando de disimular lo mucho que él me alteraba.

—¿Ni una caricia? Solo tienes que bajar un poco la mano y…, *ya sabes* —propuso levantando una ceja.

Me sonrojé al instante. El muy idiota se rio. Traté de apartarme, pero me tenía bien sujeta.

—Lo cierto es que no *sé* nada sobre eso. El día que me decida a dar un paso más, y que no va a ser hoy, tendrás que enseñarme. No tengo ni idea de lo que hay que hacer —dije avergonzada.

La ternura inundó su rostro y se apiadó de mí.

—No te creas que soy el gran experto, Jen. Jamás me he acostado con una humana, tú serás la primera y la única.

Me estremecí al escuchar esa declaración.

—Pero tú… has tenido sexo con *aninfs*, me llevas una gran ventaja.

—Eso era muy diferente. Hay muchas cosas que quiero hacer contigo que jamás he probado con nadie —dijo con humildad.

Mi mano se movió sola hacia su mejilla y mis dedos le acariciaron. Cerró los ojos y suspiró.

—Entonces, las aprenderemos juntos —propuse, sintiéndome un poquito más segura de mí misma que unos segundos atrás. Y todo era gracias a él.

—Me parece una idea magnífica.

Sonreímos como dos adolescentes enamorados. En mi defensa, diré que yo *era* una adolescente.

El fulgor naranja en sus ojos se intensificó mientras se inclinaba despacio sobre mí.

—¿Vas a besarme? —Ni siquiera sé de dónde salió mi osadía.

—Si te parece bien…

Asentí y él acortó la distancia entre nuestras bocas. Nuestros labios se fundieron en un beso todo lenguas y dientes y suspiros. No fue un beso casto en absoluto, sino uno de esos que avivaban el fuego que nos quemaba por dentro.

Me colgué de su cuello y enredé los dedos en su melena a la altura de la nuca. Él me recorrió los costados con las manos y las deslizó hasta mis caderas.

El rugido de protesta de Itzaar rompió el arrebato de pasión. Nos separamos, jadeantes y risueños.

—Creo que tu león está harto de esperar.

—Deberíamos ponernos en marcha, ya nos hemos entretenido demasiado —dijo mientras se agachaba junto al riachuelo y rellenaba las cantimploras.

Bebimos ambos varios tragos de agua fresca y cristalina, y volvió a rellenarlas hasta el borde.

Caminamos de regreso, cogidos de la mano, e intercambiamos miraditas. Me hubiera comido más de una hoja de helecho si no fuera por los maravillosos reflejos de mi barog.

Ya de vuelta en el claro, Itzaar se puso en pie sobre sus cuatro robustas patas y sacudió la cola con energía.

Mientras Xerx se ajustaba el zurrón a la espalda y comprobaba que llevaba bien sujetas y enfundadas todas sus armas,

yo eché una última ojeada en dirección al arroyo.

Habíamos encontrado algo interesante y misterioso justo allí mismo. El hallazgo de esa piedra grabada con una extraña escritura, sin duda, era importante.

Quizás, algún día, descubriríamos a quién pertenecían esos símbolos y cuál era su significado. Porque si alguien lo había puesto ahí, sería por algún motivo. Tal vez fuesen indicaciones sobre el lugar, una oración a los dioses o una advertencia. Me moría de curiosidad.

—¿Preparada?

—No mucho, pero ¿tengo otra opción?

Xerx sonrió y empezó a adentrarse en aquel desfiladero profundo entre altas montañas. Yo le seguí.

Le seguiría al fin del mundo.

23 LO MERECEMOS

El templo, Nemea, en la actualidad
Ux

El túnel de piedra parecía no tener fin. Avanzaban en la penumbra, puesto que la escasez de oxígeno ahí dentro apagaba las antorchas con mayor rapidez. Los siseos constantes obligaban a Ux y los suyos a estar muy atentos. Aquello estaba plagado de serpientes, la única duda era averiguar a qué especie pertenecían, o sea, si eran venenosas o no. Aun así, se desplazaron sin muchos remilgos, pues no tenían tiempo que perder.

La señal había sido dada, y el plan debía marchar según lo previsto. No había margen de error.

Dispersaron unas cuantas serpientes a golpe de machete, mientras el débil fuego, que solía ser infalible contra la mayoría de los animales, ayudaba a ahuyentarlas. Ese camino debía de llevar mucho tiempo sin transitarse, y las alimañas y las malas hierbas se habían adueñado del lugar. Sin duda, era una gran noticia, pues nadie esperaría que entrasen al templo por ahí.

Nadie los detendría.

Ux estaba deseando ver la cara de los ancianos cuando ellos aparecieran. Esos hipócritas cobardes iban a pagar caro por toda la humillación que le habían causado.

La ira bullía en sus venas, azuzada por siglos de odio emponzoñado. Ellos habían quebrado su existencia, le habían denegado lo que le correspondía por derecho. Y ahí estaban ahora, tanto tiempo después, a punto de pagar por quitarle a Tatiana y entregársela a ese barog traidor que decía ser su amigo. A veces, no sabía qué le había dolido más, si el abandono de Tatiana o la traición de Drashir.

Ambos pagaron caro el daño que le habían causado.

—¡Mierda! Esto está lleno de serpientes, jefe. Hay que andarse con cuidado —dijo Lorish, pisoteando uno de esos reptiles con su enorme pie acabado en garras.

Las aplastaba sin demasiados miramientos.

—Trata de no ser tan ruidoso, amigo mío. Lo último que queremos es poner a los ancianos y los guardianes sobre aviso, ¿recuerdas? —dijo Ux.

—Joder, jefe, es que creo que una me ha mordido.

—No son venenosas para nosotros, Lorish.

—¿Estás seguro?

—Son las verdes moteadas de amarillo. Créeme, lo sé.

—¿Cómo demonios has podido verlas en medio de esta mierda de oscuridad, jefe? —dijo soltando una carcajada, que trató de silenciar tapándose la boca con la mano. Lo consiguió a medias.

Continuaron avanzando a la cabeza, seguidos por los otros diez barogs perdidos. Las paredes iban estrechándose y, con cada paso que daban, sus hombros robustos rozaban con la piedra. Ux gruñó cuando se encalló durante un segundo y tuvo que tirar para seguir adelante.

—Ya casi hemos llegado. —La voz de Ux hizo eco por todas partes.

—¿Estás seguro? Porque este maldito túnel parece no tener fin. Como nos hayamos metido en un laberinto bajo la montaña, no saldremos nunca de aquí.

—¿No hueles el incienso, Lorish?

—Ahora que lo dices...

Tras recorrer unos metros más, al fin se toparon con una puerta de madera. Estaba cerrada con llave, pero no les fue demasiado difícil arrancarla de los goznes y derribarla. Parecía más una salida de emergencia para los ancianos que una entrada al templo en condiciones.

Ux rezó para que los habitantes del templo no hubiesen oído el golpe.

En cuanto cruzaron el umbral, el aroma a incienso se intensificó. Un túnel de piedra el doble de ancho que el anterior se

abría ante ellos. Pero la principal diferencia, aparte de que este les permitía caminar con comodidad, era que estaba flanqueado por extrañas esculturas de figuras aladas.

—Los dioses nos observan —dijo uno de los barogs a sus espaldas con tono reverencial.

Hubo murmullos de asombro a medida que avanzaban. Las llamas de las antorchas se avivaron, azuzadas por corrientes de aire invisibles.

Ux las escrutaba una a una, acercando el fuego para iluminar sus rostros hermosos y sus extrañas alas emplumadas.

—No os dejéis engañar; esto es solo piedra —dijo para disipar la ola de espiritualidad que sobrecogió a sus barogs.

Sin embargo, él mismo se sintió abrumado.

Siempre se había preguntado quiénes serían esos seres alados misteriosos de los que poco o nada sabían. Los ancianos apenas les habían revelado algunas pinceladas, y Ux dudaba de que realmente supieran algo de ellos.

Los ancianos no sabían ni la mitad de lo que trataban de aparentar, ahí sentados en sus tronos con sus estúpidas tradiciones arcaicas, aferrados a la profecía. ¡Malditos inútiles petulantes!

En cuanto él subiera al trono, instauraría nuevas leyes y costumbres, y los demás tendrían que cumplirlas. No impondría muchas ni serían complicadas, pero todas le beneficiarían a él y a los suyos. Después de las penurias por las que habían pasado y los desplantes que habían tenido que soportar, se merecían disfrutar un poco. Mujeres, buena comida, casas cómodas…

Mujeres.

Al final del pasillo había un arco de cuarzo negro grabado con extraños símbolos similares a las marcas que había visto en la Gran Roca. Un segundo arco mostraba dibujos de la espiral sagrada, barogs y leones.

Poco le importaba a Ux todo eso. Ahora mismo, su único objetivo era colarse en el templo y llevar a cabo el plan que había trazado minuciosamente. Ese sería el primer paso para una victoria aplastante.

Tras cruzar los arcos, una nueva puerta se erigió ante ellos, flanqueada por dos columnas del mismo cuarzo negro y grabadas de arriba abajo de espirales. Aunque esta puerta era más firme y robusta, para su sorpresa, se abrió con facilidad. Los ancianos se habían vuelto demasiado prepotentes y descuidados. Lo iban a pagar caro.

Y al fin entraron en el templo.

Ux sonrió, y sus ojos brillaron en celeste y ónice.

Un nuevo pasillo, con antorchas en las paredes y el suelo alfombrado de esterillas, les dio la bienvenida. Había varia puertas de madera a ambos lados y algunas esculturas de animales. Al fondo, una puerta labrada les facilitaría seguramente el acceso a la famosa sala de los tronos de los ancianos.

—Esperemos que nuestros hermanos perdidos y los inferiores hayan cumplido su parte —susurró Ux con voz gutural.

—Estoy convencido de que sí, jefe. Los hemos entrenado bien.

Uxuer asintió. Más les valía no fallar. De ellos dependía todo lo demás.

En ese mismo instante, si todo se estaba desarrollando según lo previsto, los suyos habrían atraído a los guardianes del templo hacia la selva al otro lado del río, valiéndose de sus flechas con punta incendiaria, sus gritos y su velocidad. Y con los guardianes fuera, los ancianos estaban a su merced.

Los inferiores habían colocado trampas y señuelos para dirigir a los guardianes hacia el sendero que se internaba en la espesura y se alejaba del templo, así como para ralentizarlos y permitir que ellos huyeran. Por supuesto, no tardarían demasiado en darse cuenta de que habían caído en una burda treta; pero, para entonces, si todo salía bien, los suyos estarían muy lejos de allí. Y Ux y su grupo también.

Probablemente, al menos cuatro guardianes habrían permanecido en el templo, cada uno como protector personal de uno de los ancianos. Aun así, con un poco de suerte, se habrían quedado fuera, en la plataforma exterior de la entrada principal. Si

así fuese, los hermanos perdidos solo tendrían que entrar, actuar deprisa y salir antes de que percibieran siquiera su presencia.

—¿Preparados? —preguntó Ux. Todos asintieron—. Lorish, conmigo. Vosotros cuatro, no falléis.

Paseó la mirada por los rostros de sus soldados. Tenían ya en la mano el dardo que lanzarían a cada anciano en cuanto atravesaran la última puerta.

Su segundo al mando se colocó a su lado. Intercambiaron una única mirada que lo decía todo. Llevarían a cabo aquello, juntos, tal como habían planeado durante tanto tiempo.

Y en cuestión de días, si todo salía bien, conseguirían lo que llevaban años anhelando. ¡Merecían lograrlo! Durante siglos, habían sido unos parias para su especie.

Eso iba a cambiar en breve.

—A mi señal.

Lorish abrió la puerta y Ux entró el primero con una mano en alto. En cuanto puso un pie en la sala de los tronos, supo que aquello iba a ser más fácil de lo que pensaba. Su boca se curvó en una sonrisa siniestra y el ónice eclipsó por completo el azul de sus hermosos iris. Hermosos y temibles.

Ooris fue el primero en verle. Abrió los ojos como platos y empezó a ponerse en pie frente a su trono mientras todo su cuerpo temblaba, preparándose para la transformación. Su túnica liviana se agitó sobre su piel tatuada, y el colgante de la espiral se balanceó sobre su pecho. Puede que, al fin y al cabo, los ancianos todavía pudieran cambiar a su forma barog.

—Uxuer —murmuró Ooris con una mueca de disgusto y curiosidad—. Ha pasado mucho tiempo.

Ux ensanchó la sonrisa mientras la rabia contra los ancianos crecía en su interior. Los odiaba con toda su alma. Corrompían todo lo que tocaban. Él iba a darles su merecido.

Los otros tres alzaron la vista, conscientes al fin de lo que estaba ocurriendo. No intentaron transformarse; ni siquiera les dio tiempo de gritar.

Entonces, Ux bajó la mano.

Y los cuatro dardos salieron disparados hacia los ancianos.



24 IRÉ A POR TI
JENNY

En cuanto entramos en el desfiladero, se me encogió el estómago. Dejamos atrás los colores y el murmullo de la selva para adentrarnos en un sendero angosto entre montañas, con ambos muros tan cerca que daba la sensación de que se estrechaban a cada paso para aplastarnos.

Los únicos sonidos a nuestro alrededor, aparte de nuestras pisadas, eran los graznidos de esas águilas inmensas que planeaban sobre nosotros como si no fueran más que buitres carroñeros. Se me erizaba la piel cada vez que alzaba la vista y las veía ahí revoloteando. Tenía la sensación de que nos vigilaban, aunque, probablemente, ni nos hubieran detectado.

Xerx avanzaba delante de mí a paso firme, aun cuando sus hombros casi rozaban la piedra a ambos lados. La tensión de los músculos de su espalda daban fe de que, aunque se esforzaba por aparentar relajado, se mantenía alerta.

Itzaar caminaba detrás, protegiendo la retaguardia. De vez en cuando emitía algún gruñido. Aquel lugar le era tan desagradable como a mí. Y él lo tenía mucho peor que yo, puesto que, a veces, estaba completamente encajonado entre los muros, que parecían elevarse hasta el infinito.

En algunos tramos había espeluznantes marcas de garras grabadas en la piedra, sin duda de un animal grande y fiero. ¿Quién demonios solía merodear por ahí?

—Las hicieron los linces de los peñascos —dijo Xerx como si me hubiese leído la mente, mientras atravesaba de lado un tramo de unos tres metros de largo, demasiado estrecho para su envergadura.

—¿Perdona?

—Las marcas de garras. ¿No es eso lo que estabas mirando?

—No me dijiste que había linces por aquí.

—Y no los hay. Hace mucho tiempo, habitaban en esta zona cientos de ellos. Pero cuando la mayoría de las águilas se desplazaron a vivir aquí desde los zarzales de la selva, cazaron a muchos. Los que quedaban, decidieron trasladarse a los peñascos.

Acaricié la pared de roca, justo encima de una de las marcas de garra. Debían de ser muy fuertes y afiladas para dejar esos hoyos profundos en la piedra. Además, por la altura a la que estaban hechas, debían de ser unos animales enormes, más cerca del tamaño de los leones de Nemea que de los gatos o los linces de la Tierra.

Pero, entre todo lo que había dicho Xerx, algo más llamó mi atención.

—Dijiste que las águilas solo comen *nasra*. Pero si antes cazaban linces...

—Digamos que comen sobre todo *nasra*, pero que no le hacen ascos a otros animales. Es más, de vez en cuando, complementan su dieta con algún mamífero, pero no es lo habitual.

Tuve la sensación de que endulzaba la respuesta para no preocuparme, y como caminaba delante de mí, no podía ver su expresión. Ese asunto de las águilas era inquietante.

—Ya veo. O sea, que estamos atravesando el territorio de unas aves enormes con un pico letal que podrían decidir comernos.

—Su territorio está en las alturas, en las cimas, no en este desfiladero. Aquí no pueden bajar, Jen, no hay suficiente espacio para batir las alas. Tal vez un poco más adelante, donde las paredes se ensanchan; pero, aun así, les sería difícil.

Durante unos segundos, eso me tranquilizó. Sin embargo, no pude evitar echar un vistazo hacia ese tramo que comentaba Xerx en que se ensanchaba el desfiladero, cuando el sendero era más empinado y la pendiente ascendía justamente entre esos picos.

Además, por encima de nuestras cabezas, se abrían de vez en cuando unas grutas excavadas en la roca con una terraza natural delante. Podía imaginarme sin problemas a una de esas bestias aladas aterrizando en cualquiera de esos salientes.

Continuamos caminando, ahora en silencio, vigilando dónde poníamos el pie, puesto que la senda estaba cubierta de rocas afiladas y pequeños montículos. No tenía ningunas ganas de torcerme un tobillo en ese lugar.

Me giré un instante a mirar a Itzaar. Aunque aquello era muy estrecho, el pobre se las apañaba para avanzar. Era un animal magnífico, tan noble y leal como su amo.

—Te tiene que querer mucho tu león para seguirte por esta ratonera.

Escuché la suave risa de Xerx haciendo eco en la pared de piedra.

—Hemos compartido muchas aventuras juntos, ¿verdad, amigo mío?

Como respuesta, el león emitió un gruñido largo y grave.

—Lo imagino. ¿Por qué no me cuentas algunas? —le pedí.

—Veamos... Te contaré una vez en que Daryos, Enzo, Itzaar y yo nos lanzamos a una excursión por…

Xerx siguió hablando sobre aventuras por la selva con sus amigos en busca de emociones y peligros. Se le notaba en la voz que aquellos eran recuerdos muy felices y que, probablemente, se moría por volver a hacer cosas así. En cuanto la guerra llegara a su fin, lo animaría a ello.

Que estuviéramos juntos no significaba que no pudiera seguir disfrutando con sus amigos. Si a él le hacía feliz, a mí también. Yo quería pasar tiempo con mis amigas, así que deberíamos encontrar el equilibrio entre todo ello. Estaba segura de que no nos costaría demasiado. Xerx era un barog razonable y se podía hablar con él. Por eso me gustaba tanto, además de por muchos otros motivos.

Después de un tramo angustiosamente angosto, el sendero se ensanchó al fin, y tuve la sensación de que podía hinchar los pulmones al máximo de nuevo. Las paredes se separaron varios metros y pudimos avanzar cómodamente. El suelo empezó a inclinarse en una leve pendiente que pronto se hizo más pronunciada.

Tras cotejar sus mapas con la ruta que estábamos siguiendo, Xerx me aseguró que íbamos por el camino correcto, y que nos

encontrábamos más o menos a mitad del recorrido.

El calor era insoportable y debíamos echar mano de la cantimplora cada dos por tres. Cuando al fin llegamos al punto más elevado del sendero, desde el cual empezaba a descender, nos detuvimos a reponer fuerzas. Apoyados en el muro, bebimos agua de coco y nos partimos un dátil dorado y gigante entre los dos.

Itzaar devoró el pedazo de carne seca que le lanzó Xerx, acompañado de una especie de lagartija enorme, que tuvo la desgracia de asomarse de su agujero en la roca en el peor momento posible. El león se la zampó de un bocado.

A unos pasos de distancia, había uno de esos surcos en la pared, como una pequeña gruta, con un saliente adecuado para sentarse. Me acerqué despacio y me acomodé sobre la roca plana. En cuanto lo hice, suspiré de alivio. Estaba agotada y el sol de justicia parecía empeñado en derretirnos.

Tanto a Xerx como a mí, nos caían goterones de sudor por la espalda y el pecho. Nuestro aspecto era desastroso.

—Un par de minutos y reanudamos la marcha —dijo Xerx, secándose el sudor de la frente en la banda de cuero sin curtir que llevaba anudada en la muñeca.

—No creo que pueda dar un paso más. Estoy agotada.

—Descansa un poco para recobrar fuerzas. Ya no nos queda mucho.

—¡Si acabas de decir que estamos a medio camino! —dije esbozando una sonrisa histérica.

—Pero este lado es más fácil. El primer tramo hace un poco de bajada, y después el desfiladero no es tan estrecho como al principio.

—Cualquiera diría que has pasado por aquí a menudo. ¿Todo eso te lo contó tu padre?

Él asintió.

Me recosté un poco hacia atrás sobre la roca y me apoyé en los codos. Podría dormirme allí mismo en cuestión de segundos.

—¿Estabais muy unidos tu padre y tú?

—Mucho, y también con mi madre. Ellos, Xioh y yo formábamos una buena piña. —Su voz destilaba nostalgia.

—Siento mucho lo que les ocurrió. Debes de echarlos de menos.

—Muchísimo. Aquel día, casi todos perdimos a alguien. Fue una tragedia. Si mi hermano y yo no hubiésemos tenido a nuestros primos, Daryos y Cyrus, y a Lansh y Axeh, no sé cómo lo habríamos superado. Ellos eran también nuestra familia.

—Pero Cyrus cambió a raíz de aquello, ¿verdad?

—Todos cambiamos, cada uno a su manera. Supongo que a Cyrus le tocó la peor parte. Mientras nosotros estábamos de duelo, lamentándonos por los seres queridos asesinados, él tuvo que coger las riendas y asumir la responsabilidad de convertirse en rey.

—Cuando te conocí, le odiabas.

—Pasé mucho tiempo muy cabreado con él, pero eso no significa que hubiera dejado de quererle. Por eso dolía tanto.

—Bueno, lo único que cuenta ahora es que habéis superado las diferencias y volvéis a ser un grupo unido.

—Y no sabes lo feliz que me hace eso. Ellos son mi familia, y ahora, tú también. —Me sonrió desde donde estaba apoyado y yo le devolví la sonrisa.

Entonces, sus ojos se ensombrecieron de golpe.

—Tú también debes de echar de menos a tu gente, Jen.

Se me encogió el estómago.

—Un poco, aunque intento no pensar en ello.

—Siento mucho haberte separado de ellos. De todo tu mundo.

Nos quedamos en silencio. Ese era un tema delicado del que no quería hablar en ese momento, aunque puede que tuviéramos que abordarlo algún día.

—Al menos, ellos están bien y continúan con su vida. No es lo mismo que lo que les ocurrió a tus padres. —Traté de ignorar la marea de tristeza que amenazaba con engullirme.

—Aun así…, lo siento de veras. Te arrancamos de tu hogar, y tienes todo el derecho de odiarme por ello.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No te odio, pero supongo que me costará hacerme a la idea de que jamás volveré a verlos… y de que nunca sabrán lo que me

sucedió.

—Créeme, Jen: si hubiera podido impedirlo, lo habría hecho. Pero cuando yo te vi por primera vez, ya habías sido seleccionada.

Le creí.

—No fue culpa tuya.

—Es culpa de toda mi especie, así que mía también. Siempre he odiado el modo en que se trae a las descendientes a Nemea. Por más que sea una cuestión de supervivencia de nuestra raza, estoy seguro de que podríamos hacerlo de una forma mucho menos traumática. Por eso me uní a los rebeldes, esperaba poder cambiar algunas cosas. Todavía quiero hacerlo.

—Lo sé.

—Lo siento, Jenny. No te imaginas cuánto.

Un nuevo silencio se abrió entre nosotros mientras yo alejaba de mi mente todo aquello. En realidad, ni siquiera le guardaba rencor. Ni a él ni a ninguno de sus amigos. Ya no.

Incapaz de pronunciar una palabra más sobre el tema, asentí y le acaricié levemente el brazo. Cuando se estremeció, me obligué a sonreírle. Y así zanjamos un asunto que era mejor no remover… y que ya no tenía vuelta atrás.

—Deberíamos irnos ya, Jen.

Muy a regañadientes, asentí y empecé a incorporarme. Cuando apoyé la mano con firmeza para levantarme, algo crujió bajo mis dedos. Enseguida noté una sustancia viscosa entre ellos.

—¿Qué demonios es esto? —dije mirando los restos blanquinosos de lo que parecía un...

—Oh, no, ¡qué has hecho, amor! —exclamó desesperado, con los ojos llenos de pánico.

—Yo no...

Miré a mi alrededor. La sangre se me congeló en las venas cuando vi varios huevos enormes dentro de esa gruta. Y yo había roto uno de ellos. Pero ¿por qué estaban ahí si los nidos se encontraban en los picos de las montañas?

—¡Sal de ahí, Jen!

Mis ojos fueron del rostro aterrado y descompuesto de Xerx a mi mano recubierta de un líquido transparente, espeso y pegajoso. Y

de vuelta al rostro de Xerx.

Unos graznidos espantosos llenaron el aire y algo cubrió el desfiladero, bloqueando los rayos del sol. Xerx alzó la mirada en el instante justo en que una sombra inmensa se cernía en picado sobre mí. Ni siquiera le dio tiempo a desenfundar el machete.

Las garras de esa bestia se cerraron en torno a mi cintura y tiraron de mí hacia arriba mientras Xerx corría hacia nosotros.

Pero ya era demasiado tarde.

El águila me había atrapado y se impulsaba entre ambos muros en dirección al cielo, con las alas desplegadas solo a la mitad.

—¡Iré a por ti! —gritaba despavorido mi barog, con el rostro contraído por el terror.

Mis ojos se cruzaron con los suyos, mirándolo desde arriba, mientras nos alejábamos de él y de Itzaar a velocidad de vértigo. Ni siquiera podía procesar lo que estaba ocurriendo.

Las garras me sujetaban con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Cuando al fin llegamos a la altura de las cimas, y Xerx no era más que una mota al fondo del desfiladero, comprendí que estaba perdida.

Con el viento caliente de los picos azotándome la cara y revolviéndome el cabello, me miré la mano que había aplastado el huevo de águila sin querer.

Había cometido un tremendo error e iba a pagarlo muy caro.

Un instante después, me mareé por la altitud y la falta de oxígeno. La visión se me emborronó y, en cuestión de segundos, todo fue oscuridad.

Y me desmayé.

25 ME DIRÁS TODO LO QUE QUIERO SABER

La selva, Nemea, en la actualidad
Ux

—Camina, Ooris. ¿O prefieres que uno de los inferiores te arrastre por la selva como a un rino recién abatido? —dijo Ux con media sonrisa.

Estaba disfrutando con aquello. ¡Oh, sí! Estaba disfrutando mucho.

—Hago lo que puedo. Hace apenas una hora que me habéis lanzado un dardo —dijo el anciano. Su voz no se alteró lo más mínimo.

Mantenía la calma, pese a la terrible situación en la que se encontraba. Y eso era lo que más le jodía a Ux. Habría preferido que suplicara, aterrorizado, pero tampoco esperaba que Ooris hiciera algo así. El cabrón era un tipo muy listo.

—Los efectos ya casi se han disipado, viejo. Te recordaba más fuerte y poderoso, Ooris. El tiempo y la opulencia te han debilitado. Llevas demasiados siglos enclaustrado en el templo entre estatuas y comodidades. Ni siquiera has logrado transformarte.

—Lo habría hecho si me hubieras concedido unos segundos más.

—Fuiste demasiado lento.

—¿Quieres que lo haga ahora? Te demostraré lo débil que estoy —dijo Ooris con una nota de desafío en su voz afilada.

Sin duda, no iba a agachar la cabeza, ni siquiera para suplicar por su vida. Tampoco es que eso fuera a salvarlo, pero a Ux le hubiese encantado verlo rogar.

Lorish llevaba todo el camino apuntando al cuello del anciano con un machete y, sin embargo, este no se había acobardado lo más mínimo. Sí, ese anciano barog era todavía más peligroso de lo que Ux recordaba. Su mente y su lengua eran viperinos. Incluso así, atado e indefenso, había que andarse con mucho ojo con él. No podían bajar la guardia. Antaño había sido testigo de cómo era capaz de convencer a otros de casi cualquier cosa. Por mucho que le jodiera, debía admitir que era inteligente y un gran manipulador.

Con él, no obstante, ya no tenía nada que hacer. Había aprendido a las malas todos sus truquitos de prestidigitador. Ooris había perdido su respeto hacía muchísimo tiempo.

—Si quieres que mi segundo al mando te rebane el pescuezo, allá tú. No seré yo quien te detenga, me ahorrarías el trabajo —dijo Ux encogiéndose de hombros.

—Me necesitas vivo. Si no, ya me habrías aniquilado como a los demás.

—¿Tú crees? Si te apetece averiguarlo, prueba a transformarte. —Sus ojos llamearon con un brillo siniestro.

Ooris se abstuvo de intentarlo. Era demasiado listo para arriesgarse. Y puede que Ux le necesitara vivo, pero era impredecible. Una provocación por su parte, y tal vez sentiría el filo de ese machete muy pronto. Era imprescindible mantenerse con vida el máximo de tiempo posible. De ese modo, aumentaban las probabilidades de que lo encontrasen, ya fuesen los guardianes del templo, o el rey y sus guerreros, en cuanto se enterasen.

La duda lo golpeó un instante.

¿Irían Cyrus y Daryos a su rescate si les informaran de lo sucedido? No tenía muy claro que ese par tuviera a los ancianos en tan alta estima como sus predecesores.

Ooris guardó silencio y se esforzó por mantener el paso de los demás, aun cuando todavía sentía las piernas adormecidas.

Caminaban hacia el oeste para encontrarse con el grueso de las hordas de los hermanos perdidos. En apenas un par de horas, si todo iba bien, se reunirían con ellos. Y de allí, se encaminarían hacia su siguiente parada: las madrigueras de las *aninfs*.

Ux estaba satisfecho; todo había salido a la perfección. Tal como estaba previsto, en cuanto habían divisado las flechas incendiarias, los guardianes al completo, salvo por cuatro de ellos, habían descendido al río por el barranco y perseguido a los inferiores, mientras estos huían veloces por la jungla y activaban trampas a su paso. De este modo, entorpecían el avance de los guardianes, a los que ya llevaban una ventaja considerable.

En el templo, los dardos habían inmovilizado a los ancianos. Tres de ellos estaban muertos antes siquiera de darse cuenta de lo que ocurría. Ux había matado a dos y le había dejado a Lorish la satisfacción de matar al tercero. Solo necesitaban a uno como rehén, y Ux tenía muchas cosas que hablar con Ooris.

Siempre había pensado que era el más astuto de todos ellos y el que movía los hilos. Además, él fue quien se lo arrebató todo, erigiéndose claramente en favor de Drashir, mientras que los otros tres tan solo se habían dejado llevar por él. Lo había visto en sus miradas. Habían optado por seguir el liderazgo de Ooris, como siempre.

La sangre de los ancianos se había derramado sobre el suelo de piedra sagrado y había empapado sus túnicas color beis. Sus brazos, tatuados de espirales, caían lánguidos en extrañas posiciones.

Si los dioses estaban cabreados o no con Ux, él no tenía ni idea. Por el momento, todo salía según lo planeado y ninguna de las deidades les había entorpecido. Rezó para que continuaran manteniéndose al margen.

Habían salido por el túnel trasero sin ser vistos y se habían adentrado en la selva. Las serpientes se limitaron a apartarse de su camino mientras ellos avanzaban a la carrera.

Ahora solo faltaba rezar para que los guardianes, en cuanto vieran la matanza que se había perpetrado en el templo al regresar de su infructuosa persecución, se organizaran y decidieran seguirlos para rescatar a Ooris. De este modo, mientras vagaban por la selva para recuperar al anciano, los hermanos perdidos se dirigirían a la aldea para atacarla. Si buscaban al anciano, no acudirían a la guerra

en ayuda de Cyrus. No estarían en el templo cuando el rey enviara a alguien a pedir refuerzos.

Y la aldea se enfrentaría sola a los hermanos perdidos.

Era el plan perfecto.

Dejarían rastros falsos en otras direcciones y cubrirían sus huellas para que los guardianes no dieran con ellos. La búsqueda se prolongaría, y Ux y los suyos vencerían la batalla contra el rey y el príncipe de Nemea. Para cuando los guardianes se percataran de la jugada, la aldea ya estaría perdida, y el rey Cyrus depuesto… y muerto.

—No deberías haber matado a mis compañeros, Ux. No era necesario y va a sacudir los cimientos de nuestra especie. Los efectos sobre el pueblo barog serán devastadores.

Ux agitó una mano para quitarle importancia.

—Tus amigos no me servían para nada. Contigo me basta para que los guardianes nos sigan. No importaba si me llevaba a los cuatro o solo a ti. Y, francamente, la idea de que quede solo uno de vosotros me pone de muy buen humor.

Ooris achicó los ojos.

—Así que es eso, has urdido una trampa para que los guardianes no acudan en ayuda de Cyrus. Pretendes que la aldea se quede sola. Mientras están entretenidos intentando liberarme, no se unirán a la nueva guerra que planeas iniciar. Es eso, ¿verdad?

—Lo confieso. —Sus ojos brillaban ahora como dos bolas de ónice pulido con reflejos celestes.

Ooris se quedó pensativo. Se detuvo un segundo, y Lorish blandió el machete para incentivarlo a continuar andando.

—Siempre pensé que eras astuto, pero has superado incluso mis expectativas más ambiciosas. Pero la astucia, Uxuer, a veces puede transmutarse en locura si te excedes. Los delirios de grandeza acaban con cualquier líder.

—No es que me importe en absoluto tu opinión, pero gracias por reconocer mi astucia al fin. Siempre es agradable que te echen un piropo, aunque provenga de un vejestorio cabrón como tú.

Siguieron avanzando en silencio durante un buen trecho. Hasta que Ooris habló de nuevo:

—¿Hay algún motivo por el que me hayas escogido a mí?

—¿Escogido? No te hagas el importante. Puede que solo haya sido el azar. O puede que tú y yo tengamos... algunos asuntillos pendientes, ¿no crees?

Ooris siguió caminando. Pensó en las ganas que tenía de transformarse en barog. ¡Habían pasado meses desde la última vez! En el templo, estaba prohibido adoptar esa forma, pero él se transformaba en secreto en sus aposentos dos o tres veces al año para no perder la habilidad.

Los otros tres ancianos, por el contrario, seguramente habrían sido incapaces. Hacía miles de años que no cambiaban. En su opinión, aquello era un error. Nunca deberían haber dejado de lado su forma primigenia. Y lo que había sucedido hoy en el templo era buena prueba de ello. Algo se había atrofiado en ellos, o quizá simplemente sus cuerpos hubieran olvidado cómo hacerlo.

El suyo no.

Añoraba aquellos tiempos, tan lejanos que apenas los recordaba, en que corría libre por la selva en su forma barog como si no fuese más que otro de los animales que vagaban por ahí, cambiando entre ambas formas a voluntad. Pero de eso hacía ya demasiado.

Ahora, sus responsabilidades habían convertido su existencia en algo muy distinto.

—No me digas que todavía me guardas rencor, Uxuer. ¡Han pasado siglos!

Ux contuvo una mirada de odio. Aun así, Ooris captó una chispa de rabia.

—No es rencor, es... curiosidad.

—Ya veo. Quieres información. Pues siento decirte que no puedo darte nada. Tú estabas allí, y sabes perfectamente lo que hiciste y las consecuencias. Pierdes el tiempo conmigo, Ux. Quizá deberías haberme matado como a los demás. —Esa serenidad en su tono de voz estaba sacando de quicio a Ux.

—Me dirás todo lo que quiero saber, Ooris.

—Ya veo que no lo has superado. Sigues anclado en el pasado.

—Cuando te joden tu existencia entera, es lo que suele pasar.

—Incumpliste las normas y pagaste el precio.

—Me arrebatasteis a mi pareja de vida. Tú y ese estúpido rey que está bajo tierra. Lo tergiversasteis todo y me traicionasteis. Te comportaste como una rata, favoreciendo al príncipe por encima de nuestras más sagradas tradiciones.

—Tatiana no era para ti, no era tu *hoa uhane*. Debiste aceptarlo y seguir con tu vida. Nada de lo que vino después habría sucedido. Toda la desgracia que has traído a la aldea, a nuestro pueblo... Tanta muerte, tanto dolor. ¿Y para qué? ¿De qué te ha servido?

Ux contuvo el impulso de aplastarle la cabeza contra una roca y quedarse a contemplar cómo se derramaba su sangre sobre la selva.

—¡Oh, ya lo verás! Tengo muchos planes para nuestra especie. Te van a encantar. Eso si sobrevives, por supuesto.

—El odio y la venganza no llevan a ninguna parte.

—En eso discrepo. A mí me sientan muy bien.

—Te has desquiciado, Ux. Deberías reflexionar y poner fin a esta locura. Hay mucho que está en juego, incluida la supervivencia de la especie.

Uxuer se detuvo en mitad del camino, flanqueado por altos helechos, palmeras y arbustos repletos de bayas de color naranja. Miró a los ojos al anciano, que, pese a que en su forma humana medía casi dos metros, Ux le pasaba una cabeza.

—Como te he dicho, me arrebatasteis a Tatiana. Yací con esa humana y nos vinculamos mucho antes de que Drashir pusiera sus ojos inmundos en ella. Tatiana era para mí. Y me privasteis de mi derecho.

—Incumpliste las leyes sagradas.

—¡Vosotros las incumplisteis! Las moldeasteis en vuestro beneficio. No lo niegues, anciano. Tus palabras ya no tienen poder sobre mí, si es que alguna vez lo tuvieron. Yo no soy uno de los fieles borregos de tu rebaño. Y por lo que sé del rey y el príncipe actuales, ellos tampoco te son demasiado devotos.

Ooris era consciente de que, en parte, tenía razón. Cyrus y Daryos les traerían más de un quebradero de cabeza. Ya lo habían hecho. Pero eran de corazón noble y bondadoso. Nada que ver con Ux.

—¿Crees que otra guerra va a solucionar las cosas? ¿No has causado ya bastante sufrimiento? Esas pobres humanas a las que capturasteis...

Ux soltó una carcajada helada.

—¡Oh, por favor! No seas hipócrita, Ooris, no lo soporto. Tú que has bendecido una cacería tras otra, ¿me recriminas a mí el trato que les di a esas humanas? Estaban mucho mejor con nosotros, te lo aseguro. Algunas de ellas no soportaban a sus barogs, ¿lo sabías? Vuestro sistema de emparejamiento hace aguas por todas partes, y las humanas modernas no son tan influenciables ni fáciles de dominar. ¡Los tiempos cambian, Ooris! Y tú te has quedado obsoleto. La especie estará mucho mejor sin los ancianos. Sin… ti.

—Si es así como te autoconvences de la bondad de tus actos...

—¿Quién ha hablado de bondad? —dejó ir una carcajada grave y cargada de veneno—. Aun así, tú y yo sabemos que los ancianos no sois mejores que nosotros.

La mano de Ooris se movió hacia el colgante de la espiral que llevaba al cuello. Sus dedos lo aferraron con fuerza. A Ux no se le pasó por alto ese gesto.

—¿En serio te crees todo lo que dices? Veo que, además de astuto, has perdido la razón.

Los ojos de Ux se ensombrecieron aún más.

—Como te he dicho, me dirás todo lo que quiero saber. Tendremos una larga charla, y después, si todavía me eres útil, si me has contado algo de provecho, puede que te deje vivir un poco más. Pero no me mientas, Ooris, porque lo sabré. Y si lo haces, me olvidaré de mi curiosidad y te mataré.

Como para enfatizar esas palabras, Lorish arañó el cuello del anciano con el filo del machete. Un hilillo de sangre roja resbaló hasta el borde superior de su túnica.

—Cuando lleguemos a las madrigueras, hablaremos.

Ooris disimuló su sorpresa.

—Ya veo que has pensado en todo.

—Ni te lo imaginas.

A partir de ese momento, avanzaron en silencio, rumbo al oeste. Todavía quedaba mucho por hacer.

Pero el plan había comenzado muy bien. ¡Más que bien! Y Ux empezaba a saborear la victoria que muy pronto llegaría.

Esos ojos ambarinos que a veces lo asaltaban se colaron de nuevo en su mente. Por algún motivo, estaba ansioso por volver a verla. Y eso no era más que un maldito inconveniente.

Siguió andando y se concentró en el odio que sentía hacia el anciano que caminaba a tan solo unos pasos de él.

Ese odio al que muy pronto podría darle salida.

26 PREPARATIVOS
CALLIE

Me desperté con los primeros rayos del sol. Tras desperezarme y estirarme en la cama como un gato, salí de un salto. Había dormido de un tirón, envuelta en los brazos y la cola de mi barog, y su embriagador aroma a chocolate, coco y café.

Ya no estaba en la cama ni tampoco en el cuarto de baño. Por los sonidos y olores que provenían del piso de abajo, a buen seguro estaba trasteando en la cocina.

Me había acostumbrado tan rápido a vivir con él que me sorprendía a mí misma. Era fácil, divertido y natural, y nos amábamos con locura.

Me metí en el cuarto de baño para darme una ducha y arreglarme un poco, dentro de las posibilidades. ¡Qué ganas tenía de ponerme a fabricar esas mascarillas para el pelo! Tina tenía razón. ¡Mi melena las pedía a gritos!

Cuando pasé ante el espejo en dirección a la ducha, algo me hizo detenerme. Me giré un poco y contemplé la marca de la espiral que me habían grabado a fuego, tan solo unos meses atrás. Sin embargo, parecía que hiciera una eternidad de aquello. ¡Cuánto habían cambiado las cosas! Aun así, no pude evitar que me recordara que la civilización en la que ahora vivía era mucho más primitiva y brutal que la mía en la Tierra.

Aparté los recuerdos de mi llegada a Nemea y de las mazmorras, y regresé al presente. Un presente lleno de peligros, pero muy hermoso y feliz. Eso era lo que contaba ahora.

Tras asearme y enfundarme uno de mis vestidos favoritos, color melocotón, me acerqué a la ventana. Enzo estiraba las patas y gruñía un saludo de buenos días a todo el que pasara por delante de

nuestra casa. Sonreí al verle. Era un león estupendo y un gran amigo, y tenerlo como guardián día y noche era muy tranquilizador.

Dormía en la planta baja, pero, en cuanto bajábamos, solía salir y plantarse al pie de las escaleras. El muy astuto seguro que lo hacía para darnos un ratito más de intimidad..., o para no escuchar las pullas y bromas matutinas que nos cruzábamos Daryos y yo.

Éramos..., ¿cómo decirlo? Una pareja un poco escandalosa. Y nos lo pasábamos genial juntos. ¡Quién me iba a decir a mí que ese tarado se convertiría en el amor de mi vida!

Antes de alejarme de la ventana, desvié la mirada hacia la primera línea de palmeras, a pocos metros de nuestra casa. Aunque no podía verlos con claridad, distinguía sus colores desde allí. Los *llitops* se pasaban el día correteando por los arbustos alrededor de la aldea, lo más cerca de mí posible. Y como los veía cada día por la ventana, había llegado a la conclusión de que, al igual que Enzo, ellos también montaban guardia a su manera. Eran unas criaturas extrañas y bastante intensas, pero yo los adoraba.

De pronto, deseé con todas mis fuerzas ver a Xerx y Jenny emergiendo de la selva. Estaba preocupada por mi amiga, aunque sabía que su barog la protegería con su vida.

Sentí cómo Daryos se acercaba a mi espalda; a buen seguro, había notado mi repentina angustia. Ni siquiera le había oído subir las escaleras. Cuando se lo proponía, podía ser muy sigiloso. Me rodeó la cintura con sus brazos musculosos y apoyó la barbilla en mi coronilla.

—¿Estarán bien, verdad? —pregunté, recostándome en su pecho. Él comprendió enseguida a quién me refería.

—Ni lo dudes. Xerx cuidará muy bien de ella. Es el mejor —dijo, pero su voz destilada tanta preocupación como la mía.

Asentí.

Yo sabía que estaba inquieto, y, además, lo había escuchado hablando con Cyrus del tema.

Nos quedamos en silencio unos segundos, disfrutando del contacto de nuestros cuerpos y de las vistas a través de la ventana.

—¿Ya vuelven a estar esos incordios por aquí? —dijo señalando a los *llitops*.

—Eso parece. Los pobres no pueden vivir sin mí.

—En eso los comprendo. —Soltó una risotada y se apretó contra mi culo—. Aunque son un poco obsesivos, ¿eh?

—Igualitos que tú, amorcito. Todos sois unos motivados.

Sus carcajadas resonaron por toda la casa. Cuando se calmó un poco, me besó en el cuello. Bueno, hizo algo más que eso: succionó con fuerza y me dejó un chupetón.

—Tú eres tonto, ¿no? —dije, dándole un manotazo entre risas.

—Así todo el mundo sabrá que eres mía. Te he dejado mi marca de amor.

—Claro, porque eso no lo sabe toda la aldea ya.

—Por si acaso. —Me pellizcó el trasero, se dio media vuelta y se alejó meneando la cola, y caminando como un felino enorme y arrogante.

No llevaba el taparrabos, así que me deleité con la vista de ese culo glorioso. Se rascó un par de veces la marca de nacimiento de la espiral con las garras, sin dejar de menearse.

—Mañana, como vuelvan a estar ahí, les tiraré otro cojín o algo más contundente —comentó como si nada.

—Como se te ocurra hacerlo, me vengaré. A mis *llitops*, ni tocarlos, ¿estamos, grandote? —dije. Él se desternilló—. Ah, y te debo un chupetón.

Le brillaron los ojos.

—Cuando quieras, amor.

—Te lo haré cuando menos te lo esperes… y donde menos te lo esperes.

—¡Uuuu, qué emoción! Lo estoy deseando. —Siguió hacia las escaleras y yo bajé tras él.

—No te emociones tanto. Como sigas así de pesadito, puede que te lo haga en el culo... o en las pelotas.

Su carcajada se debió de escuchar hasta en el templo.

Al llegar abajo, el aroma a panecillos recién hechos, huevos pasados por agua y algo que parecía beicon, pero no lo era, me inundó las fosas nasales e hizo crujir mi estómago.

—Amorcito, estos desayunos que preparas me tienen maravillada. Me has ganado con ellos.

—Y yo que creía que ya te había ganado con mi encanto natural, mi apabullante intelecto y mi enorme polla —dijo señalándosela, por si no me había quedado claro.

—Eso también, hombre. ¡Encima que alabo tus cocinitas!

Cuando se plantó delante de la encimera rudimentaria para servir los zumos, yo me acerqué por detrás y lo abracé. Apoyé la mejilla en su espalda, cálida y musculosa, y aspiré ese aroma a hogar del que jamás me alejaría. Nunca.

—Mmmm, amor —dijo poniendo las manos sobre las mías, que estaban sobre su abdomen—, me encanta que seas tan cariñosa conmigo.

—Tú lo eres mucho conmigo, así que es lo menos que puedo hacer.

Nos quedamos así unos segundos, saboreando el momento, hasta que me separé y me dirigí hacia la mesa, que ya estaba servida.

Puso los zumos encima y me miró de un modo ardiente y enigmático. Yo sabía bien lo que esa mirada significaba.

Seguía desnudo... y estaba excitado.

—¿Subimos al dormitorio? —dijo él, alzando las cejas en un gesto muy suyo y muy entrañable.

—¿Ahora? Pero ¡si acabamos de bajar! Estoy muerta de hambre, Daryos. Y esta comida tiene una pinta muy suculenta.

—Serán unos minutos, mujer. Follamos un poco y bajamos enseguida. Nos abrirá el apetito —dijo curvando los labios.

—Después de lo de anoche, como lo hagamos otra vez, no voy a poder caminar durante todo el día.

El muy capullo ensanchó la sonrisa.

Se deslizó hasta mí como un depredador, me agarró la mano y tiró de mí escaleras arriba.

—Eres un incordio, ¿lo sabías?

Él asintió entre risas.

—Con la de veces que me lo recuerdas, ¡como para no saberlo!

Ahora fui yo la que solté una carcajada.

—Me muero por comerme ese beicon. Como se haya enfriado cuando bajemos de nuevo…

—Te lo recalentaré, no te preocupes. Y, por cierto, sabes que no es beicon, ¿verdad?

—Deja que me haga la ilusión, hombre.

Se rio con ganas.

—Entonces, beicon del mejor cerdo de Nemea.

—Tanto animal inútil que hay por aquí, y no tenéis un simple cerdo.

—Bueno, tenemos rinos.

—Sí, ya, ya. Con los rinos lo arregláis todo.

—Mujer, será que no te doy bien de comer —dijo restregando la polla contra mí.

Se rio de nuevo.

Habíamos alcanzado el piso de arriba. Me arrastró hasta el borde de la cama y me rodeó la cintura. Su cola empezó a trepar por mi pierna y se metió bajo mi vestido. ¡Maldito barog calentorro!

—Engreído.

—Preciosa.

Nos quedamos mirándonos embobados.

—Y los huevos no son de gallina, ¿lo adivino?

Él meneó la cabeza, divertido.

—No amor, no son de ave. Son de lagar...

—No lo digas —dije poniéndole un dedo en los labios—. Anda, fóllame ya, amorcito. Que tengo hambre. —Le lancé una mirada muy sugerente y, entre risas, nos dejamos caer sobre la cama.

Y cuando regresamos a la cocina, el beicon estaba frío, por supuesto.



Daryos se fue a supervisar las obras de las casas, y después debía encontrarse con su hermano y los demás. Yo me dirigía a casa de Lorna, tal como me había pedido el día anterior.

Mi amiga me dijo que, dado que los barogs estarían muy atareados, podría pasarme por su casa a charlar como en los viejos tiempos. Más tarde, iríamos a la posada a encontrarnos con las otras, pero le apetecía un rato a solas conmigo. Y francamente, a mí también.

Cuando trabajábamos como profesoras en la universidad, teníamos muchos de esos ratitos solas las dos, mano a mano, hablando de nuestras cosas. Comíamos juntas, nos tomábamos doscientos cafés juntas y cotilleábamos un montón. Ella me contaba todos los pormenores de su noche con Terry, y yo escuchaba y me reía, y a veces le hablaba de alguno de mis ligues, cuando los tenía.

Pero no solo conversábamos sobre eso. Nos gustaba preparar las clases juntas, o charlar sobre la evolución de los estudiantes, o comentar si este o aquel tal vez necesitaba ayuda porque parecía que tuviera problemas.

Lorna y yo habíamos sido uña y carne. Y pese a que era más de veinte años mayor que yo, en poco tiempo se había convertido en mi mejor amiga. Era buena persona, muy divertida y se tomaba la vida de un modo tan optimista y lúdico que compensaba mi lado más cínico y realista. Hacíamos un gran equipo.

Al llegar a la puerta de su casa, la encontré abierta de par en par. Benju, el león de Toruch, estaba tumbado cual largo era con la cabeza recostada sobre sus patas delanteras. Alzó la cabeza un instante cuando me vio y la dejó caer otra vez, emitiendo un suave gruñido. Parecía relajado o, más bien, aburrido.

Subí los escalones y llamé a Lorna desde la puerta, pero nada. Quizás estaba preparando unos zumos o lo que fuera, o terminándose de vestir. Así que decidí entrar. Total, ella me había invitado, y todos los machos estaban atareados con las obras o con el rey, que últimamente se había puesto en modo mandón, o sea, más que de costumbre.

Cuando alcancé el rellano, tropecé con una de las tiras de mi sandalia, así que me agaché para abrochármela. De pronto, la casa

entera se llenó de gemidos y rugidos a plena potencia. ¡Ups! Quizá no debería haber entrado. Acabé de atarme la sandalia y alcé la cabeza para levantarme.

Y entonces los vi, como un revoltijo de carne desnuda encima de los cojines de la sala, en el otro extremo de donde yo me encontraba petrificada. Ellos no parecían haberse dado cuenta de mi presencia.

La escena ante mí era ardiente y... confusa.

Los dedos de Lorna estaban... y el culo de Toruch se encontraba en... y su polla estaba... ¡y dioses, sus huevos! Por no hablar de una de las piernas de Lorna y... ¡La lengua de Toruch!

Apenas capté una imagen fugaz de la escena y ya me asaltaban los calores, aunque no acababa de entender dónde estaba cada cosa ni qué narices era esa postura.

Me di media vuelta y salí cagando leches de allí. Cuando saltaba el último escalón, escuché la voz de Lorna llamándome. Ni loca iba a entrar otra vez allí dentro hasta que terminasen... lo que fuera que estaban haciendo. ¡Eso era una nueva página del *Kamasutra*!

Al menos, Toruch permanecía en su forma humana. ¡Benditos fueran los dioses del manantial!

Apoyé la espalda en la pared al lado de Benju y me quedé allí, deseando no haber entrado. Si ya era difícil desprenderse de las imágenes de Lorna y Terry cuando mi amiga me contaba lo que hacían, ahora que la había visto en plena acción con el buenorro de Toruch, eso sería imposible.

Pasados un par de minutos o algo así, Toruch salió de la casa, transformado en barog. Me miró y me dedicó una sonrisa traviesa y satisfecha. Puse los ojos en blanco, y él soltó una carcajada y se alejó, seguido por su león.

—¡¡Callie!! —me llamó Lorna a grito pelado desde dentro. El chillido casi me perforó el tímpano.

Inspiré hondo y entré.

Me recibió despeinada, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa de oreja a oreja.

—Antes de que digas nada, te lo advierto, McPhee: no quiero que me cuentes nada de lo que acabo de ver.

—¡Ains, Calista! Ese hombre es un portento. Estábamos charlando tumbados en los almohadones, y le ha entrado tal arrebato de pasión que...

—¿Qué acabo de decirte? ¡No quiero saberlo!

—Mujer, qué mojigata te has vuelto. Verás, me ha propuesto que...

—¿Olvidas que os he pillado en plena faena? Y por si lo has olvidado, es un barog, no un hombre.

Agitó la mano como si espantara una mosca.

—¡Uf, Callie! Ni te imaginas lo apasionado que es.

—Te recuerdo que mi novio también es un barog.

—Ya, ya, pero mi Toruch...

—No me voy a librar de que me lo cuentes, ¿verdad?

Me ignoró por completo y empezó a hablar. Y pese a que no me apetecía en absoluto conocer los pormenores de su polvo, no pude evitar sonreír.

Aquello era como en los viejos tiempos. Lo había echado mucho de menos.



27 EL NIDO
JENNY

Cuando abrí los ojos, no tenía ni idea de dónde estaba. Me dolía todo el cuerpo, y un olor muy fuerte y nauseabundo se extendía por todas partes. Traté de moverme, pero, en un primer momento no lo conseguí. Había algo sobre mis piernas, algo que pesaba.

Al mirar hacia allí, casi me da un síncope. Dos polluellos enormes estaban sentados sobre mí, picoteando algo que había a un lado. Cuando uno de ellos estiró un gusano larguísimo, lo sorbió y se lo tragó entero, me entraron ganas de vomitar.

Probé a mover los brazos. No parecía que hubiera nada roto, así que traté de incorporarme. En cuando logré sentarme, se me cayó el alma a los pies. Me encontraba dentro de lo que parecía un nido gigantesco, con paredes de varios metros de alto, hechas de ramas apelotonadas y enredadas.

Aparte de los dos polluellos que tenía encima, había tres más junto a la pared del fondo, picoteando varios huesos amontonados en el suelo.

Y no eran huesos de ranas enanas, sino bastante grandes, de rinos, felinos o lo que fuese. Que solo acostumbraban a comer *nasra*, me había dicho Xerx... ¡Y un cuerno! Aquellas águilas parecían devoradoras compulsivas de carne.

Apoyé las manos con fuerza en el suelo, ignorando el dolor que me producía lo que fuera que se me clavaba en las palmas. Entonces, empecé a arrastrarme hacia atrás para intentar liberar mis piernas de las dos aves. Tras varios tirones, conseguí deslizarlas y sacarlas de debajo de sus cuerpos rechonchos.

Los pollos me lanzaron una única mirada, durante la cual contuve el aliento, y después siguieron escarbando en busca de las

lombrices o lo que fuese que su madre águila monstruosa hubiese cazado para ellos.

Recé por que no les hubiera traído *nasra* vivas. Si había alguna correteando por aquí, mi vida corría un serio peligro. Y los antídotos los tenía Xerx.

Empecé a temblar.

En cuanto estuve libre, retrocedí hasta que mi espalda chocó con la pared de ramas opuesta a donde estaban esos seres. Me permití suspirar un momento, aliviada.

Escruté todo el nido con la mirada, las paredes de ramas, los montículos de huesos, las cáscaras de frutos e insectos..., tratando de convencerme de que no había ni rastro de las ranas venenosas por ninguna parte. No obstante, aquello de poco me servía, puesto que sus facultades camaleónicas podrían ocultarlas a mi vista. Podría tener una ahora mismo al lado de mis manos y no lo sabría.

Me recorrieron varios escalofríos.

Sin embargo, la verdadera amenaza ahí dentro ahora mismo no eran las *nasra*, sino los cinco polluellos que me hacían compañía en el nido.

Por el momento, estaban entretenidos engullendo lombrices. Pero, cuando acabaran con ellas, ¿qué ocurriría si seguían teniendo hambre? ¿Se abalanzarían sobre mí con sus picos curvos y afilados, dispuestos a destriparme y repartirme entre todos ellos? ¿Me picotearían el hígado sin descanso para darse un festín conmigo?

Me asaltaron las arcadas.

Cerré los ojos durante unos segundos, apretando los párpados mientras intentaba sacudirme de encima la sensación de pánico que empezaba a apoderarse de mí.

Lo más importante era salir del nido de inmediato. Porque, si la madre de esas "dulces" criaturas, la que me había traído hasta allí, regresaba, estaría perdida.

Teniendo en cuenta que el tamaño de cada polluelo recién nacido era el doble que el mío, la madre era una verdadera bestia, un águila tan grande como un dinosaurio. Y a buen seguro que no tenía intenciones de ser amable conmigo. A fin de cuentas, había

chafado uno de sus huevos, y el hedor de ese líquido gelatinoso permanecía adherido a mi piel.

Tras comprobar que, milagrosamente, todavía llevaba el morral cruzado a la espalda, lo abrí y cogí la cantimplora de agua. Bebí un par de tragos, pues el calor y el terror me habían secado la boca, y después me eché un chorro en las manos para limpiarlas. No sabía si serviría de mucho, pero al menos eliminaría un poco el olor del huevo destrozado.

No comprendía por qué los huevos los ponían en esas grutas cuando los nidos estaban aquí arriba. Quizá los transportaban de un lugar a otro para que estuvieran más calientes y protegidos en los orificios de las paredes del desfiladero. Ahí arriba, entre las cimas, aunque para mí seguía haciendo mucho calor, corría de vez en cuando alguna ráfaga de viento más frío.

Además, pronto me di cuenta de que, sobre los nidos, volaban en círculos otras aves enormes, algo más estilizadas, que no parecían de la misma especie. Quizá las águilas protegían los huevos de ellas. Sinceramente, no tenía ningunas ganas de quedarme para averiguarlo.

Debía ponerme en marcha, no podía esperar a que Xerx me encontrara. No tenía ni idea de si sabía a dónde me había llevado el águila, ni si tendría un modo de llegar hasta aquí desde el desfiladero. ¿Habría algún sendero que subiera por la montaña?

Así pues, me puse manos a la obra. Lo peor que podía hacer era permitir que el miedo me paralizara.

Agarrándome a las ramas que parecían más robustas y firmes de la pared del nido, logré ponerme en pie. En cuanto lo hice, un dolor agudo tiró de mi abdomen. Bajé la vista para comprobar si estaba herida, y reprimí un grito cuando vi mi vestido desgarrado y empapado de sangre a la altura del estómago. Seguramente, me lo había causado el águila con sus garras cuando me había cazado. Me dolía y me escocía, pero no de un modo alarmante.

Flexioné un poco las rodillas para impulsarme y salté con todas mis fuerzas para tratar de ver por encima del muro, pero no lo logré; era demasiado alto. Debía encontrar una manera de asomarme al borde para valorar mis opciones y decidir por dónde

bajar de regreso al desfiladero, y así reencontrarme con Xerx. Mi barog debía de estar desesperado e intentando llegar hasta mí por todos los medios.

Eché un vistazo a todo lo que había en ese nido. ¿Qué podría utilizar para auparme?

Había huesos, restos de algo que prefería no saber, cáscaras... Cualquiera de los polluelos me habría servido para subirme en su lomo, pero esa no era una opción viable, salvo que quisiera que me arrancaran un pie. O peor aún: si hacía eso y me atacaban todos en tropel, estaba muerta. Y si aparecía su madre y se zampaba mi cabeza de un picotazo..., muerta también.

Descarté a los polluelos rápidamente y seguí mirando alrededor. Nada me era de utilidad. Había ramas por todas partes, pero nada sobre lo que pudiera subirme para alcanzar el borde. Ramas y más ramas.

Entonces, se me ocurrió una idea.

Si seleccionaba algunas de las ramas más grandes, quizá podría usarlas para construir una escalera. No sería fácil, pero, con un poco de suerte, lo lograría.

Empecé a moverme por el nido, arrancando del suelo y las paredes las ramas de aspecto más resistente y que estaban un poco sueltas. No era sencillo, puesto que la mayoría se incrustaban con fuerza en el entramado que formaba las paredes y apenas se movían cuando tiraba de ellas.

Al fin, logré reunir unas diez más o menos largas y gruesas, y fui metiéndolas escalonadas en una zona de la pared, formando peldaños rudimentarios desde algo más arriba del suelo hasta mi cabeza.

Tras colocar seis de ellas y comprobar su estabilidad, cogí las cuatro ramas que me quedaban y empecé a trepar. Pronto comprendí que aquello no sería tan sencillo, sobre todo, si tenía que acarrear las otras ramas para colocarlas en el trecho superior del nido hasta alcanzar el borde.

Volví a bajar y pensé en un modo de transportarlas que no me ocupara las manos ni entorpeciera mis movimientos. Lo único

que se me ocurrió fue desgarrar un pedazo de tela del bajo del vestido y hacer una especie de hatillo.

En cuanto acabé, me lo colgué a la espalda y empecé a trepar de nuevo, con cuidado de apoyar los pies un poco separados para no cargar todo mi peso sobre el mismo punto de la rama que me sostenía. Parecían robustas, pero no tenía ninguna garantía de que no fueran a partirse en cualquier momento.

Cuando al fin me encaramé a la sexta rama incrustada en la pared y afiancé los pies, los polluelos empezaron a graznar.

Cometí el error de mirar hacia abajo y casi me caí. Estaba ya a una altura más o menos equivalente a la mía, así que una caída desde ahí sería, como mínimo, dolorosa. ¡Eso si no me partía el cráneo!

Los cinco pollos se habían congregado debajo de mí, al pie de la "escalera", con las cabezas alzadas y los picos hacia el cielo.

Si me precipitaba sobre ellos, terminaría ensartada.

Intenté no pensar en ello y concentrarme solo en seguir ascendiendo. Siguieron graznando, como si estuvieran protestando, mientras yo rezaba a todos los dioses por que no estuvieran llamando a su madre en plan «¡Eh! ¡La comida trata de huir!».

Las manos me temblaban y el pánico empezaba a dominarme, y eso no era algo que pudiera permitirme.

Debía salir de ahí, encontrar a Xerx y, juntos, llegar al templo. La victoria de la aldea sobre los hermanos perdidos dependía de que nosotros avisáramos a Sulveh. Sin los guardianes del templo, las cosas serían mucho más difíciles. Así pues, debía largarme de ese maldito nido cuando antes.

Cuando un águila inmensa sobrevoló la zona a unos pocos metros por encima de mi cabeza, se me encogió el estómago. Me pegué a la pared todo cuanto pude y recé por que no fuera la madre. Cuando pasó de largo, solté de golpe todo el aire que estaba conteniendo en los pulmones y reanudé el trabajo.

Coloqué una tras otra las cuatro ramas que me quedaban, extrayéndolas una a una del hatillo mientras subía, hasta que, al fin, llegué al borde del nido.

Y cuando me asomé, se me cayó el alma a los pies.

Cientos de nidos como ese se extendían por todas partes a mi alrededor, cada uno sobre un pico. Era imposible que Xerx me encontrara en ese bosque de cimas, ramas y polluelos.

Pero eso no era lo peor.

Al mirar hacia abajo, mi estómago se convirtió en una bola de plomo. Yo no podría bajar por ahí. ¡Imposible! La pendiente era casi vertical y no había nada donde poder agarrarme para deslizarme hasta abajo.

Estaba atrapada, y solo un milagro podría sacarme de ahí. Aun así, me tragué el miedo y volví a asomarme al vacío, intentando localizar alguna vía de escape. Mucho más abajo del nido, parecía discurrir un sendero entre las montañas, como un hilillo serpenteante. El problema sería llegar hasta ahí.

De pronto, vi algo. Cuando agucé la vista, el corazón me dio un vuelco.

Pegado a la pendiente escarpada, agarrado a unos salientes de roca, había un barog enorme. Su larga melena oscura ondeaba al viento, con los reflejos rojizos brillando bajo los rayos del sol.

Xerx venía a por mí.

Ni siquiera sabía cómo, entre todos los picos y nidos, había logrado localizarme. Pero ahí estaba, a varios metros de distancia, con una larga escalada por delante. Trepaba con agilidad como si estuviera acostumbrado a ello.

Nuestras miradas se cruzaron y movió los labios como si me gritara algo. No oí ni una palabra. Estábamos todavía muy lejos el uno del otro, y el rugido del viento y los graznidos de las águilas enmascaraban cualquier otro sonido.

Me limité a asentir, para que entendiera que estaba preparada para cuando llegara, y trepé hasta sentarme en el borde. Por un instante, el vértigo se apoderó de mí, pero introduje los dedos entre las ramas y me agarré con fuerza.

Dentro del nido, los polluelos volvieron a graznar con insistencia.

Y esta vez, el águila que vino directa hacia nosotros sí era su madre.



28 LAS MADRIGUERAS

Las madrigueras de las aninfs, Nemea, en la actualidad
Ux

El plan completo había salido según lo previsto. Tras perseguir un rato a los inferiores por la selva sin éxito, los guardianes habían dado media vuelta, de regreso al templo. A esas alturas ya habrían encontrado los cuerpos inertes de los tres ancianos y se habrían dado cuenta de la desaparición del cuarto. Ahora solo faltaba saber si la última parte de la treta de Ux funcionaría, o sea, si, una vez organizados, acudirían al rescate de Ooris.

Para los guardianes, el cometido más importante de su existencia era proteger el templo y a los líderes espirituales de toda la especie. No había nada por encima de eso. Por lo tanto, cuando Cyrus pidiera ayuda para proteger la aldea, nadie acudiría. A diferencia de lo que ocurrió en la primera Gran Guerra, el rey y sus guerreros estarían solos contra los hermanos perdidos. Y eso determinaría el desenlace del enfrentamiento.

Ya se ponía el sol cuando Ux, Lorish y los otros diez barogs que los habían acompañado se reencontraron en el punto acordado de la jungla con los inferiores, liderados por dos barogs perdidos. Estos habían logrado enmascarar su rastro y perder de vista a los guardianes, que, probablemente, tendrían órdenes de no alejarse nunca demasiado del templo, para no dejarlo indefenso. Poco después, se habían reagrupado con el resto de las hordas de hermanos perdidos.

Ahora, todas las fuerzas de Ux marchaban hacia las madrigueras de las *aninfs*, el último paso antes de iniciar el viaje hacia la aldea.

—Ya casi hemos llegado —murmuró Ux.

—¿Pretendes que las *aninfs* se unan a tu ejército, Uxuer? Pierdes el tiempo —dijo Ooris, obviando el machete que Lorish seguía apuntando hacia él, aunque ahora no tan cerca de su garganta como antes.

—Eso ya lo veremos, anciano —murmuró el líder.

Su melena azabache se agitaba sobre sus poderosos hombros y su espalda musculosa con cada paso que daba. Los collares de cuentas negras y blancas tintineaban sobre su pecho. Tenía los ojos celestes, brillantes e inteligentes, clavados en el sendero ante él. Las motas de ónice parecían haberse multiplicado dentro de sus iris, y la cicatriz que le recorría el rostro desde la ceja hasta el pómulo resplandecía bajo los últimos vestigios de luz. Una cicatriz, regalo de la guerra, que le confería un aspecto aún más temible.

Y esa otra en forma de espiral sagrada sobre el pectoral… Ooris no pudo evitar contemplarla durante unos instantes.

—Por mucho que algunas *aninfs* convivan con vosotros en el pantano, esos seres jamás han escogido bando. Y, aunque lo hicieran, no serían capaces de seguir órdenes ni organizarse en una guerra. Os entorpecerían más que cualquier otra cosa —dijo Ooris con su voz serena y profunda. Una voz de encantador de serpientes.

—Tal vez, no te lo discutiré. Pero seguro que, lanzadas sobre la aldea en el momento oportuno, podrían sembrar el caos y la confusión necesarios para ganar. Nos vendrían muy bien.

—Juegas con fuego, Uxuer. Que forniquéis con sus hembras, tanto vosotros como los barogs de la aldea, no os otorga, ni a unos ni a otros, poder sobre ellas. Vas a desestabilizar el equilibrio de Nemea —dijo el anciano con contundencia, pero sin perder la compostura—. Las *aninfs* fueron una gran civilización en otro tiempo, pero se desviaron y embrutecieron, y lo pagaron caro. Ahora, no son más que animales que disfrutan de los placeres que les ofrece el planeta.

—Puede que la mayoría de ellas sean así. Pero sabes tan bien como yo que se han dado varios casos de *aninfs* inteligentes, capaces de mucho más que cazar, comer, tumbarse a la sombra de las palmeras... y follar con nosotros.

—Eso no son más que delirios, Uxuer. Si confías en que esas bestias infrahumanas inclinen la balanza en tu favor, es que vas a la desesperada. Jugar esa baza puede girarse en tu contra.

Ux chasqueó la lengua y apretó la mandíbula. Ralentizó el paso para situarse a la altura de Ooris.

—Veo que tus conocimientos en la materia son bastante más pobres que los míos. Permanecer todo el tiempo encerrados en el templo os priva de enteraros de muchas cosas. Deberíais salir más a menudo a tomar el aire.

—¿Acaso te crees más sabio que los ancianos?

—Por los dioses del manantial, ¡ni se me pasaría por la cabeza! —escupió Ux con sarcasmo—. Solo sé que, en nuestro asentamiento de los pantanos, había una *aninf* lo bastante astuta como para intentar liberar a las descendientes cautivas. Y no solo eso. Las ha ayudado durante diez años en asuntos que ni siquiera podrías imaginar. Así que ya ves, Ooris, parece que sé bastante más de esos seres que tú, el gran anciano todopoderoso.

—Puede que algunas, muy pocas, conserven el intelecto de sus antecesoras, esas que habitaron Nemea hace millones de años y que, un buen día, desaparecieron. Pero no te engañes: son inestables e impredecibles. Si confías en ellas para ganar la guerra, yo de ti me iría olvidando del trono.

—Tu preocupación me llega al corazón, Ooris —dijo Ux teatralmente, colocándose una mano sobre el pecho, justo sobre la espiral.

—Me preocupa que acabes arrasando con todo nuestro pueblo, Uxuer. Te lo repito, estás jugando con fuego. Cyrus es un rey distinto a cualquier otro y no va a rendirse ante nada, de ningún modo. Y tiene el apoyo del príncipe, un gran guerrero con un corazón noble y valiente, y de todos sus amigos. No estás calibrando bien esta batalla.

Ux se detuvo ante Ooris y le lanzó una mirada implacable que haría temblar a la mayoría. El anciano, sin embargo, no retrocedió ni un centímetro. Había lidiado con monstruos mucho peores que ese.

—No te he pedido tu consejo, anciano. Y ya que te has metido donde no te llaman, te diré que no tienes ni idea de lo que

son capaces mis barogs perdidos y mis inferiores. No dudo de que los guerreros de Cyrus sean valientes y buenos luchadores, me consta que así es. Pero nosotros vamos a por todas. No tenemos nada que perder y mucho que ganar. Y esa es la mayor fuerza que lleva a un bando a vencer.

—¿Y si te has equivocado?

Ux continuó caminando y aceleró el ritmo para alejarse unos pasos de Ooris. Como siguiera hablándole así, acabaría por desgarrarle la garganta allí mismo. Y eso no podía ocurrir antes de que lo hubiese interrogado. Necesitaba extraer de esa escoria toda la información que fuese posible. Hasta la última gota.

—No lo creo.

—¿Y si los guardianes acuden a la aldea para ayudar al rey?

—Eso no va a pasar. Cuando se den cuenta de que no estás en el templo, iniciarán la búsqueda. Nuestro rastro los llevará a las profundidades de la jungla, en dirección opuesta a la aldea. Para cuando se den cuenta de que todo forma parte de un plan, ya será demasiado tarde. No llegarán a tiempo de socorrer a Cyrus y los demás.

—Ya veo que lo tienes todo pensado.

—He tenido diez largos años para perfeccionar mi estrategia. Lo creas o no, estamos bien preparados. No somos una panda de salvajes inútiles, por mucho que tú lo pienses.

—Nunca he afirmado tal cosa, Uxuer.

Ux hizo un gesto de desprecio. Estaba harto de escuchar al anciano. Trató de autoconvencerse de que le importaba una mierda lo que Ooris o cualquier otro pensara de él. Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, la necesidad de que reconocieran de una vez por todas su valor hacía mella en él.

Les demostraría a todos de lo que era capaz. Se arrepentirían de haberlo maltratado y despreciado. Nadie volvería a reírse de él.

Ooris ocultó bien su angustia. Sabía que la primera reacción de los guardianes sería lanzarse hacia la selva para encontrarlo y liberarlo, costara lo que costase. Solo esperaba que reflexionaran y sopesaran lo que era mejor para su especie. Desconocía cuándo

pensaba el rey enviar a alguien al templo para pedir ayuda, pero si llegaba uno de sus barogs y encontraba el templo vacío…

Pese a que los ancianos les habían dicho que, debido a su rebeldía, estarían solos en la guerra y que no contaran con sus guardianes, Ooris no dudaba que el rey encontraría la manera de llegar hasta ellos y conseguir su ayuda. Quizás a través de Sulveh, el guardián que más lazos había tenido con los reyes anteriores.

Además, los guardianes tenían voluntad propia y, llegado el momento, a buen seguro, acudirían a la aldea, incluso aunque ellos se lo hubiesen prohibido. Alguien como Sulveh no iba a quedarse de brazos cruzados mientras sus antiguos amigos y compañeros eran masacrados.

Eso no iba a suceder.

El anciano había visto en los ojos de Cyrus una determinación, una furia, que hacía milenios que no veía en los de ninguno de sus predecesores. Drashir había sido un gran rey, pero Tatiana fue siempre su talón de Aquiles y lo había debilitado. No como esa descendiente, Tina. La nueva reina potenciaba la fiereza de su barog, no la retenía.

Puede que Cyrus se convirtiera en uno de los reyes más grandes de la historia de Nemea. Eso… si ganaba la segunda Gran Guerra.

No es que el rey y sus fuerzas no pudieran vencer por sí solos; pero, sin los guardianes, lo tendrían muchísimo más difícil, y las bajas serían más numerosas. Y eso, en un pueblo no muy extenso, con un proceso complicado de procreación y pocos nacimientos, era una gran amenaza para la supervivencia de la especie.

No podían perder. Si lo hacían y Ux subía al trono, significaría el fin de su especie, la degradación más absoluta, el inicio de una época de oscuridad. Los hijos de Drashir debían vencer a toda costa.

Los hermanos perdidos, con Ux a la cabeza y Lorish apuntando a Ooris con su machete, siguieron avanzando un largo trecho más hasta que, al fin, avistaron las madrigueras.

Grandes agujeros se abrían en las suaves colinas que poblaban toda esa zona. Allí vivían las *aninfs* macho y hembra que

no habitaban en los pantanos o correteaban por los alrededores de la aldea, mendigando un poco de atención de los barogs.

En cuanto varias de ellas empezaron a surgir de detrás de los helechos o a emerger de las aperturas de sus madrigueras, Ux le hizo un gesto a Lorish para que vigilara a Ooris y no se alejara de él bajo ningún concepto.

El segundo al mando cogió el extremo de la cuerda que ataba las manos de aspecto humano del anciano y tiró de él para guiarlo, mientras en la otra mano seguía sujetando el machete en alto.

Las *aninfs* se fueron congregando a su alrededor, observándolos con sus enormes ojos plateados. Emitían esos extraños sonidos, similares a gruñidos. Las largas melenas enmarañadas de las hembras rozaban el suelo, mientras que los machos tenían el pelo muy corto y tupido. Los cuerpos de ambos estaban recubiertos de un vello que parecía terciopelo, aunque mucho más áspero. Sus colas eran más cortas y gruesas que las de los barogs, y parecidas a las de los inferiores.

Continuaron caminando, bajo las miradas ausentes de esos seres, hasta que acamparon en el claro frente a las madrigueras, a orillas de un estanque de aguas turbias y verdosas.

Pronto varias *aninfs* se les acercaron para ofrecerles fruta y agua, o simplemente para contemplarlos. Siempre habían sentido fascinación por los corpulentos barogs.

Una vez instalados, los hermanos perdidos ocupaban casi todo el claro. Ux y Lorish se refrescaron en el estanque y se sentaron a comer lo que llevaban en sus zurrones y la fruta que acababan de traerles.

Las *aninfs* solían trepar a las copas de los árboles más altos y las palmeras, gracias a la gran destreza y agilidad de sus cuerpos, fuertes y estilizados, y recogían frutas exóticas que solo crecían ahí arriba, en el dosel de la selva. Tenían un sabor fuerte y peculiar, extremadamente dulce, dado que maduraban bajo la incidencia de los rayos directos del sol.

Ux era muy consciente de cómo debía proceder con esos seres. Primero, debían mostrar a las *aninfs* que no eran una amenaza para ellas. Y cuando se acostumbraran a su presencia,

hablarían con ellas para reclutarlas. Nunca se había intentado algo así, y apostaba a que no sería una tarea fácil.

Ooris permanecía sentado en silencio al lado de Ux, comiendo las bayas y carne seca que Lorish le había puesto delante. Tenía la túnica manchada de suciedad y sangre, y el rostro empapado en sudor. Seguía en su forma humana, pues el líder no le permitía convertirse.

Ux rebañó una pata de lagarto, devoró una baya púrpura de un bocado y lo bajó todo con varios sorbos de agua.

Entonces, se giró a mirar a Ooris directamente a los ojos.

—Estoy dudando entre matarte ahora mismo o dejarte con vida un poco más. Es un gran dilema.

—Mantenerme con vida sería más beneficioso para ti —dijo Ooris sin mostrar una pizca de miedo—. Podrías usarme como rehén y amenazarlos con matarme, o incluso utilizarme como escudo humano.

—No me convences. Tengo todo un ejército de barogs e inferiores bien entrenados. Lo que me ofreces no me aporta nada, sobre todo, porque creo que al rey Cyrus no le preocuparía demasiado tu seguridad, considerando que su aldea entera estaría bajo ataque. Además, los rumores dicen que no es que tenga a los ancianos en gran estima.

Se observaron fijamente, en un duelo de miradas.

—¿Y si te contara algo interesante, a cambio de que me mantuvieras con vida? —dijo de pronto Ooris, centrando toda su atención en un pedazo de piña, que engulló en cuestión de segundos.

—Podría torturarte, obtener a la fuerza esa información y después matarte.

El anciano escrutó el rostro de Ux, cuidándose mucho de no manifestar su desprecio.

—Podrías intentarlo, por supuesto. Pero aguanto bien el dolor, y jamás sabrías si te lo conté todo. Podría revelarte muchas cosas… y ocultarte lo más importante. En cambio, si juras por los dioses mantenerme con vida, yo juraría compartir contigo la información que más te interesaría; la más valiosa para ti.

—Tendría que valorar si esa información merece tanto la pena como para dejarte con vida. Y te confieso que he tenido espías en la aldea desde hace mucho tiempo. Sé todo lo que hay que saber.

«Oh, pero *esto* no lo sabes, Uxuer», pensó Ooris, sintiendo de pronto el peso de los siglos sobre sus hombros como jamás lo había sentido. De los siglos… y de los secretos.

El anciano desvió la mirada hacia el cielo y bebió un sorbo de agua despacio. Parecía sopesar si era mejor seguir callando... o contarle la verdad a Ux. Las consecuencias de una u otra decisión serían impredecibles, era muy consciente de ello. No obstante, algo le decía que había llegado la hora de aligerar esa carga, de liberar el secreto mejor guardado.

Un secreto que podría cambiarlo todo.

No creía que Ux lo matara, le dijera algo de su interés o no. Porque Uxuer no era tonto, y disponer de un rehén tan importante del otro bando podría suponer perder o ganar, vivir o morir, por mucho que dijese lo contrario. Era una baza demasiado importante para perderla.

Así que rezó a los dioses para que lo mantuviera con vida el tiempo suficiente para ver el desenlace de esa nueva guerra. Y por el bien de su especie, esperaba que Cyrus venciera. Si no, que los dioses se apiadaran de ellos porque todo estaría perdido, y la civilización que surgiera después no sería más que una sombra marchita de lo que una vez fue su especie, de su grandeza.

—Hay algo que no sabes. Algo que ni siquiera sospechas y que se ha mantenido en secreto durante treinta años.

Ux achicó los ojos y el ónice dominó su mirada, hermosa y siniestra al mismo tiempo. Observó a Ooris como si tratara de dilucidar la verdad o la mentira en sus palabras.

—No intentes manipularme, anciano. Si tengo la impresión de que lo haces, te mataré tan rápido que ni siquiera te darás cuenta.

—Te aseguro que te estoy diciendo la verdad. Pero si te lo revelo, debes jurarme por los dioses que me permitirás vivir al menos hasta que acabe la guerra. Me gustaría saber a dónde nos llevará todo esto.

—Mmmm, ya veo. Así que conoces un secreto de hace treinta años que crees que puede interesarme.

—No lo creo, lo sé.

—Dime quién conoce ese secreto y valoraré si acepto el trato.

Ooris sopesó sus opciones. Sabía que ya estaba muerto, que Ux lo mataría. La única duda era cuándo. La única opción era intentar aplazar ese momento. Quizás, de ese modo, aún pudiera ayudar al rey y a su pueblo una última vez. Porque eso era lo que había hecho durante toda su existencia, por mucho que, a veces, los barogs no comprendieran los métodos de los ancianos.

Absolutamente todo lo habían hecho por el bien y la supervivencia de la especie. No importaba nada más que eso. Y puede que se hubieran equivocado, o que sus métodos los hubiesen alejado de su pueblo. Pero siempre lo habían hecho con buenas intenciones, creyendo que hacían lo mejor para ellos.

—Solo dos personas conocían ese secreto, Uxuer. Una está muerta; la otra soy yo. Y ninguno de los dos lo revelamos a nadie jamás.

Ux se inclinó un poco hacia delante, achicando los ojos. La curiosidad hizo mella en él.

—¿Quién era esa persona? —preguntó con suspicacia.

Ooris rogó en silencio que ella lo perdonara por lo que estaba a punto de hacer y que tratara de comprenderlo.

—La conocías muy bien. Era la reina Tatiana.

Ux palideció y el ónice ensombreció el azul de sus ojos.

Con un gesto seco de la barbilla, les pidió a todos que se alejaran. Después, le indicó a Ooris que hablara. El anciano suspiró y se lo contó todo.

Y que los dioses y Tatiana lo perdonaran por ello.



29 AMOR
JENNY

El vuelo rasante del águila, con el pico preparado para atacar, pasó tan cerca de mi cabeza que me hizo perder el equilibrio. Caí hacia atrás, dentro del nido de nuevo. Por suerte o por desgracia, reboté sobre uno de los polluelos, y eso amortiguó mi caída. Si no, no sé lo que habría ocurrido.

Aun así, el dolor que sentí cuando mis huesos chocaron con el fondo fue paralizante. Por un segundo, pensé que me había roto la columna. El golpe me dejó sin respiración y me clavé algo en el muslo.

Los polluelos piaban como desesperados en mi dirección mientras yo me examinaba el cuerpo. Una rama se me había clavado por detrás del muslo, pero se había partido y no quedaban restos dentro, al menos a simple vista. Aun así, sangraba bastante y me ardía.

Mientras el águila graznaba a un volumen ensordecedor y batía las alas con fuerza sobre el nido, me las arreglé para atarme alrededor de la herida la tela que había usado para el hatillo. Gracias a los dioses, la hemorragia no era tan abundante como segundos antes. Aparté la mirada y me concentré en ponerme en pie. Ya me preocuparía más tarde.

Me crujieron varios huesos y el dolor en el costado me hizo intuir que, posiblemente, me había fisurado una costilla... o varias. Pero eso no me detuvo, porque el águila estaba cada vez más enfadada y más cerca.

Cuando al fin logré incorporarme por completo y comprobé que las piernas me aguantaban bien, retrocedí de nuevo hacia las ramas, donde me esperaba la escalera improvisada.

Durante un instante, el águila se aproximó tanto a mí que sentí su aliento sobre el rostro y su tremendo graznido me hizo temblar de la cabeza a los pies. Me aplasté contra la pared del nido, como si de ese modo pudiera volverme invisible.

Entonces, escuché la voz de mi barog, entrecortada por las corrientes de aire, pero lo bastante fuerte y clara de todos modos:

—¡Estoy cerca, Jen! ¡Aguanta!

Asentí, aunque él no pudiera verme.

Al segundo, el águila perdió el interés por mí, se posó en el filo y empezó a escrutar lo que había abajo. Cuando localizó a Xerx, saltó del nido en picado y desapareció de mi vista. Escuché la vibración del aire bajo el fuerte vaivén de sus alas y el sonido de piedras rodando.

Necesitaba mirar. Si el águila le estaba atacando, debía acudir en su ayuda. Pero ¿cómo? ¿Qué podría hacer yo, una humana debilucha en un mundo de fieras titánicas?

Sin perder el tiempo, empecé a trepar de nuevo rama a rama, con más dificultad que la primera vez que lo había hecho. Sentía todo el cuerpo machacado, en especial el muslo herido, que me quemaba como una antorcha.

No quería ni pensar en las infecciones que podría desarrollar esa herida. El nido estaba repleto de animales en descomposición, excrementos y muchas cosas más. Me convencí a mí misma de que, sucediera lo que sucediese, Xioh podría curarme. Pero, antes, debíamos escapar de esa pesadilla.

Cuando al fin superé el último peldaño y me arrastré sobre el borde del nido, apenas tuve tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo tan solo tres o cuatro metros más abajo.

Xerx se agarraba con una mano y los pies a la montaña vertical, mientras el águila embestía contra él una y otra vez, enfurecida y cegada por el instinto de protección de sus polluelos.

Con la mano libre, mi barog empuñaba el machete. Esquivaba el pico letal de la bestia alada cada vez que ella trataba de alcanzarlo y la golpeaba sin tregua. La lucha era encarnizada, y los sonidos que proferían ambos, espeluznantes.

Era una batalla de titanes.

Xerx rugía con cada machetazo que propinaba, y el águila graznaba cada vez que atacaba. No parecía que ninguno de los dos tuviese una ventaja considerable.

—¡Prepárate, Jen!

¿Prepararme? ¿Para qué? ¿Qué demonios esperaba que hiciera?

—¿Cómo puedo ayudar?

Tuve la sensación de que Xerx ni siquiera me había oído. Estaba totalmente concentrado en esquivar las estocadas de la *Manu nui.*

Entonces, se me ocurrió algo. Bajé de nuevo al nido y reuní las cosas más grandes y pesadas. Un par de ramas, un mango enorme y medio comido, una piedra que seguramente era otra cosa...

Desgarré otro trozo de mi vestido, lo envolví todo junto y me lo puse bajo el brazo, dispuesta a trepar de nuevo.

Cuando volví a asomarme, por un momento entré en pánico. Xerx y el águila habían desaparecido de mi vista. Pronto descubrí que se habían desplazado al otro lado y ahora peleaban un poco más arriba, a tan solo un par de metros del nido.

Me arrodillé en el borde, ignorando el dolor lacerante que las puntas de las ramas me provocaban en las rodillas, y abrí la tela. Y sin pensármelo dos veces, empecé a lanzar contra el águila uno a uno todos los objetos que había ido reuniendo.

El monstruo chilló y se balanceó de un modo extraño cuando le acerté en las alas. No conseguí demasiado, pero le proporcioné a mi barog un respiro de unos segundos para reponer fuerzas.

Antes de que el águila atacara de nuevo, enfundó el machete y extendió las garras al máximo. Cuando el ave gigante se aproximó, confiada en que el barog ya no blandía el arma, Xerx le asestó un fuerte zarpazo en el pecho emplumado que me dolió hasta a mí. La sangre brotó enseguida de las heridas y el águila aulló como una condenada.

El sonido fue acompañado del piar frenético de los cinco polluelos que aguardaban en el nido.

—¡Cuando te avise, salta, Jen! —gritó.

«¿Que... qué?».

—¿Te has vuelto loco?

—¡Salta hacia mí, yo te atraparé!

—¡Me caeré! ¡Y si logras cogerme, nos mataremos!

—¡Confía en mí, Jen!

Eso no era confiar, ¡era un maldito acto de fe ciega! Por otro lado, tampoco es que tuviéramos muchas alternativas. Aquí no podía venir un helicóptero a rescatarme, y yo sola jamás sería capaz de bajar. Estaba en la cima de una maldita montaña, y si intentaba descender por mí misma, me haría papilla. Fin de la historia.

Yo no estaba equipada con garras como mi barog, ni con una musculatura de hierro, ni con años de experiencia en la selva. Así pues, no me quedaba otro remedio que confiar en él... y rezar a los dioses del manantial para que fuera una idea mucho mejor de lo que parecía.

Tragué saliva mientras una ráfaga de viento furiosa me revolvía el cabello y hacía peligrar mi precario equilibrio. Las corrientes de aire eran impactantes ahí arriba.

—¡Lánzale un último objeto!

Mierda, no había cogido nada más. Miré a derecha e izquierda. Nada. Solo había una opción.

Me llevé el zurrón hacia delante, lo abrí y cogí una de las dos cantimploras, la más llena y pesada. Eso tendría que bastar. La alcé en lo alto de mi cabeza y miré hacia abajo.

—¡Lanza, Jen!

Con todas mis fuerzas, dejé caer la cantimplora sobre el águila. Recé para darle a ella y no a Xerx.

Aunque apunté a la cabeza, le di de lleno en un ala. Bueno, eso también serviría. El ave se desequilibró durante unos segundos, suficientes para que Xerx le asestara otro zarpazo en el pecho, esta vez más arriba, en la unión con el cuello.

La sangre brotó a chorro y manchó a mi barog.

Entonces, miró hacia arriba y extendió un brazo cuan largo era.

—¡Ahora, Jen! ¡¡Salta!!

Y sin darme tiempo a reflexionar en la locura que estaba a punto de hacer, salté.

Cuando pasé a su altura, él me atrapó al vuelo y me pegó enseguida a su cuerpo. El impacto con su brazo me hizo ver las estrellas, pero al menos no me despeñé. ¡Fue un maldito milagro! Aunque todavía no estábamos a salvo ni de lejos.

Con un movimiento rápido y hábil, me colocó a su espalda mientras el águila empezaba a espabilarse de nuevo. ¡Era incansable!

—¡Agárrate con fuerza a mi cuello! Cierra los ojos y, pase lo que pase, no te sueltes.

Obedecí sin rechistar. Estaba tan aterrada que apenas podía pensar.

El águila embistió, pero Xerx se deslizó pendiente abajo, varios metros de golpe, hasta que volvimos a frenar en seco. El estómago se me subió a la garganta y me mareé. Apenas fui consciente del chillido que proferí.

Entreabrí los párpados, incapaz de no mirar lo que estaba ocurriendo, y vi que la *Manu nui* batía las alas de vuelta al nido con sus polluelos. Parecía que, al fin, se había dado por vencida y abandonaba el enfrentamiento.

Suspiré aliviada.

Sin embargo, todavía nos quedaba un buen trecho antes de poder afirmar que estábamos a salvo.

Xerx se desplazaba por la pendiente vertical, agarrándose a las rocas hábilmente con las manos y los pies, clavando las garras aquí y allá, y ayudándose de la cola para mantener el equilibrio, enroscándose en alguna rama. Sus movimientos, propios de una bestia habituada a ese tipo de acrobacias, eran impresionantes.

Lo había visto trepar a árboles, subirse a techumbres, correr por la selva, luchar contra los hermanos perdidos..., pero aquello lo superaba todo.

Mi barog era un espectáculo.

Pensar que ese ser medio humano, medio animal, capaz de derrapar por la pared de roca de ese modo, era mi destino y se convertiría en mi pareja para siempre, me llenaba de orgullo... y de

temor. Iba a unirme a un ser extraordinario, pero que nada tenía que ver con los hombres. Ni siquiera su mitad humana era realmente *solo* humana. Xerx era muchísimo más.

Y aunque seguía muerta de miedo, ver de lo que era capaz me fascinó por completo.

Porque puede que ese planeta fuera peligroso y letal, y que acecharan amenazas horribles en cada recodo. Pero tenía a mi lado a un macho fuerte y valiente, alguien capaz de cualquier cosa por protegerme. Aprendería de él todo lo posible y, allí donde mi cuerpo tuviera sus limitaciones, él me ayudaría.

Mientras seguía saltando de un extremo a otro sobre piedras, tierra y árboles retorcidos, me agarré más fuerte a su cuello con los brazos y a su cintura con las piernas, e hice lo que él me había pedido: confié por completo en mi barog.

Poco a poco, la pendiente se suavizó, no demasiado, pero lo suficiente para que no estuviera a punto de desmayarme por el vértigo a cada paso, y empezamos la aproximación al desfiladero.

Ralentizó el ritmo hasta que, al fin, con el último salto, llegamos al sendero.

Me depositó en el suelo con cuidado y, sin mediar palabra, me ofreció su cantimplora. La acepté sin rechistar y, tras varios sorbos, se la devolví. Él bebió también y volvió a guardarla.

—¿Estás bien, Jen? —me preguntó, examinando todos mis moretones y rasguños.

Se demoró un poco en los arañazos del abdomen, causados por las garras del águila, y gruñó. Por su expresión compungida, parecía que le dolieran más que a mí.

—Estos de aquí son feos, pero poco profundos. Habrá que desinfectarlos bien.

Cuando llegó al muslo, bajó la tela que actuaba como venda y me dio la vuelta para revisar bien la herida.

—Estoy bien, no te preocupes. Esa es la más aparatosa. Tendrá que curármela tu hermano cuando estemos en la aldea.

Me di la vuelta y me encontré con su mirada angustiada.

—Cuando salgamos del desfiladero, buscaremos un río o lago en el que lavar bien esa herida. Podría infectarse.

—Lo sé. Al menos, parece que no han quedado astillas dentro.

—Te la examinaré para asegurarnos. Yo no tengo los conocimientos de sanador de mi hermano, pero me enseñó lo básico. Y sé que lo más importante es que no se haya quedado nada en el interior de la herida.

Aunque yo también sabía eso desde que era una mocosa, me limité a asentir.

—Has traído una muda de vestido, ¿verdad?

—Sí, está en mi zurrón —dije, acordándome de pronto del vestido extra que había metido allí en el último momento antes de marcharnos de la aldea.

—Bien. Nos lavaremos y podrás cambiarte. Y también comeremos algo. Pero mejor una vez estemos a cubierto en la selva. No me gustaría vérmelas de nuevo con uno de esos bichos enormes.

Nos quedamos durante unos minutos en silencio, sudorosos y jadeantes, cada uno con la espalda apoyada en una de las paredes de piedra que flanqueaban el sendero.

Estábamos ahí, sanos y salvos, y apenas podía creerlo. Había sido un maldito milagro que hubiésemos sobrevivido.

—¿Cómo me has encontrado? —dije con un hilo de voz. Pese a que acababa de beber, tenía la garganta reseca y cerrada.

—Seguí tu aroma, Jen. Te encontraría en cualquier parte. Siempre te encontraré. —Sus iris oscuros brillaron, rodeados por un intenso fuego naranja.

Sin mediar palabra, me despegué de la pared, avancé hacia él y lo abracé con fuerza. De inmediato, él me rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla en mi coronilla. Su respiración agitada se fue calmando despacio, hasta que su enorme pecho recuperó su ritmo normal de subir y bajar.

Me sentía tan agotada que no estaba segura de poder dar un solo paso más.

Él me sujetó todo el rato que quise, hasta que me enderecé y lo miré a los ojos.

—Gracias, Xerx. Me has salvado.

—Siempre, Jen.

—No creí que fuera a salir de ese nido. Estamos aquí y ni siquiera estoy segura de cómo lo hemos conseguido.

—Porque confiaste en mí, amor. Por eso lo hemos logrado. —Esbozó una sonrisa tan amplia y sincera que me estremecí entre sus brazos.

—Siempre confiaré en ti, Xerx. Pero hemos sobrevivido porque eres increíble.

Su pecho se hinchó un poco más.

—Si tú lo dices... —dijo con timidez. Pero había orgullo masculino en su mirada.

—Sí, lo digo yo. Eres magnífico..., *amor*.

En cuanto la palabra salió de mis labios, tembló de la cabeza a los pies. Su emoción me golpeó como una oleada rugiente. Sus ojos se empañaron de lágrimas.

Se inclinó sobre mí y me besó con tanta dulzura que me fallaron las piernas. Suerte que él me sujetaba con fuerza por la cintura.

Cuando nos separamos, apoyó la frente sobre la mía unos segundos mientras ambos sonreíamos. Estábamos exhaustos, pero felices.

—Fuiste muy valiente, Jen. Ya sabía que lo eras, pero… estoy impresionado. Cualquiera hubiera entrado en pánico —dijo en un murmullo. Sus ojos resplandecían de un modo muy especial.

—Créeme, estuve a punto de hacerlo —confesé con una sonrisa.

—Pero te las arreglaste para trepar hasta el borde de ese nido gigantesco, incluso estando herida. —Subió la mano hasta mi rostro y me acarició el pómulo—. No hay duda: juntos, somos invencibles.

Sus palabras de reconocimiento me calaron muy hondo.

Tras descansar unos minutos más, al fin reemprendimos la marcha. La buena noticia era que la aventura nos había hecho ahorrarnos un trecho del camino, lo que compensaba un poco el tiempo perdido por el "pequeño" desvío. Aun así, nos había retrasado unas horas.

Itzaar nos alcanzó al cabo de una media hora. Si no fuera imposible, aseguraría que exhaló un suspiro de alivio.

Debatimos sobre por qué las águilas guardaban sus huevos en las grietas de los muros del desfiladero, para luego acarrearlos hasta los nidos. Era un completo enigma que, al parecer, el padre de Xerx no le había mencionado. ¿Qué otros misterios descubriríamos a lo largo de nuestra larga existencia?

Y así, los tres seguimos avanzando hasta que el desfiladero llegó a su fin y nos adentramos de nuevo en la selva.

Directos hacia el templo.

Recé para que no nos aguardaran más sorpresas.

30 IMPULSO

El palacio, la aldea, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Todavía no había amanecido cuando la reina abrió los ojos de golpe. Las pesadillas habían dominado sus sueños, como llevaba días ocurriendo, y tenía la piel sudorosa.

Drashir dormía plácidamente a su lado, con un brazo en torno a su cintura y la cola enredada en sus piernas. Habían estado haciendo el amor sin descanso cada día de las últimas dos semanas. Su barog estaba satisfecho y feliz, y no sospechaba nada en absoluto. Ella, sin embargo, no podía quitarse su traición de la cabeza… ni a Ux.

Dos semanas.

Ese día se cumplía el plazo que el líder de los hermanos perdidos le había dado para reunir a un grupo de descendientes y presentarse en la Gran Roca. Y en todo ese tiempo, ella no había flaqueado ni una sola vez respecto a la decisión tomada de quedarse junto a su familia.

Hasta ahora.

Allí tendida en su enorme cama del palacio, contemplando el techo con sus hermosos ojos verdes, la presión en el pecho era insoportable. De pronto, el que había considerado su maravilloso hogar durante tantos siglos se cernía sobre ella y la asfixiaba, como si una cobra se enroscara en su cuello, apretando para estrangularla.

De repente, esa vida de comodidades como reina de Nemea, de hoa uhane feliz y complacida, de madre amorosa y entregada… parecía no ser suficiente para ella. Todo eso se había convertido en una losa que la aplastaba y no la dejaba respirar ni pensar ni vivir.

Pese a que Ux le había prometido que pondría fin al enfrentamiento y se marcharían bien lejos, a las zonas inexploradas, y pese a que eso salvaría a su pueblo de una guerra sangrienta y espantosa, ella había optado por permanecer junto a Drashir.

Sabía que el rey era su hoa uhane, lo sentía en sus huesos, en su sangre, en su corazón. Pero, sobre todo, en su alma. Drashir era su pareja de vida y jamás le abandonaría.

Y sin embargo…, no podía evitar seguir sintiendo algo por Uxuer.

No podía evitar seguir preguntándose cómo habría sido su vida si se hubiese unido a él en lugar de al rey. Si hubiera huido con él. Y cómo sería el resto de su existencia si acudía a la Gran Roca, se marchaba con él y lo dejaba todo atrás.

No debía hacerlo, no podía y no iba a hacerlo.

Se repitió a sí misma, como tantas otras veces en esas semanas infernales, que, por mucho que Ux cumpliese su promesa y no atacara la aldea, jamás habría paz para los suyos; ya que Drashir los perseguiría hasta los confines de Nemea para recuperarla.

Así pues, de un modo u otro, la guerra era inevitable y, ni siquiera marchándose con Ux podría detenerla.

«No puedo irme y no quiero hacerlo. Amo a Drashir, amo a mis hijos. Y soy la reina», se dijo con toda la firmeza de que fue capaz.

Aun así, se las arregló para salir de debajo del brazo y la cola del confiado rey, y deslizarse fuera de la cama.

Con la mente embotada y el corazón retumbando en su pecho, cogió uno de los cuchillos de Drashir y su cantimplora, que colgaba del respaldo de una silla, y salió descalza del dormitorio. Sus pasos, elegantes y sigilosos, pasaron inadvertidos tanto al barog enorme que dejaba tumbado en su cama como a su imponente león.

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Tan solo ponía un pie delante del otro, avanzando hacia su destino: la Gran Roca.

Ux estaría esperándola ahí, junto a esa especie de altar de piedra negra recubierta de extraños símbolos. Y cuando la viera aparecer…

¿Esperaba él que ella acudiera?

¿Atesoraba todavía la esperanza de que ella huyera con él y se unieran para siempre, tal como Ux creía que deberían haberlo hecho en cuanto cruzó el portal y llegó a Nemea?

Entonces, la angustia la golpeó.

No llevaría consigo a las otras descendientes que Ux le había pedido. Por lo tanto, no cumpliría su parte del trato, y él podría atacar la aldea de todos modos.

Pero ni siquiera eso la detuvo.

Necesitaba salir del palacio, respirar y meterse en la selva. Necesitaba llegar a la Gran Roca.

Hasta él.

El recuerdo de sus ojos celestes moteados de ónice, de esa cicatriz en forma de espiral que marcaba su pecho fuerte, de su mirada oscura y penetrante, de sus caricias y besos mientras la poseía… No podría vivir sin él. Ya no. No podría vivir sin todo eso, sin esa sensación de poderosa libertad que la inundaba cuando estaba con él.

Siguió avanzando por el pasillo, amparada por la penumbra de las últimas horas de la noche y por el sueño profundo de todos los habitantes del palacio.

Estaba a punto de abrir la puerta que llevaba al exterior, cuando un sonido demasiado conocido flotó en el pasillo y le golpeó el pecho.

La risa de Cyrus.

Aquello la detuvo en el acto, paralizando su mano sobre el picaporte. Aguardó unos segundos, mientras el silencio se apoderaba de nuevo del hogar. Enseguida, las risas de su hijo pequeño volvieron a retumbar en las paredes, esta vez con más fuerza.

Como impulsada por un resorte, dejó el cuchillo y la cantimplora sobre la mesilla de la entrada y se dirigió hacia la alcoba de su hijo. Y nada más entrar, su corazón, henchido de amor, recuperó su ritmo normal.

Cyrus, tumbado sobre su pequeño jergón mullido dentro de su espaciosa cuna, reía mientras uno de los leones cachorros intentaba hacer volteretas sobre la alfombra.

En cuanto vio a su madre, se puso en pie y empezó a trepar por los barrotes de madera, que ya hacía un par de meses que no lograban contenerlo. Era un cachorro barog intrépido e inquieto, aunque también obediente. Se portaba de maravilla; era un buen hijo.

Tatiana se quedó petrificada, contemplando a aquel ser al que amaba con locura.

Consciente de lo que había estado a punto de hacer, se le encogió el estómago y apenas pudo contener un par de lágrimas que amenazaban con resbalar por sus mejillas.

Tras ese trance pasajero, avanzó hacia la cuna y alzó a su hijo en brazos. ¡Cada día pesaba un poco más! Lo acercó a su pecho y su aroma la calmó al instante.

—Maa —balbució él, con una amplia sonrisa. Apoyó la cabecita en el hombro de su madre y se aferró a ella con fuerza.

Sus pequeñas garras, que aún no dominaba, arañaron el brazo desnudo de Tatiana, pero a ella no le importó lo más mínimo.

Con él todavía en brazos, e intentando no pisar a los leones, se dirigió a los cojines coloridos del rincón y se acomodó sobre ellos.

Atrás quedaba el impulso que la había dominado hacía apenas unos minutos.

Atrás quedaban las dudas y la sensación de asfixia.

Atrás quedaban los delirios de una vida libre y aventurera en la selva junto a su amante.

Porque puede que jamás lograra olvidar del todo a ese barog, y puede que le amara también, al igual que amaba a Drashir hasta el delirio.

Pero ninguno de esos sentimientos podía compararse con el amor incondicional que sentía por su hijo.



31 VAMOS A LA GUERRA

La Gran Roca, Nemea, hace unos treinta años
Ux

El sol estaba a punto de esconderse tras el horizonte de palmeras y Tatiana aún no había aparecido. No es que a Ux le sorprendiera, más bien al contrario. Pero que fuera lo esperado no significaba que no le doliera.

Ux había atesorado la absurda esperanza de que, después de yacer juntos dos veces en el lago oculto tras la cascada, Tatiana se habría dado cuenta de una verdad que él sabía desde el mismo instante en que se conocieron, hacía ya muchos siglos: que ella era su hoa uhane. Que eran una pareja de vida, vinculada desde la primera vez que sus cuerpos se unieron en aquella lejana orilla de un hermoso río en la Tierra.

Pero la reina seguía cegada por todo el veneno que los ancianos y Drashir habían vertido sin piedad sobre ellos.

Él sabía la verdad y apostaba a que, en el fondo, Tatiana también. Porque había gemido entre sus brazos. Se había retorcido de placer y había gritado su nombre. Él había visto el deseo y el anhelo en sus ojos, del mismo modo que los suyos reflejaban lo que sentía por ella. La reina no podía negar lo innegable: que pese a los siglos que habían transcurrido, seguía sintiendo algo por él. Seguía… amándole.

Su aroma de macho había permanecido en ella todo ese tiempo. Sutil y enmascarado, pero ahí estaba. Era imposible que a Drashir se le hubiera pasado por alto. Ux la había marcado primero como suya y tenía pleno derecho sobre ella. Sin embargo, con el apoyo de Ooris y los demás repugnantes ancianos, Drashir había salido victorioso.

Había visto la duda en los ojos de Tatiana, y por mucho que ella se lo negara a sí misma, el líder de los barogs perdidos sabía que ella, aunque hubiese sido durante un efímero instante, se había planteado aceptar su propuesta.

Él se había imaginado atravesando con ella la selva hacia ese lugar remoto, virgen y desconocido, que ni siquiera los guerreros de la aldea habían explorado. Un lugar hermoso de jungla frondosa y exuberante, repleta de rinos, y de grandes leyendas y mitos.

De niño, había escuchado las historias que contaban los más antiguos sobre el ser alado que, en ocasiones, recorría esa zona inexplorada del planeta, oculto tras los arbustos más cargados de bayas, las hojas de los helechos gigantes o los anchos troncos de las palmeras.

Había esculturas de ese ser en el templo.

Decían que tenía hermosas alas de plumas suaves y negras, tan grandes, o incluso más, que las de las Manu nui, las águilas gigantes de los picos rocosos, y un rostro tan bello como el del más hermoso de los humanos. Aunque quizás no fuesen más que habladurías.

Algunos afirmaban que era uno de sus dioses del manantial; otros, que eran espectros de seres de otro tiempo que se habían quedado atrapados ahí para toda la eternidad, vagando por las selvas de Nemea; y unos pocos, que era un ser venido de otro planeta para observarlos y aprender de sus costumbres.

Nadie lo sabía con certeza.

Pero lo que sí sabían era que jamás había hecho daño a ningún barog. Así que podrían vivir en libertad en esa parte del planeta, sin temor a nada más que los grandes animales que correteaban también por el resto del territorio. Nada a lo que Ux no pudiera hacer frente. Ya había vencido a pulpos gigantes y otras criaturas espantosas, y siempre había resultado victorioso.

Allí de pie, apoyado en la Gran Roca negra, se preguntó si quizás esos grabados, esa escritura que recorría la superficie de ese altar en medio de la jungla, tendrían algo que ver con ese ser alado, o si realmente había sido obra de las antiguas aninfs, inteligentes y mucho más poderosas que ahora.

Seguramente, jamás obtendría la respuesta.

La oscuridad empezó a extenderse por la selva como un manto de un mal augurio.

Pese a todo lo que habían compartido Tatiana y él, y pese al generoso trato que él le había ofrecido, la reina no se había presentado. Lo sabía y, aun así, había albergado esperanzas hasta el último momento, todavía lo hacía.

Al menos no lo había delatado ni traicionado de nuevo. Si fuese así, Drashir y sus guerreros ya los habrían atacado. Él se había preparado para todos los desenlaces posibles de ese encuentro.

Era consciente de que pedirle que se alejara no solo de Drashir, sino también de sus hijos, era demasiado. Quizás debería haberle permitido criar al pequeño Cyrus en la aldea y permanecer allí hasta que fuese un joven barog. Podrían haber huido juntos después de eso. Tal vez así le hubiese resultado un poco más fácil.

Inspiró hondo varias veces para aplacar la decepción y el dolor que le inundaban el enorme pecho. La reina había elegido, ya no tendría más oportunidades. Por segunda vez en su existencia, había escogido a Drashir por encima de él.

Le había ofrecido una salida, la libertad absoluta para disfrutar junto a él de milenios, en un entorno de abundancia y belleza. Aun así, le había rechazado. Otra vez.

Dudaba que fuera porque no confiara en él. Su decisión era por cobardía, tal como había ocurrido en la primera ocasión.

Él habría cumplido el trato que le había ofrecido. Habría honrado su palabra. Si Tatiana hubiera aparecido en ese claro, seguida de otras veinte humanas descendientes, habría abandonado su cruzada personal contra Drashir, los ancianos y la aldea, y renunciado al trono de Nemea, o, al menos, de la parte conocida del planeta. Se construiría un nuevo trono, más grande e imponente, en medio de ese magnífico territorio en el que iban a asentarse para siempre.

Habría renunciado a la guerra y a cualquier aspiración sobre el trono de Drashir.

Ahora, sin embargo…

Un cuerno de marfil resonó entre la espesura.

—Alguien se acerca —dijo Lorish, su leal segundo al mando. Había permanecido a su lado durante todo ese día interminable sin abrir la boca, lo cual él agradecía.

Lorish conocía bien sus estados de ánimo. Había sufrido algunos de sus ataques de ira, y por nada del mundo habría osado molestarle durante esa jornada tan decisiva para todos.

—Ocupad posiciones.

Ux avanzó y clavó los pies con firmeza en medio del claro, ante esa piedra enorme que llevaba allí más que el más antiguo de los barogs. Mientras los arbustos se agitaban al son de alguien que corría entre ellos en su dirección, contuvo el aliento unos segundos. Una pequeña chispa de esperanza se asomó a sus ojos.

Todavía podía ser Tatiana. Todavía podían tener un futuro juntos. Quizá se había dado cuenta al fin de que él era su hoa uhane. Tal vez…

Cuando el careto de Yolk se abrió paso entre los arbustos, iluminado por la luz anaranjada de su antorcha, Ux soltó de golpe el aire que había estado reteniendo.

El recién llegado avanzó hasta Ux y se detuvo a un par de pasos de él.

—La reina no va a venir.

Uxuer ahogó el grito rabioso que nacía en su garganta. Rabia y decepción.

—¿Se lo ha contado a Drashir?

Yolk negó con la cabeza al tiempo que le entregaba un pergamino doblado a Ux.

—Me ha dado esto para ti.

Ux se acercó a la antorcha que sostenía Yolk y desdobló el papel con un cuidado reverencial. Sabía que aquello sentenciaría el destino de todos, aldea y hermanos perdidos.

La decisión de Tatiana de no aceptar el trato los alejaría durante un tiempo, al menos hasta que él venciera en la guerra que se avecinaba, usurpara ese maldito trono y la sentara a su lado a la fuerza, mientras los restos sanguinolentos de Drashir humeaban ante ellos.

Y bajo esa luz anaranjada, comenzó a leer:

«Lo siento mucho, Ux. Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera. Ahora, no puedo hacer nada más que permanecer al lado de mis hijos y mi rey. Solo espero que lo comprendas y recapacites. Apelo al hombre que una vez conocí y al que ciertamente amé. Apelo a tu compasión, a tu buen juicio y a tu corazón. Y si alguna vez me amaste, si todavía me amas, te ruego que pongas fin a tus planes y no inicies esta guerra horrible que nos destrozará a todos.

Ojalá algún día podamos reencontrarnos como amigos, como dos seres que un día se amaron y no se guardan ningún rencor. Hasta entonces, espero que decidas con la sabiduría y la bondad del sanador que sé que todavía existe dentro de ti. Yo le conocí hace mucho… y le amé.

Te pido perdón por el daño que te hice, y rezaré cada día del resto de mi existencia porque los dioses te concedan la felicidad que mereces.

Hasta que nos volvamos a encontrar,

Tatiana».

Ux se guardó la nota en el morral mientras tensaba la mandíbula, y la ira y la desilusión le nublaban la vista. Tatiana reconocía la verdad, pero se negaba a marcharse con él.

La reina había elegido. Ya no tendría otra oportunidad.

—Toca retirada, Lorish. Regresamos a los pantanos. A prepararnos para la guerra.

32 MI CUERPO ES TUYO
JENNY

Cuando al fin llegamos a orillas de un pequeño lago, casi salté de alegría. La horrible experiencia con el águila me había dejado no solo herida y machacada, sino también mugrienta. Necesitaba deshacerme de ese vestido harapiento, manchado de sangre y lo que fuera que hubiese en ese nido, y lavarme.

Itzaar se acercó al lago y bebió largos tragos de agua. Después, se acomodó a la sombra de una palmera enorme y empezó a dormitar.

—Nos detendremos unos minutos, nos irá bien. Y, si mis cálculos no fallan, llegaremos dentro de una hora. El templo está ya muy cerca.

—Siento todo esto, Xerx —dije sentándome en la orilla y empezando a quitarme las sandalias.

Mis huesos crujieron en cuanto mi trasero rozó el suelo. Estaba recubierto de césped mullido de un verde vibrante. De pronto, fui consciente de que me sentía incluso más cansada de lo que pensaba. Xerx corrió a arrodillarse frente a mí y acabó de desanudarme las tiras de las sandalias.

—No es necesario que hagas eso —dije, pero no protesté demasiado y le dejé hacer.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Acabas de pasar por una experiencia aterradora, Jenny.

—No me lo recuerdes. —Resoplé.

Esbozó media sonrisa y dejó mi calzado a un lado. Clavó sus ojos en los míos y me observó.

—¿Estás bien, Jen?

Asentí.

—Si te soy sincera, no me ha dado mucho tiempo de asimilar lo que ha sucedido.

—Bueno, no todos los días uno vuela en las garras de un águila hasta los picos de las montañas. Digamos que has vivido una experiencia... única.

Nos reímos de puro agotamiento.

—Supongo que es una de esas anécdotas que podré contarles a nuestros amigos alrededor de la hoguera.

—Sin duda —dijo riendo, aunque la preocupación todavía flotaba en sus ojos—. Te aseguro que rivaliza con las mejores de nuestras aventuras.

—Cuando me asomé al borde del nido y te vi allí, agarrado a la pendiente, casi se me paró el corazón.

—Pues imagina como me sentí yo cuando el águila te atrapó entre sus garras y te alejó de mí. Reconozco que yo sí que entré en pánico.

Mi mano se aproximó sola hacia su mejilla y le acaricié. Él suspiró sonoramente, sin desviar la mirada de mis ojos. Presentí que quería besarme, pero me sentía tan sucia que necesitaba meterme en ese lago con urgencia. Así que aparté los dedos y me moví, dispuesta a levantarme. Él se puso en pie de un salto y me tendió la mano. La cogí y dejé que tirara de mí para alzarme.

Ahora que el peligro, al menos por el momento, había pasado, notaba las piernas débiles y temblorosas.

—Siento mucho habernos retrasado —me disculpé.

—¡Como si hubiese sido culpa tuya!

—Aun así...

—Mi padre siempre decía que las cosas ocurren como tienen que pasar. Seguro que este retraso nos evita otros peligros.

—Si tú lo dices...

—Por una vez, sígueme el rollo, Jenny.

Me reí. Él también.

Cogió mi morral, sacó el vestido de repuesto, del mismo azul pálido que el que llevaba, y lo dejó sobre la roca más cercana al agua. Siempre tan considerado...

—¿Podrás entrar sola en el lago o necesitas que te ayude?

—Puedo sola, no te preocupes. Tú..., no sé, espera por ahí y date la vuelta —dije señalando hacia la línea de las palmeras.

Él asintió sin rechistar.

Puede que ya nos hubiéramos besado y que cada vez estuviésemos un paso más cerca de vincularnos. Pero todavía no estaba preparada para desnudarme ante él, y mucho menos en ese lamentable estado. La primera vez que me viese totalmente desnuda, quería que fuese en mi mejor versión. Y esta de ahora, claramente, no lo era.

Antes de marcharse, escrutó la superficie del lago en busca de posibles amenazas. Cuando se dio por satisfecho, me miró y asintió.

En cuanto se alejó un poco y se dio la vuelta para darme privacidad, me acerqué al agua. Escudriñé a derecha e izquierda, como si pudiera haber otros mirones espiándome, y me quité el vestido.

Me metí en el agua despacio, sintiendo punzadas de dolor en la parte trasera del muslo, ahí donde la rama se había clavado. Los arañazos en el abdomen me escocían un poco, nada alarmante.

El frescor del agua sobre mi piel sudorosa y sucia enseguida repartió una sensación agradable por todo mi cuerpo. Hasta gemí de placer. Jamás había deseado tanto un baño.

Seguí avanzando, con cuidado de no resbalar con los guijarros recubiertos de musgo ni con el fango del lecho del lago, hasta que logré sumergirme por completo. No tenía jabón, así que me limité a frotarme con las manos lo mejor que pude para eliminar la suciedad.

Metí la cabeza bajo el agua y agité mi cabello varias veces para desprender los pegotes y eliminar los restos de polvo. Con cuidado, me lavé también todas las heridas. Por suerte, Xerx llevaba algunos suministros para desinfectarlas.

Me permití quedarme ahí unos segundos más, hundida en el agua hasta la barbilla, para relajarme. Acababa de pasar una aventura extenuante y temblaba de arriba abajo como una hoja.

Antes de salir, me aseguré de que mi tembleque se hubiera apaciguado y de que no iba a desmoronarme. No quería angustiar a

mi barog. Bastante mal lo había pasado el pobre.

Cuando al fin salí del lago, me escurrí el cabello con las manos y me moví para que la brisa caliente de la selva me secara la piel. Aún un poco húmeda, me puse el vestido limpio, que me sentó de maravilla.

Xerx estaba sentado, con la espalda vuelta hacia el lago, sacando botecitos de su morral. Cuando llegué hasta él, le toqué en el hombro. Al girarse y verme, sus ojos se iluminaron.

—¿Qué tal el baño?

—Reparador.

Ensanchó una sonrisa y se levantó.

—Voy a darme un chapuzón y después te curaré las heridas.

Asentí, dispuesta a sentarme de espaldas al agua, tal como él había hecho. Entonces, me agarró del brazo con suavidad.

—No es necesario —me dijo, con los ojos llameantes.

—¿Él que? —pregunté con un hilo de voz. Intuía a qué se refería.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, durante unos segundos.

—No me importa que me veas desnudo.

Tragué saliva.

—Tú me has dado privacidad, es justo que yo te la dé también.

—Te lo agradezco, pero no tienes por qué hacerlo. Me refiero a que..., si tú te sientes más cómoda, por mí está bien. Pero yo no tengo nada que ocultarte. Mi cuerpo es tuyo y puedes mirar cuanto quieras.

Sin esperar más comentarios por mi parte, caminó hacia el agua y se detuvo en la orilla. Cuando sus dedos desenredaron el nudo que sostenía el taparrabos sobre sus caderas, debería haber apartado la vista, lo sé. Sin embargo, no lo hice.

Su cuerpo se había convertido en un imán para mis ojos y era incapaz de desviar la mirada.

Se quitó el taparrabos, como si lo hiciera a cámara lenta, y sus glúteos de acero me provocaron un suspiro de admiración. Los músculos de su espalda se flexionaban a cada paso, al ritmo del

movimiento de sus poderosos muslos. No se dio la vuelta. No comprobó si seguía observándolo.

La boca se me secó mientras se sumergía lentamente y su cuerpo inmenso desaparecía bajo el agua. Metió la cabeza y, cuando emergió de nuevo, al cabo de unos segundos que se me hicieron eternos, agitó la larga melena, repartiendo gotas a diestro y siniestro.

Seguí observándolo mientras se frotaba el torso, los brazos y los muslos con las manos, y, cuando se dio la vuelta, capté un atisbo de su miembro, grueso, largo y absolutamente impactante.

Tragué saliva de nuevo y aparté los ojos deprisa, con las mejillas encendidas y el corazón golpeando en mi pecho con fuerza.

Inspiré hondo varias veces, tratando de calmarme mientras sentía su imponente presencia aproximándose. Cuando se arrodilló frente a mí, llevaba el taparrabos de nuevo. La larga melena oscura con reflejos rojizos chorreaba agua sobre su pecho y sus hombros musculosos.

Gracias a los dioses o a quien fuese, no me miró a la cara. Centró su atención en los botecitos que antes había colocado sobre una piedra. Pero yo podía percibir su corazón acelerado retumbando como un tambor en su pecho y el temblor de sus dedos mientras destapaban uno de los botes y un ungüento.

—Necesito que te levantes y te des la vuelta para poder desinfectarte la herida del muslo.

Me puse en pie en silencio, pues la tensión entre nosotros era tan palpable que temía que no me salieran las palabras. Me di la vuelta despacio y le mostré la parte trasera de la pierna.

—Álzate un poco el vestido, por favor.

Aunque la presión me atenazó el pecho, hice lo que me pedía. Agarré el borde y lo subí justo hasta la línea debajo de mi trasero. Si él se hubiera agachado un poco más, me lo habría visto todo. Por supuesto, no hizo tal cosa. Puede que fuera un barog, pero también era un hombre respetuoso. Eso era algo que valoraba mucho de él.

Me sujetó el muslo con una de sus enormes manos y me lo ladeó con delicadeza, como si lo estuviera examinando.

—Te escocerá un poco.

—Lo aguantaré.

Escuché una risilla suave.

—Lo sé —dijo con la voz enronquecida.

Con los dedos de la otra mano, me aplicó el contenido aceitoso del botecito más pequeño y estrecho. Giré un poco la cabeza y lo observé, mientras él masajeaba la herida con sumo cuidado para que el líquido penetrara en la carne y empapara bien los bordes sanguinolentos. Estaba muy concentrado en la tarea.

—¿Está infectada?

—No lo creo, pero mejor prevenir. A saber los bichos que había en aquel nido.

—¿Hay alguna astilla?

—No he notado nada. De todos modos, cuando estemos de regreso en la aldea, Xioh te examinará a fondo.

Asentí.

Tras el líquido, repitió la operación con el ungüento. Aplicó una capa gruesa sobre la herida de punta a punta y masajeó con las yemas de los dedos hasta que toda la sustancia embadurnó la zona lesionada.

Cuando acabó, sacó un pedazo de tela limpia de su morral, lo desgarró en varios trozos y me vendó con uno de ellos. Me dio la vuelta y lo anudó delante, a medio muslo.

Después, me indicó que me sentara de nuevo, se vertió la mitad del contenido del otro botecito en las manos y, tras frotárselas, me desinfectó cada arañazo a la vista, con tanto mimo que me estremecí varias veces.

—Gracias —le dije cuando terminó.

Apretó la mandíbula.

—No me las des, Jen. He sido yo quien te ha puesto en peligro.

—Esto no ha sido culpa tuya, de ninguna manera.

—No debería haber permitido que me acompañaras en este viaje. Es demasiado peligroso. Ha sido una imprudencia por mi parte. Me pudieron las ganas de no separarme de ti —dijo negando con la cabeza.

De pronto, parecía muy agobiado. Supongo que ver de cerca mis heridas le había dado un golpe de realidad.

—Fui yo la que quise venir ¿recuerdas? *Yo* insistí.

—Debería haberme opuesto.

—No tenías ninguna posibilidad de que te hiciera caso. Nadie me dice lo que debo o no debo hacer.

Dio un respingo y alzó la vista hasta encontrarse con mis ojos.

—En eso tienes razón —admitió.

Asentí, regalándole una sonrisa tímida, que, afortunadamente, él me devolvió.

—Así que deja ya de culparte por lo que ha ocurrido y asume que me pasarán muchas cosas más, es inevitable.

—Ya veo que voy a sufrir como un condenado.

—Tú solito te has metido en esto —dije señalándole primero a él y luego a mí.

Soltó una suave carcajada que me calentó la sangre y reverberó en mis huesos.

Mi barog no era uno de esos que reían a mandíbula batiente cada dos por tres como Daryos, Lansh o Axeh. Por eso cuando sonreía era algo tan especial y hermoso.

—Sí, yo solito me metí de cabeza en *esto* —dijo imitando mi gesto, señalándonos a ambos—. Y volvería a hacerlo una y mil veces. Desde el instante en que te vi bajando las escaleras de tu universidad, supe que estaba perdido.

El mundo se detuvo a nuestro alrededor mientras nos mirábamos de un modo profundo e intenso.

—Ahora, la última herida. —Elevó una ceja.

Por supuesto, se refería a la de mi abdomen, pero, para ello, tenía que descubrirme la parte superior del vestido y quedarme medio desnuda ante él. Y eso... no iba a pasar.

—No es necesario. Es solo un arañazo, y me lo he limpiado bien en el río.

Hice el gesto de ponerme en pie y dar por zanjado el asunto, pero no funcionó. Me sujetó del brazo y buscó mi mirada de nuevo.

—Jen, no es discutible. Las garras de las aves son una fuente de enfermedades. Necesito desinfectarte esos arañazos.

—Ya, pero es que... no quiero desnudarme.

La nuez se le movió cuando tragó saliva.

—Puedes cubrirte con los brazos, y te prometo que no miraré. Me centraré solo en las heridas, confía en mí.

Aunque no las tenía todas conmigo y sabía que iba a sentirme muy incómoda, acabé accediendo. Él no iba a dar su brazo a torcer.

Así que me levanté de nuevo, me di la vuelta y deslicé la parte superior del vestido hacia abajo hasta descubrir mi torso. Me rodeé los pechos con los brazos lo mejor que pude y me giré de nuevo hacia él.

Tal como me había prometido, centró la mirada en los arañazos y se apresuró a desinfectarlos. No alzó la vista ni una sola vez, aunque sus dedos temblaron sobre la piel de mi abdomen durante todo el proceso.

Cuando acabó, se dio la vuelta y se dedicó a guardarlo todo en el zurrón mientras yo me cubría de nuevo. Después, comimos algunas bayas y panecillos en silencio y, tras rellenar las cantimploras en una fuente natural que brotaba de una roca, reemprendimos la marcha.

Xerx me pidió que montara en Itzaar para no forzar la herida del muslo. Aunque traté de negarme, insistió tanto que no me quedó más remedio que acceder. El león, que se había echado una larga siesta y estaba fresco como una rosa, no protestó. Además, yo no era más que una pluma en su lomo.

Una vez superado el momento de tensión, empezamos a charlar de nuevo con total naturalidad. Sacó su mapa varias veces para hacer anotaciones, y fue explicándome esto o aquello sobre las plantas y animales que se cruzaban en nuestro camino.

Hasta que, al fin, llegamos a un sendero flanqueado por rocas recubiertas de musgo, que nos condujo a la entrada de un túnel de piedra.

Nos encontrábamos ante el acceso secreto al templo.



33 EL TEMPLO
JENNY

El león flexionó las patas para que pudiera desmontar, y una vez en el suelo, me acerqué a mi barog. Antes de adentrarnos en el túnel que discurría bajo la montaña, Xerx arrugó el ceño y se detuvo. Itzaar sacudió la cabeza y rugió con suavidad.

—¿Ocurre algo?

—Alguien ha pasado por aquí hace poco.

Se agachó y examinó la hierba aplastada, y algunas hojas de helecho dobladas o cortadas. Había grandes pisadas. Cogió un puñado de tierra, y lo frotó entre los dedos. Después, se lo llevó a la nariz y husmeó.

—¿Algún animal?

Me miró de un modo inquietante.

—Barogs.

Me quedé petrificada.

—¿Los hermanos perdidos? —pregunté con un hilo de voz.

—Ellos o los guardianes del templo, no hay otra opción. Porque nadie de la aldea, aparte de nosotros dos, ha venido hacia aquí.

—¿Y qué hacemos? —dije temblando.

Como si pudiera percibir mi miedo, Itzaar se arrimó a mí. Su pelaje suave me acarició el brazo y la pierna. Parecía tranquilo, pero su cola se agitaba como si permaneciera alerta.

—El rastro es reciente, de hace unas horas. Sean quienes sean, pasaron por aquí hace un rato. Así que entraremos. No percibo el olor de los inferiores, solo de barogs, pero eso no significa que no sean los hermanos perdidos.

—¿Y si siguen en el templo?

—Nadie más que el rey conoce este acceso. Dudo mucho que nuestros enemigos lo conozcan. Quizá algunos guardianes lo usan para entrar y salir.

—¿Eran muchos?

—Hay rastro de varias pisadas. Por lo menos eran diez o doce.

El miedo me oprimió el pecho.

—¿No deberíamos esperar un poco e indagar?

—El único modo de saber quién ha pasado por aquí, es tomar ese túnel y llegar al templo.

—¿Y si salen en el momento en que estamos entrando y nos los encontramos de frente?

El semblante de Xerx se oscureció y apretó la mandíbula.

—Esperemos que no sea así. Además, no hay alternativa, Jen. Hemos llegado hasta aquí y tenemos una misión que cumplir. El rey nos ha encomendado que avisemos a los guardianes y les pidamos ayuda. Debemos encontrar a Sulveh; nuestra victoria depende de ello.

Pese a que estaba muerta de miedo, asentí.

—Supongo que tienes razón —dije, no muy convencida.

—Todo irá bien, Jenny. Estoy seguro de que son los guardianes los que han cruzado por aquí. No tendría sentido que Ux y los suyos supieran de este túnel.

Sus palabras me tranquilizaron un poco.

Xerx se las arregló para hacer fuego y encender una antorcha; y, tras indicarle a su león que se quedara en la entrada a vigilar, seguimos avanzando.

En cuanto entramos en el túnel de piedra, sentí escalofríos. La oscuridad reinaba allí dentro y había algo moviéndose cerca de nuestros pies, siseando en la penumbra.

Cuando Xerx acercó la llama al suelo, casi me da un infarto. Serpientes verdes moteadas de amarillo se arrastraban por todas partes, entre las malas hierbas y los matojos aplastados.

—No las pises. Mantente cerca de mí y todo irá bien.

—Ahora mismo estoy aterrorizada.

—No te harán nada. No son venenosas.

—No sé si creerte.

Avanzamos despacio, mientras Xerx sostenía baja la antorcha para alumbrar el camino y, al mismo tiempo, mantener a los reptiles a raya. Me desplacé bien pegada a su espalda, intentando no pensar en las serpientes que se enroscaban en el suelo y que, si quisieran, podrían morderme en cualquier momento.

El túnel se estrechó hasta rozar los hombros de mi barog y el aire se hizo más viciado. La llama de la antorcha titiló, y la luz que arrojaba ante nosotros se debilitó, seguramente por la repentina falta de oxígeno allí dentro.

Contuve el aliento cuando las paredes se estrecharon tanto que pensé que el corpulento cuerpo de Xerx no lograría pasar. Agradecí que Itzaar no nos hubiera seguido, puesto que habría sido imposible para él cruzar el túnel.

Cuando mi barog se detuvo de golpe, me empotré con su espalda musculosa.

—¿Qué ocurre? —pregunté, poniéndome de puntillas para intentar captar algo por encima de su hombro. Pero no alcanzaba.

Se hizo un poco a un lado para dejarme ver. La puerta que debía de impedir la entrada, estaba abierta de par en par, arrancada de sus goznes y derribada. Ya no cabía duda alguna de que alguien había estado ahí… y de que no tenía la llave de esa puerta.

Intercambiamos una mirada antes de seguir avanzando.

El túnel, hasta ahora tan angosto que Xerx casi se había quedado encajonado, se ensanchó hasta el doble. Un penetrante aroma a incienso inundó el pasadizo, flanqueado por grandes esculturas de piedra de figuras aladas.

Me estremecí con una mezcla de temor y fascinación. ¿Sabría algún día quiénes eran esos seres? ¿Los vería alguna vez?

En otras circunstancias, me habría detenido de inmediato a examinarlas, ansiosa por buscar inscripciones similares a las encontradas con anterioridad. Pero en la situación en la que nos encontrábamos, lo más sensato era moverse a un ritmo constante y sin detenernos. Puede que, en un futuro, Xerx y yo tuviéramos ocasión de visitar el templo de nuevo y estudiarlas, tal como habíamos comentado.

Entonces, apareció ante nosotros un gran arco de cuarzo negro, cuya superficie estaba grabada con los mismos símbolos que se encontraban en la Gran Roca y en esa otra que habíamos descubierto recientemente cerca del desfiladero, oculta bajo un montículo lleno de musgo.

Tras atravesar un segundo arco, esta vez labrado con marcas de espirales, leones y barogs, nos encontramos con otra puerta abierta, que no parecía que hubiesen forzado. La flanqueaban dos columnas del mismo cuarzo negro, cuya superficie estaba llena de las espirales sagradas de arriba abajo.

Aquel lugar era magnífico y… sobrecogedor.

Al cruzar, accedimos a un pasillo alfombrado de esterillas y decorado a ambos lados con esculturas, esta vez de animales que formaban parte de la fauna de Nemea. Estaba iluminado con antorchas colocadas en soportes en la pared y había varias puertas a cada lado.

Quienquiera que había estado ahí, no se había molestado en cerrar las puertas, y no teníamos ni idea de si todavía seguían dentro del templo o si ya lo habrían abandonado por el mismo acceso por el que nosotros acabábamos de entrar.

Una puerta de madera algo más majestuosa se abría al fondo del corredor. Por la abertura se entreveía lo que había al otro lado, un lugar en el que habíamos estado unas semanas atrás: la sala de tronos del templo.

Como si percibiéramos el carácter sagrado de ese sitio y su significado, nos detuvimos unos segundos.

—Vamos allá, Jen. No tengas miedo. Y no te separes de mí —me susurró Xerx.

En cuanto pusimos un pie dentro, lo percibimos. El olor a sangre y muerte, y el silencio sepulcral nos golpearon de lleno. Salí de detrás de Xerx y, tras colocarme a su lado, contemplé con horror lo que él estaba mirando con los ojos abiertos como platos. Mi barog se había quedado paralizado, clavado en el sitio. Yo también.

Desparramados por el suelo de la sala, justo ante el hermoso altar de cuarzo rosa y superficie de piedra negra, yacían los cuerpos de tres de los ancianos sobre charcos enormes de su propia sangre.

Tenían las gargantas cercenadas de oreja a oreja y los cuerpos retorcidos en extrañas posiciones. Sus largas túnicas estaban empapadas de rojo. Daba la impresión de que no habían tenido una muerte apacible. Las muecas horripilantes de sus rostros, con la boca abierta y los ojos vueltos hacia el techo, lo atestiguaban.

Tras el altar, los cuatro tronos tallados en la pared de cuarzo permanecían vacíos. Las pieles que los recubrían, ya frías y solitarias.

Contuve una arcada. Aquello era terrible. Parecía un lugar completamente diferente a cuando estuvimos aquí todos por primera vez, con Cyrus, Daryos y los demás.

La puerta del otro extremo de la sala estaba también abierta. Conectaba con el arco de cuarzo y el pasadizo oscuro que llevaba a la antesala donde, semanas atrás, Xerx y sus amigos se habían transformado en sus versiones humanas.

De pronto, llegaron hasta mis oídos voces graves y pasos apresurados, procedentes del otro lado.

Temblé.

Xerx se acercó despacio al cuerpo de uno de los ancianos y se agachó para observarlo. Estaba horrorizado y muy afectado. Aquello era una matanza.

En ese momento, un barog enorme y muy cabreado entró en la sala. Por su atuendo, no cabía duda de que era un guardián del templo. Llevaba el largo cabello castaño trenzado y un taparrabos de piel decorado con plumas y tachuelas de metal. Dos tiras anchas de cuero se le cruzaban en el pecho, y allí donde se unían, había una pieza de cobre lisa y plana con la espiral sagrada grabada. Su rostro tenía trazos de pintura negra, y toda la piel de su torso y brazos estaba recubierta de espirales.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —rugió, apuntando a mi barog con la lanza más larga que había visto nunca. Un machete enorme sobresalía de su funda, colgado a su espalda.

Sus ojos, del color del bronce, refulgían de ira y tristeza.

Xerx se levantó despacio, alzando las palmas de las manos hacia él.

—Soy Xerx, hijo de Xarix el Sanador, y esta es la descendiente Jen, mi *hoa uhane*. Venimos a hablar contigo, Sulveh. El rey Cyrus nos envía.

Tras observar a mi barog durante unos segundos, Sulveh bajó la lanza enseguida y relajó los hombros mientras caminaba hacia nosotros.

—Te recuerdo, Xerx, hijo de Xarix. Habéis tenido suerte. Por poco no os cruzáis con ellos en su huida del templo.

—¿Los hermanos perdidos?

El guardián asintió. Entraron otros tres guardianes sosteniendo telas coloridas y se encaminaron hacia los cuerpos para cubrirlos con ellas. Cuando se percataron de nuestra presencia, se crisparon de inmediato, pero Sulveh les hizo un gesto tranquilizador y nos presentó.

—Los hermanos perdidos son los causantes de esta masacre —dijo con profundo pesar. Tenía los ojos vidriosos.

—Solo hay tres cuerpos... —comentó Xerx. Yo estaba pensando lo mismo.

—Se han llevado a Ooris. En cuanto nos ocupemos de los cuerpos de los tres ancianos asesinados, iremos en su busca. Hay que traerlo de vuelta de inmediato. El pueblo barog no puede quedarse sin ancianos. Es... una gran desgracia.

La expresión de Xerx me dejó claro que estaba eligiendo las palabras adecuadas.

—Cyrus me ha pedido que te diga que ha llegado el momento. Necesitamos tu ayuda, Sulveh. Necesitamos a todos los guardianes. La guerra está a punto de estallar. Y solos, como bien sabes, difícilmente venceremos a esos malnacidos.

—Me temo, amigo mío, que antes de acudir en ayuda de la aldea debemos recuperar a Ooris. Sin él, todo está perdido.

Los guardianes estaban abatidos.

—Si Ux ha hecho esto, seguro que tiene un objetivo muy claro —soltó Xerx.

—¿Te parece poco que haya matado a tres ancianos y esté a punto de hacer lo mismo con el cuarto? —dijo uno de los guardianes con tono irritado. Sulveh alzó una mano para pedirle calma.

Mi barog no se amilanó.

—Es una trampa, no me cabe duda —soltó con firmeza—. Una treta para alejaros de la aldea y que no ayudéis al rey. Quiere atacar en breve y sabe que la única opción que tiene de vencer es que los guardianes no intervengáis. No ha olvidado lo que ocurrió la primera vez que se enfrentó a todos nosotros, hace diez años.

Algunos compañeros de Sulveh se habían acercado. Nos observaban y murmuraban. Las opiniones sobre lo que debían hacer a continuación estaban divididas.

—Aun así, debemos seguir su rastro. Es nuestro deber proteger al anciano. No podemos abandonarlo a su suerte. Lo traeremos de vuelta y después acudiremos a la llamada del rey —dijo Sulveh—. Yo me ocuparé de convencer a Ooris para que nos deje ir. Y si no lo hace..., marcharé hacia la aldea de todos modos, tal como le prometí a Cyrus. Apuesto a que muchos de mis compañeros se unirán a mí.

Hubo varios murmullos de aprobación.

—Si vais en su busca, no llegaréis a tiempo a la aldea —insistió Xerx con firmeza—. Cuando lleguéis, ya no habrá nada que salvar. Nada por lo que luchar. Apuesto a que os harán seguir un rastro falso para demoraros lo máximo posible. ¿Acaso no lo veis? Todo esto forma parte del plan maestro de su líder, Uxuer. El peor de todos.

—Muchacho, el deber principal de los guardianes es...

—Te aseguro, Sulveh, que Ux se llevará a Ooris consigo a la aldea. Si queréis encontrarle, si es que no lo mata antes, es allí hacia donde debéis dirigiros. Todo lo demás serán falsas pistas para confundiros. Es astuto y malvado, y lleva tiempo preparándose para esto. Si nos mantiene divididos, reduce nuestras posibilidades. Quiere asegurarse la victoria a toda costa. Y esta vez, si no os unís a las fuerzas del rey y lucháis a nuestro lado, puede que lo consiga.

—¿Con quién te crees que estás hablando, niñato? ¡Somos guardianes del templo! ¡Un par de rastros falsos no van a engañarnos! —exclamó indignado otro de ellos.

Los nervios de muchos estaban a flor de piel, y no podíamos culparlos.

Sulveh se apresuró a poner la mano en el pecho de su amigo para aplacar su ira.

—Deja que hable. Por lo que sé, Xerx es un barog inteligente, tal como lo es su hermano y lo era su padre. Es de una familia de sanadores y exploradores curiosos —explicó Sulveh. Ese barog me caía bien. Xerx asintió en agradecimiento—. Así que crees que todo es una treta de los hermanos perdidos. De hecho, nos alejaron del templo con una trampa, así que tiene sentido.

Sulveh miró hacia los otros guardianes. Ahora había ya unos siete ahí dentro.

—Como os he dicho, Ux es astuto y maligno. Hace poco, las mujeres descendientes que tenían cautivas desde la Gran Guerra lograron huir gracias a... Bueno, es una larga historia. Ya os la contaremos. Resumiendo, digamos que está muy cabreado y las cosas se han precipitado.

Sulveh miró a Xerx con suspicacia y se aproximó un par de pasos más hacia nosotros.

—¿Y dices que las humanas huyeron?

Pese a que estaba aterrada y que muchos de aquellos guardianes nos observaban con cara de pocos amigos, di un paso al frente y miré a Sulveh a los ojos.

—Sylvia es una de ellas.

El guardián se llevó una mano al pecho mientras un murmullo grave generalizado se extendía por la sala. El rostro de Sulveh se contrajo y su enorme cuerpo se tambaleó.

—¿Cómo dices?

Xerx me tomó el relevo.

—Sylvia, la pareja de tu hermano, está viva. Ella te espera en la aldea.

Las lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de aquel barog inmenso. Uno de sus amigos lo sostuvo por el brazo, pues parecía que iba a desplomarse.

En cuanto se repuso un poco, miró alrededor, hacia los guardianes, como si buscara su aprobación. Ahora había muchos más, unos veinte tal vez. Y otros tantos llegaban desde el pasadizo

que comunicaba con la antesala. Según tenía entendido, eran casi cuarenta en total.

—Iremos hacia la aldea —atronó la voz de Sulveh, haciendo eco por las paredes de la sala de tronos, mancillada con la sangre de sus guías espirituales.

Todos asintieron. La decisión se había convertido en unánime.

Xerx y yo suspiramos aliviados.

—Pasaréis la noche en el templo con nosotros y nos lo contaréis todo —dijo Sulveh. Xerx asintió y yo le imité. No era el momento de contradecir a ese guardián gigantesco, cabreado, triste y emocionado, todo al mismo tiempo—. Y al alba, marcharemos hacia la aldea. Nos pondremos a las órdenes del rey Cyrus y lucharemos a vuestro lado.

Un nuevo murmullo de aprobación se extendió por todas partes.

Lo habíamos conseguido. Los guardianes acudirían a la llamada del rey.

Ahora solo faltaba rezar para que eso fuera suficiente para vencer a esas bestias.



34 TE DESEO
JENNY

Tras amortajar y retirar los cadáveres de los ancianos, a los que previamente habían lavado y cambiado la túnica por una limpia, los dispusieron con sumo respeto en una de las estancias del pasillo de las estatuas de seres alados, a la espera de darles sepultura. Seis guardianes, dos por anciano, cavarían las tumbas durante la noche para enterrarlos al amanecer, antes de partir hacia la aldea.

Los cuatro guardianes asignados como protectores personales de los ancianos estaban entre ellos. Sus rostros daban fe de la devastación de sus corazones.

Cuando las flechas incendiarias surcaron el cielo sobre el templo, todos sus compañeros se lanzaron a identificar y perseguir la amenaza. Ellos cuatro habían cerrado las puertas a la antesala a cal y canto, y habían permanecido en la terraza colgante, preparados para hacer frente a cualquier amenaza que se atreviera a acercarse.

En ningún momento habían imaginado que el peligro acechaba por ese acceso trasero largamente olvidado, cuyo conocimiento era encomendado solo a los reyes.

No habían escuchado gritar a los ancianos ni oído ningún estruendo. Ahora se recriminaban su fallo imperdonable. Sin embargo, sus compañeros, los únicos que, en un caso, así podían condenarlos y castigarlos por su error, los habían absuelto.

Todos habían sido engañados, y no eran más culpables ellos cuatro que el resto de los guardianes.

Una vez zanjado este tema, se reunieron en la antesala, arrastraron una enorme mesa de madera al centro y sirvieron manjares de todo tipo. Sulveh nos invitó a unirnos a ellos y nos escanció un vino especiado en las copas. Tras la segunda, comprendí

que debía echar el freno, a menos que quisiera acabar desplomándome en el suelo, durmiendo a pierna suelta y roncando de un momento a otro.

Pese a lo desolados y cabizbajos que estaban, y al ambiente entristecido y de preocupación, ejercieron de anfitriones intachables con nosotros, mientras recordaban a los tres ancianos fallecidos. Alzaron sus copas de madera o de marfil en más de una ocasión para brindar por su sabiduría, su bondad y su entrega incondicional al servicio de la especie barog, así como su consagración al templo.

Para ellos, la muerte de los ancianos había sido una catástrofe de proporciones épicas.

Por mi parte, me esforzaba por pasar inadvertida. A fin de cuentas, yo era una extraña ahí y no quería interferir en su duelo.

Cuando paseaba la mirada por toda la sala, no pude evitar quedarme unos segundos embobada, admirando las cuatro grandes esculturas de piedra negra que decoraban la antesala y representaban la naturaleza dual de la especie. A la derecha, dos barogs. A la izquierda, dos esculturas de humanos.

Durante la cena, en la que se sirvieron carnes variadas, desconocidas para mí, verduras de todo tipo y otras especialidades culinarias del templo, como esos extraños palitos rosados, les contamos a Sulveh y los demás todo lo ocurrido. Les hablamos de Antara, la *aninf* celosa y chiflada que empujó a Callie por el precipicio hacia el río; de cómo mi amiga acabó prisionera de los hermanos perdidos; de la huida de las descendientes; y, por último, de nuestro periplo en los pantanos.

Sus rostros emocionados daban fe de que apenas podían creer que las humanas que llevaban tantos años desaparecidas hubieran regresado al fin a la aldea.

Todos ellos conocían a la dulce y hermosa Sylvia, la pareja de Sonah, caído en la Gran Guerra, hermano de Sulveh; a Susi, la *hoa uhane* del noble barog Ciench, fuerte e inteligente; a Penny, la amable y serena pareja del asesinado Gushia; y a todas las demás. Hablar de aquello les trajo muchos recuerdos, algunos agradables, de tiempo atrás, y otros cargados de dolor y desesperación. Aun así,

intentaron apartar lo negativo a un lado, pues acababan de recibir una noticia maravillosa.

Cuando les hablamos del bebé barog que Sylvia había traído al mundo, hubo un silencio generalizado. Todos miraban a Sulveh. Sus ojos expresaban un brillo feroz, pero, al mismo tiempo, cargado de ternura, que no supe interpretar. Parecía que los guardianes contenían el aliento, aguardando algún tipo de reacción por su parte.

Tras unos segundos apretando la mandíbula y con una mano sobre el corazón, Sulveh alzó la mirada y la clavó en mis ojos.

Me estremecí.

—Cuando la guerra llegue a su fin, me quedaré en la aldea y me haré cargo de Sylvia y el pequeño Sonah. No regresaré al templo, asumiré la responsabilidad y el honor que me corresponden.

No apartó la mirada de mi rostro hasta que asentí. Entonces, relajó los hombros mientras todos le daban palmadas en la espalda y le profesaban palabras de apoyo.

En realidad, me hubiera gustado decirle que, seguramente, Sylvia se las podría apañar solita y que era decisión de ella, y no de él, aceptar que se ocupara de ambos. Pero la emoción en el rostro de ese barog era tan intensa que me abstuve de comentar nada.

Tal vez fuese tradición entre los barogs que, si uno moría, la familia se encargara de cuidar de los suyos. Sea como fuere, Sulveh parecía feliz de tener ese nuevo cometido en la vida. ¿Quién era yo para aguarle la fiesta?

Miré a Xerx de reojo. Parecía satisfecho. Quizá le preguntaría más tarde sobre el tema.

Cuando acabamos de cenar, sirvieron una especie de infusión y, tras bebérnosla, nos pidieron que nos uniéramos a ellos en la plataforma exterior.

Al salir, todos los guardianes estaban de pie, con los rostros alzados hacia la pareja de lunas verdosas y los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Entonces, mientras se mecían a derecha e izquierda lentamente, con un vaivén hipnótico, entonaron unos cánticos guturales y sentidos, que me pusieron la piel de gallina.

—¿Qué hacen? —le pregunté a Xerx en un susurro.

—Les piden a los dioses del manantial que acojan las almas de los ancianos fallecidos y que los guíen hacia su destino.

—¿Siempre hacen eso?

—No lo sé, es la primera vez que presencio algo así, nunca antes nadie había asesinado a un anciano. De hecho, ni siquiera sé cuánto hace del último cambio de ancianos. Nadie vivo lo recuerda.

—¿Entiendes lo que dicen?

—Es la lengua antigua. Nos hacen aprender un canto similar en la aldea para cuando fallece cualquier barog. Lo cantamos en la ceremonia funeraria.

—¿Hablas la lengua antigua?

—Nadie la habla, tan solo conocemos algunas canciones o fábulas.

—¿Y no podría estar relacionada con las inscripciones en las rocas? —reflexioné.

Xerx meneó la cabeza.

—No lo creo, Jen. Como sabes, puede que sean de las primeras *aninfs*, que es la opción más probable, de los seres alados o de cualquier otra criatura ancestral desconocida que habitara este planeta antes que nosotros. Según las leyendas, había algunas muy evolucionadas que se extinguieron hace millones de años.

Me quedé pensativa. Cada vez que comentábamos ese tema, me asaltaban unas ganas terribles de averiguarlo todo. Era muy inquietante.

Nos mantuvimos en silencio durante el resto de los cánticos, y yo aproveché para contemplar la entrada del templo, construido en cuarzo rosáceo e incrustado en la imponente montaña. Los grabados del dintel, con la espiral flanqueada por dos leones, eran impactantes.

Al acabar, los barogs se arrodillaron bajo las lunas y regresamos todos al templo.

Sulveh nos pidió que le siguiéramos por el pasillo posterior, hasta que se detuvo ante una de las puertas de la zona decorada con las estatuas de animales. Al parecer, en las habitaciones de ese pasillo dormían los guardianes, mientras que las dependencias de los ancianos se extendían a lo largo de otro corredor.

—Es una alcoba modesta—dijo el guardián—, pero, para pasar una noche, será mucho mejor que dormir a la intemperie en la selva, rodeados de peligros. —Por un segundo, su semblante se ensombreció.

Todo lo que les había ocurrido ese día a los ancianos era espantoso, y ni siquiera podíamos estar seguros de que los hermanos perdidos no regresaran de nuevo al templo, aunque algo me decía que no lo harían. Ya habían cumplido su propósito. O eso creían, porque, si esperaban que los guardianes fueran por la selva en busca de Ooris en lugar de acudir a la aldea, estaban muy equivocados. Se iban a llevar una desagradable sorpresa.

Sulveh empujó la puerta y entró en la habitación. Nosotros lo seguimos.

Había un amplio jergón en el suelo con varias colchas dobladas encima y algunos cojines coloridos. A un lado, había una mesilla con un cubo de madera lleno de agua y varios utensilios de aseo, y al otro, un farolillo encendido. Sobre un sencillo baúl de madera tallada, había varias figurillas en un tablero de un juego desconocido para mí.

—Muchas gracias, Sulveh. Apreciamos vuestra hospitalidad —dijo Xerx.

—Siento no poder ofreceros nada mejor.

—Esto es más que suficiente. Estoy acostumbrado a dormir en el suelo de la selva o en alguna gruta; así que este dormitorio, en comparación, es un palacio.

Sulveh asintió y esbozó una sonrisa cansada. Sus ojos seguían brillando de ese modo especial que habían adquirido desde que habíamos mencionado a Sylvia.

—Descansad tranquilos esta noche. Varios de los nuestros montarán guardia en ambos accesos. Nadie entrará aquí ni habrá ningún ataque que nos pille por sorpresa —explicó con su hermosa voz. Y entonces, mirándome a mí, añadió—: No tenéis nada que temer.

Asentí.

—Mi león, Itzaar, está fuera, frente a la entrada trasera al templo. Le pedí que nos esperara ahí cuando entramos.

—Enviaré a alguien a decirle que estáis bien.

—Te lo agradezco, Sulveh.

—Mañana le mostraremos el camino bajo la montaña para los felinos.

Aquello nos sorprendió.

—¿Hay otro camino?

Esbozó media sonrisa.

—Amigo mío, hay muchas cosas que los barogs de la aldea no sabéis. Y visto lo que ha sucedido hoy, habrá que cambiar unas cuantas si queremos que algo así no vuelva a ocurrir jamás.

—Entonces, aguardaré a que le enseñéis cómo llegar hasta aquí para unirse a nosotros de regreso.

—Descansad, amigos míos. Mañana, tras el entierro, marcharemos con vosotros hacia la aldea. —Entonces, colocó una mano sobre el hombro de Xerx y le dijo—: Has cumplido bien tu misión, Xerx. Eres valiente y decidido, y tu *hoa uhane* también. —Di un respingo cuando sus ojos de bronce se clavaron en los míos. Ese barog era impresionante—. Has corrido un grave peligro viniendo hasta aquí, y no quiero ni pensar lo que habría ocurrido si hubieseis llegado unas horas antes y os hubierais cruzado con los hermanos perdidos. Los dioses os han sonreído.

—Te agradezco que hayas accedido a concedernos tu ayuda y hayas convencido a los otros guardianes.

—*Tú* los has convencido. Nos has convencido a todos.

Y tras estas palabras, dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta. Y ahí estábamos Xerx y yo, solos de nuevo, con una cama ante nosotros.

Sin mirarme ni mediar palabra, mi barog se encaminó hacia el cubo, se lavó las manos y la cara, y se dirigió al jergón. Extendió una colcha y se deslizó debajo. Se mantuvo en un extremo mientras yo me quitaba las sandalias y lo imitaba. Tras asearme un poco, me metí en la cama.

Estaba exhausta y dolorida. Aquel día había sido… ¡Buf! Ni siquiera sabía cómo describirlo. Me había superado por completo.

Me acurruqué de espaldas a él y me arrebujé bajo la colcha. Aunque hacía calor, las espeluznantes imágenes de los cadáveres

destrozados de los ancianos no paraban de provocarme escalofríos.

—Buenas noches, Jen —dijo, acariciándome fugazmente el hombro con los dedos, y la pierna con la cola, bajo las mantas.

Sentí cosquillas en el estómago.

—Que descanses, Xerx. Ha sido un día agotador, al menos para mí —dije en un susurro. Apenas me quedaban fuerzas para hablar.

—Para mí también. Es una suerte que no nos hayamos cruzado con Ux y los suyos, y que hayamos conseguido convencer a Sulveh y los demás para que nos acompañen. Hemos completado con éxito la misión que nos encomendó Cyrus. —Había orgullo en sus palabras, y no era para menos.

Asentí.

—Viendo cómo han ido las cosas, le estoy muy agradecida al águila que se me ha llevado a su nido. Si no lo hubiera hecho, quizá los hermanos perdidos y nosotros hubiéramos llegado al túnel de piedra a la vez.

Habría jurado que Xerx tembló.

Guardamos silencio durante unos minutos, tan solo roto por el sonido de nuestras respiraciones azarosas.

—¿Quieres que apague el farolillo, Jen?

—Por mí está bien así. Apenas alumbra, y todavía estoy un poco alterada. El águila, los ancianos, la sangre...

Xerx se movió a mi espalda y, despacio, se me acercó hasta pegarse a mi cuerpo y rodearme la cintura con un brazo. Me quedé muy quieta, sintiendo su pecho subiendo y bajando detrás de mí, rozándome la espalda cada vez que se hinchaba con una inspiración.

—Has sido muy valiente, Jen.

—Te aseguro que no ha sido una decisión consciente. Básicamente, no me ha quedado otro remedio.

—Puede, pero eso no quita mérito a cómo has afrontado todo lo que te ha sucedido hoy.

Entonces, cometí el error de darme la vuelta y mirarlo de frente. El naranja chispeaba en sus ojos y tenía las aletas de la nariz ensanchadas.

—¿Crees que venceremos? —le solté. Esa pregunta me rondaba por la cabeza desde que habíamos salido de la aldea, hacía lo que parecía una eternidad.

—Estoy convencido de que sí. No puede ser de otro modo.

Su respuesta, tan sincera y contundente, me sorprendió y reconfortó a partes iguales.

—Tu confianza me maravilla, pero ¿por qué estás tan seguro?

—Ese monstruo no puede vencer. Ha causado ya demasiado daño, y los dioses no permitirán que vuelva a hacerlo.

—Lamentablemente, las cosas no siempre funcionan así. Te tenía por un barog bastante racional —dije sonriendo con suavidad.

—Y lo soy. Precisamente por eso, pienso que todo en la naturaleza tiene un equilibrio. Y Ux ya ha decantado la balanza en su favor durante demasiado tiempo.

—Apuesto a que él lo ve completamente al revés.

—Él puede verlo como quiera, pero la maldad va a llegar a su fin tarde o temprano.

—Ojalá tengas razón.

Suspiró.

—Debo tenerla, Jen, porque la alternativa sería un infierno, un reino del terror.

Nos quedamos en silencio un instante, que él aprovechó para acercar su pierna a la mía por debajo de la colcha. Nuestras pieles se rozaron.

—¿Te has dado cuenta de la emoción de Sulveh cuando le hemos contado lo de Sylvia? —pregunté.

—Su pareja, Elena, y su hermano, Sonah, fueron asesinados. Los perdió a ambos el mismo día y creía que Sylvia también había muerto, ya que encontraron varios cuerpos calcinados e irreconocibles. Y de pronto, se ha enterado de que su cuñada está viva. Es la única familia que le queda.

—Lo sé, lo sé. Pero... me ha dado la sensación de que ahí había algo más. Se le han iluminado los ojos de un modo muy especial.

—¿Qué insinúas? —dijo alzando una ceja oscura.

—¿Crees que es posible que hubiera algo entre Sulveh y Sylvia?

—Jamás escuché ningún rumor sobre eso. Sulveh amaba a Elena, y Sylvia a Sonah. Que sean familia y vayan a ayudarse no significa que...

—Ya lo sé. Es solo que... Bah, déjalo estar. Seguramente, es solo lo que tú dices, la emoción de reencontrarse con una familiar que creía muerta.

—Los cuatro se llevaban muy bien y siempre estaban juntos. Pero de ahí a lo que estás insinuando...

—Tienes razón. Es una tontería. No me hagas caso.

—De todos modos, lo más normal sería que se vincularan. No sería como con sus *hoa uhanes*, pero el hecho de ser familia ayudaría a reforzar la unión, aunque jamás fuera como las anteriores.

—Eso será si ambos lo desean, ¿no?

—Por supuesto. Pero lo que está claro es que ambos están solos, hay un bebé de por medio, siempre se llevaron bien...

—Sería bonito, no lo niego. Sin embargo, puede que Sylvia se interese por un barog distinto o que no quiera emparejarse aún, tras todo lo que ha sufrido.

—Todo es posible, Jen.

—Pero nadie puede obligarla a emparejarse, ¿verdad?

—Antes, con cualquiera de los reyes anteriores, sin duda es lo que habría sucedido —dijo un poco avergonzado.

—¡Qué horror!

—Recuerda que yo formaba parte de los rebeldes junto a Daryos por motivos como ese. Jamás aprobaría algo así.

—Lo sé, te lo aseguro.

—El caso es que Cyrus no va a obligarlos a nada. No es esa clase de rey, al menos desde que hizo las paces con su hermano y se vinculó a Tina. Incluso Drashir les habría dado la opción de escoger, aunque, seguramente, habría acabado intercediendo para que ella aceptara a un barog como pareja, fuera Sulveh o cualquier otro —dijo con seriedad—. Por si no te has dado cuenta, no nos sobran humanas descendientes en la aldea —bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

—Hablando en serio, no tengo ni idea de lo que sucederá. Por lo que he oído sobre Sylvia y Sulveh, ambos son buenas personas con un gran corazón y se llevaban muy bien. Y espero que encuentren la felicidad, ya sea como pareja o solo como familia.

Asentí. No podía estar más de acuerdo.

—Ojalá sea como tú dices. Me da mucha pena todo lo que les ha sucedido. Es una historia muy triste.

Xerx se quedó pensativo unos segundos.

—¿Sabías que Sonah y Sulveh eran gemelos?

—¿En serio?

—Como dos gotas de agua. Dicen que solo una pequeña mota en uno de sus ojos y una vieja cicatriz los diferenciaba, aparte del carácter, en lo que no tenían nada que ver. Yo los recuerdo completamente iguales.

—Entonces, para Sylvia todavía será más duro el reencuentro, considerando que su cuñado es el vivo retrato de su barog muerto.

—Supongo que tienes razón.

Por algún motivo, aquello me dejó intranquila.

Me dispuse a darme la vuelta de nuevo cuando él me retuvo por la cintura y me apretó contra su cuerpo. Lo que sentí ahí abajo me subió los colores de golpe. Mi barog estaba muy excitado, y eso que yo no había hecho nada para provocarlo.

—¿No vas a darme ni un beso de buenas noches, amor? —Su voz fue un susurro áspero, gutural.

«Amor».

Esa palabra otra vez, que me hacía vibrar los huesos y me enroscaba los dedos de los pies.

—No te conformarás solo con uno, barog. A mí no me engañas.

Él bajó la mirada un poco y contuvo una sonrisa. Cuando la alzó de nuevo para encontrarse con la mía, estaba llena de fuego.

—Tampoco pasaría nada porque nos besáramos un rato.

—Estamos en el templo y ha sido un día muy duro. No creo que...

—Te deseo cada segundo de cada día de mi vida, pero te aseguro que no es mi intención propasarme ni seducirte en el templo, y mucho menos después de lo que ha ocurrido hoy. Tan solo... quiero besarte. Solo si te apetece. Si no, no pasa nada. Te abrazaré, si me dejas, y nos quedaremos dormidos enseguida.

No movió ni un músculo. Permaneció muy quieto, sin presionarme. Pero yo sabía cuánto lo deseaba, porque yo me sentía del mismo modo.

—Puedes besarme, Xerx.

—Si lo haces solo por compasión...

—No es compasión, te lo aseguro. Quiero que me beses.

No tuve que repetírselo. Me ciñó contra su cuerpo y sus labios atacaron los míos. Fue un beso —bueno, en realidad, fueron muchos — sensual y muy intenso. Cada uno más profundo que el anterior, mientras sus manos me acariciaban la cadera, el muslo, un hombro, la clavícula...

Por primera vez, me rozó la curva del pecho con los nudillos mientras dejaba escapar un gemido. No lo aparté y, secretamente, deseé que lo descubriera y me acariciara el pezón con los labios. Sin embargo, no le di pie a que lo hiciera, ni él osó llevar a cabo semejante avance.

Eso sí, su pene se apretó contra mi vientre y sus dedos me acariciaron el trasero varias veces. Cuando su cola se metió bajo mi vestido y la sentí, suave y atrevida, cerca de mi ingle, le puse una mano en el pecho para que se detuviese. No hizo falta más.

Me sujetó la barbilla con dos dedos y me besó los labios una última vez, con suavidad, y después la punta de la nariz.

Me acurrucó contra su pecho y, en menos de un minuto, nos quedamos dormidos. Su aroma a canela y moras maduras y picantes me arrulló hasta transportarme a los brazos de Morfeo, o como quiera que se llamara el dios nemeo del sueño. ¿Cómo olería yo para él?

Soñé que hacíamos el amor en medio de la selva como dos animales en celo, rodeados de flores y arrullados por el delicado canto de pájaros exóticos.

No le haría esperar demasiado.

35 LAS NECESITAMOS

Las madrigueras, Nemea, en la actualidad
Ux

Ux alzó la mirada hacia las dos lunas, que ya habían recuperado su habitual resplandor verdoso y brillaban con más intensidad que nunca. El reflejo de la hoguera danzaba en sus pupilas, arrancándole destellos de ónice a su mirada profunda y astuta.

Sus barogs e inferiores dormían repartidos por el suelo del claro, circundados por las madrigueras. Los cuerpos de algunos de ellos se enredaban con los de las *aninfs* con las que habían yacido tras la cena. Los gemidos y rugidos de las orgías todavía resonaban en los oídos de Ux.

Él no había tomado parte en ninguna de ellas.

Desde hacía diez años, no había fornicado con ninguna *aninf*. Desde que había empezado a acostarse con las humanas cautivas, no soportaba siquiera la idea de tener sexo con esos bichos.

En el pasado, cuando Tatiana lo repudió y le prohibieron vincularse a cualquier otra descendiente en la cacería, condenándolo a esperar doscientos años más, no le quedó más remedio que recurrir a esos seres para aliviar sus necesidades más primarias. Pero eso era todo.

Y después de haber intimado con humanas, lo demás ya no le satisfacía lo más mínimo, sino todo lo contrario: aborrecía a las *aninfs.* Porque yacer con una de ellas o con una humana eran actos completamente diferentes.

Contempló el cielo estrellado una última vez y bajó la vista hacia la hoguera. Las llamas se alzaban a un metro del suelo, con los restos de la cena apelotonados a un lado.

Sin pretenderlo, su mirada se posó de nuevo sobre Ooris. El anciano estaba tumbado cerca de Lorish desde hacía un buen rato, pero no dormía. Sus ojos, antiguos y sabios, se clavaban en el fuego. Su semblante parecía tranquilo, pese a la terrible situación en la que se encontraba. Su vida pendía de un hilo, y Ux estaba seguro de que Ooris lo sabía. El viejo barog podía ser muchas cosas, pero tonto no era una de ellas.

Uxuer miró hacia el fuego de nuevo con sus ojos celestes rodeados de negro. Desde que el anciano le había revelado aquel secreto guardado durante treinta años, le había dado vueltas en bucle en su mente a cada una de las palabras que había pronunciado.

Podría haber dudado de su veracidad; podría haber pensado que aquel supuesto secreto no era más que una treta de Ooris para manipularlo. Sin embargo, lo creyó a pies juntillas.

Algo en su interior, en lo más profundo de su alma, le decía que era la pura verdad. Había demasiados detalles, demasiadas coincidencias. Ooris no había mentido.

Y aquel secreto… lo cambiaba absolutamente todo.

Ux reflexionó una y otra vez sobre las implicaciones y la magnitud de ese hecho increíble. Lo que significaba para él y lo que podría comportar para la guerra que pronto comenzaría en la aldea, enfrentando a los de su propia especie entre sí. Las repercusiones de algo así eran inimaginables.

Y él tenía mucho trabajo por hacer.

Ahora, no solamente iba a ganar la batalla, aniquilar a sus enemigos y usurpar el trono de Nemea de las garras del mismísimo Cyrus. Ahora, iba a quitarle a ese rey mucho más de lo que jamás podría haber imaginado. Porque aquel secreto oscuro era, en realidad, un regalo para él, caído del cielo en el mejor momento posible.

Era un regalo de los dioses.

Y eso solo podía significar que estaban de su lado. O eso pensaba Ux mientras seguía deleitándose con esa noticia que apenas podía creer. Una noticia milagrosa.

Si antes había sopesado matar a Ooris en cuanto le diera toda la información posible, aunque le hubiese prometido mantenerlo con vida hasta la guerra, ahora sabía que no podía hacerlo. Debía llevarlo vivo ante el rey y el príncipe de Nemea para que, cuando él les revelara semejante secreto, el anciano pudiera atestiguar que era cierto.

A buen seguro, Ooris sabía que sería así. El viejo lo tenía todo calculado, por eso se lo había contado. Para vivir un poco más.

Necesitaba al anciano hasta el final de la guerra, hasta que la conversación más importante de su vida tuviera lugar. Después, lo mataría igual que había hecho con los otros tres, con una diferencia: no le concedería una muerte rápida y digna, sino una terrible y larga en la que se retorciera de dolor y suplicara porque lo matara.

Considerando cómo le había jodido la existencia, esa sabandija no merecía piedad alguna. No merecía otra cosa que dolor.

Por mucho que había intentado sobreponerse al impacto de esa revelación y no mostrar sus emociones, lo cierto era que un sentimiento fuerte y desconocido se había instalado en el centro de su pecho y asentado de manera permanente.

Tras todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, desde que la descendiente Callie, valiente y bocazas, había aparecido en el río a su entera merced, no podía evitar pensar que todo era obra de un destino bromista y cargado de ironía. Sin duda, había ocurrido por una poderosa razón.

Ese secreto, que ahora él también conocía, era la prueba de ello. El círculo se cerraba de un modo asombroso, y ahora más que nunca deseaba vencer y que todo se supiera.

Se relamió al pensar que Drashir se revolvería en la tumba cuando él gritara la verdad a los cuatro vientos. Una verdad que Tatiana debería haberle contado. Aquello habría cambiado las cosas entonces…, tal como las cambiaría ahora.

Lástima que ella ya no estuviera allí.

Maldito el barog que la atravesó con su machete cuando ella trataba de proteger a su rey.

Sacudió la cabeza para alejar de sus pensamientos la terrible imagen de la muerte de Tatiana, la mujer a la que había amado con

toda su alma. Aquello le había dejado una profunda herida que jamás sanaría por completo. Pero ahora no podía permitir que su recuerdo lo atormentara y debilitara. Ya la había llorado lo suficiente durante años. Debía mirar hacia delante, y tenía más motivos que nunca para hacerlo.

Una *aninf* de enormes ojos plateados y larga melena que arrastraba por el suelo se acercó a él y le tocó en el hombro. Cuando se giró a mirarla, ella le hizo un gesto con un largo dedo de garras afiladas para que lo siguiera.

Había llegado el momento de averiguar si las *aninfs*, por primera vez en su existencia, se unirían para luchar al lado de uno de los bandos de barogs.

Aunque accedieran, tendría que pensar muy bien cuándo las emplearía en la guerra, puesto que las instrucciones debían ser muy simples y concisas. Además, podían cambiar de opinión o, simplemente, olvidarse de la tarea que les había encomendado.

Ux rezó para que la líder de las aninfs, una hembra, fuera tan avispada como Artia, o incluso como esa otra que había lanzado a la descendiente Callie precipicio abajo. Una de esas que conservaban una pizca de la astucia de sus antepasadas más ancestrales, si es que realmente existieron.

Quién sabía si eran reales o solo un mito.

Mientras se alejaba de la hoguera tras la *aninf* que había ido a buscarlo y se adentraba en la oscuridad de una de las madrigueras, Ux decidió que no podía jugársela solo con las *aninfs*. Necesitaba reclutar a otros seres para garantizarse que, llegado el momento, contaría con las fuerzas necesarias.

Los leones y las panteras estaban descartados. La gran mayoría de los felinos mantenían una alianza con los barogs de la aldea desde siempre, y algunos de ellos los consideraban más que aliados o mascotas: para ellos eran amigos. El resto de los leones que deambulaban por la jungla o las panteras de ojos rojos de las cuevas, o bien no lucharían, o bien se pondrían de parte del rey si este se lo pedía. Pero de ningún modo se aliarían con los suyos, esa era una causa perdida.

Así pues, ¿con qué especie de la fauna nemea podría contar él?

Tenía que ser fiera e implacable, completamente desligada de la aldea y que no les debiera lealtad ni devoción. Una especie valiente y lo bastante temeraria como para apuntarse a una guerra de tal magnitud. Una a la que pudiera comprar o sobornar con algo que realmente les interesara.

Podría ofrecerles carne de barog.

Podría ofrecerles una parte del territorio de la selva bajo el dominio de la aldea.

Podría ofrecerles sangre y diversión.

Mientras se adentraba en la negrura de esa madriguera, la más amplia de todas, repasó mentalmente la fauna del planeta, raza a raza.

¿Qué animales reunían todas las cualidades necesarias y, además, eran lo suficientemente inteligentes como para comprender las órdenes de Ux y ejecutarlas de forma precisa? ¿Quedaban algunos de esos? Y lo más importante: debían ser animales que jamás se aliarían con el rey de los barogs y que no temieran lo más mínimo su ira.

En las profundidades de la madriguera, que se extendía hasta lo más hondo de aquella colina, se erigía un pequeño fuego. Ux arrugó la nariz cuando percibió la amalgama de olores, densos y penetrantes, que inundaban el lugar. Era una mezcla del aroma almizcleño y dulzón de las *aninfs,* el olor a sexo, las fragancias aceitosas de la carne grasienta de los animales que solían comer…, entre muchos otros en los que el líder prefería no pensar.

Su asentamiento en los pantanos tampoco era un derroche de suaves y delicados perfumes, precisamente, pero ningún olor, por fuerte que fuera, podía compararse al que desprendían las madrigueras.

Apenas le quedaban ya unos pasos para llegar hasta la *aninf* alta y esbelta que esperaba sentada junto al fuego, con las piernas cruzadas y los ojos aparentemente vacíos e inexpresivos. La líder tenía la melena incluso más larga que sus congéneres, y sus garras eran cuchillas afiladas como armas letales.

Si algo había aprendido sobre las *aninfs* durante toda su existencia, era que jamás había que subestimarlas.

Entonces, la imagen de uno de los animales más temibles de Nemea se le vino a la cabeza: las *nashies*. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Hacía siglos que no se cruzaba con una de ellas; pero, en otro tiempo, los hermanos perdidos y ellas habían mantenido alianzas de caza puntuales o de defensa contra determinados enemigos comunes, como los pulpos gigantes.

Las *nashies* subterráneas, los animales más temibles y descontrolados de Nemea, eran hienas enormes, casi tan grandes como las panteras, de pelo dorado y ojos negros como el carbón, carroñeras y terribles.

Sin duda, ir en su busca los retrasaría unos días, tal vez una semana entera; pero, si conseguía que se unieran a ellos, habría valido la pena el esfuerzo.

Les prometería carne en abundancia, eso debería bastar. Además, la sangre las fascinaba, y no eludirían una buena batalla, sobre todo, si podían desgarrar los vientres de algunos felinos. Siempre habían sido sus grandes enemigos.

Debería tener cuidado y no perder de vista a sus tres líderes, porque las *nashies* eran traicioneras y carecían de la nobleza de los felinos.

Cuando Ux se sentó frente a la líder, tenía una sonrisa oscura en los labios. Había encontrado la solución para reforzar sus hordas. La decisión estaba tomada. Cerraría el trato con las *aninfs*, iría en busca de las hienas y, todos juntos, marcharían hacia la aldea.

Hacia la guerra.

—Mis *aninfs* dicen quieres trato, Ux-er.

Ux asintió.

—Luchad a mi lado y tendréis la amistad eterna de mis barogs perdidos. Una alianza duradera.

—¿Qué ganan *aninfs* con trato?

Puede que no hablara de forma fluida y que esos ojos plateados le dieran un aspecto estúpido, pero ese ser que tenía ante él no era idiota en absoluto. Simple, sí, pero sabía de lo que estaban hablando.

—Cuando gane y suba al trono de Nemea, podréis deambular libremente por la aldea y comerciar con nosotros. Podremos intercambiar objetos y cazar juntos. —Por supuesto, pasado un tiempo prudencial, no tenía ninguna intención de mantenerles esos privilegios, pero eso ya vendría después.

Ahora mismo, les ofrecería lo que fuese necesario para que se unieran a su bando.

—¿Prometes por los dioses? —preguntó ella con voz rasposa y los ojos fijos en el rostro de él.

Lo dicho: no tenía nada de estúpida. De hecho, mucho tiempo atrás, hasta le habría encontrado cierto atractivo. Ahora, las cosas eran muy distintas para él.

—Lo prometo.

Ella lo miró durante casi un minuto y, al fin, asintió. Se inclinó hacia delante y, estirando uno de sus dedos recubiertos de terciopelo, señaló con su larga garra hacia la entrepierna de Ux.

—Ausinca y Ux-er sellarán trato.

Ux negó con la cabeza mientras se le revolvía el estómago.

—Yo no me acuesto con *aninfs*, Ausinca, lo lamento. Pero te enviaré al más apuesto de mis barogs para que te complazca.

La *aninf* se levantó y se aproximó hacia él unos pasos. Ux permaneció sentado y muy alerta mientras ella lo miraba desde arriba.

—Ux-er hará sexo con-migo. O no trato.

El líder de los hermanos perdidos se tragó una maldición. No le quedaba más remedio que cumplir lo que ella le pedía. Las *aninfs*, a veces, eran caprichosas y obstinadas. Si no le daba lo que quería, seguramente se negaría a luchar. Así que hizo de tripas corazón y se levantó.

Ausinca era casi tan alta como él, aunque mucho más delgada. Su cuerpo no era desagradable en absoluto. Pero no era el cuerpo que le gustaría poseer.

No era el de Tatiana, ni de Callie, ni de Susi. Y, sobre todo, no era el cuerpo de…

Se sorprendió a sí mismo cuando ese rostro de facciones suaves y ojos ambarinos, enmarcado por una melena oscura, volvió

a colarse en su mente. Últimamente pensaba demasiado en ella.

No podía permitírselo.

Siguió a la *aninf* hacia el rincón más oscuro de la madriguera. El aire viciado y el aroma de ese cuerpo al que no deseaba le asfixiaron.

Ausinca se tendió sobre el suelo recubierto de hojas de palma y Ux se quitó el taparrabos.

Cumpliría con su parte para sellar el trato con la líder de las *aninfs*. Y después, los hermanos perdidos serían invencibles.



36 NARANJITO
CALLIE

Emi llevaba media mañana encerrada en su casa con Axeh, al igual que Lorna con Toruch, mientras que Tina iba de reunión en reunión en su nueva morada de reina de la selva junto a su flamante rey. Los preparativos para la guerra continuaban su curso, y todo el mundo andaba de aquí para allá haciendo algo útil o reuniéndose en grupitos para organizarse.

Todos, menos yo.

Daryos había salido muy temprano de casa, antes del amanecer. Tras darme un beso de tornillo, que me había dejado con ganas de mucho más, se había marchado a supervisar las obras de las casas para las descendientes que ahora mismo se alojaban en la posada. Se había tomado esa tarea muy en serio y, gracias a su esfuerzo y al de los barogs que trabajaban con él, ya pronto estarían terminadas. Un día o dos a lo sumo, según me había dicho. Mi amorcito era muy eficiente.

Podría haberme ofrecido a ayudarle, pero, francamente, no tenía ni idea de construir casas y me daba la impresión de que iba a ser más un estorbo que otra cosa. Y tampoco es que me apeteciera demasiado que se me cayera un ladrillo o un tronco en un pie. Había visto cómo lo hacían y, aunque eran rápidos y expertos, no eran muy… cuidadosos.

Así pues, decidí que iría a la casa posada para echar una mano a las otras mujeres en lo que hiciese falta. Más tarde teníamos una nueva clase de tiro con arco y uso del cuchillo. ¡Estaba deseando practicar!

La mayoría no hacíamos grandes avances, pero yo me lo pasaba de maravilla incordiando a Lansh, que siempre hacía acto de

presencia en un momento u otro. Fingía desesperación, pero yo sabía que se lo pasaba bomba, el muy gamberro. A veces le costaba controlar las carcajadas cuando alguna de las chicas la pifiaba estrepitosamente.

¡Que los dioses nos protegieran! Porque si algo dependía de nuestra destreza con las armas, estábamos bien jodidas.

En realidad, yo no lo hacía nada mal. Era de las pocas que había mejorado y le ponía mucho empeño. Pero para mí no era suficiente. Necesitaba aprender más. Tenía la sensación de que, llegado el momento, sería crucial para nosotras que pudiéramos defendernos.

Aparte de las lecciones con las armas, las descendientes antiguas siempre estaban atareadas con algo, y ya era hora de que las más jóvenes nos implicáramos a fondo en la vida de la aldea. Además, en general, todas me caían muy bien, y era agradable charlar y bromear, lejos de nuestros salvajes barogs, que casi siempre se nos pegaban como una lapa.

Había comentado con algunas de ellas que, tal vez, cuando terminara la guerra y reinara al fin la paz en el planeta, podría dar clases de ciencias a las que quisieran. Lorna y yo podríamos llevar a cabo esa tarea, que tanta falta les hacía a la mayoría. Porque, veamos, algunas eran de tantos siglos atrás que dominaban las tareas del hogar, cosían, eran unas estupendas cocineras o fabricaban ungüentos milagrosos. Pero apenas tenían conocimientos profundos de otros temas.

¿Quién mejor que dos exprofesoras de universidad para ponerlas al día de los últimos avances de la ciencia en la Tierra?

Lorna arrugó un poco la nariz cuando se lo propuse el día anterior. Pero, a ver, ¿a qué pensaba dedicarse durante todo el día? ¡No podía pasarse las horas follando con Toruch como loca! Sobre todo, porque él era uno de los mejores guerreros del rey y tenía sus propias obligaciones, además de complacer a su recién estrenada novia.

De todos modos, antes debíamos vencer esa dichosa guerra contra el malnacido de Ux. Solo pensar que ese monstruo llegaría tarde o temprano a la aldea, se me ponía la piel de gallina y me

entraban ganas de vomitar. No quería verlo ni en pintura, y rezaba cada noche a los dioses del manantial y a todos los que hubiera por ahí para que no tuviera que verme las caras con él.

Mientras avanzaba por el sendero en dirección a la posada, saludando a cualquiera con quien me cruzaba, eché un vistacillo alrededor.

Desde que habíamos regresado de las cuevas de las panteras, la aldea era un hervidero de felinos. Aunque la mayoría de ellos se mantenían más allá de la primera línea de palmeras, ocultos en la espesura de la jungla, había leones y panteras merodeando por todas partes.

Cierto que eran nuestros amigos y aliados y bla, bla, bla, pero no podía evitar ponerme un poco nerviosa. No solo porque, aparte de Enzo, Benju, Bazzeila y pocos más, los demás me eran desconocidos, sino porque su presencia ponía de manifiesto una terrorífica verdad: iba a estallar una guerra horrible de un momento a otro.

Además, últimamente, aparecían leones que jamás había visto antes. No es que los distinguiera a la perfección, pero había uno con una cicatriz en la cara y otro con la melena de un tono más rojizo que negro que no me sonaban de nada. Daryos me había dicho que Enzo los estaba reclutando en la selva, pero tenía la sensación de que algunos aparecían espontáneamente.

Quizá la jungla entera percibía que se preparaba la batalla, y algunos ya estaban escogiendo bando. O puede que simplemente me estuviera volviendo loca.

Justo al pasar frente a la casa de Ciench y Susi, estos salían por la puerta. Les dediqué una sonrisa y continué mi camino. Ciench se dirigía a reunirse con el rey, y Susi, hacia la posada. Podría haberla esperado, pero iba ensimismada y cabizbaja, y no me dio la impresión de que quisiera compañía en esos momentos.

Según me había contado, las cosas avanzaban bien entre ellos, y se seguían amando con locura, pero iban despacio. Todavía no se habían acostado juntos y Susi no sabía cuándo estaría preparada para ello. Esos diez años de cautiverio y abusos habían hecho mella en mi amiga

Deseé con todas mis fuerzas que Ciench tuviera la oportunidad de matar y descuartizar a ese hijo de puta que había arruinado sus vidas. Él, más que ninguno, merecía acabar con Ux.

Mientras seguía caminando, me vino a la mente otra de mis queridas amigas…

Debía reconocer que estaba muy preocupada. No solo por la guerra inminente, sino porque Xerx y Jenny todavía no habían regresado. En base a los cálculos que habían hecho, deberían haber llegado a la aldea la noche anterior. Sin embargo, todavía no había ni rastro de ellos.

Y eso me tenía de los nervios.

Mi amorcito, el muy optimista, me había dicho que se habrían retrasado con cualquier cosa, o que tal vez les había costado más de lo previsto convencer a los guardianes, y que, a buen seguro, estarían al caer. Pero yo no podía olvidar que, ahí fuera, Ux y los hermanos perdidos se preparaban para el enfrentamiento y quizás ya se estaban dirigiendo hacia nosotros.

Si Jenny y Xerx se topaban de bruces con ellos… ¡Ni siquiera podía pensar en esa posibilidad!

Recé tanto a los dioses del manantial para que los mantuviera a salvo que seguro que ya se habían hartado de oírme. Aun así, ni corta ni perezosa, les rogué por mis amigos una vez más. Y ya puestos, si nos hacían el favorcillo de lanzar a Ux por un barranco o que se lo zampara un pulpo gigante, pues mucho mejor.

A lo lejos, vi a Toruch y Lorna salir al fin de su casa, y también a Emi y Axeh. Iban las dos parejas como si el mundo fuese un lugar maravilloso y no estuviésemos a punto de luchar por nuestras vidas y nuestra libertad contra unos monstruos desalmados. Solo les faltaba una música cursi de fondo para representar la escena perfecta. ¡Estaban en una nube!

A ver, ¡tampoco los culpaba! Emi y Ax habían esperado siglos para vincularse, y era normal que se sintieran felices y en su mundo de ilusión.

En cuanto a Lorna y Toruch… Bueno, mi amiga era un caso único; no tenía ninguna otra explicación. Sin duda, Lorna sabía sacar provecho de todas las situaciones y ver el lado positivo de las cosas.

Y en Nemea, con Toruch, acababa de encontrar un *gran* lado positivo.

Me reí por la bajini.

Tampoco es que yo pudiera criticarlas demasiado, pues me embobaba mirando a mi amorcito cada dos por tres. Cada día que pasaba me tenía más loca de amor. Definitivamente, había perdido la cabeza por ese barog salvaje, divertido y descerebrado.

Toruch y Ax se unieron a Ciench hacia el palacio de su majestad Cyrus —antes, el mayor capullo del reino, y ahora, un buen tipo con un gran corazón y un carácter "regulinchi", ¡ah!, y mi cuñado—, y Emi y Lorna hicieron otro tanto con Susi hacia la posada.

—¡Callie! —me llamó Emi.

—¡Calista! —insistió Lorna.

Me hice la loca y fingí no escucharlas. No porque no quisiera charlar con ellas, sino porque debía hacer algo antes de ir a la posada.

Algo que me tenía muerta de curiosidad.

Cuando Lorna insistió, soltando un chillido que, muy probablemente, le había reventado el tímpano a más de uno, no tuve más remedio que girarme y contestar.

—¡Tengo que hacer algo! ¡Os veo luego! —Y me escabullí hacia la selva, antes de que a mi queridísima amiga le diera por seguirme al trote desbocado y acompañarme.

En cuanto me adentré en la jungla, la marca de la espiral empezó a hormiguearme. Eso solo me ocurría a veces cuando estaba cerca de Daryos… o de mis amiguitos *llitops.* No iba a alejarme, tan solo me quedaría en la primera zona de helechos y arbustos, tal como había hecho el día anterior.

En cuanto avancé unos pasos, enseguida los percibí. Correteaban por todas partes, arrancando las bayas más maduras y zampándoselas de un solo bocado. Las trituraban en cuestión de segundos con esos dientes afilados como agujas que poblaban sus bocas.

Una mancha lila peluda por aquí, otra naranja por allá, una amarilla un poco más lejos… El primer cinturón de selva alrededor

de la aldea era un hervidero de *llitops* desde que regresamos de los pantanos. Como si se multiplicaran en cuestión de segundos, cada vez había más. Incluso los había de colores que jamás había visto.

Todos tenían un tamaño similar, aunque algunos estaban un poco más rellenitos, otros eran varios centímetros más altos, unos pocos tenían los ojos algo más grandes…

Y el mejor de todos, sin duda, era Naranjito.

El líder de los *llitops*, al que, desde que nos había salvado de las garras de los hermanos perdidos, yo ya consideraba como un gran amigo mío, era más listo que el hambre. Aunque, por supuesto, no hablaba, ni él ni ninguno, se comunicaba conmigo a través de mi marca de la espiral sagrada.

Cómo lo hacíamos era todo un misterio. Sin embargo, era incuestionable, al menos para mí. Algunos de mis amigos eran bastante escépticos al respecto, y otros, como el idiota de Lansh, se reían de mí a mandíbula batiente. Pero en el fondo, yo sabía que me creía.

En cuanto a Daryos…, estaba confuso. Me creía, pero, como jamás se había dado nada igual en Nemea, no sabía qué pensar. Tenía sus dudas. Yo le repetía hasta la saciedad que la marca de la profecía, que ambos llevábamos en la piel, debía de servir para algo más que de mera decoración. Sin embargo, él todavía no estaba convencido.

Pronto, varios *llitops* empezaron a aproximarse y a rodearme. Alzaban sus caritas rechonchas y despeinadas hacia mí, clavando sus ojos enormes en los míos. Si no fuera por los dientes, habrían sido las mascotas o los peluches perfectos. Aunque lo cierto es que a mí, incluso con esos dientes, no me daban ningún miedo. ¡Eran adorables!

Mis amigas eran reticentes y, cuando se movían cerca de nosotras, los vigilaban de reojo y se ponían nerviosas. ¡Y no las culpaba! Yo les había prometido a todas ellas que jamás les harían daño. ¿Cómo lo sabía? Ni idea. Era una sensación dentro del pecho, en el corazón. Sentía en lo más hondo de mi ser que los *llitops* estaban de mi lado.

Mientras esperaba, arranqué algunas bayas púrpuras que estaban un poco más elevadas y a las que no alcanzaban, y se las ofrecí. No se las lancé lejos, como solía hacer el idiota de Lansh, sino que las dejé con cuidado en el suelo frente a ellos.

Tampoco iba a darles de comer directamente de la mano, no fuese que algún motivado se emocionara demasiado y me arrancara un dedo. A ver, amigos o no, ¡los accidentes pueden ocurrir!

Tras unos minutos, al fin apareció.

Naranjito emergió de detrás de un arbusto, con sus enormes ojos marrones y su brillante abrigo de piel naranja chillón. Era el más bonito y listo de todos.

En cuanto lo vi, no pude evitar sonreír. Y tal como me había sucedido las otras veces, la espiral hormigueó en mi espalda. En cuanto eso ocurrió, me dispuse a practicar. Cogí otra de esas bayas y lo miré a los ojos.

—¿Cuántas bayas quieres?

Me observó tan fijamente que, por un momento, habría jurado que iba a lanzar rayos por los ojos. Entonces, mi marca de nacimiento vibró tres veces. Tres hormigueos cortos e intensos.

Así pues, arranqué dos bayas más y dejé las tres en el suelo frente a él.

Después, proseguí con el juego. Puede que fuera una chorrada y una pérdida de tiempo, pero ¿y si en algún momento necesitaba comunicarme con ellos? Ya me habían ayudado una vez. Quién sabía de lo que serían capaces. Y con lo que se nos venía encima, apostaba a que cualquier ayuda, por extraña que pareciera, nos vendría bien.

Tenía que preguntarle algo que me demostrara de un modo definitivo que todo eso era real y no solo fruto de mi imaginación. Así que miré a mi alrededor para ver qué se me ocurría.

Justo delante de mí se alzaban tres arbustos tupidos. Uno tenía moras de un violeta intenso; otro, frambuesas enormes, por llamarlas de algún modo; y el tercero, una especie de cerezas amarillas muy maduras.

—Voy a señalarte una baya de cada arbusto. Cuando te señale la frambuesa, avísame, ¿de acuerdo? —¿Sería esta pregunta

demasiado complicada? ¡Era un animal, no una persona!

«Ten fe, ten fe», me repetí como un mantra.

—Vamos allá, Naranjito. Yo sé que tú y yo podemos hacerlo. —Le sonreí y lo miré a los ojos. Juro que, por un momento, casi esperé que hablara. Me aclaré la garganta—. Vale, tú avísame cuando te señale la frambuesa, ¿eh?

Seguía inmóvil, rodeado de muchos otros *llitops,* tan concentrados como él y todos mirándome. ¡A ver si de tanto esfuerzo mental iban a tener un aneurisma!

—¿Es esta la frambuesa? —dije, señalando una mora.

La espiral se mantuvo tranquila. Ningún *llitop* se movió. Entonces, me acerqué a las cerezas amarillas.

—¿Es esta? —pregunté, señalando una en el centro del arbusto.

Nada. Todos seguían muy quietos y sin pestañear. No sentí nada en mi espalda.

—¿Y esta? —dije por último, señalando una de las frambuesas. Intenté mantener el mismo tono neutro para no darle ninguna pista.

Naranjito abrió la boca de par en par, mostrándome los dientes, y la marca de mi espalda empezó a hormiguear y calentarse.

—¡Bien! —Me puse a saltar y a aplaudir, y ellos me imitaron.

Fue muy gracioso porque lo hicieron todos a la vez, como si fueran una única masa, un único ser ondulante, en lugar de muchas bolas peludas distintas. ¡Parecía que hicieran la ola en un estadio deportivo!

Tras esa prueba, llevé a cabo otras parecidas, en las que ponía tres objetos y ellos me avisaban cuando señalaba el que había mencionado. Hice algunas preguntas distintas y, al fin, me di por satisfecha.

Había visto a Naranjito y a algunos otros a través de la ventana de mi dormitorio más de una vez, revoloteando abajo, pero manteniéndose un poco alejados. Daryos se quejaba de los ruiditos que hacían y siempre estaba a punto de lanzarles alguna cosa. Era

un exagerado. ¡Los ruiditos no eran para tanto! De hecho, a mí me parecían relajantes.

En cuanto me di por satisfecha, regresé a la aldea. Acababa de salir de la vegetación cuando me encontré de frente a Daryos, con Enzo pegado a sus talones. Su expresión era todo un poema, y el león no parecía mucho mejor. ¡Mi barog tenía la angustia pintada en la cara! Se me encogió el estómago.

—¿Ha ocurrido algo, amorcito? —me apresuré a preguntar.

—Pues ¡que no te encontraba por ninguna parte!

Se me desencajó la mandíbula. Enzo se apartó un par de metros para darnos privacidad…, o para ahorrarse nuestra discusión.

—Estaba aquí mismo.

—*Aquí mismo* no estabas porque llevo un buen rato buscándose. ¡Qué susto me has dado, amor!

—¡Tú sí que me has asustado! Con la cara que tenías, pensaba que había sucedido algo y traías malas noticias.

Él negó con la cabeza mientras se masajeaba el pecho por encima del corazón.

—En realidad, traigo buenas noticias —dijo sonriendo un poco. Realmente, el pobre lo había pasado mal. Era un pelín melodramático el chaval.

—¡Cuenta, cuenta!

Me agarró de la mano y entrelazó los dedos con los míos mientras caminábamos.

—Uno de los vigilantes nos ha informado de que ha divisado a Xerx y Jenny. Están a punto de llegar.

Salté de alegría.

—¡Por fin!

—Y hay más… —dijo elevando una ceja y las comisuras de los labios—. No vienen solos.

—¿Los guardianes?

—Ni más ni menos. Y parece que han venido todos.

—¡Eso es genial!

Seguimos avanzando hacia el centro de la aldea, hablando de la inminente llegada de nuestros amigos. De pronto, se puso serio, lo cual era muy chocante en él.

—No vuelvas a darme estos sustos, ¿de acuerdo, amor? —dijo apretándome un poco los dedos. No había recriminación, tan solo preocupación sincera.

Se frotó la marca de nacimiento de la espiral como si le hormigueara. A veces nos ocurría.

—Lo siento, pero te aseguro que no he pasado de la primera línea de arbustos.

—Aun así, es peligroso. En cualquier momento pueden aparecer nuestros enemigos.

—Pero si eso ocurriera, uno de los vigilantes nos habría alertado como horas antes de que llegaran, ¿no?

—Sí, pero por si acaso. Por lo que me contaste, ese Ux es muy astuto. Tienes que ir con más cuidado, Callie. No me hagas sufrir, ¿quieres?

—Vale, vale, pesadito, me portaré bien —bromeé, dándole una palmadita en el pectoral, duro como el acero.

Su cola me azotó con suavidad el trasero y yo le di un codazo en las costillas, que para él fue como una suave caricia.

—¿Estabas otra vez con los *llitops*?

Lo miré de reojo.

—Hemos estado… practicando.

—¿Y? ¿Ha ido bien?

—Naranjito ha acertado todas las preguntas. El tío es un hacha.

Soltó una carcajada.

—Seguro que le has dado pistas.

—¡Para nada! Y ya sé que tú no crees demasiado en todo esto, pero…

—Es algo desconocido para mí y que no comprendo demasiado, eso es todo. Pero eso no significa que no te crea.

—Ya verás como mis esfuerzos servirán para algo. Aún no sé para qué, pero no está de más mantener una buena relación con ellos, después de lo que hicieron por nosotras en los pantanos.

—Tienes toda la razón, amor.

Tiró de mí para acercarme a su cuerpo, se inclinó un poco y me plantó un sonoro beso en la mejilla. Su cola volvió a hacer de las

suyas. El muy caradura aprovechaba la menor oportunidad para toquetearme.

—Por cierto, amorcito, ¿te has dado cuenta de que hay más leones en la aldea?

Paseó la mirada alrededor. Justo en ese momento cruzaban dos por delante de nosotros, aunque a esos los conocíamos. Un tercero al que no había visto jamás salió de la selva y entró en la aldea a paso lento y elegante. Miró a Daryos, luego a mí y, por último, siguió su camino.

—Sí, lo he notado. Xioh y Cyrus me lo comentaron también. Es extraño, aunque no inusual.

—¿Tú crees que Enzo los está trayendo?

—Estos días ha estado yendo y viniendo de la jungla, a veces acompañado de uno nuevo. Parece que está trabajando duro, aunque hay algunos que llegan por sí mismos.

—Mmmm, están pasando cosas un poco raras últimamente.

—Bueno, en cualquier caso, me alegro de que estén aquí. Cuantos más seamos, más probabilidades tenemos de vencer. Y los leones son, sin duda, los mejores. Parece que los dioses han escuchado mis plegarias —dijo sonriente.

—¿Les has pedido más leones?

—Les he pedido que nos ayuden a vencer. Pero, en concreto, llevo unos días pidiendo leones, sí. Me he concentrado mucho y les he lanzado esa oración una y otra vez.

—¿Y cuándo exactamente te has *concentrado* tanto? Porque yo más bien diría que sueles ir bastante disperso por el mundo —bromeé.

Soltó una carcajada.

Entonces, se detuvo, me agarró la cara entre las manos y me plantó uno de sus besos intensos y llenos de pasión. Me aferré a sus hombros y le devolví el beso. Le succioné la lengua y le mordí el labio. Cuando gruñó por segunda vez sobre mi boca y su mano me apretó el trasero, me aparté.

En un momentito estábamos cachondos perdidos.

—¿Por qué has parado? —preguntó con la voz ronca y medio jadeando.

—Veamos: porque estamos dando un espectáculo y nos mira todo el mundo…

—¿Y cuándo demonios nos ha importado eso? —Me rodeó la cintura con los brazos, me pegó a su cuerpo y hundió la nariz en mi cuello.

—… y porque están a punto de llegar nuestros amigos aventureros y todos los guardianes del templo.

—En lo que tardan, nos da tiempo de echar uno rapidito. ¿Vamos ahí detrás de esa palmera?

Me tocó una teta y yo le di un manotazo.

—¡Ah! Y porque tu hermano, el rey todopoderoso, te espera en su morada para hablar de ¡la guerra que está a punto de estallar! ¿Te parecen suficientes razones?

—Mujer, ahora mismo, un polvo nos quitaría tensiones y nos ayudaría a afrontar mejor el día —dijo, sonriendo como un bobo.

Tuve que reírme. Mi barog era gracioso, eso no podía negarlo.

Logré que volviera a ponerse en marcha, aunque continuó insistiendo sin parar hasta la puerta del palacio. Enzo nos seguía a una distancia prudencial, observando a los leones con los que nos cruzábamos.

En el camino hacia allí, Daryos se frotó de nuevo varias veces la marca de la espiral de la espalda. Parecía que le picaba.

—¡Qué poco me quieres últimamente, amor! —soltó, fingiendo estar desolado mientras entrábamos.

—¿Te refieres a desde anoche? —dije levantando dos veces las cejas. Él se rio—. Qué dramático te pones a veces.

—Me partes el corazón, mujer.

—Venga, que esta noche te hago un regalito… o dos —dije guiñándole un ojo.

—¿Cuándo dices regalito, y para que quede bien claro, te refieres a sexo? Porque luego no quiero que haya malentendidos, ¿eh? Como me dejes a dos velas…

—Claro, hombre, porque eso es lo que suele ocurrir.

—¿Entonces? ¿Esta noche follaremos?

—Tú eres tonto, amor. ¡Pero si follamos cada día!

Seguimos haciendo el idiota mientras recorríamos el pasillo. Hasta que llegamos a la sala del trono.



37 REENCUENTROS
CALLIE

Una vez en la sala, nos quedamos calladitos. Allí estaban Cyrus, Tina y todos nuestros amigos, más algún otro barog de total confianza del rey.

Lansh me lanzó una miradita de complicidad y se acercó a mí.

—Luego te toca practicar con el arco, Calista. No te escaquees, ¿eh? —me susurró.

—¿Yo? Pero ¡si soy la mejor alumna que tienes!

—Ya, ya, pero desde que has recuperado a tu vieja mejor amiga, me ignoras bastante —bromeó, fingiendo ser el amigo despechado.

Alcé las cejas.

—¿Celoso, rubiales? Pero ¡si os adoro a ambos!

Tina nos reprendió con la mirada.

—Joder, cómo está la reina hoy —dijo Lansh riendo entre dientes.

—Y ayer, y mañana… Mi cuñada se ha tomado su papel muy en serio.

—Oye, ¿y en la Tierra era igual de estirada que ahora?

—¡Uff! Si yo te contara…

Ahogamos unas risillas mientras Tina quería sacarnos los ojos.

—Como sabéis, en breve llegarán Xerx y Jenny de su viaje al templo. Vienen acompañados de los guardianes, así que ya podemos afirmar que su misión ha sido un éxito. De todos modos, cuando entren en la aldea, dejemos que nos lo cuenten todo. Y después, nos reuniremos con Sulveh y nos organizaremos para la batalla.

Asentimos. Aquello era, sin duda, la mejor noticia que podrían habernos dado.

La reunión duró un poco más, hasta que el sonido ululante de un cuerno de marfil anunció a nuestros amigos. Todos nos pusimos en movimiento de inmediato y nos lanzamos hacia el extremo de la aldea por el que los vigilantes habían informado que se aproximarían.

En cuanto el careto de Xerx apareció entre las palmeras, gritamos de alegría. Jenny venía justo a su lado, seguidos por los guardianes del templo. Sus vestimentas y elementos decorativos los hacían inconfundibles.

Llevaban las largas melenas trenzadas, unos taparrabos con tachuelas y plumas de extrañas aves, y dos tiras de cuero cruzadas sobre el pecho. El símbolo de la espiral estaba justo en el medio. Lo más impactante era que los tatuajes les cubrían el torso y los brazos por completo.

Uno de ellos, el más grande y apuesto, esbozó una sonrisa un tanto cansada pero sincera en cuanto vio al rey y al príncipe. Tanto nosotros como los recién llegados seguimos avanzando para encontrarnos a mitad de camino.

Daryos se lanzó a abrazar a Xerx con emoción en sus hermosos ojos dispares. Se agarraron el uno al otro con fuerza mientras sonreían y bromeaban. Mi barog estaba muy contento de que su mejor amigo hubiese regresado. Había sufrido mucho por lo que pudiera ocurrirle en ese peligroso viaje.

Yo tiré de Jenny y la apretujé entre mis brazos.

—¡Qué preocupados nos teníais, Jenny! ¡Qué felicidad que ya estéis aquí!

—Ha sido una gran aventura, Callie —dijo ella con voz agotada, devolviéndome el abrazo.

—¡Tienes que contárnoslo todo! Todavía no me puedo creer que hayáis traído a los guardianes. ¡Lo habéis conseguido!

Me separé de ella y la examiné de arriba abajo. Cuando reparé en el vendaje de la pierna y en algunos rasguños, arrugué el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada. Xerx me curó, no te preocupes.

Me giré hacia su barog, que acababa de soltarse del abrazo de Ax, y le di una palmadita en el brazo.

—Bienvenido, Xerx. Gracias por traerla de vuelta de una pieza. Y me alegro de que tú también estés sano y salvo —le dije sonriendo. Él me devolvió la sonrisa y, para mi sorpresa, me dio un breve abrazo.

Sin duda, la amistad entre Xerx y yo había evolucionado mucho desde que nos conocimos. Habíamos empezado con muy mal pie, pero ¡qué lejos quedaba eso ahora!

Cuando al fin solté del todo a Jenny, Tina se lanzó a examinarla también y luego le dio un fuerte abrazo. Las mujeres de la posada salían en ese momento en tropel para recibir a los recién llegados.

Emi y Lorna, en pocos segundos, acapararon a la pobre Jenny, que se veía a la legua que necesitaba descansar.

El rey abrazó a Xerx con fuerza y le dio las gracias. Había emoción en su voz y en su mirada. Después, clavó la vista en los guardianes.

—Amigo mío —dijo Cyrus, avanzando hacia Sulveh, el guardián que destacaba por encima de todos—. Has venido.

—Te lo dije, mi rey. Cuando nos necesitaras, los guardianes acudiríamos a tu llamada —dijo con esa sonrisa tan franca. Al inclinar ligeramente la cabeza en señal de respeto, su espesa melena castaña, trenzada en parte, se agitó.

Cyrus estaba muy contento. Se estrecharon los brazos y se miraron a los ojos.

—Te lo agradezco de veras. Has cumplido tu palabra, Sulveh. Y gracias a vuestra ayuda, estoy seguro de que lograremos vencer a nuestros enemigos.

—Lucharemos al lado tuyo y de tus guerreros. Así es como siempre ha sido y como debe ser.

Tras estrecharse un poco más el brazo, Daryos se acercó a saludar a Sulveh, e intercambiaron palabras de apoyo y agradecimiento. Los demás también saludaron al guardián y a sus compañeros, que iban llegando de la selva.

—¿Los ancianos han aprobado al fin que nos ayudéis? —preguntó Cyrus.

De pronto, se hizo el silencio. Todos los guardianes agacharon la cabeza, y el semblante de Sulveh se ensombreció.

—Tres de los ancianos han muerto. Ooris ha desaparecido.

La conmoción entre todos los barogs fue como un terremoto. Hubo lamentos, exclamaciones y llanto. Aquello fue un impacto terrible. ¿Qué demonios había pasado?

Daryos y yo intercambiamos una mirada. Tenía el rostro desencajado.

—Veo que tienes mucho que contar. La pérdida que acabas de comunicarnos es una gran desgracia para todos. Cuéntanos lo que ha ocurrido, y después iremos a mi morada y os serviremos comida y bebida, y podréis descansar. Debéis de estar abatidos. Os buscaremos enseguida alojamiento. —Aunque la voz de Cyrus se mantuvo serena y firme, capté un ligero temblor en su musculatura.

Sin duda, aquello también era una gran desgracia para él. Con independencia de las desavenencias que hubieran tenido con los ancianos, su muerte era un duro golpe para el pueblo barog, y él, como rey de todos ellos, debería decidir cómo proceder al respecto.

—Ha sido espantoso, mi rey. Verás, fue una treta de… —Sulveh se calló en seco.

Todos aguardamos a que continuara, pensando que, tal vez, la conmoción por los terribles acontecimientos le había cerrado la garganta. Pero, por muy afectado que estuviera, no era eso en absoluto.

Seguí la dirección de su mirada y enseguida me di cuenta de lo que ocurría. Sylvia había salido de la posada y descendía las escaleras hacia la multitud congregada. A su lado iban Artia, que la ayudaba a bajar, y Penny, que sostenía en brazos al pequeño Sonah.

Cuando al fin llegaron abajo, la muchedumbre se abrió para dejar paso a Sylvia. Ella tenía la mirada fija en Sulveh y, por mucha gente que se cruzara en su camino, no la desviaba.

El guardián, superado el momento inicial en que se había quedado inmóvil, reaccionó y empezó a caminar hacia ella. Todos permanecimos en silencio, contemplando la escena.

Sylvia era la mujer del hermano fallecido de Sulveh, su cuñada, vaya. Y ese pequeño, si lo aceptaba, sería su sobrino, aunque no de sangre. Supuse que Xerx y Jenny, tal como tenían encomendado, le habrían hablado a Sulveh de que Sylvia estaba viva y había sido liberada de los pantanos.

Después de diez años creyendo que ella había muerto, ahora la veía por primera vez.

Cuando estaban ya muy cerca, la emoción en sus rostros era evidente. Ambos tenían los ojos vidriosos y temblaban de la cabeza a los pies. Sulveh hizo los últimos pasos corriendo, mientras que ella intentó acelerar también, pero la cicatriz de la cesárea se lo impedía.

En cuanto al fin se encontraron, primero, no hubo palabras. Se lanzaron el uno a los brazos del otro, en un abrazo tan sentido que se me saltaron las lágrimas, aunque no tanto como a ellos, que ya les resbalaban por las mejillas a mares.

El inmenso guardián la rodeaba con sus brazos musculosos, acunándola contra su pecho. Ella le había lanzado los suyos al cuello y sollozaba sobre su piel.

Pasados unos segundos, se miraron a los ojos.

—Todos estos años, creí que habías muerto, Sylvia. Y aquí estás, viva. Es el mejor regalo que los dioses podían hacerme —dijo él con la voz entrecortada y sus hermosos ojos resplandeciendo como bronce recién pulido.

Ella levantó una mano y le acarició la mejilla, contemplándolo con una ternura infinita. Me estremecí cuando vi un sentimiento muy profundo reflejado en los ojos de ambos. Cualquiera que no supiera nada de ellos, podría pensar que eran una pareja de vida. Estaba claro que eran familia y se querían de verdad. La única familia que les quedaba a cada uno.

—Sulveh y Sonah eran gemelos idénticos —nos susurró Jenny.

El pecho se me tensó un poco más y las ganas de llorar aumentaron. Sylvia no solo estaba viendo a su cuñado, sino también el rostro de su barog, su *hoa uhane*, asesinado. Aquello era desolador.

—Yo… no sabía qué había sido de ti. Mataron a tu hermano ante mis ojos, pero nunca supe si tú habías sobrevivido.

Un rictus de dolor cruzó los hermosos ojos de Sulveh.

—El destino nos ha reunido, Sylvia. Y ya no nos separaremos. Tú eres la única familia que tengo. Tú y… —Se giró, como si buscara a alguien. Cuando al fin localizó al bebé barog, las lágrimas se acumularon todavía más en sus ojos.

Trató de seguir hablando, pero no pudo. Agachó la cabeza y sollozó.

Sylvia le alzó el rostro con las manos para que la mirara. Había tanto amor en sus ojos que todos contuvimos el aliento. Esa mujer era la dulzura personificada.

—Sonah, se llama Sonah. No es hijo de tu hermano, pero no se me ocurrió un modo mejor de honrarle. Mi hijo lleva el nombre de un barog honorable y bueno.

El guardián la tomó de las manos con delicadeza y asintió.

—Sin duda, es el mejor nombre que podías darle. Y no importa que no sea de mi sangre. Es tu hijo, Sylvia, por lo tanto, mi sobrino.

Ella se emocionó y, con las mejillas empapadas de lágrimas, cogió al niño de los brazos de Penny, que se había acercado.

—Mira, Sonah, este es tu tío Sulveh, un barog valiente y con un gran corazón —dijo ella, acunando a su hijo con ternura—. Aprenderás muchas cosas de él. Sobre todo, el valor de la familia, la lealtad y… el amor.

Y, tras pronunciar estas palabras, se lo ofreció a Sulveh para que lo cogiera. El guardián no titubeó. Lo tomó en sus brazos, lo contempló con adoración y, tras sonreírle, lo besó en la cabecita. Entonces, rodeó a Sylvia por la cintura y la atrajo hacia él.

Y mientras los abrazaba a ambos, dijo:

—Volvemos a ser una familia.

Todos los que los rodeábamos nos emocionamos, contentos por ese hermoso y milagroso reencuentro.

Tras achuchar a su sobrino un poco más e intercambiar miradas con Sylvia, que indicaban que todavía les quedaba mucho por contarse, Sulveh se unió al príncipe y al rey.

Entre el guardián, Jenny y Xerx nos relataron todo lo sucedido.

Y así fue como nos enteramos del alucinante viaje de mi amiga y su barog hacia el templo, de la trampa que los barogs perdidos les habían puesto a los guardianes y del asesinato de los ancianos.

Ahora, solo nos quedaba prepararnos para la guerra… y rezar para que los guardianes fuesen los refuerzos suficientes para vencer a los monstruos que se acercaban a través de la selva.

38 BIENVENIDA A TU CASA
JENNY

Tras contarles a nuestros amigos todo lo ocurrido, Sulveh y otros dos guardianes se reunieron con el rey y el príncipe en el palacio para organizar no solo la estrategia para la defensa de la aldea, sino también el alojamiento y abastecimiento de los casi cuarenta guardianes que acababan de llegar.

Yo estaba exhausta. Pese a que había dormido bien esa noche en el templo, las aventuras que habíamos vivido durante los días anteriores estaban causando estragos en mí de golpe.

Mientras Xerx se ponía al día con Axeh, Lansh y Xioh, mis amigas se habían arremolinado a mi alrededor y hablaban como cotorras. Ni siquiera era capaz de procesar lo que estaban diciendo. Mis ojos se habían desviado en otra dirección… y no podían dejar de observar a mi barog.

Pensar en alejarme de él de pronto me parecía algo insoportable. Ese tiempo que habíamos pasado juntos y solos, durante todas las horas del día y la noche, había calado hondo en mí. Ahora, la perspectiva de alejarme de él y alojarme en la casa posada no me parecía para nada apetecible.

No quería separarme de él.

Todavía no sabía si quería acostarme ya con él o si prefería esperar un poco más, pero de lo que no tenía duda alguna era de que no quería dormir ni una noche sin tenerlo a mi lado. ¡Y yo era la primera sorprendida! No esperaba sentirme así, la verdad. Pero no podía continuar engañándome a mí misma.

—Tierra llamando a Jenny —dijo Callie entre risas.

Aquello me devolvió a la realidad.

—Perdona, estoy muy cansada, ¿decías?

—Que si no visteis a ninguno de los hermanos perdidos.

Negué con la cabeza.

—Cuando llegamos al templo, ya se habían marchado, y los guardianes acababan de descubrir los cuerpos de los ancianos. Nadie vio a los enemigos.

Todas me observaban con mucha atención.

—Suerte que el águila esa os entretuvo, que si no… —dijo Lorna con los ojos desorbitados. Mientras les habíamos explicado todo lo sucedido, había hecho un montón de muecas y preguntas. La pobre profesora parecía muy impactada.

—Tanto como suerte, McPhee… A la pobre se la llevó un bicho enorme hasta su nido lleno de polluelos gigantes en la cima de una montaña. Yo me habría cagado de miedo —dijo Callie.

—Nuestra Jenny es valiente —dijo Tina, acariciándome el hombro. Agradecí el gesto. Había mucha preocupación en su rostro, en el de todas.

—Yo creo que me habría desmayado. ¿Estaba muy alto el nido? —preguntó Emilia. Llevaba el cabello suelto y los rizos caían en todas direcciones.

La pillé mirando a Axeh coquetamente un par de veces. El barog babeaba con solo una miradita suya.

—Se encontraba en la cima de una montaña altísima. Los picos estaban llenos de nidos. Las vistas desde allí arriba eran muy impactantes —expliqué.

—¡Menos mal que tu barog te encontró! Solo por eso ya voy a pasar por alto lo gruñón que es —dijo Callie guiñándome un ojo.

—No es gruñón. Es… maravilloso —solté sin pensarlo.

Todas empezaron a aullar de risa.

—Así que el tío se ha salido con la suya. ¡Nuestra Jenny se ha enamorado hasta las trancas! —exclamó Callie, tan alto que el grupo de barogs se giró a mirarnos y yo me puse roja como un tomate.

Mis ojos se encontraron con los de Xerx un instante. Me sonrió con timidez y yo le devolví la sonrisa.

Callie nos miró, primero a uno, y luego al otro, con la boca abierta.

—¡Ay, qué bonito es el amor! Estoy muy contenta por ti, Jenny. Ese barog tuyo es muy apuesto y atento. Seguro que te hará muy feliz —dijo la señorita Lorna juntando las manos y suspirando.

¿Por qué siempre parecía que esa mujer se hubiera fumado algo?

—Estamos empezando, así que tampoco hace falta que os emocionéis ni que montéis un numerito de los vuestros —protesté, todavía con las mejillas encendidas.

Ahí delante, Axeh le dio una palmadita en el brazo a Xerx. Lansh le rodeó los hombros y lo achuchó, mientras Xioh sonreía y decía algo que no podía escuchar desde donde yo estaba. Toruch y Ciench se unieron a ellos.

—Sea lo que sea, nos alegramos por ti. Tú márcale un ritmo a ese barog con el que te sientas cómoda y no dejes que te presione —dijo Tina pasándome el brazo por la cintura y dándome un apretoncito.

—Pero vayamos al meollo de la cuestión. ¿Ya os habéis acostado o no? —preguntó Callie alzando dos veces las cejas.

—¡Uy, qué emoción! Tienes que contárnoslo todo, Jenny —intervino Lorna, dando un par de saltitos de alegría.

Yo no daba crédito.

Tina me acercó más a ella en un gesto protector.

—¿Qué clase de profesoras pervertidas sois las dos? ¡Menuda mala influencia! —dijo la reina en mi favor, aunque había algo en su expresión que no me dejó del todo tranquila. Estaba conteniendo una sonrisa, eso seguro.

—Pues eso digo yo —murmuré, un poco incómoda.

—Y ahora, hablemos en serio, Jenny —empezó Tina, con voz melosa—, ¿te lo tiraste?

Abrí los ojos como platos. Ya decía yo…

—¡Todavía no! ¿No os acabo de decir que estamos empezando? —me defendí, apartándome de su abrazo. Ella me retuvo.

Me exasperaban. ¡Eran tremendas!

—Mujer, como habéis pasado tanto tiempo solitos por ahí, pensamos que igual ya habíais follado como locos en uno de esos

lugares idílicos que hay por la selva —soltó Callie a bocajarro haciéndome ojitos. ¡La viva imagen de la inocencia, vaya!

—Como si hubiésemos tenido tiempo para eso —murmuré.

—Eres terrible, profesora Dawson. Deja a la pobre Jenny en paz. Estas cosas hay que tomárselas con calma y hacerlas cuando una está totalmente segura y preparada —dijo Emi, mirándome a los ojos con suavidad. Era un amor.

—Claro, claro, ricitos de oro. ¿Por "con calma" te refieres a la forma en que te estás tomando tú las cosas con Axeh? Porque hace un rato no podías ni caminar.

Emi se hizo la ofendida.

—No sé ni por qué me molesto en contaros nada —protestó, girando la cara y cruzando los brazos sobre el pecho. Se había sonrojado.

—Aunque no nos lo contaras, salta a la vista. ¡Os pasáis media vida encerrados en vuestra casa! Creo que en pocos días llevas más polvos que todas nosotras juntas.

—Eres una exagerada, Callie —dijo Emi desviando la mirada y ruborizándose aún más.

—Por supuesto, mujer. Seguro que la cara de atontao satisfecho de Ax se debe a cualquier otra cosa, y no a que lo dejas seco varias veces al día.

Las carcajadas retumbaron por todas partes.

—¡¿Y por qué hablamos de mí?! ¡Esto iba de Xerx y Jenny! Siempre os acabáis metiendo conmigo —se quejó la pobre de nuevo. Y tenía toda la razón.

Negué con la cabeza, dejando escapar una risilla. Me fue imposible contenerla. De hecho, en esos momentos mi barog me miraba a mí con una expresión bastante parecida a la de Axeh. Y eso que yo aún no se lo había dado todo…

—No nos metemos contigo, Emi. Solo nos gusta cotillear un poco —dijo Callie.

—¿*Un poco*? ¿Me inmiscuyo yo en lo que haces con Daryos?

—Con lo que yo te quiero, ricitos de oro.

—Eres insufrible, Callie. No sé cómo el príncipe te aguanta.

—Si quieres, te lo cuento. Por ejemplo, anoche, cuando estábamos en la cama, me lancé sobre él, le quité el taparrabos y…

—No queremos oír nada de eso —dijo Emilia, apretando los labios en una fina línea.

—Habla por ti, Emi, yo sí quiero saberlo —dijo la reina con una mirada malévola.

—¡Uy, sí, sí! Venga, Calista, cuéntanos todos los detalles. ¡Qué divertido! —Lorna estaba entusiasmada.

Callie puso los ojos en blanco.

—Mejor os cuento lo que vi el otro día cuando entré en casa de Toruch. La escenita que me encontré todavía me causa pesadillas.

—Ay, qué exagerada eres, Callie. Como si no hubieras hecho eso tú también —dijo Lorna metiéndose tras la oreja un mechón que se había escapado del moño.

—Pues eso, precisamente, no, McPhee. Tardé un buen rato en comprender qué narices estaba viendo y dónde habíais puesto cada cosa.

Lorna entornó los párpados e hizo un gesto para quitarle importancia.

—Cuando quieras te lo explico otra vez, Calista. Verás como a tu barog le encanta. Solo tienes que…

—¡Shhhhh! ¡Ni se te ocurra soltar nada, McPhee! Bastante traumatizadas están ya nuestras pobres alumnas como para añadir más leña al fuego. No necesitamos tus truquitos pervertidos.

—Pues Toruch no se ha quejado, que yo sepa.

Callie abrió los ojos como platos.

—¡Como para quejarse! ¡El tío debe de estar flipando en colores!

—Lo sé. Es muy afortunado de tener a su lado a una mujer experimentada y desinhibida como yo —soltó Lorna con firmeza, esbozando una amplísima sonrisa.

—Lo que hay que oír…

Tina se desternilló. Su larga melena del color del ébano se agitó como una cortina de seda.

—Queridas amigas, la compañía y la charla son muy gratas, pero el deber de reina de Nemea me llama. Voy a ver cómo avanza la reunión entre Cyrus y los guardianes —dijo alzando la barbilla—. Todas vosotras deberíais ir a descansar. No tenemos ni idea de cuándo aparecerán esos malnacidos, así que aprovechad mientras podáis. Cenad algo y a dormir.

—¿Es una orden, mi reina? —dijo Callie, acercándose a Tina y dándole un ligero codazo—. Eso de ir en plan sargento te pega mucho.

Tina se rio.

—Sí, es una orden de vuestra reina. Así que marchando —dijo sonriendo—. Menos tú, cuñada —añadió, mirando a Callie—. Tú te vienes conmigo a la reunión.

Entre bromas y risas nos dispersamos. Emi se unió a Axeh y a los otros, mientras Tina y Callie empezaban a enfilar juntas hacia la morada de los reyes, donde el rey y el príncipe seguían reunidos con los guardianes.

Justo fuera de la posada, estaban Susi, Penny y Marla charlando con otras mujeres, tanto de las antiguas como de las que llegaron con nosotras por el portal.

Cerca de ellas se encontraban Sylvia y Artia, jugando con el bebé barog, que en pocos días ya había crecido bastante. La *aninf* era todo un espectáculo de ver. Me daba grima y, al mismo tiempo me fascinaba. Siguió a Callie con la mirada, y esta la saludó con la mano y una de sus radiantes sonrisas.

Desde su reencuentro con Sulveh, que apenas había durado unos minutos, antes de que el rey se lo llevara a la reunión, Sylvia tenía el mismo brillo especial en la mirada que iluminaba los ojos del guardián. Había dirigido la vista hacia el palacio varias veces, suspirando. Reencontrarse había supuesto un gran impacto para ambos, todos habíamos sido testigos de ello.

Lorna le hizo un gesto a Toruch, y él la siguió sin pestañear. Ciench enfiló hacia la entrada de la posada para recoger a Susi.

Cyrus había dicho que, al amanecer, los barogs de la aldea y los guardianes tendrían una gran asamblea en la posada para hablar de la guerra inminente, así como para distribuir tareas y posiciones.

Como no cabrían todos allí dentro, Daryos y él habían designado a los líderes de cada uno de los escuadrones que pelearían en la guerra. Estos acudirían a la asamblea y se encargarían después de difundir las órdenes del rey a los barogs de su grupo.

Los líderes se nombraron a partes iguales entre los de la aldea y los guardianes. Entre los primeros, se encontraban Lansh, Axeh, Xioh, Xerx, Toruch y Ciench, y entre los segundos, Sulveh y otros tantos. Por encima de todos ellos estarían Cyrus, como jefe supremo de las fuerzas barogs, y Daryos, como su mano derecha y comandante.

El rey decretó que, durante lo que quedaba de tarde y la noche, seríamos libres de disfrutar de la manera que mejor nos pareciera, en compañía de quien quisiéramos, e instó a todo el mundo a descansar.

Nadie sabía cuándo aparecerían los hermanos perdidos. No teníamos ni idea de lo que nos depararía el futuro.

Así pues, en cuestión de segundos, todas mis amigas se habían dispersado con sus barogs, y yo me quedé allí sola como un pasmarote sin saber qué hacer. Xerx se despidió de sus amigos y permaneció de pie, a pocos metros de mí.

Nos miramos durante unos segundos. Los nervios me trepaban por el estómago y mi corazón se había lanzado al galope tendido.

Tenía dos opciones: podía dirigirme hacia la posada, subir las escaleras, unirme a las otras mujeres y pasar allí la noche. O podía reunir valor, acercarme a mi barog y pedirle que me llevara a su casa.

Xerx no se movió mientras mi mente seguía dando vueltas a todo eso en bucle, como si me estuviese concediendo el espacio necesario para pensar y elegir. Caminó un par de pasos hacia mí y volvió a detenerse. Ciench y Susi pasaron por su lado y charló un poco con ellos hasta que se perdieron por el camino hacia su casa.

Harta de tantas dudas, tomé una decisión.

Me encontraba en un planeta alienígena, salvaje y primitivo, gobernado por seres enormes que nos habían raptado de nuestros

hogares y lanzado a la selva más inhóspita. Las reglas por las que se había regido antes mi vida aquí no valían para nada.

Todos mis planes, mis sueños, mi prudencia... aquí no importaban. Porque, en este mundo, una no tenía más remedio que reinventarse a sí misma y establecer sus propias normas, unas que le permitieran sobrevivir y salir adelante lo mejor posible.

Puede que en la Tierra jamás se me hubiese ocurrido iniciar una relación seria con un hombre casi diez años mayor que yo y al que conocía de apenas unos meses, ya ni siquiera sabía cuánto tiempo llevábamos allí. Y que jamás me habría planteado acostarme con alguien antes de los veinte y de estar totalmente segura de que era la persona adecuada.

En Nemea, sin embargo, las cosas eran distintas y podía hacer lo que me viniera en gana.

E iba a hacerlo.

Había descubierto que lo único que realmente podía salvarte del peligro, lo único que podía guiarte de verdad en este mundo y en cualquier otro, era seguir el sendero que te indicaba tu propio corazón.

Esa era, ahora, la única regla válida y útil.

Y el mío apuntaba directamente hacia Xerx.

Así pues, aunque todavía no estaba convencida de acostarme con mi barog, sabía a ciencia cierta que deseaba vivir con él. No quería dormir en la posada ni que estuviésemos separados. Además, había aprendido que podía fiarme de él. Por encima de todo, incluso de su propio deseo y sus impulsos, Xerx me respetaba. Habíamos pasado varios días solos y en ningún momento intentó aprovecharse de la situación.

Tampoco lo haría ahora.

Daba igual que compartiéramos el suelo duro de una gruta, un jergón en el templo o su cama. Nunca me obligaría a hacer algo que yo no quisiera hacer.

Y puede que sí que quisiera.

Por lo tanto, obligué a mis piernas a moverse y caminé despacio hasta él.

Xerx no vino a mi encuentro, solo esperó, muy quieto, contemplándome mientras avanzaba. Cuando al fin llegué frente a él, alcé los ojos, buscando los suyos.

—Me gustaría... ver tu casa —dije como una tonta. Es lo primero que se me ocurrió.

—¿Solo verla? Tal vez quieras... entrar. —Esbozó media sonrisa, que le llegó a los ojos y los hizo refulgir en naranja.

—Bueno, yo estaba pensando en mudarme contigo, si a ti te parece bien.

Toda su musculatura vibró

—Me parece más que bien. Sería un gran honor.

—Yo... Eh... No quiero que te hagas ilusiones. Todavía no sé si estoy lista para..., ya sabes.

—No hay ninguna prisa.

—Pero sé que no quiero separarme de ti. Quiero dormir en tu casa de ahora en adelante, contigo.

—Es una gran noticia.

Nos sonreímos tímidamente y emprendimos el camino hacia su casa. Acercó su mano a la mía y nuestros dedos se rozaron. Entonces, entrelazó los suyos con los míos.

La reunión con el rey había terminado, y todos los barogs estaban saliendo de su morada.

Callie se había detenido en el camino, y Daryos, a su lado, hablaba con otro barog de ese modo entusiasta que solía mostrar siempre. Mi amiga me miró de reojo y curvó los labios en una sonrisa. Bajo esa expresión bromista, percibí cariño. Se alegraba por mí. Podía ser muy pesada y cotilla, pero estaba ahí para nosotras y podíamos contar con ella siempre que la necesitásemos.

En realidad, nuestra antigua profesora sí que era un gran ejemplo a seguir. Un ejemplo de valentía, resiliencia y amistad. Aunque eso no se lo iba a reconocer nunca.

Tras serpentear por las calles, finalmente nos detuvimos ante la casa de Xerx.

Sentí una leve opresión en el pecho cuando abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Bienvenida a tu casa, Jenny —dijo con su hermosa voz, grave y firme—. Nuestro hogar.

Y entré.

39 NADIE TE HARÁ DAÑO

La aldea, Nemea, hace diez años
Penny

El machete voló directo y veloz hacia Gushia y se le clavó en medio del enorme pecho. Sin embargo, no se desplomó. Se arrancó el arma y la sangre manó de inmediato de la horripilante herida, manchando el suelo de madera y llenando los cojines de macabras salpicaduras.

Al instante siguiente, ese monstruo enorme, mitad barog, mitad aninf, se abalanzó sobre él y lo lanzó al suelo.

—¡Sal de aquí, Penny! ¡Corre hacia el palacio! —gritó Gushia mientras forcejeaba con esa bestia que lo atacaba en su propia casa.

Ella intentó moverse, pero sus pies no la obedecieron. Se quedó allí clavada, con la espalda pegada a la pared y los ojos color miel muy abiertos. Una onda de cabello oscuro le caía sobre la frente.

Sabía que debía huir de inmediato, porque ese monstruo, si lograba acabar con Gushia, iría después a por ella. Sin embargo, siguió inmóvil. Permaneció paralizada, contemplando cómo Gushia luchaba por la vida de ambos, pero, sobre todo por protegerla a ella.

Podría haber corrido en busca de ayuda. Incluso podría haber alcanzado la lanza de su barog, tirada en el suelo a tan solo unos palmos de ella, e intentar ayudarle.

No hizo ninguna de esas cosas.

Gushia, pese a estar muy malherido, logró incorporarse y presentar batalla. Le asestó un zarpazo profundo en el estómago al hermano perdido y le mordió en el cuello, pero ese animal ni se inmutó. Trastabilló durante un par de segundos, que le permitieron a Gushia coger aire y mirarla una última vez.

—¡Huye, Penny! Corre y no mires atrás, amor mío.

Esas dos últimas palabras de su barog, «amor mío», le chirriaron en los oídos. ¿Cómo se atrevía a llamarla así?

Desde que se unieron siglos atrás, siempre había declarado su amor por ella, tanto en la intimidad como delante de cualquiera de sus amigos y conocidos. A ojos de todos, Gushia la quería con locura. Pero alguien que te amaba, tu alma gemela, no te controlaba como él la controlaba a ella, no te humillaba como si no sirvieras para nada y, desde luego, no te golpeaba. Nunca.

Gushia podría haber sido un buen barog para Penny. Tenía muchas cualidades, pero no las más importantes. No las que marcaban la diferencia entre el amor… y la obsesión. Y había convertido su existencia en un infierno.

Por eso, cuando el monstruo le abrió en canal con sus garras y se formó un charco de sangre bajo el cuerpo de Gushia, ella no movió ni un músculo. Y por eso, cuando le cortó la cabeza con su machete, ella no derramó ni una lágrima.

Y cuando al fin su barog yacía muerto, ella sintió un gran alivio.

Solo entonces, tras ser testigo con sus propios ojos de que Gushia estaba muerto, fue capaz de correr hacia la puerta.

El hermano perdido estaba herido, pues el guerrero barog le había propinado un golpe mortal y se había defendido hasta el último aliento. Así que ella aprovechó esa pequeña ventaja que los dioses le brindaban y escapó de la casa.

Cuando pasó por su lado, él trató de agarrarla, pero sus garras tan solo le rozaron el brazo. Le dejaron un buen arañazo, que ella ni siquiera sintió.

No miró hacia atrás.

No lloró por ese barog con el que había convivido durante tanto tiempo.

En cuanto salió, sin embargo, la terrorífica realidad la impactó de lleno.

Gritos, fuego y humo por todas partes.

Cuerpos de barogs destrozados y desmembrados.

Sangre derramada sobre la hierba de su amada aldea.

Mujeres desesperadas, llorando o vomitando, con los rostros desfigurados por el terror.

La lucha seguía en cada rincón de la aldea, aunque parecía que los enemigos iban perdiendo terreno y los guerreros de Drashir se estaban imponiendo. Pero, si bien la victoria parecía cercana, eso no impedía que el horror se propagara como la pólvora.

Algunos hermanos perdidos huían hacia la selva con mujeres arrancadas de sus hogares, cargadas como fardos sobre sus poderosos hombros.

Las estaban raptando.

Ahogó más de un grito mientras corría como alma que lleva el diablo hacia el palacio. Rezaba para que Tatiana siguiera con vida y se encontrara a salvo. Sabía que sus hijos menores, Cyrus y Daryos, estaban fuera de la aldea, pero el resto de su familia estaba ahí con ella, expuestos a esa espantosa matanza.

«Drashir los protegerá a todos», se dijo, convencida. Y se lo repitió como un mantra una y otra vez. El rey era, sin lugar a duda, el barog más fuerte de cuantos existían en Nemea. Jamás permitiría que le ocurriera nada malo a su hoa uhane.

A medida que avanzaba por los caminos, las caras de dolor y desesperación de su pueblo se le clavaban en lo más profundo del alma. La batalla entre barogs y hermanos perdidos era todavía encarnizada, aunque ya no cabía duda de que las fuerzas del rey iban a vencer.

Llegaban refuerzos desde la selva en ese mismo instante: los guardianes del templo. Saltaban hacia la aldea desde la primera línea de palmeras y se abalanzaban sobre el enemigo como una horda feroz e imparable, rugiendo gritos de guerra.

Los guardianes no llevaban horas luchando, así que sus músculos estaban todavía frescos, sus mentes despejadas y su moral bien alta.

Sin dejar de correr, Penny suspiró aliviada.

Alzó la vista y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Había fuego en un ala de palacio. Las llamas eran tan altas que lamían la techumbre y salían por las ventanas.

«Debo llegar hasta Tatiana», se dijo para espolearse. La reina era su mejor amiga, y se habían ayudado mucho la una a la otra a lo largo de sus vidas. Se veían y charlaban a diario. Compartían sus temores y sus alegrías. Si algo le sucediera...

Subió los escalones saltando y al fin cruzó la majestuosa entrada.

El humo y los gritos dominaban el interior del palacio. Todo estaba tirado por el suelo y revuelto. Los muebles volcados, los objetos rotos… Se escuchaba el entrechocar de machetes y el estruendo inconfundible de los enfrentamientos.

A punto estuvo de irse de bruces al suelo cuando tropezó con el cuerpo destrozado de un enemigo y resbaló en un charco de sangre de uno de los guerreros de la aldea.

Ni siquiera eso la detuvo.

Voló por el pasillo, asomándose a cada estancia para comprobar si la reina estaba allí. Con cada paso que daba, la angustia aumentaba y la presión en el pecho se hacía más insoportable. Entonces, un grito desgarrador llenó el aire viciado de la morada de los reyes.

Sabía bien a quién pertenecía.

Penny se quedó paralizada, con la sangre helándose en sus venas. Un sudor frío le empapó la nuca. Hubo más gritos desgarradores, sonidos escalofriantes, rugidos que hicieron eco por todas partes.

Aterrorizada, se acurrucó contra la pared, tratando de reunir el valor suficiente para seguir avanzando. Ella siempre había sido valiente, pero aquello la superaba. El terror que sentía en ese momento era abrumador.

Cuando al fin se puso en pie de nuevo, caminó despacio hacia la sala de donde provenía el alboroto. Y en el momento en que se asomó, supo que no debería haberlo hecho.

Porque su mundo entero se hundió en el abismo más oscuro.

Los cuerpos de los reyes y de sus hijos mayores yacían en el suelo ensangrentados. El rey Drashir aún se movía. Se arrastraba intentando llegar hasta Tatiana, en cuyo cuerpo ya no quedaba ni un ápice de vida. Tras unos segundos, el rey pereció también.

El vacío que sintió Penny en su interior hizo que se doblara por la mitad. Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caerse. Su mejor amiga, su confidente, su protectora… se había marchado para siempre.

De pie frente a ellos, contemplando la escena, había cuatro barogs perdidos inmensos.

Uno de los barogs, de larga melena negra y brillante como el ónice, alzó su largo machete ensangrentado, se dio la vuelta y lo blandió contra uno de los suyos.

—¡Maldito estúpido! ¡Os dije que no tocarais a la reina! ¡Esto no debería haber pasado! ¡Ella no debía sufrir ningún daño —gritó con voz cavernosa, fuera de sí.

Con un rugido espeluznante, le hundió el machete en el abdomen y le desgarró la garganta con sus garras, enterrándolas hasta lo más profundo. Se escuchó un crujido nauseabundo cuando le arrancó la tráquea, y el barog perdido se desplomó a sus pies.

Los otros dos no hicieron nada por su compañero, que se ahogaba entre borbotones de su propia sangre, bocarriba en el suelo. Y antes de que intuyeran siquiera lo que iba a suceder, el barog de melena como la noche, los mató a ellos también, decapitándolos de un solo golpe brutal

Después, gritó y rugió y se golpeó el pecho con los puños. Se dejó caer de rodillas ante el cuerpo de Tatiana y emitió otro rugido, esta vez lastimero. Le rozó la mejilla con los dedos y le apartó un mechón de la frente con delicadeza mientras susurraba palabras que Penny no alcanzó a escuchar.

Pensó que ese debía de ser Ux, líder de los hermanos perdidos y… antiguo amante de Tatiana. Se estremeció.

La mirada de Penny, arrasada por las lágrimas, se dirigió de nuevo hacia la reina. Los hermosos ojos verde esmeralda de su amiga estaban apagados, sin vida, mirando hacia ninguna parte. Ya jamás brillarían de nuevo.

Se tapó la boca con ambas manos para ahogar un sollozo. Aun así, el enorme barog perdido que acababa de asesinar a sus compañeros se giró hacia la puerta.

Por fortuna, ella logró refugiarse en el pasillo antes de que la viera. Se apretó contra la pared, con la vista nublada y temblando de la cabeza a los pies, mientras extraños y desagradables sonidos provenían de la sala.

«No puede ser... Tatiana ha muerto... Drashir ha muerto...». Aquello era una pesadilla. No podía estar ocurriendo.

Debía salir de allí de inmediato y refugiarse en alguna de las casas hasta que los enemigos se hubieran marchado.

Desde que los guardianes del templo habían aparecido, los perdidos ya no podían vencer. No obstante, habían asestado un tremendo golpe a la especie matando a los reyes y a la mayor parte de su descendencia.

Su mente pensó en los dos jóvenes príncipes, Cyrus y Daryos, ajenos a que acababan de quedarse huérfanos. Su familia había sido masacrada de la manera más horrible. Derramó regueros de lágrimas por todos ellos y rezó para que no aparecieran en la aldea hasta que los enemigos se hubieran marchado y el peligro esfumado.

Se irguió y avanzó dos o tres pasos por el corredor, dispuesta a largarse de allí enseguida. Pero no pudo dar ni uno más.

El inmenso barog de larga melena negra saltó al pasillo, bloqueándole el camino de huida. Sus ojos, celestes moteados de negro, estaban clavados en los ojos ambarinos de Penny y la contemplaban con una curiosidad acechante entre las lágrimas. Una herida reciente y sanguinolenta le cruzaba el rostro desde la ceja hasta el pómulo.

Había llorado por Tatiana… al igual que ella.

Cuando le recorrió el cuerpo con esa mirada hermosa y siniestra al mismo tiempo, Penny sintió escalofríos.

El barog avanzó a grandes zancadas mientras la pobre retrocedía. Poco podía hacer contra él, puesto que era muchísimo más fuerte y rápido que ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con una voz grave que le trepó la espalda desde la base hasta la nuca, erizándole la piel sobre la columna.

Tenía una brutal cicatriz en uno de los pectorales en forma de espiral sagrada. Varios collares con cuentas blancas y negras tintineaban sobre su poderoso pecho, tan manchados de sangre como su piel curtida.

—Penny —dijo con un hilo de voz, consciente de frente a quién se encontraba.

Él escrutó los ojos color miel de ella y curvó los labios en una sonrisa maléfica e hipnótica. Penny no podía apartar la vista de sus ojos celestes.

—Te vienes conmigo, Penny. No te haré ningún daño.

La agarró de la cintura, alzándola en brazos, y la cargó sobre su hombro.

Penny estaba tan aterrorizada que no se atrevió a moverse. No osó oponer resistencia. Si intentaba liberarse, tenía todas las de perder. Y no quería que la golpeara… o que le rompiera el cuello con una de sus manazas. Sin duda, podría hacerlo sin ningún esfuerzo. Para él sería un acto tan sencillo como respirar.

La sostuvo con firmeza, pero sin apretar demasiado. Lo justo para mantenerla bien sujeta sobre su hombro sin hacerle daño.

—Los guardianes están por todas partes, Ux —dijo alguien a su derecha.

—Toca retirada, Lorish. Nos largamos.

Se escuchó el sonido de un cuerno, prolongado y lastimero, y su captor trotó veloz por el pasillo de palacio hacia el exterior. Una vez allí, él, con Penny a cuestas, y un grupo de los suyos corrieron hacia la selva, hasta que se adentraron en la espesura.

Atrás dejaban el fuego, el humo, el llanto y la destrucción.

Se les unieron otros hermanos perdidos, algunos de los cuales acarreaban a otras humanas, llorosas y asustadas. Allí se encontraban también las descendientes Susi y Sylvia. A Penny se le partió el corazón y reprimió las lágrimas lo mejor que pudo.

Se prometió a sí misma que, en cuanto pudiera, se acercaría a ellas. No tenía ni idea de lo que les había ocurrido a sus barogs, Ciench y Sonah, ambos valerosos y de gran corazón. Quizás habían sido asesinados como Gushia, o puede que las estuvieran buscando

como locos, rastreando cada rincón de la aldea, cada recodo de la selva.

¿Las encontrarían alguna vez? ¿Lograrían darles alcance en la jungla, antes de que fuera demasiado tarde y desapareciesen para siempre?

Por el momento, Penny y las demás no pudieron intercambiar ni una palabra. No hubo tiempo para nada. Los hermanos perdidos se retiraban de la guerra, derrotados, pero con un gran trofeo: un buen puñado de humanas descendientes, arrebatadas a sus barogs.

«Que los dioses del manantial nos protejan a todas», murmuró Penny. Como si la hubiese oído, el barog que la transportaba como un fardo estrechó un poco más el cerco de su brazo musculoso en torno a sus piernas temblorosas.

Al menos, ya jamás tendría que soportar a Gushia.

El barog la mantenía bien sujeta mientras galopaba por la selva y ella se agarraba a su espalda musculosa para no caerse. Sus hermanos perdidos se dirigían a él como jefe o como Ux, confirmando lo que ella ya había adivinado en el palacio.

Había oído ese nombre muchas veces. Tatiana le había hablado de él. Era el líder de los hermanos perdidos y su antiguo amante, aquel con el que había yacido en la Tierra… y tras la cascada Wailele en Nemea.

Y Penny había caído en sus garras. Ironías del destino.

Sin embargo, por algún motivo que ella no alcanzaba a comprender, en el momento en que sus ojos, resplandecientes como el ámbar, se habían cruzado con los de Ux, no había sentido temor, sino más bien fascinación.

—Directos a los pantanos —ordenó el líder.

Penny se preguntó qué les depararía el futuro. No le cabía la menor duda de que Ux tendría algo planeado para ellas.



40 ENTRE FLORES DE COLORES
JENNY

En cuanto puse un pie en casa de Xerx, tuve la sensación de encontrarme en mi hogar. Él entró detrás de mí y cerró la puerta. Sinceramente, no sé quién de los dos estaba más nervioso.

Lo primero en lo que me fijé fue en la pila de mapas sobre una mesa de madera desgastada, apoyada contra la pared. Frente a ella, un par de troncos cortados funcionaban como taburetes.

Junto a la otra pared, había un revoltijo de cojines y almohadones en tonos beis, naranjas y rojizos, sobre una alfombra de coco enorme que cubría el suelo de madera de toda la sala.

En una esquina, se abría la pequeña cocina, primitiva y sencilla. Tan solo un hueco para hacer el fuego y colocar la cazuela encima, un fregadero rudimentario y un armarito como despensa.

—No es gran cosa, pero es cómoda.

—Es perfecta —dije con sinceridad, acercándome a los mapas.

Había decenas de ellos, algunos simples bosquejos y otros muy detallados. Xerx no solo anotaba todo lo que veía y trazaba los mapas, sino que también dibujaba muy bien.

Una sensación cálida y reconfortante se extendió por mi cuerpo. Me encontraba en su casa, en su lugar privado, y eso, de algún modo, me acercaba más de él.

—Ven, te mostraré el resto.

—Me encantaría ver también todos esos mapas.

Él sonrió. Parecía emocionado.

—Cuando quieras. Todo lo que hay aquí es tuyo, Jen. Puedes mirar lo que te apetezca.

A un lado, tres escalones conducían al dormitorio, algo elevado sobre el nivel del suelo. Había una cama baja y sencilla, pero enorme, recubierta por una alegre colcha en tonos anaranjados. Al otro lado de una portezuela, el baño.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó con timidez.

—Creerás que exagero, pero ya me siento como en casa. Es una sensación... muy agradable.

Se llevó una mano al corazón y ensanchó esa preciosa sonrisa que parecía siempre reservada para mí.

—Ya ves que solo hay una cama, pero yo puedo dormir en los cojines del salón —dijo sin mirarme.

—La cama es grande, cabemos los dos.

—¿Estás segura?

—Llevamos muchas noches durmiendo juntos, Xerx. Esto no será muy diferente. Solo más... cómodo. —Ahora fui yo la que le sonreí.

—Prometo no atosigarte.

—Solo necesito algo de tiempo.

—Tómate todo el tiempo que quieras. No voy a ir a ninguna parte. Eso sí, cuando estés preparada, no vas a poder quitarte mis manos de encima —bromeó.

—Ya veo. Es muy tentador.

Nos quedamos ahí, a los pies de esa cama que nos estaba llamando a gritos. Mis pulsaciones se habían elevado hasta la galaxia más lejana y las suyas no estaban mucho mejor. Todo su cuerpo vibraba y, aunque intenté no mirar hacia su entrepierna, no pude evitarlo.

Bajo el taparrabos, estaba muy excitado. Y yo... yo... ¡le deseaba muchísimo!

En cuanto ensanchó las aletas de la nariz di un respingo. Cuando entornó los ojos y sus músculos temblaron con mayor intensidad, supe que estaba percibiendo mi calentón. ¡Maldita sea!

Su aroma se hizo tan oscuro y especiado que me asfixiaba. Aun así, quería sumergirme de lleno en ese olor. Quería tocar su piel,

saborear sus labios, sentir su masculinidad...

—¿A qué huelo para ti? —preguntó de pronto con voz ronca, como si me hubiese leído la mente.

Me ruboricé. Quizá, cuando se lo dijera, pensaría que estaba loca. Aun así, me armé de valor.

—A canela y moras muy maduras, con un toque picante.

El temblor de su cuerpo inmenso se hizo más evidente y soltó un suave gemido.

—¿Es un olor… agradable para ti? —Su voz sonó tan gutural que me costó entenderlo.

Asentí de inmediato.

—¿Esto del aroma es algo propio de las parejas de vida? —pregunté con un hilo de voz.

—Así es.

—Entonces…, ¿a qué huelo yo para ti?

Se relamió los labios.

—A tarta de frambuesa espolvoreada de azúcar. Y, por si no lo sabías, las frambuesas son mi fruta preferida. Me encantan. —Sus iris anaranjados refulgieron cual llamas.

Tragué saliva.

Dio un par de pasos y su cola sinuosa se me enroscó lentamente en la cintura. Tiró de mí y nuestros cuerpos se aproximaron hasta rozarse.

Sus manos, que ahora tenían las garras completamente retraídas, me enmarcaron la cara con delicadeza.

—Eres tan hermosa que se me corta la respiración.

—Pues tú eres muy atractivo. Siempre lo he pensado.

—¿Incluso en mi forma barog?

Le sonreí con ternura y le acaricié la mejilla.

—En cualquiera de tus formas.

—Sabes que nuestra primera vez tendrá que ser en esta —dijo señalándose.

—Lo sé. De hecho, esta es tu versión que más conozco. Tu aspecto humano me gusta... mucho —dije sonrojándome un poco—, pero apenas lo he visto. Para mí, este eres tú. Y lo que verdaderamente me importa, es lo que esconde este pecho tuyo,

enorme y fuerte. —Puse una mano sobre su corazón y presioné un poco.

Él se estremeció. Aproximó su rostro al mío, todavía entre sus manos, y me besó con suavidad. El roce electrificó nuestros cuerpos y la casa entera.

Se separó y me rodeó con los brazos.

—¿Quieres cenar?

—No tengo hambre, la verdad. Todas esas bayas que nos comimos me han empachado —dije sonriendo—. Pero me tomaría un zumo, si tienes.

—Tengo de muchos tipos. Ven, a mí también me apetece.

Me cogió de la mano y me guio de vuelta a la sala de estar. Estaba tan a gusto en esa casa que apenas podía creerlo.

Sirvió dos grandes vasos de madera a rebosar de zumo de piña y frambuesa, y nos lo tomamos repantigados en los cojines del salón. Eran muy cómodos.

Por un instante, el agotamiento estuvo a punto de dominarme, pero todavía no quería dormirme. Quería charlar con él o, simplemente, estar ahí, abrazados y descansando.

—Dado que aún tardará unas horas en anochecer, había pensado en enseñarte un lugar.

—¿Qué lugar?

—Uno al que acostumbro a ir cuando necesito un poco de calma. Es muy bonito y no suele molestarme nadie allí.

—¿Y no será peligroso? Si los hermanos perdidos andan cerca...

—Cyrus ha dispuesto vigilancia en todo el perímetro de la aldea hasta el lago esmeralda. Le informan cada dos horas y van relevando los turnos. Nadie ha visto nada. Si se aproximaran, lo sabríamos enseguida. Además, está muy cerca.

—Entonces, me parece perfecto. Llévame ahí, Xerx.

Tras terminarnos el zumo, me tomó de la mano y nos marchamos de casa, en dirección hacia una de las salidas de la aldea.

Al parecer, ese lugar especial se encontraba cerca de las mazmorras, que ahora esperaban a llenarse de barogs perdidos

cuando terminara la guerra. O eso había oído por ahí.

Aparté la mirada al pasar ante ese sitio horrible que no quería recordar por nada del mundo. En realidad, aquello quedaba ya muy lejos, como si hubiese pertenecido a otra vida.

Cruzamos la primera línea de palmeras y, tras saludar a uno de los guardianes que vigilaba en esa zona, torcimos a la izquierda. Nos adentramos en un sendero flanqueado por altos helechos y arbustos espesos que nos ocultaban a la vista de cualquiera.

Anduvimos unos pocos metros más y nos dimos de bruces con la entrada estrecha de una cueva. Más que entrada, era una fisura alargada en la pared de roca.

—Ten cuidado, las aristas son muy afiladas.

Pasé de lado, intentando no rozar los bordes, y accedimos al interior.

Y me quedé estupefacta.

Nos encontrábamos en una gruta enorme con un agujero en el alto techo, por el que se filtraban los rayos del sol de la tarde, que incidían en el claro que se extendía dentro de la cueva, ante nosotros.

El suelo estaba alfombrado de extremo a extremo de flores de los más variopintos colores sobre un lecho de césped tan apretado como terciopelo. Al fondo, se escuchaba el rumor de aguas subterráneas y fuentes naturales. El reflejo del sol sobre los cristales de la roca provocaba un efecto arcoíris por todas partes, y minúsculos puntos de luz brillaban aquí y allá en distintas tonalidades.

Por las paredes, del techo al suelo, bajaban enredaderas de un verde vibrante y luminoso, de las que colgaban pequeñas florecillas semejantes a lágrimas tornasoladas.

Me quedé con la boca abierta. Jamás había contemplado un lugar tan espectacular.

—Esto es...

—Hermoso, ¿verdad?

Asentí.

—¡Mucho más que eso! Comprendo por qué te gusta venir aquí.

—Es mi lugar especial. Y ahora, puede ser también el tuyo, si así lo deseas.

—Por supuesto. ¡Me encanta!

—Y aquí no hay *nasra,* ni serpientes, ni águilas gigantes. Así que puedes adentrarte sin ningún temor.

—¿No se cuelan los animales?

—Los más grandes no caben por la grieta y, por algún motivo, la fragancia combinada de las flores mantiene a raya a los reptiles. Es un misterio.

—¡Pues es una suerte!

Caminé embelesada entre las flores, mirando a todas partes e intentando no perderme el más mínimo detalle. Quería captar todos los brillos y colores, los aromas y los relajantes sonidos.

Xerx me seguía de cerca. Estaba contento, podía verlo en la expresión de su rostro.

En cuanto nos plantamos en mitad de ese jardín, miré hacia arriba. El sol todavía entraba a raudales, aunque habría que volver a este lugar a mediodía. Seguro que sería incluso más impresionante.

Entorné los ojos y dejé que aquella fiesta para los sentidos me envolviera por completo.

—Me alegra que te guste.

—¡Cómo no iba a gustarme! Es un lugar mágico. Siento decirte que se te acabó la privacidad aquí dentro. ¡Voy a venir muy a menudo!

—Te aseguro que me hará muy feliz compartirlo contigo. Ven, sentémonos aquí, Jen.

Me señaló el centro mismo del claro y nos acomodamos. No cabía duda de que él había hecho eso muchas veces, porque allí había un hueco sin flores y con la hierba un poco más corta y algo aplastada.

Una vez sentados, miramos de nuevo hacia arriba y dejamos que el sol nos bañara. Se tumbó cuan largo era y tiró de mí para que me tumbara a su lado.

Mantuve los ojos bien abiertos mientras la piedra de la gruta emitía bellos destellos en torno a nosotros y el aroma floral se intensificaba a nuestro alrededor.

Y no sé si fueron las flores, o las fragancias, o los hermosos brillos, o la agradable temperatura ahí dentro..., pero en lo único en lo que podía pensar era en besar a Xerx.

Así que, con un arrojo que nunca había sentido, me giré hacia él, dispuesta a besarlo. Me encontré con sus ojos, reluciendo en un naranja más ardiente que nunca.

Mientras permanecía muy quieto, yo me aproximé a él. Le acaricié la larga melena oscura con reflejos rojizos y hasta me atreví a levantar la pierna y colocarla sobre las suyas. Él reaccionó al instante y se pegó a mí. El taparrabos y la tela de mi vestido poco podían hacer para disimular su erección, que buscaba mi cuerpo con ansia.

Sentí los callos de la palma de su mano sobre mi piel cuando me acarició la mejilla con suavidad, sin dejar de mirarme a los ojos. Después, bajó hasta mi trasero y presionó. Su miembro se apretó directamente entre mis muslos.

En un acto reflejo, intenté apartarme de él, pero me agarró el muslo con fuerza y lo mantuvo bien sujeto. Incluso lo subió un poco más, hasta su cadera, y se hizo un hueco entre mis piernas.

El calor se concentró en el vórtice de mi cuerpo cuando lo sentí tan duro y caliente contra mí. Instintivamente, me agarré a sus hombros y busqué su boca. Él no se movió mientras mis labios exploraban los suyos, despacio, y mi lengua se abría paso hasta deslizarse sobre la suya.

Una descarga eléctrica nos sacudió a ambos. El anhelo que sentía me quemaba la piel. Un deseo frenético que jamás había experimentado me dominaba de un modo atroz.

Me agarró más fuerte el trasero y profundizó el beso, que dejó de ser delicado y comedido para convertirse en un torbellino de lenguas, labios y dientes, entre jadeos y gemidos. Su sabor y su tibieza me volvían loca.

Uno de sus dedos, largos y gruesos, se deslizó entre mis nalgas hasta mi intimidad. Cuando sentí su caricia por encima del vestido, me quedé sin aliento.

Nadie me había tocado ahí, ni siquiera a través de la ropa, como lo estaba haciendo él ahora. Jamás.

Repitió la caricia y yo temblé entre sus brazos.

Su pene se restregaba contra mí, sus dedos se aventuraban bajo el borde del vestido y sus brazos se cerraban a mi alrededor como un cepo amoroso.

Por un instante, me asusté. Aquello se estaba descontrolando, y ni siquiera me había parado a pensar si realmente quería dejarme llevar. Separé mi boca de la suya y bajé las manos de sus hombros a sus brazos para poner un poco de distancia.

Nos contemplamos el uno al otro, jadeantes y con los ojos resplandecientes.

Estaba confusa y no sabía si seguir adelante o detenerme ahí.

—Si no quieres continuar, no pasa nada, Jen. No te he traído aquí para eso. Solo quería... compartir este lugar especial contigo. Pero las cosas se han caldeado bastante, ¿no crees? —dijo con una sonrisa un poco avergonzada. Como para dar énfasis a sus palabras, empujó con las caderas de nuevo, apretando su entrepierna contra mí. ¡Era enorme!

Me mareé.

—He sido yo la que ha empezado, así que no te disculpes.

Mientras permanecíamos en silencio, miré en el fondo de sus iris oscuros rodeados de naranja, como si en ellos fuera a hallar la respuesta.

Él aflojó el agarre y se alejó unos centímetros, los suficientes para que yo ya le echara de menos.

Entonces, algo me aclaró la mente y le cedió el liderazgo a mi corazón enamorado... y a mi cuerpo excitado.

Estábamos a punto de una guerra terrible que, pese a que todos aseguraban que íbamos a vencer, en realidad no teníamos ni idea. Desconocíamos lo que sucedería a partir del día siguiente. Ni siquiera podíamos estar seguros de que nos quedaran unas horas de paz.

¿Y si Xerx o yo moríamos en la guerra? ¿Y si Ux vencía y los hermanos perdidos me esclavizaban? ¿Y si nunca más tenía la posibilidad de estar con Xerx?

Él era mi barog, mi *hoa uhane*, mi amor. De eso no tenía ninguna duda. Tarde o temprano, me vincularía a él de todos modos.

Le amaba y deseaba pasar con él toda mi existencia. Era... la persona perfecta para mí. Mi alma gemela.

Así pues, ¿qué importaba si nos acostábamos juntos en ese mismo instante o seis meses después? Yo ponía mis propias reglas.

Y había decidido que quería hacer el amor con Xerx. Ahora. En ese hermoso sitio. Entre flores de colores.

—¿Jen? ¿Quieres volver a casa?

Negué con la cabeza.

—Me gusta este lugar. Me gusta mucho. Quiero quedarme aquí un rato más. —Sentía las mejillas ardiendo, pero no me importaba. No me importaba sonrojarme delante de él. Ya no.

—¿Y quieres algo más de mí?

Contuvo el aliento, aguardando mi respuesta.

Envalentonada por el brillo de sus ojos, sus pulsaciones atronadoras y su erección apuntando hacia su ombligo, deslicé los dedos por su abdomen y más abajo. Le acaricié con torpeza por encima del taparrabos, porque jamás había hecho algo así y no tenía ni idea.

Él gimió y se retorció, frotándose contra mi mano como un desesperado.

Cuando apreté un poco, maravillada por el efecto que causaba sobre él, mi barog rugió y se lanzó a besarme. Me mordisqueó los labios y me succionó la lengua mientras yo seguía tocándolo.

—¿Quieres ir hasta el final? —dijo con la voz gutural y enronquecida, apenas inteligible.

—Sí.

—¿Estás segura?

Que me lo preguntara tantas veces para cerciorarse todavía hacía que le deseara más. Cualquier duda que pudiera tener se había esfumado.

—Sí..., *amor*.

Escuchar esa palabra de mis labios lo enloqueció. Sus dedos se colaron bajo mi vestido y, tras acariciarme las nalgas, se aventuró entre mis pliegues. Su respiración entrecortada resonaba en su

inmenso pecho. Separó un poco su rostro del mío para mirarme a los ojos en el instante en que hundía un dedo dentro de mí.

Ahogué un grito y empecé a temblar. Aquello era… una sensación indescriptible. Nunca me habían tocado, nunca había sentido algo tan intenso. Él era el primero en todo.

Sacó el dedo y volvió a deslizarlo en mi interior, despacio, como si quisiera saborear ese roce lento y sinuoso. Me agarré a sus hombros y arqueé la espalda, buscándolo.

Volvió a besarme, hambriento y apasionado, y cuando llevé la mano a su entrepierna de nuevo, gimió sobre mi boca. Fue más bien un rugido ahogado, que me erizó la piel y aumentó el calor entre mis piernas.

—Joder, Jenny.

Mientras él seguía penetrándome con el dedo, implacable, mi mano se aventuró bajo el taparrabos. Cuando rocé su erección, di un respingo. Estaba dura y sedosa al mismo tiempo, y muy caliente. Hervía contra mi palma.

Al apretarla, la sentí palpitante. Él sacudió las caderas hacia delante y se hundió entre mis dedos. Rugió y gritó tan fuerte que creí que le estaba dando un ataque. Entornó los párpados, echó la cabeza para atrás y se mordió el labio, abandonándose al placer mientras yo deslizaba la mano arriba y abajo, desde la gruesa punta hasta la base, y lo contemplaba con adoración. Era el ser más alucinante que existía en el universo.

Y era todo mío.

Yo misma me sorprendí por el azote de posesividad que me asaltó de repente.

Cuando se arrancó el taparrabos y vi el pene tan de cerca, se me secó la boca. ¡Por todos los dioses! Era enorme, pero, por suerte, ya sabía por mis amigas que no debía tener miedo, aunque pareciese imposible que eso cupiera dentro de mí.

Encajaríamos a la perfección. O eso quería creer, porque contemplándolo ahora, las leyes de la física iban a tener que irse al garete cuando nos uniéramos.

Entre caricia y caricia, me quitó lentamente el vestido, fijándose en todo momento en la expresión de mi rostro. Seguro que

intentaba que no me sintiera incómoda. Cuando al fin me tuvo desnuda frente a él, se le nubló la vista y jadeó.

Entonces, me contempló con ojos llameantes mientras pasaba la mano desde el hueco de mi cuello hasta mi vientre, recorriendo la línea entre mis pechos y cruzando mi ombligo. Temblé bajo ese roce. Subió de nuevo y colocó la palma sobre el esternón, sintiendo mis latidos.

—Eres tan hermosa, amor… —murmuró, embelesado.

Tras unos segundos así, sus dedos se movieron hacia mis pechos, y los masajeó con ternura y adoración, hasta que el fuego que desprendía su mirada se propagó sin control a todo su cuerpo.

Con un movimiento rápido, me empujó sobre la hierba y se colocó encima de mí con ímpetu, pero también con cuidado de no aplastarme.

Coló una mano entre nuestros cuerpos y empezó a acariciarme, trazando círculos con el pulgar sobre mi centro, presionando con la fuerza exacta para derretir mi cerebro. Sentía las piernas flojas, las mejillas hirviendo y todo mi cuerpo febril.

Me agarré a su espalda y le clavé las uñas. No pude evitarlo. Lo necesitaba más cerca. Los círculos se hicieron más rápidos, concentrados sobre mi clítoris, y una tensión insoportable se arremolinó en mi vientre y en la base de mi espalda.

Cuando mi interior se contrajo y empecé a gemir más fuerte, me alzó un muslo y después el otro, y me colocó las piernas alrededor de su cadera. Entonces, se agarró el pene y lo guio hacia mi entrada.

Se abrió paso entre mis pliegues y se hundió despacio dentro de mí, dándome tiempo para amoldarme a él y acostumbrarme a su tamaño.

Por un instante, tuve la sensación de que era demasiado grande y no lo lograríamos. Sin embargo, como por arte de magia, me adapté a él y lo acogí en mi interior.

Tan solo sentí una leve molestia y después un poco de escozor cuando llegó hasta el fondo. Eso fue todo. No hubo dolor, y eso me sorprendió, porque siempre había pensado que la primera vez sería muy dolorosa.

No cabía duda de que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Estás bien? —dijo él con la voz pastosa, como si apenas recordara cómo hablar.

Me limité a asentir. Intentar pronunciar alguna palabra en ese momento me parecía una tarea imposible.

Tras quedarse ahí quieto durante unos segundos, empezó a moverse. Y entonces comprendí enseguida por qué el sexo siempre había traído tanto revuelo. Por qué había sido causa de tantos desastres y tantas hazañas asombrosas a lo largo de la historia. Por qué se habían librado batallas y derruido imperios en su nombre.

Era una sensación sublime.

Me besó mientras me hacía el amor, despacio, con mimo y voracidad al mismo tiempo, entrando y saliendo de mi interior cuan largo y grueso era. Cada vez que empujaba de nuevo y se enterraba en mí, gemíamos al unísono.

Sentí cómo se contenía para alargar al máximo el placer de ambos. ¡Siempre tan considerado mi barog! Se mordió el labio un par de veces mientras embestía con brío y mecía las caderas con una cadencia constante e hipnótica. ¡Me volvía loca!

Me arqueé debajo de su cuerpo e hice ondular el mío para él. No tenía ninguna experiencia, pero me moví por instinto para dárselo todo y que él disfrutara tanto como lo estaba haciendo yo.

Por su expresión, no cabía duda de que estaba gozando… ¡y mucho! Lo miraba a través de las pestañas de mis párpados entornados, extasiada con la imagen de ese ser imponente y arrollador. ¡Una hermosa creación de la naturaleza!

Su larga melena caía sobre mí, haciéndome cosquillas en la piel. El sudor le corría por el surco entre los abultados pectorales, que se tensaban cada vez que lanzaba las caderas hacia delante para encontrarse con las mías, ansiosas por recibirle. Los gloriosos abdominales se contraían por el esfuerzo y me hacían la boca agua. Y esa uve musculosa…

No debía olvidar que esta era la primera vez que mi barog hacía el amor con una humana. Para él también era un momento importante, algo distinto a lo que había experimentado con anterioridad.

Algo único para ambos.

Porque Xerx acababa de convertirse en mi primer amante… y en el último.

—Oh, Jenny… —Sus palabras no fueron más que un ronroneo ronco y ahogado que me provocó cosquillas en los lugares más íntimos y escondidos.

Aceleró el ritmo de sus poderosas caderas hasta que sus embestidas se convirtieron en una danza frenética y sus latidos erráticos se alzaron más allá de las copas de las palmeras, más allá de las cimas de las águilas, mucho mucho más allá. Cada estocada era más profunda que la anterior, acompañada por sus rugidos sexis, que reverberaban en mis huesos.

Hasta que, al fin, como preludio al estallido, una rigidez deliciosa se extendió por su musculatura de acero. Apretó los glúteos con tanto ímpetu que nuestros cuerpos chocaron con estruendo.

Y cuando el orgasmo lo golpeó a él, me alcanzó también a mí.

Me dejé llevar entre sus brazos, bajo su cuerpo, mientras él seguía penetrándome, ahora de un modo arrítmico y descontrolado. Mis espasmos lo apretaban, una y otra vez, y él se sacudía en mi interior, inundándome con su semilla caliente y resbaladiza.

Yo flotaba entre millones de estrellas, sintiendo un placer tan grande que me abrumaba y colmaba de un modo que jamás habría imaginado. Parecía imposible que existiera algo tan sublime, tan magnífico. E iba a poder experimentarlo infinidad veces, durante siglos, con el barog más maravilloso de Nemea.

Las convulsiones duraron mucho más de lo que había esperado. Me abrazó con fuerza y rugió como un león mientras sus testículos se contraían para vaciarse en mi interior.

Lo que sucedió a continuación, aunque me habían hablado de ello, me llenó de curiosidad, no solo como mujer, sino también como la científica que era en esencia. O que había sido.

La base de su pene se engrosó y se enganchó dentro de mí, hasta que acabó de correrse y su cuerpo al fin se relajó sobre el mío, si bien todavía tardó unos minutos en salir.

No había ninguna prisa. Estábamos en el paraíso.

Mi barog parecía exhausto y muy satisfecho. ¡Yo también lo estaba! Rodó a mi lado y me abrazó, envolviéndome con sus brazos, sus piernas y la cola. Abrazado a mí como un oso enorme que no quisiera soltar a su presa.

¿Aquello era real?

Me sentía más feliz de lo que me había sentido nunca. También un poco extraña, como si de pronto no me reconociera a mí misma. Supongo que era normal, puesto que me había acostado con alguien por primera vez, en contra de todos mis principios y mis ideas anteriores. Y no un *alguien* cualquiera, sino un barog enorme, mitad hombre y mitad bestia de la selva.

¡Quién me habría dicho que me ocurriría algo así!

Hundió el rostro en el hueco de mi cuello y ronroneó.

—Qué bien hueles, amor —dijo restregando la nariz por mi piel—. Frambuesas dulces y apetitosas.

Sentí un cosquilleo por todas partes, como si mi cuerpo me pidiera repetir de inmediato. ¿¡Pero qué narices había hecho conmigo ese barog?!

—¿Estás bien? —me preguntó, levantando los ojos y buscando los míos mientras contenía el aliento.

No se relajó hasta que asentí.

Entonces, sonrió y desvió la mirada hacia mi cuerpo, todavía desmadejado por el placer.

—Me encanta tu piel de porcelana, tan suave y clara en comparación con la mía —dijo poniendo su palma ancha y callosa, plagada de cicatrices, sobre mis costillas y contemplando el contraste entre ambos. Sonreía embelesado.

—Y eso que, desde que vivo en Nemea, estoy más bronceada que nunca. ¡Y mira todas estas malditas pecas que me han salido! —dije señalándome la nariz y los pómulos.

Por toda respuesta, él se inclinó sobre mí y me besó la punta de la nariz. Me estremecí.

—A mí me vuelven loco. La primera vez que te vi, me fijé en todas esas pequitas diminutas.

Trazó círculos sobre mis pechos y mi abdomen, y subió hasta mi clavícula. Se inclinó de nuevo y besó la base de mi cuello. Sentí

su lengua caliente contra mi piel.

—¿Te ha gustado? —le pregunté con timidez. Necesitaba saber si hacer el amor había sido tan increíble para él como lo había sido para mí.

Alzó el rostro y me miró a los ojos. Brillaban como fuego incandescente. Los ojos más impactantes del universo.

—¿Que si me ha gustado? ¡Ha sido increíble! Jamás había sido tan feliz, Jen. Eres… eres… perfecta.

Sonreí, un poco avergonzada, pero contenta.

—¿Y a ti? ¿Te ha gustado? —Contuvo el aliento.

Asentí enérgicamente.

—Mucho. Ha sido increíble.

—¡Uf! Menos mal. No quería ser demasiado impetuoso y asustarte.

—Has sido muy impetuoso… y no me has asustado nada. Me has encantado.

La sonrisa que esbozó me calentó de arriba abajo.

—Menos mal. Porque… —Enmudeció de golpe y se mordió el labio. Ese gesto acabaría conmigo. ¡Cómo podía ser tan increíblemente *sexy* ese barog!

Uno de los mechones rojizos le caían sobre la frente, oscureciéndole un poco la mirada encendida. Era irresistible.

—¿Qué ibas a decir?

—Que… menos mal que te ha gustado porque estoy deseando repetir.

Alzó una ceja interrogante y yo me reí.

—¿Te refieres a *ahora mismo*? —Le miré medio estupefacta, entre risillas.

—Me refiero a ahora, y después en casa, y de madrugada, y al amanecer…, y todos los días de nuestra vida a todas horas.

—Avaricioso —le susurré sobre la piel del pecho, justo antes de besarle encima del corazón.

Se lanzó sobre mí y se me comió a besos. Me besó la cara, el cuello, la clavícula… Se entretuvo en los pechos, chupándome los pezones de un modo escandaloso que, pese a que acabábamos de acostarnos juntos, me sacó los colores. Y por último, me devoró la

boca, hundiéndome la lengua y mordisqueándome. Fue un arrebato digno de ese barog grande y atractivo.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Repetimos y después vamos al lago a sellar nuestra unión?

Fingí que me lo pensaba. Él me pellizcó una nalga y me hizo cosquillas.

—De acuerdo, repitamos. Pero solo porque me he quedado con las ganas de toquetearte un poco más y saborear tu…, ya sabes.

Abrió los ojos como platos y tembló, pegado a mi cuerpo.

—Yo sí que te voy a saborear a ti entera. ¡A devorar, más bien!

Se me erizó la piel ante tal perspectiva.

—Respecto a eso, no sé si…

No me dio tiempo a acabar la frase.

Me besó con tal pasión que me robó todo el aire y me derritió como mantequilla.

—Te amo, hermosa Jenny —murmuró sobre mi boca—. El día en que apareciste en mi camino, pusiste mi vida patas arriba. Y me has hecho el barog más feliz del mundo. No podría haber tenido una *hoa uhane* más perfecta que tú.

—No soy perfecta en absoluto.

—Desde luego, discrepo y…

—Shhh —dije poniéndole un dedo en los labios para silenciarlo. Él me lo chupó y se rio—. No soy perfecta, pero de una cosa sí que puedes estar seguro: yo también te amo, Xerx.

Después de esas bonitas declaraciones de amor de película, que jamás pensé que haría algún día, nos concentramos en repetir. Retozamos de nuevo en esa caverna de tanta belleza, sobre la hierba suave y mullida, rodeados de flores de colores y arrullados por el rumor del agua.

Y tras sellar nuestro vínculo en el lago, repetimos de nuevo, esta vez, él en su forma humana, y yo a punto del desmayo.

Y así, de pronto, la vida se convirtió en algo maravilloso.



41 FELINOS
TINA

Cyrus había convocado reunión al amanecer con sus barogs de más confianza y los líderes designados, así que no tardarían mucho en aparecer en el palacio. Estaba muy contento y aliviado de poder contar con los guardianes del templo. Sabía que podía confiar en que Xerx haría un gran trabajo para convencerlos, pero hasta que no regresó a la aldea, la incertidumbre lo estaba destrozando.

Por primera vez en muchos días, mi rey había dormido de un tirón y sin pesadillas, abrazado a mi cuerpo en nuestra enorme cama. Sus facciones estaban relajadas, y su respiración era pausada y regular. Su melena revuelta caía sobre la piel bronceada de sus poderosos hombros.

Yo, en cambio, llevaba horas despierta.

Porque, con o sin guardianes, con o sin leones y panteras, la guerra que se avecinaba iba a ser terrible. No había que ser un gran estratega para comprenderlo. Y pese a que confiaba en que venceríamos, desconocía cuál sería el precio a pagar.

Quiénes morirían.

Una guerra, ya fuera en la Tierra, en Nemea o en cualquier otro planeta del vasto universo, siempre acarreaba muerte, dolor y sufrimiento.

Y todos estábamos en peligro.

Yo no conocía a Ux, pero, por lo que Callie y las demás me habían contado, no cabía duda de que era un adversario fuerte e inteligente. Y peor que eso: movido por una insaciable sed de venganza. Así que no solo anhelaba el trono y a las humanas descendientes, sino que quería masacrar al rey, al príncipe y a todos sus aliados.

Era como un enorme jabalí herido, completamente imprevisible e incontrolable.

Cyrus era consciente de ello, no era necesario que yo se lo dijera. Mi barog también era muy astuto. Y mientras a Ux lo espoleaban el ansia de venganza y el odio, a mi rey lo espoleaba su amor por su familia y su pueblo.

Eran dos titanes a punto de chocar.

Sin embargo, mi barog tenía algo de lo que Ux, a buen seguro, carecía. Mi rey tenía a su hermano y a sus amigos, que lo querían y le serían leales hasta el mismísimo fin del mundo; a todo su pueblo, que lucharía a sus órdenes y por la aldea; y a mí, su reina, su *hoa uhane*, que permanecería a su lado pasara lo que pasase. Que lo amaría siempre.

Cuando al fin Cyrus abrió los ojos soñolientos y se desperezó, el corazón me dio un vuelco. Era tan impactante que, pese a que ya llevábamos un tiempo juntos, seguía maravillándome que fuera mi pareja, mi macho, mi todo.

—Buenos días, mi reina —dijo con voz ronca, besándome en los labios con suavidad, con los ojos resplandecientes de amor por mí.

¡Qué rápido me había acostumbrado a su presencia, sus palabras de amor, sus miradas encendidas!

Nos enredamos entre besos, sonrisas y caricias. Esos momentos con él eran un verdadero regalo. Quién me habría dicho a mí, cuando conocí a ese hombre engreído de mirada oscura y siniestra, que acabaríamos así, uno en brazos del otro, enamorados y con una complicidad que jamás creí posible con un hombre.

Su cola se deslizó entre mis muslos, quemándome la piel, y sus dedos me rodearon la garganta con delicadeza. Clavó su mirada oscura y brillante en la mía, y la pequeña mota verde titiló. Sentí la caricia de sus ojos sobre mí mientras se bebía a conciencia lo que contemplaba.

—¿Quieres que juguemos un rato, mi rey? —le dije con voz seductora, elevando una ceja.

Acercó su rostro al mío hasta que sentí la tibieza de su aliento sobre mis labios y me besó de nuevo. Un beso intenso, profundo y

cargado de muchas cosas que hacían que se me enroscaran los dedos de los pies.

—Nada me gustaría más, mi reina. Pero, en cuanto salga el sol, los tendremos a todos aquí. Y antes, quiero ir con Bazzeila a ver a las panteras, y me encantaría que me acompañaras.

Le sonreí.

Que me incluyera en sus planes me causaba secretamente una gran emoción. Por supuesto, no se lo había dicho. Me limitaba a actuar como si esperara que fuese así y no me sorprendiera en absoluto.

—Cuenta conmigo. Que mejor que una visita a nuestras amigas felinas antes del amanecer para comenzar bien el día —bromeé.

Me abrazó y volvió a besarme. Cuando me soltó, nos pusimos en pie, nos aseamos y vestimos rápidamente, y enfilamos hacia la selva.

Nada más adentrarnos entre los helechos de enormes hojas, escuchamos el rumor de suaves rugidos y el crujido de ramas y hierba bajo las pezuñas de nuestras amigas.

Nos detuvimos a la espera, pues ellas solían ir a nuestro encuentro, como si olieran nuestra presencia en el mismo instante en que nos adentrábamos en la espesura.

Bazzeila se mantuvo a mi lado, tal como solía hacer, protegiéndome por un flanco mientras Cyrus lo hacía por el otro.

La primera en emerger fue la pantera líder, enorme e imponente. Sus ojos rojos refulgieron con los incipientes rayos del alba cuando se clavaron en los míos.

Avanzó a paso lento y majestuoso, seguida por otras tres panteras, hasta situarse frente a nosotros. Bazzeila no movió ni un solo músculo, consciente del poder que emanaba de su congénere. Se palpaba la tensión en el ambiente, pero también el gran respeto mutuo que se profesaban.

—Pronto llegarán los hermanos perdidos —dijo Cyrus con voz firme y respetuosa—. Contamos con vosotras para la lucha que se desatará.

La pantera líder emitió un rugido grave y sostenido. El rey asintió.

—Los guardianes del templo se han unido a nosotros.

Otro rugido, algo más largo que el anterior, retumbó a nuestro alrededor.

La pantera agachó la cabeza hasta ponerla a mi altura. Sus ojos seguían conectados con los míos, con un fulgor rojizo en su interior.

De repente, se alzó sobre sus patas traseras cuan larga era y posó una pezuña delantera sobre mi hombro. Pese a que lo hizo con suavidad y sin cargarme con su peso, sentí su fuerza y poder inmensos a través de los músculos bajo el pelaje oscuro y espeso.

Mis dedos se movieron solos y le acariciaron la pata una sola vez. No aparté la vista. No hice ningún otro movimiento.

Sentía a Cyrus y Bazzeila tensos a mi lado. Mi rey contenía el aliento, seguramente preparado para saltar sobre ella si yo corría el más mínimo peligro.

Controlé mi temor y lo empujé hacia lo más hondo de mi ser. Aun así, cuando bajó la pezuña, dejé escapar un leve suspiro.

La pantera líder miró a Cyrus e inclinó levemente la cabeza en su dirección. Después, se dio la vuelta y se alejó jungla adentro, seguida de las otras que la habían acompañado.

Escuchamos el rumor de sus poderosas pisadas mientras se alejaban.

Cyrus se acercó más a mí y entrelazó sus dedos con los míos.

—Te ha elegido —dijo con una solemnidad aplastante. Bazzeila gruñó como si apoyara su afirmación.

—¿Cómo lo sabes? —Me tembló la voz.

—Bazzeila hizo exactamente lo mismo conmigo cuando ambos éramos muy jóvenes.

—¿Y eso qué implica?

Sentí cómo mi barog se giraba hacia mí, pero yo todavía no lo miré. Mantuve los ojos fijos en la enorme y elegante silueta felina que se alejaba.

—Que tendrás el amigo más leal... y que te protegerá con su vida.

Ahora sí, me giré a mirar a mi rey. Y lo que vi en sus ojos me provocó la mejor sensación del mundo.

Orgullo. Por mí.

42 ¿QUÉ DEBO HACER?

El templo, Nemea, hace unos treinta años
Reina Tatiana

Tatiana cruzó la plataforma con pasos firmes y la cabeza bien alta, a pesar del temblor en las manos. Además, las náuseas amenazaban con provocarle arcadas en cualquier momento.

Saludó con un gesto de la barbilla a los guardianes que vigilaban la entrada, apostados a ambos lados de las majestuosas puertas y también en las montañas que rodeaban el templo. Tras echar un rápido vistazo al dintel grabado con la espiral y los dos leones, se aventuró en el interior.

Los barogs que la habían acompañado hasta allí —su hijo Ceeris y los guerreros Toruch, Ciench y Sulveh— permanecieron fuera junto con sus leones y aguardarían en la plataforma hasta que ella terminara.

Habían recorrido el viaje con Drashir, Xarix, Sonah y algunos otros que habían salido en una gran partida de caza para abastecer a la aldea de carne durante el próximo mes.

Tatiana había insistido en que quería acudir al templo para que los ancianos bendijesen al bebé que llevaba en su interior y pronunciaran las oraciones sagradas a los dioses del manantial, como venía haciéndose desde tiempos inmemoriales en los embarazos de cada reina de Nemea.

Pero esa no era la única razón.

La reina estaba aterrada y necesitaba el consejo urgente de Ooris sobre qué debía hacer.

Drashir había intentado persuadirla para que fuesen más adelante, puesto que él quería encontrarse presente durante las

bendiciones, pero el embarazo iba ya por el cuarto mes y la reina no quería demorarlo más.

El rey incluso se había planteado aplazar unos días la cacería. No obstante, los rastreadores de la aldea habían insistido en que la manada de rinos estaba a punto de cruzar la selva de punta a punta por una trayectoria que solían usar y que pasaba no muy lejos del río. Si perdían la oportunidad, les costaría mucho más cobrarse las piezas suficientes para llenar los almacenes de carne curada y sazonada para el mes siguiente.

Y eso era algo a lo que no podían arriesgarse.

Las partidas de caza salían muy a menudo, casi a diario, pero las más grandes, en las que participaban varias decenas de barogs, se producían una vez al mes. Estas aprovechaban los movimientos migratorios y de apareamiento de las bestias de Nemea, que eran los momentos de mayor concentración de los animales que formaban parte de la base proteínica de la dieta de los barogs.

Así pues, Tatiana había logrado al fin entrar sola en el templo, una posibilidad por la que había rezado cada noche, cuando Drashir dormía plácidamente a su lado, abrazado a ella, mientras los nervios se le apelotonaban en el estómago y las lágrimas le anegaban los ojos.

Porque la criatura que llevaba en su vientre había sido concebida cuatro meses atrás…, coincidiendo con el encuentro con Uxuer en la cascada y con el regreso del rey tras dos días de expedición.

Y cualquiera de esos dos barogs imponentes podía ser el padre.

No dejaba de repetirse que, tras yacer con Uxuer, se había tomado el tónico que Penny le había obligado a beber, así que era poco probable que el bebé fuera de Ux, por no mencionar que solo las parejas de vida podían engendrar. Y su barog era Drashir, no Ux. Así pues, todo apuntaba a que no debería preocuparse en absoluto.

Entonces, ¿por qué tenía ese nudo enorme en el estómago?

Pasó ante las cuatro grandes esculturas, atravesó la antesala de cuarzo rosáceo, y uno de los guardianes más veteranos la condujo a través de la doble puerta, el pasadizo angosto y el arco

hacia el salón siguiente. Allí, los ancianos la aguardaban sentados en sus tronos recubiertos de pieles de animales, tras el bello altar.

Como cada vez que había estado en su presencia, los cuatro guías espirituales mostraban su forma humana, imponente pese a los miles —o millones— de años que se acumulaban a sus espaldas. De hecho, nadie sabía con exactitud cuán antiguos eran. Por sus miradas, sabias y escrutadoras, Tatiana afirmaría que mucho.

El único signo de envejecimiento del mayor de ellos, Ooris, era el puñado de hebras grises que salpicaba su cabello. Por lo demás, parecían rondar la cuarentena en edad humana.

Tatiana siempre había pensado que existían demasiadas incógnitas alrededor de los ancianos. ¿Por qué vivían recluidos en el templo entre las montañas, de tan difícil acceso, en lugar de asentarse más cerca de la aldea? ¿Por qué nadie los había visto jamás en su forma barog? ¿Por qué seguían teniendo tanto poder en la sombra, más incluso que el propio rey?

Por supuesto, Tatiana sabía que, tanto en la Tierra como en Nemea, el estamento religioso siempre ocupaba un elevado lugar en el poder.

Una vez le había preguntado a Drashir si él los había visto transformados en su forma primigenia. El rey le contestó que, quizás, cuando era muy pequeño, pero que no lo recordaba con claridad. Su padre, en cambio, le había contado que sí los vio como barogs en una ocasión.

Cuando Tatiana le insinuó que, a lo mejor, ya no podían transformarse, Drashir le pidió que no blasfemara y que, si se mostraban como humanos, era porque todo el que entrara en el templo debía hacerlo del mismo modo: sin armas y, por lo tanto, sin garras ni colmillos.

Aunque para ella aquello no tenía ningún sentido, había dejado el tema por imposible para no disgustar a Drashir, quien idealizaba a los ancianos por su infinita sabiduría, aunque a veces ella le oyera despotricar por lo bajo sobre ellos.

En ocasiones, Drashir no soportaba, y Tatiana aún menos, lo retrógrados que eran respecto a las viejas costumbres y tradiciones, y cómo seguían aferrándose a las prácticas más cruentas.

Sin duda, ella había criado a todos sus hijos con la mente abierta para cuestionárselo todo y hacerse preguntas. Los ancianos no lo tendrían tan fácil con el próximo rey, su hijo mayor, Ceeris.

La reina trató de no pensar en todo eso mientras se encontraba ante ellos y comenzaban las extrañas y solemnes bendiciones, acompañadas de unos cánticos guturales en la lengua antigua y la quema de algo que se asemejaba al incienso.

Susi le había confeccionado un vestido largo y elegante para la ocasión, de un verde intenso y vibrante, a juego con sus ojos, y Penny le había trenzado el cabello cuidadosamente, formando una bonita corona alrededor de su cabeza.

Cuando terminaron las ofrendas y bendiciones, los ancianos se acercaron a ella, con las largas túnicas beis oscilando a cada paso que daban. Uno a uno, posaron durante un instante las manos sobre su vientre, augurando grandes hazañas para el pequeño que crecía dentro de ella.

Tras darles las gracias vehementemente, y antes de que ellos se retiraran a la zona que hacía las veces de su vivienda, más allá de la sala de los tronos, se aproximó a Ooris.

No es que confiara a ciegas en él, pero sabía que su consejo siempre iría orientado hacia lo que fuera mejor para el pueblo barog y para la aldea. En eso, los ancianos jamás habían fallado.

Así que, por mucho que hubiese preferido guardar para siempre el gran secreto que ocultaba, y por más que, al revelarlo, existiera un riesgo, por pequeño que fuera, de que Drashir acabara enterándose, no le quedaba nadie más a quién acudir.

Necesitaba hablar con Ooris.

—Me gustaría hablar en privado, necesito tu sabio consejo. — Se esforzó por que la voz no le temblara, aunque a duras penas lo consiguió.

Ooris, el más antiguo de los cuatro, clavó su profunda mirada en la de la reina. Su semblante no expresaba emoción alguna. Por un instante, Tatiana dudó, pero debía ser valiente.

Las consecuencias de que el hijo que llevaba en su vientre fuera de Ux y no de Drashir podrían ser devastadoras para toda su especie, así que no tenía otra opción que la de seguir adelante.

—Sabes que no tengo secretos para mis hermanos, majestad —dijo él, señalando a los otros tres.

Tatiana inspiró hondo.

—Lo sé, Ooris, y lo que tengo intención de contarte, por supuesto, puedes compartirlo con ellos después. Pero es un tema… delicado, y me sentiría más cómoda si lo hablara solo contigo.

Los ancianos guardaron silencio durante unos segundos hasta que el gran Ooris asintió. Los demás se retiraron con discreción hasta desaparecer por la doble puerta del final de la sala. Tatiana tan solo atisbó el principio de un pasillo de piedra ligeramente alumbrado por antorchas.

—Pareces alterada, reina Tatiana. Ven, sígueme, estaremos más cómodos en otra sala menos grandilocuente —le dijo, esbozando una sonrisa tan leve que la reina dudó si la había imaginado.

Mientras cruzaban la sala de los tronos en dirección a una pequeña puerta de madera situada en un lateral, en la que ni siquiera había reparado, la reina paseó la mirada por todas las esculturas que encontraron a su paso. Algunas representaban a seres conocidos, como barogs, leones y humanos, mientras que otras eran extrañas y ajenas a todo lo que ella conocía de Nemea, como esa del ser alado del que hablaban algunas leyendas. Era impresionante.

Una vez instalados en una pequeña sala adyacente, cada uno sentado en un taburete de piel de rino, Ooris unió las manos sobre la mesa ante ellos y esperó en silencio a que ella hablara. Antes de acomodarse, había servido un vaso de zumo de frutas a cada uno.

Tatiana suspiró con una mano sobre su vientre, que ya empezaba a abultarse.

—Este niño puede ser la mayor alegría de nuestro pueblo y mía…, o la mayor desgracia para todos.

Aunque Ooris trató de ocultar la sorpresa que le provocaron esas palabras, Tatiana captó cómo se intensificaba levemente el brillo en sus ojos y se inclinaba un poco más hacia ella sobre la mesa.

—Un bebé barog es siempre una bendición, majestad. Debe de haber ocurrido algo muy grave para que hagas esas afirmaciones.

—Protegeré a mi hijo con mi vida y le amaré con toda mi alma, sea quien sea su padre.

En esta ocasión, el anciano no fue capaz de disimular su estupor.

—Cuéntamelo todo, Tatiana.

Y la reina lo hizo.



Tatiana temblaba de la cabeza a los pies cuando terminó de hablar. Pese a que la vergüenza la carcomía, no apartó la mirada del rostro de Ooris, que la había escuchado con atención a lo largo de todo su relato. Hasta el momento, no la había juzgado ni había lanzado recriminación alguna.

En cuanto intuyó que el anciano iba a dar su veredicto, contuvo el aliento, muy consciente de las terribles consecuencias que podrían acarrearle sus actos.

—Este niño es hijo de Drashir —sentenció Ooris con la mirada clavada en la de ella, con una intensidad difícil de soportar.

—Pero…

—El rey Drashir es su padre. Jamás le contarás al rey ni a nadie lo que acabas de revelarme a mí, ni yo tampoco.

Tatiana asintió con vehemencia, aunque el temblor aumentó y se apoderó de cada partícula de su cuerpo, de sus huesos. Tenía ganas de vomitar.

—¿Y los otros ancianos?

Ooris reflexionó un instante mientras sus dedos aferraban el colgante con la piedra negra y la espiral grabada en el centro. Una chispa de sabiduría y experiencia se hizo bien patente en sus ojos.

Unos ojos que habían presenciado millones de amaneceres.

—Les diré que estabas muy nerviosa porque tuviste extraños sueños acerca de tu hijo y querías saber si tenían algo que ver con la profecía de la marca de la espiral. Les informaré de que los sueños eran inofensivos y propios de las embarazadas, y que no estaban relacionados con la profecía ni con ninguna otra leyenda de nuestra especie.

Tatiana volvió a asentir.

—¿Y si Uxuer lo descubre algún día?

—Solo tú y yo conocemos la verdad. Ninguno de los dos fallará a la promesa de mantener el secreto.

Además, desde el momento mismo en que Tatiana supo que estaba embarazada, no le mencionó a Penny nada acerca de sus dudas sobre quién era el padre. Su amiga estaba convencida de que, en el remoto e imposible caso de que Uxuer la hubiera preñado, el tónico habría hecho desaparecer el embarazo. Así que, para Penny, el bebé era de Drashir. Y la reina no pensaba transmitirle su preocupación.

Era mejor que su amiga no sospechara nada, aunque sabía que, de haberlo hecho, le guardaría igualmente el secreto.

—Hay un barog, Yolk, que tal vez podría hacer cálculos de las fechas, atar cabos y contárselo a Ux.

—¿Es un traidor?

—Por lo que yo sé, solo un mensajero. Pero nunca me he fiado de él.

—Tienes dos opciones, mi reina: mantenerlo lo más cerca posible de ti, ofreciéndole tu confianza y algunas recompensas…, o matarlo. Lo dejo a tu elección.

Tatiana se estremeció. Jamás había matado a nadie ni pensaba hacerlo ahora, por mucho que recelase de Yolk. Así pues, no le quedaría más remedio que agasajarlo y colmarlo de premios que no merecía. Y mantenerlo siempre cerca y vigilado.

—¿Y si el niño… se pareciera a Ux?

Tatiana evocó la mirada celeste del barog, su melena azabache, larga y espesa, sus rasgos duros y muy hermosos, en contraposición a los ojos oscuros de Drashir, su melena castaña ondulada y sus facciones muy apuestas, algo más suaves y amables.

Ambos eran espectaculares, pero muy distintos. Claro que el niño siempre podría parecerse a ella, tuviera el padre que tuviese.

Pero los ojos de un barog no engañaban.

—Por lo que me has contado, Tatiana, y por todas nuestras leyendas y conocimientos de la especie, el niño será hijo de Drashir. Yaciste con él por la fecha en que fue concebido, y el rey es tu hoa uhane, tu pareja de vida. Las humanas descendientes solo podéis concebir con vuestro barog. Solo la vinculación sagrada es capaz de generar la vida. Es imposible que el bebé sea de Uxuer. No tienes nada de qué preocuparte. Ni tú ni nosotros.

Tatiana vaciló. No quería ir más allá de lo que Ooris le permitiría, ni tampoco se atrevería a cuestionar a uno de los ancianos. Sin embargo, no pudo evitar mencionar lo que, seguramente, él también estaba pensando.

—Como bien sabes, Ux y yo yacimos juntos en la Tierra antes de que me trajera a Nemea a través del portal. Él sigue jurando que estamos vinculados y que siempre me ha amado.

La musculatura de Ooris se tensó y apretó la mandíbula. Quizás ella había ido demasiado lejos.

—Como he dicho, el barog que llevas en tu vientre es hijo del rey Drashir, tu alma gemela, el único macho con el que te has vinculado en tierra sagrada de Nemea, bajo nuestras leyes y traiciones, y jamás has estado ni estarás vinculada a otro. Nunca te vinculaste a Uxuer, Tatiana. Así que olvida de una vez por todas a ese barog traidor a nuestra especie y cría a este hijo con honor y convicción. Será un gran príncipe de Nemea, y su padre, el gran Drashir, lo amará con fervor.

Tatiana iba a añadir algo más, pero cerró la boca y se abstuvo. Estaba todo dicho.

Ooris la condujo en silencio de vuelta a la sala de los tronos y, de allí, a la antesala, donde la esperaba uno de los guardianes del templo para llevarla con los barogs escoltas, que la aguardaban en el exterior.

Pero antes de que se marchara, el anciano la tomó del codo y la detuvo.

—Este niño será una gran bendición, Tatiana, no lo dudes nunca. No temas nada. Guarda para ti todo lo que me has contado y no accedas jamás a ningún otro encuentro con ese monstruo.

Ella se estremeció.

Sin duda, era la única que todavía confiaba en que Ux se redimiera algún día y pusiera fin a ese conflicto que ya duraba demasiado.

—Agradezco de veras tus palabras y sabios consejos, Ooris. No me desviaré de cuanto me has dicho.

Entonces, el anciano se inclinó hacia ella.

—Confía en los dioses, Tatiana. Este niño es hijo del gran rey de Nemea, y estoy seguro de que está destinado a hacer grandes cosas —le susurró al oído.

—Que así sea, Ooris.

Sin soltarla todavía, la acompañó hacia la salida, con el guardián tras ellos.

—¿Habéis decidido ya un nombre para el pequeño príncipe?

Ella se acarició el vientre y sonrió.

—Se llamará Daryos. El príncipe Daryos de Nemea.

Ooris asintió, satisfecho.

Sin duda, era un nombre poderoso. El nombre de un barog destinado a la gloria.

Continuará...





EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES

GUÍA DE PERSONAJES Y OTRA INFORMACIÓN DE INTERÉS DE NEMEA

BAROGS

Daryos, príncipe de Nemea, pareja de Callie y hermano de Cyrus.

Cyrus, rey de Nemea, pareja de Tina y hermano de Daryos.

Xioh, el sanador de la aldea, pareja de vida de Lansh y hermano de Xerx.

Xerx, pareja de Jenny y hermano de Xioh.

Lansh, pareja de vida de Xioh y hermano de Axeh.

Axeh, pareja de Emi y hermano de Lansh.

Ciench, pareja de Susi y gran guerrero barog de la aldea.

Toruch, pareja de Lorna y gran guerrero barog de la aldea.

Drashir, padre de Cyrus y Daryos, el anterior rey de Nemea, asesinado en la Gran Guerra por los hermanos perdidos. Pareja de Tatiana.

Xarix, hermano de Drashir, padre de Xerx y Xioh. Anterior príncipe y sanador de la aldea.
Ceeris, hijo mayor de los reyes Drashir y Tatiana, hermano de Daryos y Cyrus. Iba a ser el rey sucesor de Nemea, pero Ux lo mató en la primera Gran Guerra.
Goria, pareja de Marla. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea. Pariente de Sulveh, uno de los guardianes del templo, y de Sonah, muerto en la Gran Guerra.
Sulveh, guardián del templo. Perdió a su pareja, Elena, y a toda su familia en la Gran Guerra. Vivían en la aldea pequeña, junto al lago esmeralda. Su hermano Sonah era el barog de Sylvia. Es pariente de Goria. Fue amigo de Drashir, el anterior rey, y uno de sus grandes guerreros.
Sonah, hermano fallecido de Sulveh. Era el barog de Sylvia. Pariente de Goria. Fue un gran guerrero del rey Drashir.
Yolk, barog, primero, al servicio del rey Drashir, y después, del rey Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Xahu, barog al servicio de Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Trench, barog al servicio de Cyrus. Fue quien llevó a Tina a través del portal a Nemea.
Cox, barog al servicio de Cyrus. Disparó una flecha a Daryos. Cyrus lo mató.
Gushia, barog de Penny. Murió hace diez años en la Gran Guerra.



HERMANOS PERDIDOS

Ux (Uxuer), barog líder de los hermanos perdidos. Inició la Gran Guerra hace diez años. Trajo a Tatiana a Nemea.
Lorish, segundo al mando de Ux.
Los inferiores, barogs nacidos de *aninf*, mitad barog mitad *aninf.*



HUMANAS DESCENDIENTES

Callie Dawson (Calista), profesora de biología, pareja de Daryos.
Tina Martins, estudiante, pareja de Cyrus.
Jenny Johnson, estudiante, pareja de Xerx.
Emi Simmons (Emilia), estudiante, pareja de Axeh.
Shauna, estudiante que se suicidó poco después de llegar a Nemea.
Susi Bell (Susanne), pareja de Ciench. Una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra hace diez años. Costurera de la aldea.
Penny (Penélope), una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra hace diez años. Su pareja era Gushia, asesinado en la guerra.
Sylvia, una de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos desde la Gran Guerra. Su barog, Sonah, fue asesinado en la guerra y era hermano de Sulveh, ahora uno de los guardianes del templo.
Marla, pareja de Goria. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea. Era amiga de Susi, Sylvia y otras descendientes.
Tatiana (Tatis), anterior reina de Nemea; madre de Cyrus, Daryos y Ceeris, entre otros; pareja de Drashir, el anterior rey de Nemea; asesinada en la Gran Guerra por los hermanos perdidos.
Elena, la *hoa uhane* de Sulveh, el guardián del templo. Murió en la Gran Guerra.



OTRAS HUMANAS NO DESCENDIENTES

Lorna McPhee, profesora de la universidad de Columbia y la mejor amiga de Callie.



ANINFS

Antara, *aninf* relacionada con Daryos en el pasado. Lanzó a Callie por el acantilado al río.
Artia, *aninf* amiga de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos en los pantanos.
Ausinca, líder de las *aninfs* de las madrigueras.



EL TEMPLO: DIOSES y ANCIANOS

Dioses del manantial, los dioses nemeos de los barogs.
Ooris, anciano mayor del templo.
Umah, anciano del templo.
Irush, anciano del templo.
Joshia, anciano del templo.



FELINOS

Enzo, león de Daryos.
Bazzeila, pantera de Cyrus.
Benju, león de Toruch.
Itzaar, león de Xerx.
Zinna, león de Ceeris.
Zaala, león de Axeh.



FAUNA DE NEMEA

Leones nemeos
Panteras de ojos dorados
Panteras de ojos rojos
***Mo'o* azul**, lagarto azul.
Boa azul, serpiente azulada.
Piraña amarilla "arrancadedos".
Abejas rojas
Abejas azules
Rinos
Anifs
Llitops

Pulpos gigantes, terrestres y acuáticos.
Ratas lilas de ojos rojos
Serpientes negras de los pantanos
Lagartos de los pantanos
Linces de los peñascos
Manu nui**,** águilas gigantes de los picos rocosos y de los zarzales.
Serpiente amarilla gigante constrictor
Nasra **enanas,** venenosas y camaleónicas.
Serpientes verdes moteadas de amarillo, no venenosas.
Nashies**,** hienas subterráneas carroñeras, de pelo dorado y ojos negros.



LUGARES DESTACADOS DE NEMEA

Wailele, la cascada, el lugar especial de Daryos.
El lago esmeralda, lago sagrado que bendice las uniones entre barog y descendiente. Sus aguas tienen propiedades curativas.
Las cascadas de la muerte
El acantilado de la muerte abismal
Las cuevas de las panteras, al oeste de la aldea, hogar de las panteras de ojos rojos principalmente, aunque conviven allí con algunas de ojos dorados.
Las pendientes de las rocas, pendientes pronunciadas llenas de grandes piedras donde los barogs jóvenes suelen celebrar carreras montaña abajo.
El templo de los ancianos
La gruta de la profecía, excavada en la montaña del templo.
La gran roca, claro en medio de la selva con una gran roca de cuarzo negro en medio, con extrañas inscripciones y forma de altar primitivo.
Los pantanos, situados al sur de Nemea y que recubren un cuarto del planeta. Es donde viven los hermanos perdidos y muchas *aninfs*, así como pulpos y

serpientes negras.

Las cuevas de los rebeldes, situadas al norte.

El desfiladero entre las montañas tras el templo.

Las cimas de las águilas

Las madrigueras de las *aninfs*.

La gruta de las flores de colores, el lugar especial de Xerx.



COMIDA TÍPICA DE LOS BAROGS

Cocido de serpiente azul en salsa de cangrejo picante

Pulpo asado troceado en salsa de higos y frambuesas

Serpiente negra de los pantanos troceada y asada

Lagarto de los pantanos cocido y troceado

Pirañas asadas

Panecillos de colores, hechos con harinas de cereales diversos, con o sin frutos secos

Miel de abejas rojas, el alimento más energético de Nemea

Miel de abejas azules (no tan dulce como la anterior)

Rinos asados a fuego lento

Mangos grandes

Plátanos dulces

Piñas gigantes

Bayas diversas

Dátiles grandes y dorados

Coco y agua de coco

Zumos de frutas tropicales diversas

Tortas dulces de trigo

Licor de moras



AROMAS DE LOS BAROGS

Daryos: chocolate caliente, café y coco, con un toque picante.
Cyrus: frutas tropicales, oscuro y especiado.
Axeh: menta picante y cítricos.
Xerx: bayas de saúco, moras maduras y canela.
Ux: olor a cuero, tormenta y especias intensas. Aroma a temporal, a mar.



CELEBRACIONES

Celebración del cambio lunar
La noche en que los dioses los saludan
Noche de hoguera
Ritual de los muertos en la cima de todos los atardeceres (entierros)



GENERACIONES DE BAROGS

De la más reciente a la más antigua:

Daryos, Cyrus, Xerx, Xioh, Axeh, Lansh, unos treinta años.

Ciench, Toruch, unos doscientos treinta años.
Sonah, Sulveh, Goria, Ceeris, Gushia, unos cuatrocientos años.
Drashir, Ux, Xarix, Yolk, muchos siglos.
Los ancianos, miles o millones de años, nadie lo sabe con exactitud.



GENERACIONES DE HUMANAS DESCENDIENTES

De la más reciente a la más antigua:

Callie, Tina, Jenny, Emi, recién llegadas a Nemea. Siglo XXI.
Susi llegó a Nemea hace dos siglos, en la anterior apertura del portal. Siglo XIX.
Sylvia, Elena, Marla, Penny llegaron a Nemea hace cuatro siglos. Siglo XVII.
Tatiana llegó a Nemea hace muchos siglos, cuando Drashir era príncipe.

ACERCA DE LA AUTORA

Charlotte T. Loy es una escritora de fantasía y romance cuyos libros te sumergen en mundos plagados de atractivos seres misteriosos, acción trepidante, amores salvajes y fuerzas sobrenaturales, a través de historias tan apasionadas como aterradoras.
Sus personajes son arrastrados hacia destinos oscuros e intensos romances llenos de peligros. Vampiros, licántropos, ángeles, eternos, barogs y todo tipo de seres legendarios aparecen en sus adictivas novelas, alterando para siempre la vida de los humanos que viven entre ellos… y también la tuya.

Aunque ha pasado la mayor parte de su vida en España, entre Barcelona y la Costa Brava, actualmente vive en Inglaterra con su familia, donde se dedica exclusivamente a su gran pasión: escribir.

Hasta el momento ha publicado las siguientes sagas completas: *Ocultos en el bosque*, de fantasía y romance paranormal; *Los Guerreros de la Tierra,* de *Romantasy;* y la *Saga Vampiros,* de terror y romance paranormal.
También las novelas autoconclusivas *Bajo las alas de Lucifer* y *Llévame contigo, un romance en el más allá*, ambas, thriller romántico sobrenatural, y el romance contemporáneo *La mejor sonrisa del mundo.*

Además, es autora de varios relatos como: *El Cuervo justiciero y el caso número 13*; *La última cacería*; *El accidente; Michael*, *Capitán de los Ejércitos Celestiales*; *Jack Rowan, el ancla*; y *Siete postales* (incluido en la antología de relatos navideños *Navidad con derecho a roce*), entre otros.

Rendida al barog es la cuarta novela de su nueva saga *El rapto de las descendientes,* de *Alien Romance.* Las novelas anteriores son *En brazos del barog, Prisionera del rey barog* y *Los barogs perdidos.*

Puedes seguirla en sus redes (Instagram, Facebook, TikTok y Tumblr): **@charlottetloyauthor**

Club de fans de Telegram: https://t.me/+hgBq-4X7PnoxYzI0

CHARLOTTE T. LOY

AGRADECIMIENTOS

¡Y aquí estamos de nuevo! Volvemos a Nemea a lo grande, con una nueva aventura de nuestros queridos barogs, los alienígenas más sexis, divertidos, buenorros y salvajes del universo. Una historia que me está haciendo disfrutar un montón y que me tiene en vilo. ¡Hay que abrir el portal como sea! ¿Os venís a la selva?

Y ahora, empecemos con los agradecimientos… ¡No quiero olvidarme a nadie!

En primer lugar, quiero dar las gracias a los tres grandes amores de mi vida, **mi marido, mi hija y mi hijo**, y a toda mi **familia** por estar siempre ahí, queriéndome y apoyándome. Jamás me habría convertido en la persona que soy hoy sin vuestro apoyo y amor. ¡Os adoro!

En segundo lugar, gracias a **mis queridas Supernenas, Jessy CM (@jessy_cm_writer) y Deborah P. Gómez (@deborahpgomez)**, por estar siempre ahí compartiendo nuestras historias, charlas, risas y un montón de experiencias maravillosas. Sois unas lectoras cero magníficas, unas grandes escritoras y unas personas INCREÍBLES. ¡Soy muy afortunada de teneros en mi vida!

Muchísimas gracias a **Ely (@elypedarc)** por la gran labor que hace día tras día en mi club de Telegram, por todas las ideas maravillosas, el apoyo, el trabajazo, el mimo y la alegría que le pone a todo lo que hace, por la ilusión que transmite… ¡No hay suficientes palabras para agradecértelo! Mil gracias de corazón. ¡Te adoro!

Mil gracias también a mis queridas **Gema (@gema_lectora) y Ara (@ara_pasionporloslibros)**, las creadoras de mi club de Telegram

junto con Ely y unas personas maravillosas. Mil gracias desde el fondo de mi alma por todo el cariño y apoyo que me dais. ¡No sabéis lo mucho que valoro todo lo que hacéis! Sois increíbles.

Gracias muy especiales a **mis queridas *charlotteras*** del club de fans de Telegram. ¡Mil millones de gracias! Nunca me cansaré de repetir que sois las mejores lectoras del mundo mundial. Sois unas mujeres maravillosas, valientes y divertidas, y habéis llenado de alegría y risas mi club de Telegram y, por supuesto, mi vida. ¡Menudo grupo nos hemos juntado! Me encanta esta locura mágica que compartimos. ¡Os adoro! En concreto, mil gracias a: **Inma Pangliani Dorantes; Rocío Pérez, la Cantaleja; Águeda García Gimeno; Maribel RV; Kirian; Carmen D; Rita Vila Conde; Olga Lorenzo; Maleni Sánchez García; Rosi Martín; Sara Sánchez; Juani Rodríguez; Aurora; AsorGM; Celia Espada Puerto; Pilar Merchán; Raquel;** y a todas las demás *charlotteras*. ¡Muchísimas gracias!

Mil gracias a los **bookstagrammers maravillosos** y a **los magníficos compañeros escritores** que siempre están ahí dando cariño, alegría y apoyo, y con los que compartimos esta gran pasión por la lectura y las buenas historias. ¡El mundo literario es precioso!

Y, por supuesto, MIL MILLONES DE GRACIAS también **a todas y cada una de mis lectoras, las mejores del mundo mundial**. Este sueño increíble no sería posible sin vosotras.

Espero de corazón que disfrutéis de la penúltima entrega de la saga tanto como yo. Ya falta solo un libro para acabar esta saga que tantas alegrías nos está dando (y sufrimiento y calores y momentos de infarto). Os aseguro que el quinto libro va a ser… ¡INOLVIDABLE! Estad atentas a mis redes para no perderos ninguna noticia al respecto.

Besos y felices lecturas.

Charlotte T. Loy

NOVELAS DE CHARLOTTE T. LOY

Saga Ocultos en el bosque:

El Padre de Lobos
La cazadora de bestias
El corazón del lobo
El poder del licántropo

Saga Vampiros:

Los hijos del viento del norte
La furia del viento del norte
La alianza del viento del norte

Saga Los Guerreros de la Tierra

Amor eterno
Hielo eterno
Eternos al fin
Fuego eterno
Eternamente tuyo

Saga El rapto de las descendientes

En brazos del barog
Prisionera del rey barog
Los barogs perdidos
Rendida al barog

Bajo las alas de Lucifer

Bajo las alas de Lucifer (novela)
Michael, el Capitán de los Ejércitos Celestiales (relato corto)
Jack Rowan, el ancla (relato corto)

La mejor sonrisa del mundo

Llévame contigo, un romance en el más allá



